UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01094426 2

PQ
6389
A2E5
1911
t.1

800

D. ALONSO DE ERCILLA

# LA ARAUCANA

POEMA DE

*D. Alonso de Ercilla y Zúñiga*

TOMO PRIMERO

BARCELONA
Casa Editorial Maucci
Mallorca, 166

BUENOS AIRES
Maucci Hermanos
Cuyo, 1059 al 1065

1911

PQ
6389
A2E5
1911
c.1

Compuesto en máquina «Typograph»

# NOTICIAS BIOGRÁFICAS

DE

# *D. ALONSO ERCILLA DE ZÚÑIGA*

---

Nació Don Alonso de Ercilla y Zúñiga en Madrid á 7 de Agosto de 1533 pero traía su origen de Bermeo, cabeza del Señorío de Vizcaya, de donde era natural Fortun García de Ercilla su padre, eminente jurisconsulto, que murió en Valladolid á 29 de Septiembre de 1534 á los cuarenta de su edad. Fué también de Bermeo Martín Ruíz de Ercilla, señor de la torre de Ercilla, abuelo de nuestro don Alonso, cuyo nacimiento accidental en Madrid no debe despojar á Vizcaya de este elegante poeta, con cuya posesión deja de ser tan rara, como pondera don Nicolás Antonio, la prenda de la poesía en los naturales de aquel nobilísimo señorío (1). Su madre fué doña Leonor de Zúñiga, señora de Bobadilla, cuya villa, muerto Fortun García, fué incorporada en la corona, y ella nombrada guardadamas de la emperatriz doña Isabel. Procrearon estos nobles casados tres hijos: don Francisco de Zúñiga, abad de Hormedes, limosnero mayor de la reina doña Ana de Austria, y maestro del príncipe don Felipe, hijo del emperador Carlos V, y á la som-

---

(1) Bibl. Hisp. Nov. tom. II, ver. *Martinus de Ibarra.*

bra de su madre doña Leonor (1). Era de ingenio vivo, naturalmente culto, de atinado juicio, y de espíritu belicoso: prendas que mejoró con el estudio de las buenas letras, y perfeccionó con las varias peregrinaciones que hizo por Europa y América. Porque siguió á Felipe II, en cuantas jornadas hizo por mar y tierra, corriendo una y otra vez todas las provincias que contiene España, Italia, Francia, Inglaterra, Flandes, Alemania, Moravia, Silesia, Austria, Hungría, Stiria y Carintia (2). Y como siempre fué inclinado y amigo de inquirir y saber, según confiesa él mismo (3), adquirió grande caudal de noticias y de prudencia, viendo como otro Ulises, tanta diversidad de naciones, y de humanas costumbres.

El año 1547 acompañó al príncipe don Felipe, que llamado de su padre, el emperador pasó á Bruselas, y tomó posesión del ducado de Brabante. Llegó á aquella capital de Flandes atravesando la Italia, la Alemania, y el ducado de Luxemburgo, y el año de 1551 se restituyó á España, desandando el mismo camino. El cronista Juan Esteban Calvete, que refiere este viaje, llama á nuestro Ercilla Don Alonso de Zúñiga, usando del segundo apellido (4).

Siguió también don Alonso al mismo príncipe, cuando el año de 1554 pasó á Inglaterra, á casarse con doña María, heredera de aquel reino. En esta sazón llegó á Londres la noticia del levantamiento del Estado de Arauco. Y hallándose en aquella corte Gerónimo de Alderete, que había venido del Perú, le nombró el rey capitán y Adelantado de aquella tierra, con cargo de pacificarla. Partió pues de Londres Alderete, llevando en su compañía á don Alonso, de edad de 21 años, siendo esta la primera vez

---

(1) Refiere estas noticias genealógicas D. Luis de Salazar en sus *advertencias históricas*, pág. 13 y 14 citando á Garibay en el tomo III de sus obras no impresas, que de su misma letra se guardan en la librería del Conde de Oropesa.

(2) Canto XXXVI.

(3) Canto XXXVI.

(4) Pág. 84.

que ciñó espada, como él dice (1), Pero muriendo el Adelantado en Taboga cerca de Panamá, continuó Ercilla su viaje á Lima, Capital del Perú. Era virrey de aquel reino don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, y con noticia de la muerte del Adelantado, y en virtud de sus facultades, nombró á su hijo don García por capitán general de Chile, adonde le envió con una lúcida escuadra, para sujetar á los inobedientes Araucanos. Pasó, pues, don Alonso á Chile, incorporado en esta escuadra, como él asegura (2), y lo confirma el cronista Herrera (3).

Entonces dió principio don Alonso á las reñidas y sangrientas guerras de Arauco, obrando en el discurso de ellas más proezas con la espada de las que escribió con la pluma, como dice Licenciade Oña (4), pues como del otro Troyano cantó Virgilio, fué nuestro don Alonso gran parte de ellas: siendo Chile el teatro en donde hizo alarde de las primicias de su valor, y de su ingenio. Hallóse en siete batallas campales, tolerando con heróico esfuerzo todas sus calamidades, y riesgos de la vida: y no contento con estas empresas, acompañó á su general don García Hurtado de Mendoza á la conquista de la última tierra, que por el estrecho de Magallanes estaba el valle de Chile; aunque él pasó adelante, y seguido de otros diez soldados, venciendo dificultades insuperables, y atravesando dos veces en piraguas el peligrosísimo desaguadero del Archipiélago de Ancudbox, entró la tierra adentro, y para testimonio de la intrepidez de su corazón, en la corteza del árbol más robusto que vió allí, grabó con un cuchillo la siguiente octava (5):

Aquí llegó, donde otro no ha llegado,
don Alonso de Ercilla, que el primero

(1) Canto XIII.
(2) Canto XIII.
(3) Decada VIII. pag. 156.
(4) Arauco domado, Canto VI.
(5) Canto XXXVI.

en un pequeño barco deslastrado,
con solos diez, pasó el desaguadero;
el año de cincuenta y ocho entrado,
sobre mil y quientos por Febrero,
á las dos de la tarde, el postrer día,
volviendo á la dejada compañía.

Volvió, en efecto, después de varias fortunas y peligros, á la ciudad de la Imperial, en donde estuvo á riesgo de perder entre los suyos la vida, que supo libertar en tantas ocasiones del poder de sus enemigos. Porque concurriendo á la sazón en la ciudad, dice el mismo Ercilla (1), gran número de gallardos jóvenes, concertaron una justa y desafío, en donde mostrase cada cual su valor y destreza. El doctor Cristóbal Suárez de Figueroa, dice (2) que estas fiestas las mandó celebrar don García, para solemnizar la noticia que se recibió en Chile, de la coronación del rey Felipe II en virtud de la renuncia, que en Bruselas hizo en él el emperador Carlos V su padre. «Hubo (añade Figueroa) entre otros regocijos, Estafermo, á que salieron muchos armados. Sobre quien había herido en mejor lugar, hubo diferencia entre don Juan de Pineda y don Alonso de Ercilla, pasando tan adelante, que pusieron mano á las espadas. Desenvainánronse en un instante infinitas de los de á pie, que sin saber la parte que habían de seguir, se confundían unos con otros, creciendo el alboroto con extremo. Esparcióse la voz que había sido desecha para causar motín, y que ya los fingidos émulos le tenían meditado, por haber precedido algunas ocasiones, aunque ligeras. Prendiéronse por orden del general, que para infundir temor entre los demás, los condenó á degollar, sabiendo ser cualquier severidad eficacísima para asegurar la milicia. Sosegóse el tumulto, y hecha información, y hallado que había sido caso improviso de los dos, se revocó la sentencia, etc.

---

(1) Canto XXXVI.

(2) Hechos de D. García Hurtado de Mendoza, cuarto Marqués de Cañete, pág. 103 y 104.

Hace mención de este suceso el mismo Ercilla, y dice expresamente que fué sacado á la plaza á degollar (1).

Turbó la fiesta un caso no pensado,
y la ~~celebridad~~ del juez fué tanta,
que estuve en el tapete, ya entregado
al agudo cuchillo la garganta:
el enorme delito exagerado,
la voz y fama pública lo canta,
que fué solo poner mano á la espada,
nunca sin gran razón desenvainada.

y lo confirma en otro lugar, hablando del mismo caso (2):

Ni digo como al fin por accidente,
del mozo capitán acelerado,
fuí sacado á la plaza injustamente,
á ser públicamente degollado; etc.

De modo que según esta relación, revocó don García la sentencia, estando para ejecutarse. Siguióse después tener gran tiempo preso á don Alonso, para enmendar con éste el primer yerro, como él asegura (3), sucediendo á la prisión un trabajoso destierro; mas no por eso faltó en ninguna acción, ni asaltos de plazas, que después se ofrecieran. Pero estimulado del agravio que sufrió en la Imperial, salió de Chile, y llegó prósperamente al Callao de Lima, en donde estuvo hasta que llegaron las noticias de las crueldades que ejercía en Venezuela, Lope de Aguirre, y determinándose de ir contra él, llegó á Panamá, en donde supo que habían ya desbaratado y quitado la vida á aquel rebelde (4). Era Lope de Aguirre, un guipuzcoano, natural de Oñate, que viviendo en Lima, fué uno de los cua-

(1) Canto XXXVI.
(2) Canto XXXVII.
(3) Canto XXXVI.
(4) Canto XXXVI.

trocientos hombres que bajo el mando del capitán Pedro de Ursúa, fueron enviados el año de 1559 por el marqués de Cañete, virrey del Perú, á la conquista de los Omegúas; pero rebelándose Aguirre contra su capitán, le quitó la vida, y se hizo reconocer por caudillo de la gente, ejecutando tales crueldades, que justamente le compara Ercilla á Herodes y á Nerón; pues no perdonó á su propia hija. Desbaratóle en Tocuyo Diego García de Paredes, y cortándole la cabeza, le descuartizaron el año de 1561 (1). Por este tiempo padeció Ercilla una larga y extraña enfermedad, convalecido de la cual, tocando en las Terceras, se restituyó á España á los veintinueve años de su edad; de donde á breve tiempo salió para correr la Francia, Italia, Alemania, Silesia, Moravia y Pononia (2). Pero hallándose en Madrid el año de 1570, contrajo matrimonio con doña María Bazan, hija de Gil Sánchez Bazan, y de doña Marquesa de Ugarte, dama de la reina doña Isabel de la Paz, la cual y el emperador Rodulfo, fueron sus padrinos, como dice Esteban de Garibay, citado por don Luis de Salazar (3). Hace mención don Alonso en su *Araucana* de esta señora, alabándola sobre todas las que arrebatado en sueños por Belona, vió juntas en un ameno prado, y deseando ocuparse en canciones amorosas, *me sentí*, dice (4):

con gran gana y codicia de informarme
de aquel asiento y damas tan hermosas,
en especial y sobre todas una,
que vi á sus pies rendida su fortuna.
Era de eterna edad pero mostraba
en su sosiego discreción madura,
y á mirarme parece la inclinaba
su estrella, su destino y mi ventura:

---

(1) Fr. Pedro Simón, parte I de sus *Noticias historiales*, páginas 563 y 564.

(2) Canto XXXVI.

(3) Advertencias históricas, pág. 13.

(4) Canto XVIII.

yo que saber su nombre deseaba,
rendido y entregado á su hermosura,
vi á sus pies una letra que decía:
DEL TRONCO DE BAZAN DOÑA MARÍA.

Si es verdad que don Alonso casó por Enero de 1570, como asegura Garibay, no pudo ser su madrina la reina doña Isabel de la Paz, que murió á cuatro de Octubre de 1568 (1). Acaso quiso decir doña Ana de Austria, cuarta mujer de Felipe II, y hermana de los príncipes Rodulfo y Ernesto, que se criaban en Madrid: de donde llamó al primero Maximiliano II, su padre el año de 1572, para coronarle rey de Hungría en Polonia: el siguiente de 1573, fué coronado rey de Bohemia en Praga, y el de 1576, sucedió á su padre en el Imperio (2). De este emperador fué gentilhombre, don Alonso de Ercilla, y acaso le acompañó en sus viajes en Alemania. Pero por los años de 1580, parece vivía retirado en Madrid, su patria, aunque altamente quejoso de la fortuna. Porque sin embargo de los continuos y penosos servicios que hizo en la milicia y en la casa Real, sin embargo de sus estimables prendas de calidad, de estudios y de ingenio, nada parece medró en la milicia, ni en el palacio, de lo cual se queja abiertamente al mismo rey, diciendo que tuvo siempre la desgracia de navegar contra la corriente de la fortuna; que fueron siempre infructuosos los inmensos trabajos que padeció en su servicio; que el disfavor le tenía arrinconado y reducido á la miseria suma; pero que á lo menos había corrido con honor la carrera de su vida; y aunque destituído de premios, tenía la gloria de haberlos sabido merecer, que es en lo que verdaderamente consisten (3). En los «Avisos para palacio (4), se refiere este caso de nuestro Ercilla,

(1) Cabrera, *Historia de Felipe II*, pág. 504.

(2) Rodrigo Méndez de Silva. *Vida de la Emperatriz Doña María*, pág. 56.

(3) Canto XXXVII.

(4) Impresos á continuación de la *Carta y Guía de casados*, fol. 194.

«Hablando algunas veces á Felipe II, don Alonso de Ercilla y Zúñiga, siendo muy discreto hidalgo, que compuso el poema la *Araucana*, se perdió siempre, sin acertar con lo que quería decir, hasta que conociendo el rey por la noticia que tenía de él que su turbación nacía del respeto con que ponía los ojos en la majestad, le dijo: «Don Alonso, habladme por escrito.» Así lo ejecutó, y el rey le despachó é hizo merced.»

Si don Alonso recibió esta merced, no parece fué suficiente para desarmarle de las razones de sus quejas. Desahuciado fielmente de las esperanzas humanas, recurre á Dios, protestando que había dado sin rienda al mundo al tiempo más florido de su vida (1). Entre otras flaquezas que le remorderían á don Alonso, serían sin duda aquellas mocedades, de que fueron fruto varios hijos que tuvo fuera de matrimonio, (pues legítimo no tuvo ninguno) y que con toda expresión refiere don Luis Salazar, con autoridad de Esteban de Garibay (2): de los cuales la más notable fué doña María Margarita de Zúñiga, dama de la emperatriz doña María, que casó altamente, pues fué su marido don Fadrique de Portugal, señor de las Baronías de Orani, caballerizo mayor de la misma emperatriz, hijo de los condes de Faro y Mira.

No sabemos cuándo murió don Alonso de Ercilla. El año de 1596, le supone vivo el licenciado Mosquera: pues entonces decía, que estaba ocupado en escribir con felicidad las victorias de don Alvaro Bazan, marqués de Santa Cruz, cuyo poema no sabemos si la muerte le dió lugar de finalizar. (3)

Fué don Alvaro de Ercilla, soldado tan valeroso, que sin el auxilio de las letras propias, sustentaría en la posteridad la opinión de sus heróicos hechos; pero floreció tanto en ellas, que parece no necesita de la recomendación de sus proezas para ocupar un lugar distinguido entre los más famosos es-

---

(1) Canto XXXVII.
(2) *Advertencias históricas*, pág. 14.
(3) *Comentario de disciplina militar*, pág. 175.

pañoles: ó antes bien él sólo se basta á sí mismo para hacerse inmortal con la espada y con la pluma, siendo á un mismo tiempo el héroe y el poeta: más dichoso en esto que Aquiles y Alejandro, á quien poco hubieran aprovechado sus heroicidades, si Homero, y los historiadores griegos y latinos, no las hubieran trasladado á la memoria de los hombres; y solo comparable con César, historiador de lo mismo que obraba. Vese esto en su *Araucana*, Poema heroico, que Miguel de Cervantes gradúa de uno de los mejores que hay escritos en lengua castellana, y de una de las ricas prendas de Poesía que tiene España (1): Poema para el cual el humanista Juan de Guzman, llama á don Alonso el Homero Hispano y príncipe de los poetas españoles (2): cuyo libro, dice Andrés Escoto, que leían muchos con asombro, y nunca lo dejaban de las manos (3); y de cuyo autor dijo Vicente Espinel (4):

Que en el heróico verso fué el primero
que honró á su patria y quizá el postrero.

Consta este poema de tres partes; que compuso, como él dice, escribiendo de noche lo que obraba de día. Imprimió al principio la primera parte solamente: añadió después la segunda, y ambas las dió á luz el año de 1578 en 4, y habiendo escrito la tercera, publicó las tres el de 1590 en 8. Es su argumento las guerras, que con su obstinación temeraria, sustentaron los Araucanos, para defender su rebelión contra su rey don Felipe II, en cuya relación guardó don Alonso la más escrupulosa puntualidad; porque se propuso caminar siempre por el rigor de la verdad, como él advierte (5). Y como las batallas y sucesos de la guerra, son tan parecidos, solo la fuerza de su invención pudo lo-

(1) *Historia de Don Quijote*, tom. 1, cap. 6.
(2) *Convite de Oradores*. Conv. VI, y VIII.
(3) Bibl. Hisp. vet. *Fortunius García*.
(4) Casa de la Memoria.
(5) Prólogo de la parte II.

grar referir con grata variedad, unos sucesos uniformes, y dar bulto y cuerpo agigantado á unos acaecimientos, cuyos autores, especialmente de parte de los Araucanos eran unos personajes particulares, desconocidos y agrestes. Así llegó sin fingir á dar á su poesía toda la gracia, á que otros poetas no pudieron arribar sin el auxilio de las ficciones, porque el fingir es fácil; y difícil dar á una historia verdadera todo el atractivo de que es capaz la fábula. Sin embargo, en varios episodios que introduce para amenizar la esterilidad de unos libros de materia tan áspera, que desde el principio hasta el fin no contienen sino una misma cosa (1), se echa de ver la fecundidad de su invención, especialmente en el del mago Fiton. Llégase á esto la magnificencia del estilo, la majestad del numen, la alocución, la abundancia admirable de sentencias: todo lo cual constituye á don Alonso un segundo Lucano español, tanto más digno de admiración cuanto que al poeta cordobés le suministraban materia más copiosa y sublime la misma elevación de los héroes, y la grandeza de las guerras, de cuyo destino dependía el señorío del universo: en lugar que el porfiado empeño de los Araucanos solo tenía por objeto, como dice Ercilla (2) «defender unos terrones secos, y campos incultos y pedregosos.» Y aunque el todo del poema es maravilloso; pero algunas partes de él son inimitables. La arenga de Colocolo, tan celebrada por el autor de la Henriada, es preferida justamente por otro escritor al discurso con que Nestor intenta al principio de la Iliada concordar los ánimos de Aquiles y Agamenun desavenidos por la posesión de la cautiva (3).

En el estilo no obstante de la Araucana, siempre por otra parte propio y enérgico, se notan algunos vocablos nuevos, usados por Ercilla, obligado de la ley del consonante: como son lena, fida, libidino, soledosa. El citado autor de la Escuela de Literatu-

(1) Prólogo de la parte II.
(2) Prólogo de la parte II.
(3) *École de Litterature*, tomo primero, pág.

ra, nota este poema de prolijo, y el doctor Suarez de Figueroa, de acéfalo. Así continúa el fragmento que alegamos arriba sobre el caso de haber mandado degollar á Ercilla don García Hurtado de Mendoza: «El conveniente rigor con que don Alonso fué tratado causó el silencio, en que procuró sepultar las inclitas hazañas de don García. Escribió en verso las guerras de Arauco, introduciendo siempre en ellas un cuerpo sin cabeza, esto es, un ejército sin memoria de general. Ingrato á muchos favores que había recibido de su mano, le dejó en borrón, sin pintarle con los vivos colores que era justo: como si se pudiera ocultar en el mundo el valor, virtud, providencia, autoridad y buena dicha de aquel caballero, que acompañó siempre los dichos con los hechos, siendo en él admirables unos y otros. Tanto pudo la pasión, que quedó casi como apócrifa en la opinión de las gentes la historia, que llegara á lo sumo de verdadera, escribiéndose como debía, etc.»

Imputa Suárez á Ercilla tres defectos: Primero, que calló á don García Hurtado de Mendoza en su Araucana. Segundo, que este silencio prosiguió de la ingratitud de su ánimo, obligado por otra parte de muchos favores que había recibido de su mano. Tercero, que su historia quedó como apócrifa.

Mas en descargo de estas acusaciones debe decirse, que ninguno de los sucesos que se refieren en la primera parte de Araucana, que es la principal del poema, tuvo intervención alguna don García; porque pasaron bajo el mando de Pedro de Valdivia, conquistador del Arauco, y de Francisco de Villagran, que por su muerte quedó por gobernador y capitán de aquella tierra. Con que ninguna injuria se hace á don García Hurtado de Mendoza, en callar su nombre en el discurso de unas guerras, en que él no se halló. Su ejercicio de capitán general, intervino en los sucesos que se refieren en la segunda parte, y en parte de la tercera. Y aquí no es tanta verdad, como exagera el doctor Suárez, que suprime su nombre, pues repetidas veces hace expresa mención de él, represen-

tándole como cabeza de las tropas que militaban en Chile (1). Con cuya memoria desaparece el silencio, de que el historiador del marqués de Cañete culpa al autor de la Araucana. Y por otra parte, si don Alonso de Ercilla recibió muchos favores de mano de don García, no los menciona Suárez, ni á nosotros nos consta otra cosa, sino que refiriendo su historiador los cargos, que en una ocasión distribuyó en diferentes soldados (2), quedó excluído don Alonso: ni nos persuadimos que entre aquellos favores cuenta el de haberle sentenciado el marqués á ser degollado pública é injustamente. Con que queda Ercilla desobligado á su decantado protector, y libre del vicio de la ingratitud, tan ajeno de generosidad de su condición. Menos razón tiene el doctor Figueroa, ó por mejor decir, más injuria hace á don Alonso, en poner nota en la fe de su historia, el cual tantas veces protesta al rey Felipe II, que es incontestable la verdad de los hechos que refiere de las guerras de Arauco, parte de los cuales oyó á personas fidedignas, que se hallaron en ellos, y parte de que él fué testigo ocular. Y en el efecto así lo ha creído siempre los historiadores, que después trataron de ellas; y el P. Ovalle con especialidad confirma su historia frecuentemente con el contexto de la Araucana. Pero si el marqués de Cañete tuvo algún sentimiento de que don Alonso no hablase de él con tanta frecuencia, ya procuró desagraviarle el Licenciado Pedro de Oña natural de Chile, en su Arauco domado, que escribió, como él dice (3), para corregir el silencio de Ercilla. En efecto se oyen celebrados con frecuencia los ilustres hechos del valeroso y prudente virrey del Perú; pero con tan poca dicha, que más gloriosos serán en la memoria de los hombres por las ocasiones en que nuestro Ercilla menciona sus heroicas prendas y oficio, que

(1) Parte I. Canto XIII. Parte II, Canto XVII, XXI XXV, XXXIV y XXXV.

(2) *Hechos de Don Garcia Hurtado de Mendoza,* pág. 61.

(3) Exordio de la primera parte.

por la afectada repetición con que Oña los inculca; y si solamente vivieron por su pluma, ya hubieran seguido la suerte del poema que los contiene, y se vieran olvidados y desestimados. Pues aunque el poeta del *Arauco domado* muestra natural y fácil vena, carece por lo común de la elevación y dignidad de la Epopeya, é incurre muchas veces en manifiestas puerilidades, y otras deja correr la pluma licenciosamente (1).

Estos y otros defectos quiere disculpar el autor, alegando por excusa inadmisible la brevedad del tiempo, y la prisa extraordinaria que le daban, según se queja en la siguiente octava, que se halla antes del medio del Canto VIII.

En obra de tres meses que han *corrido*,
que yo también *corrido* hasta este canto:
mirad si para haber *corrido* tanto,
es mucho no ir el verso tan *corrido*:
Mas yo con él quedara bien *corrido*,
si no *corriera* todo lo que canto,
derecho á *socorrerse* de un Mecenas,
que bien hará *correr* las cojas venas.

---

(1) Canto V y VI.

# LA ARAUCANA

## CANTO I

El cual declara el asiento y descripción de la provincia de Chile, y Estado del Arauco, con las costumbres y modos de guerra que los naturales tienen: y así mismo trata en suma de la entrada y conquista que los españoles hicieron hasta que Arauco se comenzó á rebelar.

No las damas, amor, no gentilezas
de caballeros canto enamorados,
ni las muestras, regalos y ternezas
de amorosos afectos y cuidados:
mas el valor, los hechos, las proezas
de aquellos españoles esforzados,
que á la cerviz de Arauco no domada
pusieron duro yugo por la espada.

Cosas diré también harto notables
de gente que á ningún rey obedecen,
temerarias empresas memorables
que celebrarse con razón merecen:
raras industrias, términos loables
que más los españoles engrandecen:
pues no es el vencedor más estimado
de aquello en que el vencido es reputado.

Suplícoos, gran Felipe, que mirada
esta labor, de vos sea recibida,
que de todo valor necesitada,
queda con darse á vos favorecida:
es relación sin corromper sacada
de la verdad cortada á su medida,

no despreciéis el don, aunque tan pobre,
para que autoridad mi verso cobre.

Quiero á Señor tan alto dedicarlo,
porque este atrevimiento lo sostenga,
tomando esta manera de ilustrarlo,
para que quien lo viere en más lo tenga:
y si esto no bastare á no tacharlo,
á lo menos confuso se detenga,
pensando que pues va á vos dirigido,
que debe de llevar algo escondido.

Y haberme en vuestra casa yo criado,
¡qué crédito me dá por otra parte!
hará mi torpe estilo delicado,
y lo que va sin orden, lleno de arte:
así de tantas cosas animado
la pluma entregaré al furor de Marte:
dad orejas, señor, á lo que digo,
que soy de parte de ello buen testigo.

Chile, fértil provincia y señalada
en la región Antártica famosa,
de remotas naciones respetada
por fuerte, principal y poderosa;
la gente que produce es tan granada,
tan soberbia, gallarda y belicosa
que no ha sido por rey jamás regida,
ni á estranjero dominio sometida.

Es Chile Norte Sur de gran longura,
costa del nuevo mar del Sur llamado,
tendrá del Leste á Oeste de angostura
cien millas por lo más ancho tomado:
bajo del Polo Antártico en altura
de veintisiete grados prolongado
hasta dó el mar Océano y Chileno
mezclan sus aguas por angosto seno.

Y estos dos anchos mares que pretenden
pasando de sus términos juntarse,
baten las rocas, y sus olas tienden,

mas ésles impedido el allegarse:
por esta parte al fin la tierra hienden,
y pueden por aquí comunicarse,
Magallanes, Señor, fué el primer hombre
que abriendo este camino, le dió nombre.

Por falta de pilotos, ó encubierta
causa, quizá importante y no sabida
esta secreta senda descubierta
quedó para nosotros escondida,
ora sea yerro de la altura cierta,
ora que alguna isleta removida
del tempestuoso mar y viento airado
encallando en la boca, la ha cerrado.

Digo que Norte Sur corre la tierra,
y báñala del Oeste la marina;
á la banda del Leste va una sierra
que el mismo rumbo mil leguas camina:
en medio es donde el punto de la guerra
por uso y ejercicio más se afina:
Venus y Amor aquí no alcanzan parte,
solo domina el iracundo Marte.

Pues en este distrito demarcado
por donde su grandeza es manifiesta,
está á treinta y seis grados el estado
que tanta sangre ajena y propia cuesta:
este es el fiero pueblo no domado
que tuvo á Chile en tal estrecho puesta,
y aquel que por valor y pura guerra
hace en torno temblar toda la tierra.

Es Arauco, que basta, el tal sujeto
lo más deste gran término tenía
con tanta fama, crédito y conceto,
que de un polo al otro se extendía:
y puso al español en tal aprieto
cual presto se verá en la carta mía:
veinte leguas contienen sus mojones,
poséenla dieciséis fuertes varones.

De dieciséis caciques y señores
es el soberbio estado poseído,
en militar estudio los mejores
que de bárbaras madres han nacido:
reparo de su patria y defensores,
ninguno en el gobierno preferido:
otros caciques, hay, mas por valientes
son éstos en mandar los preeminentes.

Solo al señor de imposición le viene
servicio personal de sus vasallos,
y en cualquiera ocasión cuando conviene
puede por fuerza al débito apremiallos:
pero así obligación el señor tiene
en las cosas de guerra doctrinallos
con tal uso, cuidado y disciplina,
que son maestros después desta doctrina.

En lo que usan los niños no teniendo
habilidad y fuerza provechosa,
es que un trecho seguido han de ir corriendo
por una áspera cuesta pedregosa:
y al puesto y fin del curso revolviendo,
le dan al vencedor alguna cosa;
vienen á ser tan sueltos y alentados,
que alcanzan por aliento los venados.

Y desde la niñez al ejercicio
los apremian por fuerza y los incitan,
y en el bélico estudio y duro oficio
entrando en más edad los ejercitan:
si alguno de flaqueza da un indicio,
del uso militar lo inhabilitan
y el que sale en las armas señalado
conforme á su valor le dan el grado.

Los cargos de la guerra y preeminencia
no son por flacos medios proveidos,
ni van por calidad, ni por herencia,
ni por hacienda, y ser mejor nacidos:
mas la virtud del brazo y la excelencia,
esta hace los hombres preferidos,

esta ilustra, habilita, perficiona,
y quilata el valor de la persona.

Los que están á la guerra dedicados
no son á otro servicio constreñidos,
del trabajo y labranza reservados,
y de la gente baja mantenidos:
pero son por las leyes obligados
de estar á punto de armas proveídos,
y á saber diestramente gobernallas
en las lícitas guerras y batallas.

Las armas dellos más ejercitadas
son picas, alabardas y lanzones,
con otras puntas largas enhastadas
de la fación y forma de punzones:
hachas, martillos, mazas barreadas,
dardos, sargentas, flechas y bastones,
lazos de fuertes mimbres y bejucos,
tiros arrojadizos y trabucos.

Algunas destas armas han tomado
de los cristianos nuevamente agora;
que el continuo ejercicio y el cuidado
enseña y aprovecha cada hora:
y otras según los tiempos inventado;
que es la necesidad grande inventora,
y el trabajo solícito en las cosas
maestro de invenciones ingeniosas.

Tienen fuertes y dobles coseletes,
arma común á todos los soldados,
y otros á la manera de sayetes,
que son aunque modernos, más usados:
grevas, brazales, golas, capacetes
de diversas hechuras encajados,
hechos de piel curtido y duro cuero,
que no basta á ofenderle el fino acero.

Cada soldado una arma solamente
ha de aprender, y en ella ejercitarse;
y es aquella á que más naturalmente

en la niñez mostrare aficionarse:
desta sola procura diestramente
saberse aprovechar, y no empacharse
en jugar de la pica, el que es flechero,
ni de la maza y flechas el piquero.

Hacen su campo, y muéstranse enformados
escuadrones distintos muy enteros,
cada hila de más de cien soldados,
entre una pica y otra los flecheros,
que de lejos ofenden desmandados
bajo la protección de los piqueros,
que van hombro con hombro, como digo,
hasta medir á pica al enemigo.

Si el escuadrón primero que acomete,
por fuerza viene á ser desbaratado;
tan presto á socorrerle otro se mete,
que casi no da tiempo á ser notado:
si aquel se desbarata, otro arremete,
y estando ya el primero reformado,
moverse de su término no puede,
hasta ver lo que al otro le sucede.

De pantanos procuran guarnecerse
por el daño y temor de los caballos;
donde suelen á veces acogerse,
si viene á suceder desbaratallos:
allí pueden seguros rehacerse,
ofenden sin que puedan enojallos,
que el falso sitio, y gran inconveniente
impide la llegada á nuestra gente.

Del escuadrón se van adelantando
los bárbaros que son sobresalientes,
soberbios cielo y tierra despreciando,
ganosos de estremarse por valientes:
las picas por los cuentos arrastrando,
poniéndose en posturas diferentes,
diciendo: si hay valiente algún cristiano,
salga luego adelante mano á mano.

Hasta treinta, ó cuarenta en compañía
ambiciosos de crédito y loores
vienen con grande orgullo y bizarría
al son de presurosos atambores;
las armas matizadas á porfía
con varios y finísimos colores,
de poblados penachos adornados,
saltando acá y allá por todos lados.

Hacen fuerzas ó fuertes cuando entienden
ser el lugar y sitio en su provecho,
ó si ocupar un término pretenden,
ó por algún aprieto y grande estrecho:
de dó más á su salvo se defienden,
y salen de rebato á caso hecho,
recogiéndose á tiempo al sitio fuerte
que su forma y hechura es desta suerte.

Señalado el lugar, hecha la traza,
de poderosos árboles labrados
cercan una cuadrada y ancha plaza
en valientes estacas afirmados,
que á los de fuera impide y embaraza
la entrada y combatir, porque guardados
del muro los de dentro, fácilmente
de mucha se defiende poca gente.

Solían antiguamente de tablones
hacer dentro del fuerte otro apartado,
puestos de trecho en trecho unos troncones,
con los cuales el muro iba fijado
con cuatro levantados torreones
á caballo del primer cercado,
de pequeñas troneras lleno el muro
para jugar sin miedo y más seguro,

En torno desta plaza poco trecho
cercan de espesos hoyos por defuera,
cual es largo, cual ancho, cual estrecho,
y así van sin faltar desta manera:
para el incauto mozo que de hecho

apresura el caballo en la carrera
tras el astuto bárbaro engañoso,
que le mete en el cerco peligroso.

También suelen hacer hoyos mayores
con estacas agudas en el suelo,
cubiertos de carrizo, yerba y flores,
porque pueden picar más sin recelo:
allí los indiscretos corredores,
teniendo solo por remedio el cielo,
se sumen dentro, y quedan aterrados
en las agudas puntas estacados.

De consejo y acuerdo una manera
tienen de tiempo antiguo acostumbrada,
que es hacer un convite y borrachera
cuando sucede cosa señalada:
y así á cualquier señor que la primera
nueva de tal suceso le es llegada,
despacha con presteza embajadores
á todos los Caciques y Señores.

Haciéndoles saber, como se ofrece
necesidad y tiempo de juntarse,
pues á todos les toca y pertenece,
que es bien con brevedad comunicarse:
según el caso, así se lo encarece,
y el daño que se sigue dilatarse,
lo cual visto que á todos les conviene,
ninguno venir puede que no viene.

Juntos pues los Caciques del senado
propóneles el caso nuevamente,
el cual por ellos visto y ponderado
se trata del remedio conveniente:
y resueltos en uno y decretado,
si alguno de opinión es diferente,
no puede en cuanto al débito eximirse,
que allí la mayor voz ha de seguirse.

Después que cosa en contra no se halla,
se va el nuevo decreto declarando

por la gente común y de canalla,
que alguna novedad está aguardando;
si viene á averiguarse por batalla,
con gran rubor lo van manifestando
de trompas y atambores altamente,
porque á noticia venga de la gente.

Tienen un plazo puesto y señalado,
para se ver sobre ello y remirarse,
tres días se han de haber ratificado
en la definición sin retractarse;
y el franco y libre término pasado,
es de ley imposible revocarse,
y así como forzoso acaecimiento,
se disponen al nuevo movimiento.

Hácese este concilio en un gracioso
asiento en mil florestas escogido,
donde se muestra el campo más hermoso
de infinidad de flores guarnecido:
allí de un viento fresco y amoroso
los árboles se mueven con ruído,
cruzando muchas veces por el prado
un claro arroyo límpio y sosegado.

Do una fresca y altísima alameda
por orden y artificio tienen puesta
entorno de la plaza y ancha rueda,
capaz de cualquier junta y grande fiesta,
que convida á descanso, y al sol veda
la entrada y paso en la enojosa siesta,
allí se oye la dulce melodía
del canto de las aves y armonía.

Gente es sin Dios, ni ley, aunque respeta
á aquel que fué del cielo derribado,
que como á poderoso y gran profeta
es siempre en sus cantares celebrado:
invocar su furor con falsa seta,
y á todos sus negocios es llamado,
teniendo cuanto dice por seguro
del próspero suceso, ó mal futuro.

Y cuando quieren dar una batalla,
con él lo comunican en su rito,
sino responde bien, dejan de dalla,
aunque más les insista el apetito:
caso grave y negocio no se halla
do no sea convocado este maldito;
llámanle Eponamon, y comunmente
dan este nombre á alguno si es valiente.

Usan el falso oficio de hechiceros,
ciencia á que naturalmente se inclinan,
en señales mirando y en agüeros
por las cuales sus cosas determinan:
veneran á los necios agoreros
que los casos futuros adivinan,
el agüero acrecienta su osadía,
y les infunde miedo y cobardía.

Algunos destos son predicadores
tenidos en sagrada reverencia,
que solo se mantienen de loores,
y guardan vida estrecha y abstinencia:
estos son los que ponen en errores
al liviano común con su elocuencia,
teniendo por tan cierta su locura,
como nos la evangélica escritura.

Y estos que guardan orden algo estrecho
no tienen ley, ni Dios, ni que hay pecados;
mas solo aquel vivir les aprovecha
de ser por sabios hombres reputados:
pero la espada, lanza, el arco, y flecha
tienen por mejor ciencia otros soldados,
diciendo que el agüero alegre, ó triste
en la fuerza y el ánimo consiste.

En fin el hado, y clima desta tierra,
si su estrella y pronóstico se miran,
es contienda, furor, discordia, guerra,
y á solo esto los ánimos aspiran:
todo su bien y mal aquí se encierra,

son hombres que de súbito se aíran,
de condición feroces, impacientes,
amigos de domar extrañas gentes.

Son de gestos robustos, desbarbados,
bien formados los cuerpos y crecidos,
espaldas grandes, pechos levantados,
recios miembros, de nervios bien fornidos:
ágiles, desenvueltos, alentados,
animosos, valientes, atrevidos,
duros en el trabajo y sufridores
de fríos mortales, hambres y calores.

No ha habido rey jamás que sujetase
esta soberbia gente libertada,
ni extranjera nación que se jactase
de haber dado en sus términos pisada,
ni comarcana tierra que se osase
mover en contra y levantar espada,
siempre fué exenta, indómita, temida,
de leyes libre, y de cerviz erguida.

El potente rey Inga aventajado
en todas las antárticas regiones,
fué un Señor en extremo aficionado
á ver y conquistar nuevas naciones,
y por la gran noticia del estado
á Chile despachó sus orejones;
mas la parlera fama de esta gente
la sangre les templó, y ánimo ardiente.

Pero los nobles Ingas valerosos
los despoblados ásperos rompieron,
y en Chile algunos pueblos belicosos
por fuerza á servidumbre los trujeron,
á do leyes y edictos trabajosos
con dura mano armada introdujeron,
haciéndolos con fueros disolutos
pagar grandes subsidios y tributos.

Dado asiento en la tierra, y reformado
el campo con ejército pujante,

en demanda del reino deseado
movieron sus escuadras adelante:
no hubieron muchas millas caminado,
cuando entendieron que era semejante
el valor á la fama que alcanzada
tenía el pueblo Araucano por la espada.

Los Promaucaes de Maule que supieron
el vano intento de los Ingas vanos,
al paso y duro encuentro les salieron,
no menos en buen orden que lozanos:
y las cosas de suerte sucedieron,
que llegando estas gentes á las manos
murieron infinitos orejones,
perdiendo el campo y todos los pendones.

Los Indios Promaucaes es una gente,
que está cien millas antes del estado,
brava, soberbia, próspera y valiente,
que bien los españoles la han robado:
pero con cuanto digo es diferente
de la fiera nación, que cotejado
el valor de las armas y excelencia,
es grande la ventaja y diferencia.

Los Ingas que la fuerza conocían
que en la provincia indómita se encierra,
y cuan poco á los brazos ganarían
llevada al cabo la empezada guerra:
visto el errado intento que traían,
desamparando la ganada tierra,
volvieron á los pueblos que dejaron,
donde por algún tiemo reposaron.

Pues don Diego de Almagro, Adelantado,
que en otras mil conquistas se había visto,
por sabio en todas ellas reputado,
animoso, valiente, franco y quisto,
á Chile caminó determinado,
de extender y ensanchar la fe de Cristo:
pero en llegando al fin deste camino,
dar en breve la vuelta le convino.

A solo el dé Valdivia esta victoria
con justa y gran razón le fué otorgada,
y es bien que se celebre su memoria,
pues pudo adelantar tanto su espada:
éste alcanzó en Arauco aquella gloria
que de nadie hasta allí fuera alcanzada:
la altiva gente al grave yugo trujo
y en opresión la libertad redujo.

Con una espada y capa solamente
ayudado de industria que tenía,
hizo con brevedad de buena gente
una lucida y gruesa compañía;
y con designio y ánimo valiente
toma de Chile la derecha vía,
resuelto en acabar desta salida
la demanda difícil, ó la vida.

Vióse en el largo y áspero camino
por la hambre, sed y frío en gran estrecho;
pero con la constancia que convino
puso al trabajo el animoso pecho:
y el diestro hado y próspero destino
en Chile le metieron, á despecho
de cuantos estorbarlo procuraron,
que en su daño las armas levantaron.

Tuvo á la entrada con aquellas gentes
batallas y rencuentros peligrosos
en tiempos y lugares diferentes,
que estuvieron los fines muy dudosos;
pero al cabo por fuerza los valientes
españoles con brazos valerosos,
siguiendo el hado y con rigor la guerra,
ocuparon gran parte de la tierra.

No sin gran riesgo y pérdidas de vidas
asediados seis años sostuvieron,
y de incultas raíces desabridas
los trabajados cuerpos mantuvieron,
do á las bárbaras armas oprimidas

á la española devoción trujeron
por ánimo constante y raras pruebas,
criando en los trabajos fuerzas nuevas.

Después entró Valdivia conquistando
con esfuerzo y espada rigurosa,
los Promaucaes por fuerza sujetando,
Curios, Cauquenes, gente belicosa:
y el Maule, y raudo Itata atravesando,
llegó al Andalien, do la famosa
ciudad fundó de muros levantada,
felice en poco tiempo, y desdichada.

Una batalla tuvo aquí sangrienta,
donde á punto llegó de ser perdido;
pero Dios le acorrió en aquella afrenta,
que todas las demás le había acorrido:
otros dello darán más larga cuenta,
que les está este cargo cometido:
allí fué preso el bárbaro Aynavillo,
honor de los Pencones y caudillo.

De allí llegó el famoso Biobío
el cual divide á Penco del estado,
que del Nibiqueten, copioso río,
y de otros viene al mar acompañado;
de donde con presteza y nuevo brío,
en orden buena y escuadrón formado
pasó de Andalican la áspera sierra,
pisando la Araucana y fértil tierra.

No quiero detenerme más en esto,
pues que no es mi intención dar pesadumbre,
y así pienso pasar por todo presto,
huyendo de importunos la costumbre;
digo con tal intento y presupuesto,
que antes que los de Arauco á servidumbre
viniesen, fueron tantas las batallas,
que dejo de prolijas de contallas.

Ayudó mucho el ignorante engaño
de ver en animales corregidos

hombres, que por milagro y caso extraño
de la región celeste eran venidos:
y del súbito estruendo y grave daño
de los tiros de pólvora sentidos,
como á inmortales dioses los temían
que con ardientes rayos combatían.

Los españoles hechos hazañosos
el error confirmaban de inmortales,
afirmando los más supersticiosos
por los presentes los futuros males:
y así tibios, suspensos y dudosos
viendo de su opresión claras señales,
debajo de hermandad y fe jurada
dió Arauco la obediencia jamás dada.

Dejando allí el seguro suficiente
adelante los nuestros caminaron;
pero todas las tierras llanamente
viendo á Arauco sujeta se entregaron:
y reduciendo á su opinión gran gente,
siete ciudades prósperas fundaron,
Coquimbo, Pénco, Angól, y Santiago,
la Imperial, Villarica, y la del Lago.

El felice suceso, la victoria,
la fama, y posesiones que adquirían
los trujo á tal soberbia y vanagloria,
que en mil leguas diez hombres no cabían:
sin pasarles jamás por la memoria,
que en siete pies de tierra al fin habían
de venir á caber sus hinchazones,
su gloria vana y vanas pretensiones.

Crecían los intereses y malicia
á costa del sudor y daño ajeno,
y la hambrienta y mísera codicia
con libertad paciendo iba sin freno:
la ley, derecho, el fuero y la justicia
ero lo que Valdivia había por bueno,
remiso en graves culpas y piadoso,
y en los casos livianos riguroso.

Así el ingrato pueblo castellano
en mal y estimación iba creciendo,
y siguiendo el soberbio intento vano,
tras su fortuna próspera corriendo:
pero el padre del cielo soberano
atajó este camino, permitiendo
que aquel á quien él mismo puso el yugo,
fuese el cuchillo y áspero verdugo.

El estado Araucano acostumbrado
á dar leyes, mandar, y ser temido,
viéndose de su trono derribado,
y de mortales hombres oprimido,
de adquirir libertad determinado,
reprobando el subsidio padecido,
acude al ejercicio de la espada
ya por la paz ociosa desusada.

Dieron señal primero y nuevo tiento,
por ver con qué rigor se tomaría,
en dos soldados nuestros, que á tormento
mataron sin razón y causa un día:
disimulóse aquel atrevimiento,
y con esto crecióles la osadía,
no aguardando á más tiempo abiertamente,
comienzan á llamar, y juntar gente.

Principio fué del daño no pensado
el no tomar Valdivia presta enmienda
con ejemplar castigo del estado;
pero nadie castiga en su hacienda.
El pueblo sin temor desvergonzado
con nueva libertad rompe la rienda
del homenaje hecho y la promesa,
como el segundo canto aquí lo expresa.

## CANTO II

Pónese la discordia que entre los caciques de Arauco hubo sobre la elección de capitán general, y el medio que se tomó por el consejo del cacique Colocolo, con la entrada que por engaño los bárbaros hicieron en la casa fuerte de Tucapel, y la batalla que con los españoles tuvieron.

Muchos hay en el mundo que han llegado
á la engañosa alteza desta vida:
que fortuna los ha siempre ayudado,
y dádoles la mano á la subida,
para después de haberlos levantado,
derribarlos con mísera caída,
cuando es menor el golpe y sentimiento,
y menos al pensar que hay mudamiento.

No entienden con la próspera bonanza
que el contento es principio de tristeza,
no miran en la súbita bonanza
del consumidor tiempo y su presteza;
mas con altiva y vana confianza
qieren que en su fortuna haya firmeza,
la cual de su aspereza no olvidada
revuelve con la vuelta acostumbrada.

Con un revés de todo se desquita,
que no quiere que nadie se le atreva;
y mucho más que da, siempre les quita,

no perdonando cosa vieja y nueva:
de crédito y de honor los necesita;
que en el fin de la vida está la prueba,
por el cual han de ser todos juzgados
aunque lleven principios acertados.

¿Del bien perdido al cabo que nos queda,
sino pena, dolor y pesadumbre?
pensar que en él fortuna ha de estar queda
antes dejará el sol de darnos lumbre:
que no es su condición fijar la rueda,
y es malo de mudar vieja costumbre.
El más seguro bien de la fortuna
es no haberla tenido vez alguna.

Esto verse podrá por esta historia,
ejemplo dello aquí puede sacarse,
que no bastó riqueza, honor y gloria,
con todo el bien que puede desearse,
á llevar adelante la victoria;
que el claro cielo al fin vino á turbarse;
mudando la fortuna en triste estado
el curso y orden próspero del hado.

Le gente nuestra ingrata se hallaba
en la prosperidad que arriba cuento,
y en otro mayor bien que me olvidaba,
hallado en pocas cosas, que es contento:
de tal manera en él se descuidaba,
cierta señal de triste acaecimiento,
que en una hora perdió el honor y estado
que en mil años de afán había ganado.

Por dioses, como dije, eran tenidos
de los Indios los nuestros; pero olieron
que de mujer y hombre eran nacidos,
y todas sus flaquezas entendieron,
viéndolas á miserias sometidos
el error ignorante conocieron,
ardiendo en viva rabia avergonzados,
por verse de mortales conquistados.

No queriendo á más plazo diferirlo,
entre ellos comenzó luego á tratarse,
que para en breve tiempo concluirlo
y dar el modo y orden de vengarse,
se junten á consulta á decidirlo:
do venga la sentencia á pronunciarse
dura, ejemplar, cruel, irrevocable,
horrenda á todo el mundo, y espantable.

Iban ya los caciques ocupando
los campos con la gente que marchaba:
y no fué menester general bando,
que el deseo de la guerra los llamaba
sin promesas ni pagas, deseando
el esperado tiempo que tardaba
para el decreto y áspero castigo
con muerte y destrucción del enemigo.

De algunos que en la junta se hallaron
es bien que haya memoria de sus nombres,
que siendo incultos bárbaros ganaron
con no poca razón claros renombres,
pues en tan breve término alcanzaron
grandes victorias de notables hombres,
que dellas darán fe los que vivieren,
y los muertos allá donde estuvieren.

Tucapel se llamaba aquel primero
que al plazo señalado había venido;
éste fué de cristianos carnicero,
siempre en su enemistad endurecido:
tiene tres mil vasallos el guerrero,
de todos como rey obedecido.
Ongól luego llegó, mozo valiente,
gobierna cuatro mil lucida gente.

Cayocupil cacique bullicioso
no fué el postrero que dejó su tierra,
que allí llegó el tercero deseoso
de hacer á todo el mundo él solo guerra:
tres mil vasallos tiene este famoso,

usados tras las fieras en la sierra.
Millarapué aunque viejo el cuarto vino,
que cinco mil gobierna de contino.

Paycabí se juntó aquel mismo día,
tres mil diestros soldados señorea:
no lejos Lemolémo dél venía
que tiene seis mil hombres de pelea.
Mareguano, Gualemo, y Lebopía
se dan prisa á llegar, porque se vea,
que quieren ser en todo los primeros:
gobiernan estos tres, tres mil guerreros.

No se tardó en venir pues Elicura
que al tiempo y plazo puesto había llegado,
de gran cuerpo, robusto en la hechura,
por uno de los fuertes reputado:
dice, que ser sujeto es gran locura
quien seis mil hombres tiene á su mandado.
Luego llegó el anciano Colocolo;
otros tantos á más rige este solo.

Tras éste á la consulta Ongolmo viene
que cuatro mil guerreros gobernaba.
Puren en arribar no se detiene:
seis mil súbditos éste administraba.
Pasados de seis mil, Lincoya tiene,
que bravo y orgulloso ya llegaba,
diestro, gallardo, fiero en el semblante,
de proporción y altura de gigante.

Peteguelen, cacique señalado,
que el gran valle de Arauco le obedece
por natural Señor, y así el estado
este nombre tomó según parece,
como Venecia, pueblo libertado,
que en todo aquel gobierno más florece;
tomando el nombre de él la señoría,
así guarda el estado el nombre hoy día.

Este no se halló personalmente
por estar impedido de cristianos;

pero de seis mil hombres que él valiente
gobierna, naturales Araucanos:
acudió desmandada alguna gente
á ver si es menester mandar las manos.
Caupolican el fuerte no venía,
que toda Pilmayquen le obedecía.

Thomé, y Andalican también vinieron
que eran del Araucano regimiento,
y otros muchos caciques acudieron,
que por no ser prolijo no los cuento.
Todos con leda faz se recibieron,
mostrando en verse juntos gran contento,
después de razonar en su venida,
se comenzó la espléndida comida.

Al tiempo que el beber furioso andaba,
y mal de las tinajas el partido,
de palabra en palabra se llegaba
á encenderse entre todos gran ruido:
la rezón uno de otro no escuchaba
sabida la ocasión do había nacido,
vino sobre cuál era el más valiente,
y digno del gobierno de la gente.

Así creció el furor, que derribando
las mesas de manjares ocupadas,
aguijan á las armas desgajando
las ramas al depósito obligadas;
y dellas se aperciben no cesando
palabras peligrosas y pesadas,
que atizaban la cólera encendida
con el calor del vino y la comida.

El audaz Tucapel claro decía
que el cargo del mandar le pertenece;
pues todo el universo conocía
que si va por valor, que lo merece:
ninguno se me iguala en valentía,
de mostrarlo estoy presto si se ofrece,
añade el jactancioso, á quien quisiere;
y á aquel que esta razón contradijere...

Sin dejarle acabar dijo Elicura:
á mí es dado el gobierno desta danza;
y el simple que intentare otra locura,
ha de probar el hierro de mi lanza.
Ongolmo que el primero ser procura,
dice: yo no he perdido la esperanza
en tanto que este brazo sustentare,
y con él la ferrada gobernare.

De cólera Lincoya y rabia insano,
responde: tratar deso es devaneo,
que ser señor del mundo es en mi mano
si en ella libre este bastón poseo.
Ninguno, dice Angol, será tan vano,
que ponga en igualárseme el deseo:
pues es más el temor que pasaría,
que la gloria que el hecho le daría.

Cayocupil furioso y arrogante
la maza esgrime haciéndose á lo largo,
diciendo: yo veré quién es bastante
á dar de lo que dicho más descargo:
haceos los pretensores adelante,
veremos de cuál dellos es el cargo:
que de probar aquí luego me ofrezco,
que más que todos juntos le merezco.

Alto, sus, que yo acepto el desafío,
responde Lemolemo, y tengo en nada
poner á nueva prueba lo que es mío,
que más quiero librarlo por la espada:
mostraré ser verdad lo que porfío,
á dos, á cuatro, á seis en la estacada;
y si todos cuestión queréis conmigo,
os haré manifiesto lo que digo.

Puren que estaba aparte, habiendo oído
la plática enconosa y rumor grande,
diciendo en medio dellos se ha metido,
que nadie en su presencia se desmande,
¿quién á imaginar es atrevido,

que donde está Puren más otro mande?
La grita y el furor se multiplica,
quien esgrime la maza, y quien la pica.

Thomé y otros caciques se metieron
en medio destos bárbaros de presto,
y con dificultad los departieron;
que no hicieron poco en hacer esto:
de herirse lugar aun no tuvieron,
y en voz airada, ya el temor pospuesto,
Colocolo, el cacique más anciano,
á razonar así tomó la mano.

«Caciques del estado defensores,
»codicia del mandar no me convida
»á pesarme de veros pretensores
»de cosa que á mí tanto era debida;
»porque según mi edad, ya veis, señores,
»que estoy al otro mundo de partida;
»mas el amor que siempre os he mostrado,
»á bien aconsejaros me ha incitado.

»Por qué cargos honrosos pretendemos,
»y ser en opinión grande tenidos,
»pues que negar al mundo no podemos
»haber sido sujetos y vencidos?
»y en esto averiguarnos no queremos
»estando aun de españoles oprimidos:
»mejor fuera esta furia ejecutalla,
»contra el fiero enemigo en la batalla.

»Qué furor es el vuestro ¡oh, Araucanos!
»que á perdición os lleva sin sentillo?
»¿contra vuestras entrañas tenéis manos,
»y no contra el tirano en resistillo?
»¿Teniendo tan á golpe á los cristianos,
»volvéis contra vosotros el cuchillo?
»si gana de morir os ha movido,
»no sea en tan bajo estado y abatido.

»Volved las armas y ánimo furioso
»á los pechos de aquellos que os han puesto

»en dura sujeción con afrentoso
»partido, á todo el mundo manifiesto:
»lanzad de vos el yugo vergonzoso:
»mostrad vuestro valor y fuerza en esto:
»no derraméis la sangre del estado,
»que para redimir nos ha quedado.

»No me pesa de ver la lozanía
»de vuestro corazón, antes me esfuerza;
»mas temo que esta vuestra valentía
»por mal gobierno el buen camino tuerza,
»que vuelta entre nosotros la porfía,
»degolléis vuestra patria con su fuerza:
»cortad, pues, si ha de ser dessa manera,
»esta vieja garganta la primera.

»Que esta flaca persona atormentada
»de golpes de fortuna, no procura
»sino el agudo filo de una espada,
»pues no la acaba tanta desventura:
»aquella vida es bien afortunada,
»que la temprana muerte la asegura:
»pero á nuestro bien público atendiendo,
»quiero decir en esto lo que entiendo.

»Pares sois en valor y fortaleza:
»el cielo os igualó en el nacimiento:
»de linaje, de estado y de riqueza
»hizo á todos igual repartimiento;
»y en singular por ánimo y grandeza
»podéis tener del mundo el regimiento:
»que este precioso don no agradecido
»nos ha el presente término traído.

»En la virtud de vuestro brazo espero
»que puede en breve tiempo remediarse;
»mas ha de haber un capitán primero,
»que todos por él quieran gobernarse;
»este será quien más un gran madero
»sustentare en el hombro sin pararse;
»y pues que sois iguales en la suerte,
»procure cada cual ser el más fuerte.

Ningún hombre dejó de estar atento
oyendo del anciano las razones;
y puesto ya silencio al parlamento
hubo entre ellos diversas opiniones:
al fin de general consentimiento
siguiendo las mejores intenciones,
por todos los caciques acordado
lo propuesto del viejo fué aceptado.

Podría de alguno ser aquí una cosa
que parece sin término notada;
y es, que en una provincia poderosa,
en la milicia tanto ejercitada,
de leyes y ordenanzas abundosa,
no hubiese una cabeza señalada
á quien tocase el mando y regimiento,
sin allegar á tanto rompimiento.

Respondo á esto, que nunca sin caudillo
la tierra estuvo electo del senado,
que, como dije, en Penco el Aynavillo
fué por nuestra nación desbaratado:
y viniendo de paz en un castillo
se dice, aunque no es cierto, que un bocado
le dieron de veneno en la comida,
donde acabó su cargo con la vida.

Pues el madero súbito traído
no me atrevo á decir lo que pesaba:
era un macizo líbano fornido
que con dificultad se rodeaba:
Paycabí le aferró menos sufrido,
y en los valientes hombros le afirmaba;
seis horas lo sostuvo aquel membrudo;
pero llegar á siete jamás pudo.

Cayocupil al tronco aguija presto
de ser el más valiente confiado,
y encima de los altos hombros puesto
lo deja á las cinco horas de cansado,
Gualemo lo probó, joven dispuesto,

mas no pasó de allí; y esto acabado,
Angol el grueso leño tomó luego;
duró seis horas largas en el juego.

Puren tras él lo trujo medio día
y el esforzado Ongolmo más de medio,
y en cuatro horas y media Lebopía,
que de sufrirle más no hubo remedio:
Lemolemo siete horas le traía,
en ella jamás en todo este comedio
dejó de andar acá y allá saltando
hasta que ya el vigor le fué faltando.

Elicura á la prueba se previene,
y en sustentar el líbano trabaja:
á nueve horas dejarle le conviene,
que no pudiera más si fuera paja:
Tucapelo catorce lo sostiene,
encareciendo todos la ventaja;
pero en esto Lincoya apercibido
mudó en un gran silencio aquel ruido.

De los hombros el manto derribando
las terribles espaldas descubría,
y el duro y grave leño levantando,
sobre el fornido asiento le ponía:
corre ligero aquí y allí mostrando
que poco aquella carga le impedía:
era de sol á sol el día pasado,
y el peso sustentaba aun no cansado.

Venía aprisa la noche aborrecida
por la ausencia del sol; pero Diana
les daba claridad con su salida,
mostrándose á tal tiempo más lozana:
Lincoya con la carga no convida,
aunque ya despuntaba la mañana,
hasta que llegó el sol al medio cielo
que dió con ella entonces en el suelo.

No se vió allí persona en tanta gente
que no quedase atónita de espanto,

creyendo no haber hombre tan potente
que la pesada carga sufra tanto;
la ventaja le daban juntamente
con el gobierno, mando, y todo cuanto
á digno general era debido
hasta allí justamente merecido.

Ufano andaba el bárbaro contento
de haberse más que todos señalado,
cuando Caupolican á aquel asiento
sin gente á la ligera había llegado:
tenía un ojo sin luz de nacimiento
como un fino granate colorado,
pero lo que en la vista le faltaba,
en la fuerza y esfuerzo le sobraba.

Era este noble mozo de alto hecho,
varón de autoridad, grave y severo,
amigo de guardar todo derecho,
áspero, riguroso y justiciero:
de cuerpo grande y relevado pecho:
hábil, diestro, fortísimo y ligero,
sabio, astuto, sagaz, determinado,
y en cosas de repente reportado.

Fué con alegre muestra recibido,
aunque no sé si todos se alegraron:
el caso en esta suma referido
por su término y puntos le contaron.
Viendo que Apolo ya se había escondido
en el profundo mar determinaron
que la prueba de aquél se dilatase
hasta que la esperada luz llegase.

Pasábase la noche en gran porfía,
que causó esta venida entre la gente,
cual se atiene á Lincoya, y cual decía,
que es el Caupolicano más valiente:
apuestas en favor y contra había:
otros, sin apostar, dudosamente
hácia el oriente vueltos aguardaban
si los Febeos caballos asomaban.

Ya la rosada aurora comenzaba
las nubes á bordar de mil labores,
y á la usada labranza despertaba
la miserable gente y labradores:
ya á los marchitos campos restauraba
la frescura perdida y sus colores,
aclarando aquel valle la luz nueva,
cuando Caupolican viene á la prueba.

Con un desdén y muestra confiada
asiendo del tronco duro y nudoso,
como si fuera una vara delicada,
se le pone en el hombro poderoso:
la gente enmudeció maravillada
de ver el fuerte cuerpo tan nervoso:
el color á Lincoya se le muda,
poniendo en su victoria mucha duda.

El bárbaro sagaz despacio andaba;
y á toda prisa entraba el claro día;
el sol las largas sombras acortaba;
mas él nunca decrece en su porfía.
al acaso la luz se retiraba;
ni por eso flaqueza en él había;
las estrellas se muestran claramente;
y no muestra cansancio aquel valiente.

Salió la clara luna á ver la fiesta,
del tenebroso albergue húmedo y frío,
desocupando el campo y la floresta
de un negro velo lóbrego y sombrío:
Caupolican no afloja de su apuesta;
antes con nueva fuerza y mayor brío
se mueve y representa de manera
como si peso alguno no trujera.

Por entre dos altísimos ejidos
la esposa de Titon ya parecía,
los dorados cabellos esparcidos
que de la fresca helada sacudía,
con que á los mustios prados florecidos

con él húmedo humor reverdecía
y quedaba engastado así en las flores,
cual perlas entre piedras de colores.

El carro de Faeton sale corriendo
del mar por el camino acostumbrado:
sus sombras van los montes recogiendo
de la vista del sol y el esforzado
varón el grave peso sosteniendo,
acá y allá se mueve no cansado,
aunque otra vez la nueva sombra espesa
tornaba á aparecer corriendo apriesa.

La luna su salida provechosa
por un espacio largo dilataba:
al fin turbia, encendida y perezosa,
de rostro y luz escasa se mostraba:
paróse al medio curso más hermosa
á ver la extraña prueba en qué paraba;
y viéndole en el punto y ser primero,
se derribó en el ártico hemisfero.

Y el bárbaro en el hombro la gran viga
sin muestra de mudanza y pesadumbre,
venciendo con esfuerzo la fatiga,
y creciendo la fuerza por costumbre.
Apolo en seguimiento de su amiga
tendido hacia los rayos de su lumbre;
y el hijo de Leocan en el semblante
más firme que al principio y más constante.

Era salido el sol, cuando el enorme
peso de las espaldas despedía,
y un salto dió en lanzándole disforme,
mostrando que aún más ánimo tenía:
el circunstante pueblo en voz conforme
pronunció la sentencia y le decía:
sobre tan firmes hombros descargamos
el peso y grande carga que tomamos.

El nuevo juego y pleito indefinido,
con las más ceremonias que supieron,

por sumo capitán fué recibido,
y á su gobernación se sometieron:
creció en reputación; fué tan temido
y en opinión tan grande le tuvieron,
que ausentes muchas leguas dél temblaban,
y casi como á rey le respetaban.

Es cosa en que mil gentes han parado,
y están en duda muchas hoy en día,
pareciéndoles que esto que he contado,
es alguna ficción ó fantasía;
pues en razón no cabe que un senado
de tan gran disciplina y policía
pusiese una elección de tanto peso
en la robusta fuerza y no en el seso.

Sabed que fué artificio, fué prudencia
del sabio Colocolo que miraba
la dañosa discirdia y diferencia,
y el gran peligro en que su patria andaba;
conociendo el valor y suficiencia
deste Caupolican que ausente estaba,
varon en cuerpo y fuerzas extremado,
de rara industria y ánimo dotado.

Así propuso astuto y sabiamente
para que la elección se dilatase,
la prueba al parecer impertinente
en que Caupolicano se extremase,
y en esta dilación secretamente,
dándole aviso á la elección llegase,
trayendo así el negocio por rodeo
á conseguir su fin y buen deseo.

Celebraba con pompa allí el senado
de la justa elección la fiesta honrosa;
y el nuevo capitán ya con cuidado
de dar principio á alguna grande cosa
manda á Palta sargento que callado
de la gente más presta y animosa
ochenta diestros hombres aperciba,
y á su cargo apartados los reciba.

Fueron pues escogidos los ochenta
de más esfuerzo y menos conocidos;
entre ellos dos soldados de gran cuenta,
por quien fuesen mandados y regidos:
hombres diestros, usados en afrenta,
á cualquiera peligro apercibidos;
el uno se llamaba Cayeguano,
el otro Alcatipay de Talcaguano.

Tres castillos los nuestros ocupados
tenían para el seguro de la tierra,
de fuertes y anchos muros fabricados,
con foso que los ciñe entorno y cierra,
guarnecidos de pláticos soldados
usados al trabajo de la guerra:
caballos, bastimento, artillería,
que en espesas troneras asistía.

Estaba el uno cerca del asiento
adonde era la fiesta celebrada,
y el Araucano ejército contento
mostrando no tener al mundo en nada,
que con discurso vano y movimiento
quería llevarlo todo á pura espada;
pero Caupolican más cuerdamente
trataba del remedio conveniente.

Había entre ellos algunas opiniones
de cercar el camino más vecino;
otros, que con formados escuadrones
á Penco enderezasen el camino:
dadas de cada parte sus razones
Caupolican en nada desto vino:
antes al pabellón se retiraba,
y á los ochenta bárbaros llamaba.

Para entrar al castillo fácilmente
les da industria y manera disfrazada,
con expresa instrucción, que plaza y gente
metan á fuego y á rigor de espada
porque él luego tras ellos diligente

ocupará los pasos y la entrada;
después de haberlos bien amonestado,
pusieron en efecto lo tratado.

Era en aquella plaza y edificio
la entrada á los de Arauco defendida,
salvo los necesarios al servicio
de la gente española estatuida
á la defensa della y ejercicio
de la fiera Belona embravecida;
y así los cautos bárbaros soldados
de feno, yerba y leña iban cargados.

Sordos á las demandas y preguntas
siguen su intento y el camino usado,
las cargas, en hileras y orden juntas,
habiendo entre los haces sepultado
astas fornidas de ferradas puntas;
y así contra el castillo descuidado
del encubierto engaño caminaban,
y en los vedados límites entraban.

El puente, muro y puerta atravesando
miserables, los gestos afligidos,
algunos de cansados cojeando,
mostrándose marchitos y escogidos;
pero dentro las cargas desatando,
arrebatan las armas atrevidos
con amenaza, orgullo y confianza
de la esperada y súbita venganza.

Los fuertes españoles salteados
viendo la airada muerte tan vecina,
corren presto á las armas alterados
de la extraña cautela repentina:
y á vencer ó morir determinados,
cual con celada, cual con coracina,
salen á resistir la furia insana
de la brava y audaz gente Araucana.

Asáltanse con ímpetu furioso,
suenan los hierros de una y otra parte:
allí muestra su fuerza el sanguinoso
y más que nunca embravecido Marte;
de vencer cada uno deseoso
buscaba un nuevo modo, industria y arte
de encaminar el golpe de la espada
por dó diese á la muerte franca entrada.

La saña y el coraje se renueva
con la sangre que saca el hierro duro:
ya la española gente á la India lleva
á dar de las espaldas en el muro:
ya el infiel escuadrón con fuerza nueva
cobra el perdido campo mal seguro,
que estaba de los golpes esforzados
cubierto de armas, y ellos desarmados.

Viéndose en tanto estrecho los cristianos
de temor y vergüenza constreñidos,
las espadas aprietan en las manos
en ira envueltos y en furor metidos;
cargan sobre los fieros Araucanos
por el ímpetu nuevo enflaquecidos:
entran en ellos, hieren y derriban,
y á muchos de cuidado y vida privan.

Siempre los españoles mejoraban
haciendo fiero estrago y tan sangriento
en los osados Indios, que pagaban
el poco seso y mucho atrevimiento:
casi defensa en ellos no hallaban:
pierden la plaza y cobran escarmiento:
al fin de tal manera los trataron
que fuera de los muros los lanzaron.

Apenas Cayeguan y Talcaguano
salían, cuando con paso apresurado
asomó el escuadrón Caupolicano
teniendo el hecho ya por acabado;
mas viendo el esperado efecto vano
y el puente del castillo levantado,

pone el cerco sobre él con juramento
de no dejarle piedra en el cimiento.

Sintiendo un español mozo que había
demasiado temor en nuestra gente,
más de temeridad que de osadía
cala sin miedo y sin ayuda el puente;
y puesto en medio del alto decía:
salga adelante, salga el más valiente:
uno por uno á treinta desafío,
y á mil no negaré este cuerpo mío.

No tan presto las fieras acudieron
al bramar de la res desamparada,
que de lejos sin orden conocieron
del pueblo y moradores apartada,
como los Araucanos cuando oyeron
del valiente español la voz osada,
partiendo más de ciento presurosos
del lance y cierta presa codiciosos.

No porque tantos vengan temor tiene
el gallardo español, ni esto le espanta
antes el escuadrón que espeso viene
por mejor recibir se adelanta:
el curso enfrena, el ímpetu detiene
de los fieros contrarios, que con tanta
furia se arroja contra ellos sin recelo,
que rodaron algunos por el suelo.

De dos golpes á dos tendió por tierra
la espada revolviendo á todos lados:
aquí esparce una junta allí cierra
adonde ve los más amontonados:
igual andaba la desigual guerra:
cuando los españoles bien armados
abriendo con presteza un gran postigo
salen á la defensa del amigo.

Acuden los contrarios de otra parte,
y en medio de aquel campo y ancho llano
al ejercicio del sangriento Marte

viene el bando español y el Araucano;
la primera batalla se desparte
que era un ciento á un solo castellano:
vuelven el crudo hierro no teñido
contra los que del fuerte habían salido.

Arrójanse con furia, no dudando
en las agudas armas por juntarse;
y con las duras puntas van tentando
las partes por dó más pueden dañarse:
cual los Cyclopes suelen, martillando
en las vulcanas yunques, fatigarse,
así martillan, baten y cercenan,
y las cavernas cóncavas atruenan.

Andaba la victoria así igualmente:
mas gran ventaja y diferencia había
en el número y copia de la gente,
aunque el valor de España lo suplía;
pero el soberbio bárbaro impaciente
viendo que un nuestro á ciento resistía,
con diabólica furia y movimiento
arranca á los cristianos del asiento.

Los españoles sin poder sufrillo
dejan el campo, y de tropel corriendo
se lanzan por las puertas del castillo,
al bárbaro la entrada resistiendo,
levan el puente, calan el rastrillo,
reparos y defensas previniendo:
suben tiros y fuego á lo alto,
temiendo el enemigo y fiero asalto.

Pero viendo ser todo perdimiento
y aprovecharles poco, ó casi nada,
de voto y de común consentimiento
su clara destruición considerada,
acuerdan de dejar el fuerte asiento;
y así en la oscura noche deseada
cuando se muestra el mundo más quieto
la partida pusieron en efecto.

A punto estaban y á caballo, cuando
abren las puertas y derribando el puente,
y á los prestos caballos aguijando;
el escuadrón embisten de la frente,
rompen por él hiriendo y tropellando,
y sin hombre perder, dichosamente
arriban á Puren, plaza segura;
cubiertos de la noche y sombra oscura.

Mientras esto en Arauco sucedía,
en el pueblo de Penco más vecino,
que á la sazón en Chile florecía,
fértil de ricas minas de oro fino,
el capitán Valdivia residía,
donde la nueva por el aire vino,
que afirmaba con término asignado
la alteración y junta del estado.

El común siempre amigo de ruido,
la libertad y guerra deseando,
por su parte alterado y removido,
se va con este son desentonando:
al servicio no acude prometido,
sacudiendo la carga y levantando
la soberbia cerviz desvergonzada,
negando la obediencia á Carlos dada.

Valdivia perezoso y negligente,
incrédulo, remiso y descuidado,
hizo en la Concepción copia de gente,
más que en ella, en su dicha confiado:
el cual si fuera un poco diligente,
hallara en pie el castillo arruinado,
con soldados, con armas, municiones,
seis piezas de campaña y dos cañones.

Tenía con la Imperial concierto hecho,
que alguna gente armada le enviase,
la cual á Tucapel fuese derecho,
donde con él á tiempo se juntase:
resoluto de hacer allí de hecho

un ejemplar castigo que sonase
en todos los confines de la tierra,
porque jamás moviesen otra guerra.

Pero dejó el camino provechoso,
y descuidado dél torció la vía,
metiéndose por otro codicioso,
que era donde una mina de oro había;
y de ver el tributo y dón hermoso
que de sus ricas venas ofrecía,
paró de la codicia embarazado,
cortando el hilo próspero del hado.

A partir, como dije antes, llegaba
al concierto en el tiempo prometido,
mas el metal goloso que sacaba,
le tuvo á tal sazón embebecido;
después salió de allí, y se apresuraba,
cuando fuera mejor no haber salido:
quiero dar fin al canto, porque pueda
decir de la codicia lo que queda.

## CANTO III

Valdivia con pocos españoles y algunos indios amigos camina á la casa de Tucapel, para hacer el castigo. Mátanle los araucanos los corredores en el camino en un paso estrecho, y dánle después la batalla, en la cual fué muerto él y toda su gente por el gran esfuerzo y valentía de Lautaro.

¡Oh incurable mál, oh gran fatiga,
con tanta diligencia alimentada,
vicio común y pegajosa liga,
voluntad sin razón desenfrenada,
del provecho y bien público enemiga,
sedienta bestia, hidrópica hinchada,
principio y fin de todos nuestros males,
ó insaciable codicia de mortales!

No en el pomposo estado á los señores
contentos en el alto asiento vemos;
ni á pobrecillos bajos labradores
libres desta dolencia conocemos:
ni el deseo y ambición de ser mayores
que tenga fin y límites sabemos:
el fausto, la riqueza y el estado
hincha, pero no harta al más templado.

A Valdivia mirad de pobre infante,
si era poco el estado que tenía,
cincuenta mil vasallos que delante

le ofrecen dos marcos de oro al día:
esto y aun mucho más no era bastante,
y así la hambre allí lo detenía:
y perdición total de aquesta tierra.
codicia fué ocasión de tanta guerra

Esta fué quien halló los apartados
Indios de las Antárticas regiones:
por ésta eran sin orden trabajados
con dura imposición y vejaciones:
pero rotas las cinchas de apretados,
buscaron modo y nuevas invenciones
de libertad, con áspera venganza,
levantando el trabajo la esperanza.

¡Cuán cierto es, como claro conocemos,
que al doliente en salud consejos damos,
y aprovecharnos dellos no sabemos
pero de predicarlos nos preciamos;
Cuando en la sosegada paz nos vemos,
¡qué bien la dura guerra platicamos!
¡qué bien damos consejos y razones
lejos de los peligros y ocasiones!

¡Cómo de los que yerran abominan
los que están libres en seguro puerto!
¡qué bien de allí las cosas encaminan
y dan en todo un medio y buen concierto!
¡con qué facilidad se determinan
visto el suceso y daño descubierto!
Dios sabe aquel que á la derecha vía
metido en la ocasión acertaría.

Valdivia iba siguiendo su jornada,
y el duro disponer del hado duro,
no con la furia y priesa acostumbrada
présago y con temor del mal futuro:
sospechoso de bárbara emboscada,
por hacer el camino más seguro,
echó algunos delante para prueba;
pero jamás volvieron con la nueva.

Viendo los nuestros ya que el plazo puesto
los tardos corredores no volvían,
unos juzgan el daño manifiesto,
otros impedimentos les ponían:
hubo consejo y parecer sobre esto,
al cabo en caminar se resolvían,
ofreciéndose todos á una suerte,
á un mismo caso y á una misma muerte.

Aunque el temor allí tras esto vino,
en sus valientes brazos se atrevieron,
y á su próspera suerte y buen destino
el dudoso suceso cometieron:
no dos leguas andadas del camino,
las amigas cabezas conocieron
de los sangrientos cuerpos apartadas,
y en empinados palos levantadas.

No el horrendo espectáculo presente
causó en los firmes ánimos mudanza;
antes con ira y cólera impaciente
se encienden más sedientos de venganza:
y de rabia incitados nuevamente
maldicen y murmuran la tardanza:
solo Valdivia calla y teme el punto;
pero rompió el silencio y pena junto.

Diciendo: «¡Oh compañeros dó se encierra,
»todo esfuerzo, valor y entendimiento!
»ya veis la desvergüenza de la tierra,
»que en nuestro daño da bandera al viento:
»veis quebrada la fe, rota la guerra,
»los pactos van del todo en rompimiento:
»siento la áspera trompa en el oído,
»y veo un fuego diabólico encendido.

»Bien conocéis la fuerza del estado
»con tanto daño nuestro autorizada:
»mirad lo que fortuna os ha ayudado,
»guiando con su mano vuestra espada:
»el trabajo y la sangre que ha costado,

»que della está la tierra alimentada:
»y pues tenemos tiempo y aparejo
»será bueno tomar nuevo consejo.

»Quien estos son tendréis en la memoria
»pues hay tanta razón de conocellos:
»que si dellos no hubiésemos victoria,
»y en campo no pudiésemos vencellos,
»será tal su arrogancia y vanagloria,
»que el mundo no podrá después con ellos;
»dudoso estoy, no sé, no sé que haga,
»que á nuestro honor y causa satisfaga.

La poca edad y menos experiencia
de los mozos livianos que allí había,
descubrió con la usada inadvertencia
á tal tiempo su necia valentía,
diciendo: «¡Oh capitán, danos licencia,
»que solo diez, sin otra compañía,
»el bando asolaremos Araucano,
»y haremos el camino y paso llano.

»Lo que jamás hicimos en estrecho
»no bien por nuestro amor que lo hagamos:
»pues es cierto que cuanto hemos hecho
»volviendo atrás un paso lo manchamos:
»mostremos al peligro osado pecho,
»que en él está la gloria que buscamos.»
Valdivia de la réplica sentido,
enmudeció de rabia y de corrido.

¡Oh Valdivia, varón acreditado,
cuánto la verde plática sentiste!
no solías tú temer como soldado,
mas de buen capitán ahora temiste:
vas á precisa muerte condenado,
que como diestro y sabio la entendiste:
pero quieres perder antes la vida,
que sea en ti una flaqueza conocida.

En esto acaso llega un Indio amigo,
y á sus pies en voz alta arrodillado,
le dice: «¡Oh capitán! mira qué digo

»que no pases el término vedado:
»veinte mil conjurados, yo testigo,
»en Tucapél te esperan, protestado
»de pasar sin temor la muerte honrosa,
»antes que vivir vida vergonzosa.»

Alguna turbación dió de repente
lo que el amigo bárbaro propuso,
discurre un miedo helado por la gente,
la triste muerte en medio se les puso;
pero el gobernador osadamente
que también hasta allí estuvo confuso,
les dice: «Caballeros, ¿qué dudamos?
»¿sin ver los enemigos nos turbamos?

Al caballo con ánimo hiriendo,
sin mas les persuadir rompe la vía,
de los miembros el miedo sacudiendo,
le sigue la esforzada compañía:
y en breve espacio el valle descubriendo
de Tucapél bien lejos parecía
el muro antes vistoso levantado,
por los anchos cimientos asolado.

Valdivia aquí paró y dijo: «¡Oh constante
»española nación de confianza!
»por tierra está el castillo tan pujante,
»que en él solo estribaba mi esperanza:
»el pérfido enemigo veis delante,
»ya os amenaza la contraria lanza;
»en esto más no tengo que avisaros,
»pues solo el pelear puede salvaros.

Estaba como digo así hablando,
que aun no acababa bien estas razones,
cuando por todas partes rodeando
los iban con espesos escuadrones,
las astas de anchos hierros blandeando,
gritando: «engañadores y ladrones,
»la tierra dejaréis hoy con la vida
»pagándonos la deuda tan debida.»

Viendo Valdivia serle ya forzoso
que la fuerza y fortuna se probase,
mandó que al escuadrón menos copioso
y más vecino, á fin que no cerrase,
saliese Bobadilla, el cual furioso,
sin que Valdivia más le amonestase
con poca gente y con esfuerzo grande
asalta el escuadrón de Mareande.

La piquería del bárbaro calada
á los pocos soldados atendía;
pero al tiempo del golpe levantada,
abriendo un gran portillo se desvía;
dales sin resistir franca la entrada,
y en medio el escuadrón los recogía,
las hileras abiertas se cerraron,
y dentro á los cristianos sepultaron.

Cuando el Caimán hambriento cuando siente
el escuadrón de peces que cortando
viene con gran bullicio la corriente,
el agua clara en torno alborotando;
que abriendo la gran boca cautamente
recoge allí el pescado, y apretando
las cóncavas quijadas lo deshace,
y el insaciable vientre satisface.

Pues de aquella manera recogido
fué el pequeño escuadrón del homicida,
y en un espacio breve consumido,
sin escapar cristiano con la vida.
Ya el Araucano ejército movido
por la ronca trompeta obedecida,
con gran estruendo y pasos ordenados
cerraba sin temor por todos lados.

La escuadra de Mareande encarnizada
tendía el paso con más atrevimiento:
viéndola así Valdivia adelantada,
no escarmentado manda á su sargento
que escogiendo le gente más granada

dé sobre ella con recio movimiento;
pero diez españoles solamente
pusieron á la muerte osada frente.

Contra el escuadrón bárbaro importuno
ir se dejan sin miedo á rienda floja,
y en el encuentro de los diez ninguno
dejó allí de sacar la lanza roja:
desocupó la silla solo uno,
que con la vasca y última congoja
de la rabiosa muerte el pecho abierto,
sobre la llaga en tierra cayó muerto.

Y los nueve después también cayeron
haciendo tales hechos señalados,
que digna y justamente merecieron
ser de la eterna fama levantados,
hechos pedazos todos diez murieron
quedando de su muerte antes vengados.
En esto la española trompa oídá
dió la postrer señal de arremetida.

Salen los españoles de tal suerte,
los dientes y las lanzas apretando,
que de cuatro escuadrones al más fuerte
le van un largo trecho retirando:
hieren, dañan, tropellan, dan la muerte,
piernas, brazos, cabezas cercenando:
los bárbaros por esto no se admiran,
antes cobran el campo y los retiran.

Sobre la vida y muerte se contiende,
perdone Dios á aquel que allí cayere,
del un bando y del otro así se ofende
que de ambas partes mucha gente muere:
bien se estima la plaza y se defiende,
volver un paso atrás ninguno quiere;
cubre la roja sangre todo el prado,
tornándole de verde colorado.

Del rigor de las armas homicidas
los templados arneses reteñían,

y las vivas entrañas escondidas
con carniceros golpes descubrían:
cabezas de los cuerpos divididas
que aun el vital espíritu tenían,
por el sangriento campo iban rodando
vueltos los ojos ya paladeando.

El enemigo hierro riguroso
todo en color de sangre lo convierte,
siempre el acometer es más furioso;
pero ya el combatir es menos fuerte:
ninguno allí pretende otro reposo
que el último reposo de la muerte:
el más medroso atiende con cuidado
á solo procurar morir vengado.

La rabia de la muerte y fin presente
crió en los nuestros fuerza tan extraña,
que con deshonra y daño de la gente
suenan voces: victoria, España, España,
al fin dan las espaldas claramente,
pierden los Araucanos la campaña:
mas el incontrastable y duro hado
dió un extraño principio á lo ordenado.

Un hijo de un cacique conocido
que á Valdivia de paje le servía,
acariciado dél y favorido,
en su servicio á la sazón venía;
del amor de su patria conmovido
viendo que á más andar se retraía,
comienza á grandes voces á animarla
y con tales razones á incitarla.

«¡Oh ciega gente, del temor guiada!
»¿A dó volvéis los temerosos pechos?
»que la fama en mil años alcanzada
»aquí perece y todos vuestros hechos.
»La fuerza pierden hoy jamás violada
»vuestras leyes, los fueros y derechos;
»de señores, de libres, de temidos,
»quedáis siervos, sujetos y abatidos.

»Mancháis la clara estirpe y descendencia
»y enjerís en el tronco generoso
»una incurable plaga, una dolencia;
»un deshonor perpetuo, ignominioso:
»mirad de los contrarios la impotencia,
»la falta del aliento, y el fogoso
»latir de los caballos, las hijadas
»llenas de sangre y de sudor bañadas.

»No os desnudéis del hábito y costumbre
»que de nuestros abuelos mantenemos,
»ni el Araucano nombre de la cumbre
»á estado tan infame derribemos!
»huid el grave yugo y servidumbre,
»al duro hierro osado pecho demos:
»¿por qué mostráis espaldas esforzadas
»que son de los peligros reservadas?

»Fijad esto que digo en la memoria,
»que el ciego y torpe miedo os va turbando,
»dejad de vos al mundo eterna historia
»vuestra sujeta patria libertando;
»volved, no rehuséis tan gran victoria
»que os está el hado próspero llamando:
»á lo menos fijad el pie ligero,
»veréis como en defensa vuestra muero.

En esto una nervosa y gruesa lanza
contra Valdivia, se señor, blandía:
dando de sí gran muestra y esperanza,
por más los persuadir arremetía:
y entre el hierro español así se lanza,
como con gran calor en agua fría
se arroja el siervo en el caliente estío
para templar el sol con algún frío.

De solo el primer bote, uno atraviesa,
á otro apunta por medio del costado,
y aunque la dura lanza era muy gruesa,
salió el hierro sangriento al otro lado:
salta, vuelve, revuelve con gran priesa,

y barrenando el muslo á otro soldado,
en él la fuerte pica fué rompida
quedando un grueso trozo en la herida.

Rota la fiera asta luego afierra
del suelo una pesada y dura maza;
mata, hiere, destronca y echa á tierra,
haciendo en breve espacio larga plaza:
en él se resumió toda la guerra,
cese el alcance y dan en él la caza;
mas él aquí y allí va tan liviano,
que hieren, por herirle, el aire vano.

¿De quién prueba se oyó tan espantosa,
ni en antigua escritura se ha leído;
que estando de la parte victoriosa
se pase á la contraria del vencido?
¿y que solo valor y no otra cosa
de un bárbaro muchacho haya podido
arrebatar por fuerza á los cristianos
una tan gran victoria de las manos?

No los dos Publios Decios que las vidas
sacrificaron por la patria amada,
ni Curcio, Horacio, Scévola, y Leonidas:
dieron muestra de sí tan señalada:
ni aquellos que en las guerras tan reñidas
alcanzaron gran fama por la espada,
Furio, Marcelo, Fulvio, Cincinato,
Marco, Sergio, Filon, Sceva, y Dentato.

¿Decidme estos famosos qué hicieron
que al hecho de este bárbaro igual fuese?
qué empresa, ó qué batalla acometieron
que á lo menos en duda no estuviese?
á qué riesgo y peligro se pusieron
que la sed del reinar no los moviese?
y de intereses grandes insistidos
que á los tímidos hacen atrevidos?

Muchos emprenden hechos hazañosos,
y se ofrecen con ánimo á la muerte,

de fama y vanagloria codiciosos,
que no saben sufrir un golpe fuerte:
mostrándose constantes y animosos
hasta que ven ya declinar su suerte,
faltándoles valor y esfuerzo á una,
roto el crédito frágil de fortuna.

Este el decreto y la fatal sentencia
en contra de su patria declarada
turbó y redujo á nueva diferencia,
y al fin bastó á que fuese revocada:
hizo á fortuna y hados resistencia,
forzó su voluntad determinada,
y contrastó el furor del victorioso,
sacando vencedor al temeroso.

Estaba el suelo de armas ocupado
y el desigual combate más revuelto,
cuando Caupolicano reportado
á las amigas voces había vuelto;
también habían sus gentes reparado
con vergonzoso ardor en ira envuelto,
de ver que un solo mozo resistía
á lo que tanta gente no podía.

Cual suele acontecer á los de honrosos
ánimos de repente inadvertidos,
ó cuando en los lugares sospechosos
piensan otros que van desconocidos,
que en pendencias y encuentros peligrosos
huyen, pero si ven que conocidos
fueron de quien los sigue, avergonzados
vuelven furiosos del honor forzados.

Así los Araucanos revolviendo
contra los vencedores arremeten,
y las rendidas armas esgrimiendo,
á voces de morir todos prometen:
treme y gime la tierra del horrendo
furor con que ambas partes se acometen,

derramando con rabia y fuerza brava
aquella poca sangre que quedaba.

Diego Oro allí derriba á Paynaguala,
que de una punta le atraviesa el pecho:
pero Caupolicano le señala,
dejándole gozar poco del hecho;
al sesgo la ferrada maza cala,
aunque el furioso golpe fué al derecho,
pues quedó por de dentro la celada
de los bullientes sesos rociada.

Tras este otro tendió desfigurado,
tanto que nunca más fué conocido,
que la armada cabeza y todo el lado
donde el golpe alcanzó, quedó molido:
Valdivia con Ongolmo se ha topado,
y hanse el uno y el otro acometido:
hiere Valdivia á Ongolmo en una mano,
haciendo el Araucano el golpe en vano.

Pasa recio Valdivia y va furioso,
que con Ongolmo más no se detiene
y adonde Leucoton, mozo animoso,
estaba, en una gran pendencia viene,
que contra Juan de Lamas y Reynoso
solo su parte y opinión mantiene,
el cual con su destreza y mucho seso
la guerra sustentaba en igual peso.

Partióse esta batalla, porque cuando
Valdivia llegó á donde combatía,
parte acudió del Araucano bando
que en su ayuda y defensa se metía,
fuese el daño y destrozo renovando:
de un cabo y de otro gente concurría,
sube el alto rumor á las estrellas,
sacando de los hierros mil centellas.

Gran rato anduvo en término dudoso
la confusa victoria desta tierra,
lleno el aire de estruendo sonoroso,

roja de sangre y húmida la tierra,
quien busca y solo quiere un fin honroso,
quien á los brazos con el otro cierra,
y por darse más presto cruda muerte,
tienta con el puñal lo menos fuerte.

A Juan de Gudiel no le fué sano
el tenerse en la lucha por maestro,
porque sin tiempo y con esfuerzo vano
cerró con Guaticol no menos diestro:
y en aquella sazon Puren su hermano,
que estaba cerca de él, en el siniestro
lado le abrió con daga una herida,
por dó la muerte entró y sali la vida.

Andrés de Villaroel ya enflaquecido
por la falta de sangre derramada,
andaba entre los bárbaros metido,
procurando la muerte más honrada:
también Juan de las Peñas mal herido,
rompiendo por la espesa gente armada,
se puso junto dél y así la suerte
'os hizo á un tiempo iguales en la muerte.

Era la diferencia incomparable
del número infiel del bautizado,
es el un escuadrón innumerable,
el otro hasta sesenta numerado,
ya al incierta fortuna variable
que dudosa hasta entonces había estado,
aprobó la maldad, y dió por justa
la causa y opinión hasta allí injusta.

Dos mil amigos bárbaros soldados
que el bando de Valdivia sustentaban,
en el flechar del arco ejercitados
el sangriento destrozo acrecentaban;
derramando más sangre y esforzados
en la muerte también acompañaban
á la española gente no vencida
en cuanto sustentar pudo la vida.

Cuando de aqueste y cuando de aquel canto
mostraba el buen Valdivia esfuerzo y arte,
haciendo por la espada todo cuanto
pudiera hacer el poderoso Marte;
no basta á reparar él solo tanto,
que falta de los suyos la más parte:
los otros aunque ven su fin tan cierto,
ningún medio pretenden ni concierto.

De dos en dos, de tres en tres cayendo,
iba la desangrada y poca gente;
siempre el ímpetu bárbaro creciendo
con el ya declarado fin presente:
fuese el número flaco resumiendo
en catorce soldados solamente:
que constantes rendir no se quisieron
hasta que al crudo hierro se rindieron.

Sólo quedó Valdivia acompañado
de un clérigo que acaso allí venía,
y viendo así su campo destrozado,
el mal remedio y poca compañía,
dijo: pues pelear es excusado,
procuremos vivor por otra vía:
pica en esto al caballo á toda prisa,
tras él corriendo el clérigo de misa.

Cual suelen escapar de los monteros
dos grandes jabalís, fieros, cerdosos,
seguidos de solícitos rastreros,
de la campestre sangre codiciosos:
y salen en su alcance los ligeros
lebreles irlandeses generosos;
con no menor codicia y pies livianos,
arrancan tras los míseros cristianos.

Tal tempestad de tiros, señor, lanzan,
cual el turbion que granizando viene:
en fin, á poco trecho los alcanzan,
que un paso cenagoso los detiene:
los bárbaros sobre ellos se abalanzan,
por valiente el postrero no se tiene:

murió el clérigo luego, y maltratado
trujeron á Valdivia ante el senado.

Caupolican gozoso en verle vivo,
y en el estado y término presente,
con voz de vencedor y gesto altivo
le amenaza y pregunta justamente:
Valdivia como mísero cautivo
responde, y pide humilde y obediente
que no le dé la muerte, y que le jura
dejar libre la tierra en paz segura.

Cuentan que estuvo de tomar movido
del contrito Valdivia aquel consejo;
mas un pariente suyo empedernido,
á quien él respetaba por ser viejo,
le dice: ¿por dar crédito á un rendido,
quieres perder tal tiempo y aparejo?
y apuntando Valdivia en el cerebro,
descarga un gran bastón de duro enebro.

Como el dañoso toro que apremiado
con fuerte amarra al palo está bramando
de la tímida gente rodeado,
que con admiración le está mirando:
y el diestro carnicero ejercitado
el grave y duro mazo levantando,
recio al cogote cóncavo desciende,
y muerto estremeciéndose le tiende;

Así el determinado viejo cano
que á Valdivia escucha con mal ceño,
ayudándose de uno y otra mano,
en alto levantó el ferrado leño:
no hizo el crudo viejo golpe en vano,
que á Valdivia entregó al eterno sueño,
y en el suelo con súbita caída
estremeciendo el cuerpo dió la vida.

Llamábase este bárbaro Leocato,
y el gran Caupolican della enojado
quiso enmendar el libro desacato:

pero fué del ejército rogado:
salió el viejo de aquello al fin barato,
y el destrozo del todo fué acabado;
que no escapó cristiano desta prueba
para poder llevar la triste nueva.

Dos bárbaros quedaron con la vida
solos de los tres mil, que como vieron
la gente nuestra rota y de vencida,
en un jaral espeso se escondieron;
de allí vieron el fin de la reñida
guerra, y puestos en salvo lo dijeron,
que como las estrellas se mostraron,
sin ser de nadie vistos se escaparon.

La oscura noche en esto se subía
á más andar á la mitad del cielo,
y con las alas lóbregas cubría
el orbe y redondez del ancho suelo:
cuando la vencedora compañía,
arrimadas las armas sin recelo,
danzas en anchos cercos ordenaban,
donde la gran victoria celebraban.

Fué la nueva en un punto discurriendo
por todo el Araucano regimiento,
y antes que el sol se fuese descubriendo,
el campo se cubrió de bastimento:
gran multitud de gente concurriendo,
se forma un general ayuntamiento
de mozos, viejos, niños y mujeres,
partícipes en todos los placeres.

Cuando la luz las aves anunciaban
y alegres sus cantares repetían,
un sitio de altos árboles cercaban,
que una espaciosa plaza contenían:
y en ellos las cabezas empalaban
que de españoles cuerpos dividían;
los troncos de su rama despojados
eran de los despojos adornados.

Y dentro de aquel círculo y asiento
cercado de una amena y gran floresta
en memoria y honor del vencimiento
celebran de beber la alegre fiesta:
el vino así aumentó el atrevimiento
que España en gran peligro estaba puesta;
pues que promete el mínimo soldado
de no dejar cimiento levantado.

Era allí la opinión generalmente
que sin tardar, doblando las jornadas,
partiese un grueso número de gente
serían con solo el miedo arruinadas,
que tomadas de salto y de repente,
a dar en las ciudades descuidadas,
y la patria en su honor restituída,
no dejando cristiano con la vida.

Y dado orden bastante y esto hecho,
para acabar de ejecutar su saña,
con gran poder y ejército de hecho
querían pasar la vuelta de la España:
pensándola poner en tanto estrecho
por fuerza de armas puestos en campaña,
que fuesen cultivadas las Iberas
tierras de las naciones extranjeras.

El hijo de Leocano bien entiende
el vano intento y quiere desviarlo,
que como diestro y sabio otro pretende,
y por mejor camino enderezarlo:
el tiempo espera y la sazón atiende
que estén mejor dispuestos á tratarlo:
la fiesta era acabada y borrachera
cuando á todos les habla en tal manera.

«Menos que vos, señores, no pretendo
»la dulce libertad tan estimada,
»ni que sea nuestra patria yo defiendo
»en el sublime trono restaurada;
»mas háse de atender á que pudiendo
»ganar, no se aventure á perder nada;

»y así con este celo y fin procuro
»no poner en peligro lo seguro.

»Tomad con discreción los pareceres
»que van á la razón más arrimados;
»pues cobrar vuestros hijos y mujeres
»está en ir los principios acertados:
»vuestra fama, el honor, tierra y haberes
»á punto están de ser recuperados;
»que el tiempo que es el padre del consejo,
»en las manos nos pone el aparejo.

»A Valdivia y los suyos habéis muerto,
»y una importante plaza destruído,
»venir á la venganza será cierto,
»luego que en las ciudades sea sabido,
»demos al enemigo el paso abierto:
»esto asegura más nuestro partido.
»Vengan, vengan con furia á rienda suelta:
»qué difícil será después la vuelta.

»La victoria tenemos en las manos,
»y pasos en la tierra mil seguros
»de ciénagas, lagunas y pantanos,
»espesos montes, ásperos y duros:
»mejor pelean aquí los Araucanos,
»españoles mejor dentro en sus muros;
»cualquier hombre en su casa acometido
»es más sabio, más fuerte y atrevido.

»Esto os vengo á decir, porque se entienda
»cuanto con más seguro acertaremos,
»para poder tomar la justa enmienda,
»que en sitios escogidos esperemos:
»donde no habrá en el mundo quien defienda
»la razón y el derecho que tenemos;
»cuando temor tuviesen de buscarnos;
»á sus casas iremos á alojarnos.

Con atención de todos escuchada
fué la oración que el general hacía,
siendo de los más dellos aprobada,

por ver que á su remedio convenía:
la gente ya del todo sosegada,
Caupolican al joven se volvía,
por quien fué la victoria ya perdida
con milagrosa prueba conseguida.

Por darle más favor le tenía asida
con la siniestra de la diestra mano,
diciéndole: «¡Oh varón que has extendido
»el claro nombre y límite Araucano!
»por ti ha sido el estado redimido,
»tú le sacaste del poder tirano,
»á ti solo se debe esta victoria
»digna de premio y de inmortal memoria.

»Ya señores, pues es tan manifiesto,
(esto dijo volviéndose al senado)
»el punto en que Lautaro nos ha puesto,
(que así el valiente mozo era llamado)
»yo, por remuneralle en algo desto,
»con vuestra autoridad que me habéis dado
»por paga, aunque á tal deuda insuficiente
»le hago capitán y mi teniente.

»Con la gente de guerra que escogiere,
»pues que ya de sus obras sois testigos,
»en el sitio en que más le pareciere,
»se ponga á recibir los enemigos,
»adonde hasta que vengan los espere;
»porque yo con la resta y mis amigos
»ocuparé la entrada de Elicura,
»aguardando la misma coyuntura.

Del grato mozo el cargo fué aceptado
con el favor que el general le daba;
aprobólo el común aficionado,
si á alguno le pesó no lo mostraba:
y por el orden y uso acostumbrado
el gran Caupolican le trasquilaba,
dejándole el copete en trenza largo,
insignia verdadera de aquel cargo.

Fué Lautaro industrioso, sabio, presto,
de gran consejo, término y cordura,
manso de condición y hermoso gesto,
ni grande, ni pequeño de estatura:
el ánimo en las cosas grandes puesto,
de fuerte trabazon y compostura:
duros los miembros, recios y nerviosos,
anchas espaldas, pechos espaciosos.

Por él las fiestas fueron alargadas,
ejercitando siempre nuevos juegos
de saltos, luchas, pruebas nunca usadas,
danzas de noche en torno de los fuegos:
había precios y joyas señaladas,
que nunca los troyanos ni los griegos,
cuando los juegos más continuaron,
tan ricas y estimadas las sacaron.

Llegó á Caupolican estando en esto,
un bárbaro turbado sin aliento,
perdida la color, mudado el gesto:
cubierto de sudor y polvoriento,
diciéndole: «Señor, socorre presto,
»tu campo es roto y cierto el perdimiento,
»que la gente que estaba en la emboscada
»es muerta la más della y destrozada.

»Por tierra de Elicura son bajados
»catorce valentísimos guerreros,
»de corazas finísimas armados
»sobre caballos prestos y ligeros;
»por estos solos son desbaratados
»dos escuadrones tuyos de piqueros,
»y visto el gran estrago al improviso,
»partí corriendo á darte dello aviso.

Caupolican con muestra no alterada
hizo que del temor se asegurase,
diciendo que tan poca gente armada
al cabo era imposible que escapase;
y con la diligencia acostumbrada
mandó al nuevo teniente que guiase

con la más presta gente por la vía,
que luego con el resto le seguía.

Lautaro en lo aceptar no perezoso,
escogiendo una escuadra suficiente,
marcha con tanta prisa codicioso
de ganar opinión entre la gente.
Mas de Marte el estruendo sonoroso
me llama, que me tardo injustamente;
de los catorce es tiempo que se trate,
y del sangriento y áspero combate.

Extiéndase su fama y sea notoria,
pues que tanto su espada resplandece,
y dellos se eternice la memoria,
si valor en las armas lo merece:
testimonio dará dello la historia;
pero acabar el canto que parece,
que á decir tan gran cosa no me atrevo,
sino es con nuevo aliento y canto nuevo.

## CANTO IV

Vienen catorce españoles por concierto á juntarse con Valdivia en la fuerza de Tucapel: hallan los indios en una emboscada con los cuales tuvieron un porfiado rencuentro: llega Lautaro con gente de refresco, mueren siete españoles, y todos los amigos que llevaban: escápanse los otros por una gran ventura.

¡Cuán buena es la justicia y qué importante!
por ella son mil males atajados.
Que si el rebelde Arauco está pujante
con todos sus vecinos alterados,
y pasa su furor tan adelante,
fué por no ser á tiempo castigados:
la llaga que al principio no se cura,
requiere al fin más áspera la cura.

Que no es virtud; mas vicio y negligencia
cuando de un daño otro mayor se espera,
el no curar con hierro la dolencia,
si del mal lo requiere la manera;
mas no con tal rigor que la clemencia
pierda su fuerza y la virtud entera:
clemente es y piadoso el que sin miedo
por escapar el brazo corta el dedo.

No quiero yo decir que á cada paso
traiga el hierro en la mano la justicia,

sino según la gravedad del caso
y la importancia y fin de la malicia:
pues vemos claro en el presente paso
que al cabo corrompida de avaricia
dió á la maldad lugar que se arraigase,
y en los ánimos más se apoderase.

Mas no se ha de entender como el liviano
que se entrega al primero movimiento,
que por ser justiciero es inhumano,
y por alcanzar crédito es sangriento:
y como aquel que con injusta mano
sin término, sin causa y fundamento,
por sola liviandad y vanagloria
quiere dejar de su maldad memoria.

No faltara materia y coyuntura
para mostrar la pluma aquí curiosa;
mas no quiero meterme en tal hondura;
que es cosa no importante y peligrosa;
el tiempo lo dirá y no mi escritura,
que quizá la tendrán por sospechosa:
solo diré que es opinión de sabios
que adonde falta el rey sobran agravios.

Pero á nuestro propósito tornando,
dejaré de tratar de sinrazones,
que es trabajar en vano derramando
al viento en el desierto las razones:
de los nuestros diré que peleando
estaban con los fieros escuadrones,
ganando fama y prez, honor y gloria,
haciendo cosas dignas de memoria.

Fué hecho tan notable que requiere
mucha atención y autorizada pluma,
y así digo que aquel que lo leyere
en que fué de los grandes se resuma:
diré cuanto en mi estilo yo pudiere,
aunque toda será una breve suma:
y los nombres también de los soldados
que con razón merecen ser loados.

Almagro, Cortés, Córdova, Nereda,
Moran, Gonzalo, Hernández, Maldonado,
Peñalosa, Vergara, Castañeda,
Diego García, Herrero el arriscado,
Pero Niño, Escalona, y otro queda
con el cual es el número acabado:
don Leonardo Manrique, es el postrero,
igual en el valor siempre al primero.

Estos catorce son los que venían
á verse con Valdivia en el concierto,
que del pueblo Imperial partido habían,
sin saber que Valdivia fuese muerto;
por la alta cuesta de Puren subían,
y en el más alto asiento y descubierto
los caminos de rama ven sembrados,
señal de paga y junta de soldados.

Conocen que la tierra está alterada,
y que de gentes hacen llamamiento:
no torcieron por esto la jornada,
ni les mudó el temor el firme intento:
la fresca y nueva aurora colorada
daba con su venida gran contento,
y las sombras del sol se retraían,
cuando el Licureo valle descubrían.

Aquí estaban los indios emboscados,
esperando á los nuestros si viniesen,
por cogerlos sin orden descuidados:
antes que del peligro se advirtiesen:
de un bosque á mano hecho rodeados
para que más cubiertos estuviesen,
hasta que inadvertidos del engaño
pudiesen á su salvo hacer el daño.

Los catorce españoles abajaban
por un repecho al valle enderezando,
donde ocultos los bárbaros estaban,
cubiertos de los ramos aguardando:
los nuestros con el bosque aun no igualaban

cuando los indios súbito sonando
bárbaras tormpas, roncos tamborinos,
los pasos ocuparon y caminos.

En cazador no entró tanta alegría,
cuando más sin pensar la liebre echada
de súbito por medio de la vía
salta de entre los pies alborotada;
cuando causó la muestra y vocería
del vecino escuadrón de la emboscada
á nuestros españoles, que al instante
arrojan los caballos adelante.

En un punto los bárbaros formaron
de puntas de diamante una muralla:
pero los españoles no pararon
hasta de parte á parte atravesalla:
hombres, picas y mazas tropellaron,
revuelven por dar fin á la batalla
con más valor y esfuerzo que esperanza,
vista de los contrarios la pujanza.

De tres dos escuadrones desviados
el paso les cercaron y huída,
viéndose así de bárbaros cercados,
piensan abrir por ellos la salida:
otra vez arremeten apiñados,
y aunque una escuadra dellos fué rompida,
volvieron á sus puestos recogidos
quedando desta vuelta mal heridos.

Dos veces embistieron desta suerte,
las cerradas escuadras tropellando:
mas viéndose cercanos á la muerte,
prosiguen su derrota enderezando
al desolado sitio y casa fuerte,
á diestro y á siniestro derribando,
que los Indios entre ellos van mezclados,
hiriéndolos también por todos lados.

Estréchase el camino de Elicura
por la pequeñá falda de una sierra,

la causa y razón desta angostera
es un lago que el valle abajo cierra:
para los nuestros esto fué ventura,
pues siguen su jornada haciendo guerra,
que solo un español que atrás venía
la bárbara arrogancia resistía.

Ellos que iban así por una espesa
mata al calor de un áspero collado
ven un indio salir á toda priesa
el vestido y el rostro demudado,
el cual en el camino se atraviesa,
y del seno sacó un papel cerrado,
que Juan Gómez de Almagro al propio día
dando aviso á Valdivia escrito había,

El mismo mensajero ven lloroso
que dellos adelante había partido,
de Valdivia el suceso lastimoso
les dijo y lo demás acontecido,
y que el castillo el bárbaro furioso
le había por los cimientos destruído:
viendo el remedio y presupuesto vano,
tomaron á la diestra un sitio llano.

Era el sitio de lo más rodeado,
aunque por esta senda y paso abierto,
del Este, Norte, Oeste está abrigado,
y el Sur le hiere casi en descubierto,
por dó seguido va el camino usado
de los ligeros bárbaros cubierto,
en espaciosa hila prolongada,
sedientos de la sangre bautizada.

Tras los nuestros los bárbaros saliendo,
en el llano asimismo repararon,
y la gente esparcida recogiendo
dos gruesos escuadrones reformaron:
los catorce españoles conociendo
que era mejor romper se aparejaron:
mueven los escuadrones concertados
por el fuerte Lincoya gobernados.

Con flautas, cuernos, roncos instrumentos
alto estruendo, alaridos desdeñosos,
salen los fieros bárbaros sangrientos
contra los españoles valerosos,
que convertir esperan en lamentos
los arrogantes gritos orgullosos:
tanto el esfuerzo y ánimo les crece
que poca gente en contra les parece.

Aunque allí un español desfigurado,
que yo no digo aquí cual dellos era,
dijo, viendo tan poca gente al lado:
¡oh si nuestro escuadrón de ciento fuera!
pero Gonzalo Hernández animado,
vuelto al cielo responde; á Dios pluguiera
fuéramos solos doce y dos faltaran,
que doce de la fama nos llamaran.

Los caballos en esto apercibiendo
firmes y recogidos en las sillas,
sueltan las riendas, y los pies batiendo,
parten contra las bárbaras cuadrillas;
las poderosas lanzas requiriendo,
afiladas en sangre las cuchillas,
llamando en alta voz á Dios del cielo,
hacen gemir y retemblar el suelo.

Calan de fuerte fresno, como vigas,
los bárbaros las picas al momento,
de la suerte que suelen las espigas
derribarse al furor del recio viento:
no bastaron las armas enemigas
al ímpetu español y movimiento;
que los nuestros rompieron por un lado,
dejando el escuadrón aportillado.

A un tiempo los caballos volteando,
lejos las rotas lanzas arrojadas,
vuelven al enemigo y fiero bando,
en alto ya desnudas las espadas:

otra vez arremeten: no bastando
infinidad de puntas enhastadas,
puestas en contra de la airada gente,
á que no se mezclasen igualmente.

Los unos que no saben ser vencidos,
los otros á vencer acostumbrados,
son causa que se aumenten los heridos,
y que bajen los brazos más pesados:
de llamas los arneses encendidos
con gran fuerza y presteza golpeados
formaban un rumor, que el alto cielo
del todo parecía venir al suelo.

El buen Gonzalo Hernández presumiendo
imitar al de Córdova famoso,
iba por el ejército rompiendo
no menos diestro y fuerte que animoso:
Peñalosa y Vergara conociendo
que vencer ó morir era forzoso,
hacen de sus personas arriscadas
de esfuerzo y fuerza pruebas señaladas.

El valiente soldado de Escalona
la rigurosa espada ejercitando,
aventura y señala su persona,
mil bárbaros valientes señalando,
Don Leonardo Manrique no perdona
los golpes que recibe antes doblando
los suyos con gran priesa y mayor ira,
los castiga, maltrata y los retira.

Otro pues que de Córdoba se llama,
mozo de grande esfuerzo y valentía,
tanta sangre Araucana allí derrama,
que hizo cien viudas aquel día:
por una que venganza al cielo clama,
saltan todas las otras de alegría;
que al fin son las mujeres variables,
amigas de mudanzas y mudables.

Cortés y Pero Niño por un lado
hacen un fiero estrago y cruda guerra,
Moran, Gómez de Almagro y Maldonado
siembran de cuerpos bárbaros la tierra;
el Herrero, como hombre acostumbrado,
y diestro en golpear, mata y atierra;
pues Nereda también que era maestro,
hiere, derriba á diestro y á siniestro.

Como si fueran á morir desnudos,
las rabiosas espadas así cortan,
con tanta fuerza bajan golpes crudos,
que poco fuertes armas les importan:
lo que sufrir no pueden los escudos,
los insensibles cuerpos lo comportan
en furor encendidos de tal suerte,
que no sienten los golpes ni aun la muerte.

Antes de rabia y cólera abrasados
con poderosos golpes los martillan,
y de muchos con fuerza redoblados
los cargados caballos arrodillan:
abollan los arneses relevados,
abren, desclavan, rompen, deshevillan,
ruedan las rotas picas y celadas,
y el aire atruena al son de las espadas.

Lincoya combatiendo y derribando,
anima con hervor los escuadrones,
contra su fuerza y maza no bastando
de crestas altas fuertes morriones:
Cortés un golpe suyo reparando,
la cabeza inclinó entre los arzones,
llevándole el caballo medio muerto,
suelto el freno, corriendo á campo abierto.

Con el cuello inclinado adormecido,
acá y allá el caballo le traía;
pero tornando luego en su sentido,
vergonzoso las riendas recogía:
vuelve á buscar á aquel que le ha herido,
y al punto que miró le conocía:

que al mayor Araucano que allí andaba,
de los hombros arriba le llevaba.

Conócelo también en la braveza
que mostraba animando allí su gente,
y en la facilidad y ligereza
con que esgrime la maza diestramente:
como el suelto lebrel por la maleza
se arroja al jabalí fiero y valiente,
así asalta Cortés al Araucano,
la adarga al pecho, el duro hierro en mano.

Al través le hirió por un costado
no le valiendo el coselete duro;
mas de aquella manera le ha mudado
que mudara un peñasco ó fuerte muro:
pasa recio el caballo espoleado,
y Cortés, de Lincoya ya seguro,
por medio de la espesa escuadra hiende,
y al un lado y al otro muchos tiende.

Almagro cuerpo á cuerpo combatía
con el joven Guacon, soldado fuerte;
pero presto la lid se decidía,
que poco se mostró neutral la suerte:
de un golpe Almagro al bárbaro hería,
por donde una ancha puerta abrió á la muerte,
sale della de sangre roja un río,
y ocupa el desangrado cuerpo el frío.

Airado Castañeda en la batalla
mata, tropella, daña, hiere, ofende;
acaso á Narpo á la derecha halla,
y allí la rigurosa espada tiende:
no le valió el jubon de fina malla,
ni un peto de dos cueros le defiende,
que la furiosa punta no calase,
y el cuerpo del espíritu privase.

La gente una con otra se embravece,
crece el hervor, coraje y la revuelta,
y el río de la corriente sangre crece

bárbara y española toda envuelta:
del grueso aliento el aire se escurece,
alguna infernal furia andaba suelta,
que por llevar á tantos en un día,
diabólico furor les infundía.

Tanto el teson entre ellos ha durado,
que espanta como alzar pueden los brazos,
estaban por el uno y otro lado
de amontonados cuerpos los ribazos;
el sol había en su curso declinado
cuando ya sin vigor hechos pedazos
de manera igualmente enflaquecían,
que moverse adelante no podían.

Como el aliento y fuerzas van faltando
á dos valientes toros animosos,
cuando en la fiera lucha porfiando
se muestran igualmente poderosos;
que se van poco á poco retirando
rostro á rostro con pasos perezosos,
cubiertos de un humor y espeso aliento,
y esparcen con los pies la arena al viento:

Los dos puestos así se retiraron,
sin sangre y sin vigor desalentados,
que jamás las espaldas se mostraron;
mas siempre frente á frente careados:
ambos á un mismo tiempo repararon,
á un punto hicieron alto, y desviados
los unos de los otros tanto estaban,
que aun un tiro de flecha no distaban.

Mirábanse del uno y otro bando
en el sitio y contrario alojamiento
cubiertos de agua y sangre hijadeando,
que no pueden hartarse del aliento:
los fatigados miembros regalando,
el pecho y boca abierta al fresco viento,
que con templados soplos respiraba,
mitigando del sol la fuerza brava.

Y desde allí con lenguas injuriosas
á falta de las manos se ofendían,
diciéndose palabras afrentosas
la muerte con rigor se prometían:
y á vueltas desto flechas peligrosas
los enemigos arcos despedían;
que aunque el aliento y fuerzas les faltaba,
el rabioso rencor las arrojaba.

Yo no sé de cual brazo descansado
una flecha con ímpetu saliendo,
á manera de rayo arrebatado,
el aire con rumor iba rompiendo:
tocó en soslayo á Córdova en un lado,
y la furiosa punta no prendiendo,
torció á Moran el curso, y encarnada
por el ojo derecho abrió la entrada.

El buen Moran con mano cruda y fuerte
sacó la flecha y ojo en ella asido,
Gonzalo al duro paso de la muerte
le apercibe y esfuerza condolido;
pero Moran gritó: no estoy de suerte
que me sienta de esfuerzo enflaquecido;
que solo así herido soy bastante
á vencer cuantos veis que están delante.

Pica el caballo temerariamente,
que galopar no puede de cansado,
contra todo aquel número de gente
que en escuadrón estaba reformado;
pero Gonzalo Hernández diligente
se le puso delante acelerado,
que ya Lincoya al paso le salía,
y al puesto aunque por fuerza le volvía.

Con grande alarde, estruendo y movimiento
sobre la cumbre de una verde loma
tendidas las banderas por el viento,
Lautaro con la presta gente asoma:
como cuando de lejos el hambriento
león viendo la presa placer toma,

y mira acá y allá feroz rugiendo,
el vedijoso cuello sacudiendo.

Lautaro así veloz por un repecho
bajaba enderezando á los de España,
pensando él solo dar fin á aquel hecho,
sino le desamparan la campaña:
delante de su gente va gran trecho,
digna es de celebrarse tal hazaña,
solos catorce esperan, hechos piezas,
rotos los brazos, piernas y cabezas.

Cuatro mil sobreviven victoriosos,
apiñados los nuestros los esperan,
no de ver tanta gente temerosos;
porque aun morir con más honor quisieran:
los fieros enemigos orgullosos
en alta voz gritaban: mueran, mueran;
y el Lincoyano ejército animado
también acometió por otro lado.

Lanzaron los caballos los cristianos,
batiendo bien de espacio el hueco suelo,
contra los descansados Araucanos,
que fieros amenazan tierra y cielo:
vienen con tardos pies á prestas manos:
y del primer encuentro, hecho un hielo
Pero Niño tocó la blanca arena,
bañándola de sangre en larga vena,

Atravesóle el cuerpo la herida,
aunque en atribuirla hay desconcierto,
unos dicen que Angol fué el homicida,
otros que Leocoton, y esto es más cierto:
cualquier de ellos que fué, de gran caída
Pero Niño quedó en el campo muerto,
con un trozo de pica atravesado,
donde fué del tropel despedazado.

También el de Manrique volteando,
á los pies de Lautaro muerto vino:
rompen los otros doce enderezando

por las espesas armas al camino:
pero Ongolmo los pies apresurando,
de un golpe derribó fuera de tino
á Nereda que en guerras era experto:
Cortés de muy herido cayó muerto.

Tras él al suelo fué Diego García,
de una llaga mortal abierto el pecho:
de otro golpe Escalona se tendía,
que Tucapel le acierta por derecho:
los demás españoles en la vía
(considere quien ya se vió en estrecho)
con cuánta priesa baten las ijadas
de los lasos caballos desangradas.

El fiero Tucapél haciendo guerra
á todos con audacia los asalta,
y en viendo que estos dos baten la tierra
gallardo por encima dellos salta:
topa á Almagro y con él ligero cierra
en los pies levantando y la maza alta,
que sobre él derribándola venía
con toda la pujanza que tenía.

O fué mal tiento, ó furia que llevaba,
ó que el sumo señor quiso librallo,
que el tiro á la cabeza señalaba
y á dar vino en las ancas del caballo:
con tanta fuerza el golpe le cargaba,
que Almagro más no pudo meneallo,
quedando derrengado de manera
que si fuera de masa ó blanda cera.

Almagro con presteza por un lado
viendo el caballo cojo, se derriba,
ora fué su ventura y diestro hado,
ora siniestro del que trás él iba,
el cual era el valiente Maldonado
que envuelto en sangre y polvo al punto arriba
que el golpe secundaba Tucapelo,
y por poco con él diera en el suelo.

Con el jinete estribo en el derecho
lado al bárbaro encuentra de pasada,
y cuanto cinco pasos, ó más trecho
lo lleva hacia adelante por la estrada:
brama el bárbaro ardiendo de despecho,
víbora no se vió más enconada,
ni pisado escorpión vuelve tan presto,
como el Indio volvió el airado gesto.

Muda el intento, muda la sentencia;
que contra Juan de Almagro dado había,
y la furiosa maza é impaciencia
al triste Maldonado revolvía:
cala un golpe con toda su potencia;
mas el presto caballo se desvía:
Tucapel de furioso el tiro yerra
y el ferrado trocon metió por tierra.

No escapó Maldonado de la muerte,
que al punto llega el bravo Lemolemo
con un largo bastón ñudoso y fuerte
á manera de corvo y grueso remo:
y un golpe le señala de tal suerte
que no le erró el ferrado y duro extremo,
ni celada prestó de estofa llena,
que los sesos saltaron por la arena.

En esto una gran nube tenebrosa
el aire y cielo súbito turbando,
con una obscuridad triste y medrosa
del sol la luz escasa fué ocupando:
salta Aquilón con furia procelosa
los árboles y plantas inclinando,
envuelta en raras gotas de agua gruesas
que luego descargaron más espesas.

Como el diestro atambor que percibiendo
al duro asalto y fiera batería,
va con los tardos golpes previniendo
la presa y animosa compañía;
pero el punto y señal última oyendo
suena la horrenda y áspera armonía:

así el negro nublado turbulento
lanza un diluvio súbito y violento.

En oscura tiniebla el cielo vuelto,
la furiosa tormenta se esforzaba,
agua, piedras y rayos todo envuelto
en espesos relámpagos lanzaba:
el Araucano ejército revuelto
por acá y por allá se derramaba:
crece la tempestad horrenda tanto
que á los más esforzados puso espanto.

De Juan Gómez la próspera ventura
hizo que al punto el cielo se cerrase,
y la tiniebla de la noche oscura
gran rato en su favor se anticipase:
turbado se metió en una espesura
hasta tanto que el ímpetu pasase
de aquella gente bárbara furiosa,
de la española sangre codiciosa.

Cuando vió en su violencia el torbellino,
y que él podía salir más encubierto;
el bosque deja y toma su camino,
que el temor se le muestra bien abierto:
cayendo y levantando al cabo vino
de sangre, lodo y de sudor cubierto,
junto donde los nuestros esperaban
si las furiosas aguas aplacaban.

Estaban del camino desviados,
y uno de los caballos relinchando
el español con pasos sosegados
al alegre rumor se fué acercando:
llegó donde los seis amedrentados
con baja voz estaban dél tratando,
y en aquella sazón se les presenta,
dándoles del suceso entera cuenta.

Con espanto fué luego conocido
que entre ellos ya por muerto se tenía,
y cada uno de lástima movido

á morir en su ayuda se ofrecía;
mas él como animoso y entendido
viendo que aprovechar no le podía,
dice: de mí, señores, nadie cure,
la vida el que pudiere la asegure.

Esto no dijeron bien, cuando esforzado
por el bosque tomó una senda incierta,
y aquella más usada deja á un lado
de gente y pueblos bárbaros cubierta:
otro trance mayor le está aguardado;
pero pues hay de Chile historia cierta,
allí lo podrá ver el que quisiere,
si gana de saberlo le viniere.

El Coronista Estrella escribe al justo
de Chile y del Perú en latín la historia
con tanta erudición, que será justo
que dure eternamente su memoria;
y la vida de Carlos Quinto Augusto,
y en verso los encomios y la gloria
de varones ilustres en milicia
gobernación, en letras y justicia.

Vuelvo á los seis guerreros que sintiendo
la desgracia de Almagro lo mostraban;
pero ayudalle en ella no pudiendo
á la Imperial ciudad enderezaban:
la tempestad furiosa iba creciendo,
relámpagos y truenos no cesaban
hasta que salió el sol, y el claro día
la plaza de Purén les descubría.

Era un castillo, el cual con poca gente
le había Juan Gómez antes sustentado,
hallándose una noche de repente
de multitud de bárbaros cercado:
repelidos al fin gallardamente
fué por su industria el cerco levantado;
no escribo esta batalla aunque famosa
por no tardarme tanto en cada cosa.

Allí los seis guerreros arribados
fueron con tierna muestra recibidos
de los caros amigos admirados
de verlos á tal término traídos,
míseros, afligidos, demudados,
flacos, roncos, deshechos, consumidos,
corriendo sangre y lodo, sin celadas,
las armas con las carnes destrozadas.

Casi veinticuatro horas sustentaron
las armas defendiendo su partido,
que nunca en este tiempo descansaron
haciendo lo que habéis, señor oído;
un rato en el castillo reposaron
del cual la noche atrás habían salido,
no con poco temor de los de casa,
y más cuando supieron lo que pasa.

La sangre les cuajó un temor helado,
gran turbación les puso á todos cuando
el caso de Valdivia desastrado
les fueron por sus términos narrando;
y así viendo el castillo mal parado,
de consejo comun considerando
la pujanza que el bárbaro traía,
le dejaron desierto el mismo día.

Hacia Gauten tomaron la jornada
llevando á Almagro acaso de camino,
que por venir la noche tan cerrada
libre salió del campo Lautarino:
la fuerza fué por tierra derribada,
que luego el enemigo pueblo vino
talando municiones, y comidas
que en el castillo estaban recogidas.

Dieron vuelta los bárbaros gozosos
hacia dó su ejército venía,
retumbando en los montes cavernosos
el alegre rumor y vocería:
y por aquellos prados espaciosos
con la victoria y gozo de aquel día

tales cantos y juegos inventaban,
que el cansancio con ellos engañaban.

Juntos el general con grave muestra
los habla y los recibe alegremente,
y asiendo blandamente de la diestra
al valiente Lautaro, su teniente,
una escuadra le entrega de maestra,
escogida, gallarda y buena gente,
en armas y trabajo ejercitada
para cualquier empresa y gran jornada.

A Lautaro dejemos pues en esto,
que mucho su proceso me detiene,
forzoso á tratar dél volveré presto,
que llegar hasta Penco me conviene;
pues hace tanto á nuestro presupuesto
decir como á la guerra se previene,
que sangrienta y mortal se aparejaba,
y el justo sentimiento que mostraba.

Ya la fama ligera embajadora
de tristes nuevas y de grandes males,
á Penco atormentaba de hora en hora,
esforzando su voz ruines señales:
cuando llegan los Indios á deshora,
los dos que ya conté que en los jarales
viendo á Valdivia roto se escondieron,
y éstos el triste caso refirieron.

Por mensajeros ciertos entendiendo
el duro y desdichado acaecimiento,
viejos, mujeres, niños concurriendo,
se forma un triste y general lamento:
el cielo con aguda voz rompiendo
hinchen de tristes lástimas el viento:
nuevas viudas, huérfanas, doncellas,
era una dolorosa cosa vellas.

Los blancos rostros más que flores bellos
eran de crudos puños ofendidos,
y manojos dorados de cabellos

andaban por los suelos esparcidos:
vieron pechos de nieve, tersos cuellos
de sangre y vivas lágrimas teñidos,
y rotos por mil partes y arrojados
ricos vestidos, joyas y tocados.

No con menor estruendo los varones
de la edad más robusta juntamente
daban de su dolor demostraciones,
pero con otro modo diferente:
suenan las armas, suenan municiones,
suena el nuevo aparato de la gente,
y la ronca trompeta del dios Marte
á guerra incita ya por otra parte.

Unos botas espadas afilaban,
otros petos mohosos enlucían,
otros las viejas cotas remallaban,
hierros otros en astas enjerían:
cañones reforzados apuntaban,
al viento las banderas descogían,
y en alardosa muestra los soldados
iban por todas partes ocupados.

Caudillo era y cabeza de la gente
Francisco Villagrán, varón tenido
por sabio en la milicia y suficiente,
con suma diligencia prevenido:
de Pedro de Valdivia fué teniente
después de su persona obedecido,
sentido del suceso y caso fuerte
brama por la venganza de su muerte.

Las mujeres de nuevos alaridos
hieren el alto cóncavo del cielo,
viendo al peligro puestos los maridos,
y ellas en tal trabajo y desconsuelo:
con lagrimosos ojos y gemidos
echadas de rodillas por el suelo
les ponen los hijuelos por delante:
pero cosa á moverlos no es bastante.

Ya de lo necesario aparejados
en demanda del bárbaro salían,
de arneses lucidísimos armados
que vistosos de lejos parecían:
las mujeres por torres y tejados
con fijos ojos tiernos los seguían,
y echándoles de allí mil bendiciones
vuelven á Dios el ruego y peticiones.

Del tropel se despiden ciudadano,
que del pueblo saliera á acompañallos,
y en busca del ejército Araucano
pican á toda prisa los caballos:
dejan á la siniestra á Mareguano,
y á la diestra de Talca los vasallos,
hijo de Talcaguano, que su tierra
la ciñe casi en torno el mar y sierra.

De los seguros límites pasando
pisan de Andalicán la enjuta arena,
y el espacioso llano atravesanado
suben las lomas, y rumor no suena:
y al pie del cerco andálico llegando,
sin entender lo que Lautaro ordena,
solo el miedo de entrar por el estado
les mitigó el furor demasiado.

Un paso peligroso, agrio y estrecho
de la banda del Norte está á la entrada
por un monte asperísimo y derecho,
la cumbre hasta los cielos levantada:
está tras este un llano poco trecho,
y luego otra menor cuesta tajada,
que divide el distrito Andalicano
del fértil valle y límite Araucano.

Esta cuesta Lautaro había elegido
para dar la batalla, y por concierto
tenía todo su ejército tendido
en lo más alto della y descubierto;
viendo que á pie en lo llano es mal partido
seguir á los caballos campo abierto,

el alto y primer cerro deja exento
pensarlo allí alcanzarlos por aliento.

Porque se tome bien del sitio el tino
quiero aquí figurarle por entero,
La subida no es mala del camino;
mas todo lo demás despeñadero:
tiene al Poniente al bravo mar vecino,
que bate al pie de un gran derrumbadero,
y en la cumbre y más alto de la cuesta
se allana cuanto un tiro de ballesta.

Estaba el alto cerro coronado
del poderoso ejército enemigo,
y el camino al entrar desocupado
sin defensa ni estorbo como digo:
pasando el primer monte había llegado
al pie deste segundo el bando amigo;
pero aquí Villagran confuso estuvo,
que el peligroso trance le detuvo.

Como el romano César, que dudoso
el pie en el Rubicón fijó á la entrada,
pensando allí de nuevo el peligroso
hecho que acometía y gran jornada:
al fin soltó las riendas animoso,
diciendo: sús, la suerte ya es echada;
así nuestro español rompió el camino,
dando libre la rienda á su destino.

Apenas el primer paso había dado,
cuando luego tras él osadamente
por el fragoso monte levantado
alegre comenzó á subir la gente:
Lautaro sin moverse arrinconado
franca les da la entrada llanamente:
diez mil hombres gobierna, gente usada
en el duro ejercicio de la espada.

Tenía su campo en torno de la cuesta,
y mandado que nadie se moviese
un paso á comenzar la dura fiesta

hasta que el son de arremeter se oyese:
con irremisible pena puesta
para aquel que del término saliese,
que estaban así quedos y callados,
cual si fueran en mármoles mudados.

Pues la española gente deseando
ejercitar la vencedora diestra,
se va álos enemigos acercando
por la banda del bárbaro siniestra:
Lautaro al puesto término llegando
presenta la batalla en bella muestra
con gran rumor de bárbaras trompetas,
atambores, bocinas y cornetas.

Paréceme, señor, que será justo
dar fin al largo canto en este paso,
porque el deseo del otro mueva el gusto,
y porque de cantar me siento laso:
suplícoos que el tardar no os dé disgusto
pareciéndoos que voy tan paso á paso,
que aun de gentes agravio una gran suma
atento á no llevar prolija pluma.

## CANTO V

Contiene la reñida batalla que entre los españoles y Araucanos hubo en la cuesta de Andalicán, donde por la astucia de Lautaro y el demasiado trabajo de los españoles fueron los nuestros desbaratados, y muertos más de la mitad dellos juntamente con tres mil indios amigos.

Siempre el benigno Dios por su clemencia
nos dilata el castigo merecido,
hasta ver si enmienda la insolencia
y el corazón rebelde endurecido:
y es tanta la dañosa inadvertencia
que, aunque vemos el término cumplido
y ejemplo de castigo en el vecino,
no queremos dejar el mal camino.

Dígolo porque viene muy contenta
nuestra gente española á las espadas,
que en el fin de Valdivia no escarmienta,
ni mira haber seguido sus pisadas:
presto la veréis dar estrecha cuenta
de las culpas presentes y pasadas,
que el verdugo Lautaro ardiendo en saña
se muestra con su gente en la campaña.

Villagrán con la suya á punto puesto
en el estrecho llano se detiene,
plantando seis cañones en buen puesto

ordena aquí y allí lo que conviene:
estuvo sin moverse un rato en esto
por ver el orden que Lautaro tiene,
que ocupaba su gente tanto trecho,
que mitigó el ardor de más de un pecho.

De muchos fué esta guerra deseada;
pero sabe ora Dios sus intenciones:
viendo toda la cuesta rodeada
de gente en concertados escuadrones,
la sangre del temor ya resfriada
con presteza acudió á los corazones:
los miembros del calor desamparados
fueron luego de esfuerzo reformados.

Con nuevo encendimiento están bramando
porque la trompa del partir no suena;
tanto el trance y batalla deseando,
que cualquiera tardanza les da pena:
de la otra parte el Araucano Bando
sujeto á lo que su caudillo ordena
rabiaba por cerrar; mas la obediencia
le pone duro freno y resistencia.

Como el feroz caballo que impaciente
cuando el competidor ve ya cercano
bufa, relincha, y con soberbia frente
hiere la tierra de una y otra mano:
así el bárbaro ejército obediente
viendo tan cerca el campo castellano
gime por ver el juego comenzado;
mas no pasa del término asignado.

Desta manera pues la cosa estaba,
ganosos de ambas partes por juntarse;
pero ya Villagran consideraba
que era dalle más ánimo el tardarse:
tres bandas de jinetes apartaba
de aquellos codiciosos de probarse,
que á la saña sin más amonestallos
ponen las piernas recio á los caballos.

El campo con ligeros pies batiendo
salen con gran tropel y movimiento;
Rauco se estremeció del son horrendo,
y la mar hizo extraño sentimiento:
los corregidos bárbaros temiendo
de Lautaro el expreso mandamiento,
aunque por los herir se deshacían
el paso hacia adelante no movían.

Con el concierto y orden que en Castilla
juegan las cañas en solemne fiesta,
que parte y desembrazo una cuadrilla
revolviendo la adarga al pecho puesta:
así los nuestros firmes en la silla
llegan hasta el remate de la cuesta,
y vuelven casi en cerco á retirarse
por no poder romper sin despeñarse.

Toman al retirar la vuelta larga,
y desta suerte muchas vueltas prueban;
pero todas las veces una carga
de flecha, dardo y piedra espesa llevan,
á algunos vale allí la buena adarga,
las celadas y grevas bien aprueban,
que no pueden venir al corto hierro,
por ser peinado en torno el alto cerro.

Firme estaba Lautaro sin mudarse,
y cercada de gente la montaña
algunos que pretenden señalarse
salen con su licencia á la campaña:
quieren uno por uno ejercitarse
de la pica y bastón con los de España,
ó dos á dos, ó tres á tres soldados
á la franca elección de los llamados.

Usando de mudanzas y ademanes
vienen con muestra airosa y contoneo,
más bizarros que bravos alemanes
haciendo aquí y allí gentil paseo:
como los diestros y ágiles galanes
en público ejercicio del torneo:

así llegan gallardos á juntarse,
y con las duras puntas á tentarse.

Quien piensa de la pica ser maestro
sale á probar la fuerza y el destino,
tentando el lado diestro y el siniestro
buscando lo mejor con sabio tino:
cual acomete, vanle, y hurta presto
hallando para entrar franco el camino,
cual hace el golpe vano, y cual tan cierto
que da con su enemigo en tierra muerto.

Otras destas posturas no se curan,
ni paran en el aire y gentileza,
que el golpe sea mortal solo procuran,
y en el cuerpo y los pies llevar firmeza:
con ánimo arrojado se aventuran
llevados de la cólera y braveza,
ésta á veces los golpes hace vanos,
y ellos venir más juntos á las manos.

Pero por más veloz en la corrida
el mozo Curiomán se señalaba,
que con gallarda muestra y atrevida
larga carrera sin temor tomaba:
y blandiendo una lanza muy fornida
en medio de la furia la arrojaba,
que nunca de ballesta al torno armada
jara con tal presteza fué enviada.

Había siete españoles ya herido;
mas nadie se atraviesa á la venganza;
que era el valiente bárbaro temido
por su esfuerzo, destreza y gran pujanza:
en esto Villagrán algo corrido
viéndole despedir la octava lanza
dijo con voz airada: ¿no hay alguno
que castigue este bárbaro importuno?

Diciendo esto miraba á Diego Cano,
el cual de osado crédito tenía,
que una asta gruesa en la derecha mano

su Rabican preciado apercibía:
y al tiempo cuando el bárbaro lozano
con fuerza extrema el brazo sacudía,
en la silla los muslos enclavados
hiere al caballo á un tiempo entrambos lados.

Con menudo tropel y gran ruido
sale el presto caballo desenvuelto
hacia el gallardo bárbaro atrevido,
que en esto las espaldas había vuelto:
pero el fuerte español embebecido
en que no se le fuese, el freno suelto
bate el caballero apriesa los talones
hasta los enemigos escuadrones.

No el Araucano y fiero ayuntamiento
con las espesas picas derribadas,
ni el presuroso y recio movimiento
de mazas y de bárbaras espadas
pudieron resistir al duro intento
del airado español que las pisadas
del ligero Araucano iba siguiendo,
la espesa turba y multitud rompiendo.

Donde á pesar de tantos y á despecho
con grande esfuerzo y valerosa mano
rompe por ellos, y la lanza el pecho
de aquel que dilató su muerte en vano:
y glorioso del bravo y alto hecho
al caballo picó á la diestra mano,
abriendo con esfuerzo y diestro tino
por medio de las armas el camino.

Luego se arroja el escuadrón jinete
al Araucano ejército llamando,
que á esperarle parece que acomete,
y vase luego al borde retirando:
una, cuatro y diez veces arremete,
poco el arremeter aprovechando:
que en aquella sazón ninguna espada
había de sangre bárbara manchada.

Los cansados caballos trabajaban;
mas poco del trabajo se aprovecha;
que los nuestros en vano les picaban
heridos y hostigados de la flecha:
las bravezas algunos aplacaban
viéndose en aquel punto y cuenta estrecha,
ellos lasos, los otros descansados,
los pasos y caminos ya cerrados.

La presta y temerosa artillería
á toda furia y priesa disparaba,
y así en el escuadrón indio batía,
que cuanto topa enhiesto lo allanaba:
de fuego y humo el cerro se cubría,
el aire cerca y lejos retumbaba;
parece con estruendo abrirse el suelo,
y respirar un nuevo Mongibelo.

Visto Lautaro serle conveniente
quitar y deshacer aquel ñublado,
que lanzaba los rayos en su gente
y había gran parte della destrozado:
al escuadrón que á Leucoton valiente
por su valor le estaba encomendado,
le manda arremeter con furia presta,
y en alta voz diciendo le amonesta:

«¡Oh fieles compañeros victoriosos
»á quien fortuna llama á tales hechos!
»ya es tiempo que los brazos valerosos
»nuestras causas aprueben y derechos:
»sús, sús calad las lanzas animosos,
»rompan los hierros los contrarios pechos,
»y por ellos abrid roja corriente
»sin respetar á amigo, ni á pariente.

»A las piezas guiad, que si ganadas
»por esfuerzo son, con tal victoria
»célebres quedarán vuestras espadas,
»y eterna al mundo dellas la memoria:
»el campo seguirá vuestras pisadas
»siendo vos los autores desta gloria.»

Y con esto la gente envanecida
hizo la temeraria arremetida.

Por infame se tiene allí el postrero,
que es la cosa que entre ellos más se nota,
el más medroso quiere ser primero
al probar si la lanza lleva bota:
no espanta ver morir al compañero,
ni llevar quince ó veinte una pelota
volando por los aires hechos piezas,
ni el ver quedar los cuerpos sin cabezas.

No los perturba y pone allí embarazo,
ni punto los detiene el temor ciego;
antes si el tiro á alguno lleva el brazo,
con el otro la espada esgrime luego:
llegan sin reparar hasta el ribazo
donde estaba la máquina del fuego:
viéranse allí las balas escupidas
por la bárbara furia detenidas.

Los demás arremeten luego en rueda
y de tiros la tierra y sol cubrían,
pluma no basta, lengua no hay que pueda
figurar el furor con que venían:
dos voces, fuego, humo y polvareda
no se entienden allí, ni conocían;
mas poco aprovechó este impedimento,
que ciegos se juntaban por el tiento.

Tardaron poco espacio en concertarse
las enemigas haces ya mezcladas,
lo que allí se vió más para notarse
era el presto batir de las espadas:
procuran ambas partes señalarse,
y así vieran cabezas y celadas
en cantidad y número partidas,
y piernas de sus troncos divididas.

Unos por defender la artillería
con tal ímpetu y furia acometida,
otros por dar remate á su porfía,

traban una batalla bien reñida:
para un solo español cincuenta había,
la ventaja era fuera de medida;
mas cada cual por sí tanto trabaja
que iguala con valor á la ventaja.

No quieren que atrás vuelva el estandarte
de Carlos Quinto Máximo glorioso;
mas que á pesar del contrapuesto Marte
vaya siempre adelante victorioso:
el cual terrible y fiero á cada parte
envuelto en ira y polvo sanguinoso
daba nuevo vigor á las espadas
de tanto combatir aun no cansadas.

Renuévase el furor y la braveza
según es el herir apresurado,
con aquel mismo esfuerzo y entereza
que si entonces lo hubieran comenzado:
las muertes, el rigor y la crueza
esto no puede ser significado,
que la espesa y menuda hierba verde
en sangre convertida el color pierde.

Villagrán la batalla en peso tiene,
que no pierde una mínima su puesto,
de todo lo importante se previene,
aquí va, y allí acude, y vuelve presto:
hace de capitán lo que conviene
con usada experiencia, y fuera desto
como osado soldado y buen guerrero
se arroja á los peligros el primero.

Andando envuelto en sangre á Torbo mira
que en los cristianos hace gran matanza,
lleva el caballo, y él llevado de ira
requiere en la derecha bien la lanza:
en los estribos firme el pecho tira;
mas la codicia y sobra de pujanza
desatentó la presurosa mano,
haciendo antes de tiempo el golpe vano.

Hiende el caballo desapoderado
por la canalla bárbara enemiga,
revuelve á Torbo el español airado
y en bajo el brazo la gineta abriga,
pásale un fuerte peto tresdoblado
y el jubon de algodón, y en la barriga
le abrió una gran herida, por dó al punto
vertió de sangre un lago y la alma junto.

Saca entera la lanza, y derribando
el brazo atrás, con ira la arrojaba:
vuela la furiosa asta rechinando
del ímpetu y pujanza que llevaba,
y á Corpillán que estaba descansando
por entre el brazo y cuerpo le pasaba,
y al suelo penetró sin dañar nada,
quedando media braza en él fijada.

Y luego Villagrán la espada fuera
por medio de la huesca va á gran priesa,
haciendo con rigor ancha carrera
á donde va la turba más espesa:
no menos Pedro de Olmos de Aguilera
en todos los peligros se atraviesa,
habiendo él solo muerto por su mano
á Guancho, Canio, Pillo, y Ticaguano.

Hernando y Juan entrambos de Alvarado
daban de su valor notoria muestra,
y el viejo y gran jinete Maldonado
voltea el caballo allí con mano diestra,
ejercitando con valor usado
la espada que en herir era maestra,
aunque la débil fuerza envejecida
hace pequeño el golpe y la herida.

Diego Cano á dos manos sin escudo
no deja lanza enhiesta ni armadura,
que todo por rigor de filo agudo
hecho pedazos viene á la llanura:
pues Peña, aunque de lengua tartamudo,
se revuelve con tal desenvoltura,

cual Cesio entre las armas de Pompeo,
ó en Troya el fiero hijo de Peleo.

Por otra parte el español Reynoso
de ponzoñosa rabia estimulado
con la espada sangrienta va furioso,
hiriendo por el uno y otro lado:
mata de un golpe á Palta, y riguroso
la punta enderezó contra el costado
del fuerte Ron, y así acertó la vena
que la espada de sangre sacó llena.

Bernal, Pedro de Aguayo, Castañeda,
Ruiz, Gonzalo Hernández, y Pantoja
tienen hecha de muertos una rueda,
y la tierra de sangre toda roja:
no hay quien ganar del campo un paso pueda,
ni el espeso herir un punto afloja,
haciendo los cristianos tales cosas
que las harán los tiempos milagrosas.

Mas eran los contrarios tanta gente,
y tan poco el remedio y confianza,
que á muchos les faltaba juntamente
la sangre, aliento, fuerza, y la esperanza:
llevados pues al fin de la corriente
sin poder resistir la gran pujanza,
pierden un largo trecho la montaña
con todas las seis piezas de campaña.

Del antiguo valor y fortaleza
sin aflojar los nuestros siempre usaron,
no se vió en español jamás flaqueza
hasta que el campo y sitio les ganaron:
mas viéndose á tal hora en estrecheza
que pasaba de cinco que empezaron,
comienzan á dudar ya la batalla
perdiendo la esperanza de ganalla.

Dudan por ver al bárbaro tan fuerte,
cuando ellos en la fuerza iban menguando,
representóles el temor la muerte,

las heridas y sangre resfriando:
algunos desaniman de tal suerte
que se van al camino retirando:
no del todo, señor, desbaratados;
mas haciéndoles rostro y ordenados.

Pero el buen Villagrán haciendo fuerza,
se arroja y contrapone al paso airado,
y con sabias razones los esfuerza,
como de capitán escarmentado,
diciendo: «Caballeros, nadie tuerza
»de aquello que á su honor es obligado,
»no os entreguéis al miedo, que es yo os digo
»de todo nuestro bien grande enemigo.

»Sacudidle de vos, y veréis luego
»la deshonra y afrenta manifiesta,
»mirad que el miedo infame, torpe y ciego
»más que el hierro enemigo aquí os molesta:
»no os turbéis, reportaos, tened sosiego,
»que en este solo punto tenéis puesta
»vuestra fama, el honor, vida y hacienda,
»y es cosa que después no tiene enmienda.

»A dó volvéis sin orden y sin tiento,
»que los pasos tenemos impedidos?
»¿con cuánto deshonor y abatimiento
»seremos de los nuestros acogidos?
»la vida y honra está en el vencimiento,
»la muerte y deshonor en ser vencidos:
»mirad esto, y veréis huyendo cierta
»vuestra deshonra, y más la vida incierta.

De la plaza no ganan cuanto un dedo
por esta y otras cosas que decía,
según era el terror y extraño miedo
en que el peligro puesto los había:
¿dónde quedar mejor que aquí yo puedo?
diciendo Villagrán; con osadía
temeraria arremete tanta gente
solo para morir honradamente.

honor

La vida ofrece de acabar contenta
por no estar al rigor de ser juzgado,
teme más que la muerte alguna afrenta
y el verse con el dedo señalado:
no quiere andar á todos dando cuenta
si volver las espaldas fué forzado,
que por dolencia ó mancha se reputa
tener puesto el honor hombre en disputa.

Cuan bien desto salió, que del caballo
al suelo le trujeron aturdido,
cual procura prendello, cual matallo;
pero las buenas armas le han valido:
otros dicen á voces: desarmallo:
acude allí la gente y el ruido;
mas quien saber el fin desto quisiere
al otro canto pido que me espere.

## CANTO VI

Prosigue la comenzada batalla con las extrañas y diversas muertes, que los Araucanos ejecutaron en los vencidos, y la poca piedad que con los niños y mujeres usaron, pasándolos todos á cuchillo.

Al valeroso espíritu, ni suerte,
ni revolver de hado riguroso
le pueden presentar caso tan fuerte,
que le traigan á estado vergonzoso:
como ahora á Villagrán que con su muerte
no siendo de otro modo poderoso,
piensa atajar el áspero camino,
á donde le tiraba su destino.

Sus soldados el paso apresurando
en confuso montón se retrujeron,
cuando en el nuevo y gran rumor mirando
á su buen capitán en tierra vieron:
solos trece la vida despreciando
los rostros y las riendas revolvieron,
rasgando á los caballos los ijares
se arrojan á embestir tantos millares.

Con más valor que yo sabré decillo
el pequeño escuadrón ligero cierra,
abriendo en los contrarios un portillo
que casi puso en condición la guerra:

rompen hasta dó el mísero caudillo
de golpes aturdido estaba en tierra,
sin ayuda y favor desamparado,
de la enemiga turba rodeado.

Todos á un tiempo quieren ser primeros
en esta empresa y suerte señalada;
y estaban como lobos carniceros
sobre la mansa oveja desmandada,
cuando discordes con aullidos fieros
forman música en voz desentonada;
y en esto los mastines del exido
llegan con gran presteza á aquel ruido.

Así los enemigos apiñados
en medio al triste Villagrán tenían,
que por darle la muerte embarazados
los unos á los otros se impedían;
mas los trece españoles esforzados
rompiendo á la sazón sobrevenían,
de roja y fresca sangre ya cubiertos
de aquellos que dejaban atrás muertos.

Con gran presteza del amor movidos
á donde á Villagran ven se arrojaban,
y los agudos hierros atrevidos
de nuevo en sangre nueva remojaban:
desamparan el cerco los heridos,
acá y allá medrosos se apartaban,
algunos sustentaban con más suerte
su parte y opinión hasta la muerte.

Si un espeso montón se deshacía
desocupando el campo escarmentados,
otra junta mayor luego nacía,
y estaban sus lugares ocupados;
del sueño Villagrán aun no volvía;
mas tal maña se dieron sus soldados,
y así las prestas armas revolvieron,
que en su acuerdo á caballo lo pusieron.

A tardarse mas tiempo fuera muerto,
y á bien librar salió tan mal parado,
que, aunque estaba de planchas bien cubierto
tenía el cuerpo molido y magullado;
pero del sueño súbito despierto
viendo trece españoles á su lado,
olvidando el peligro en que aun estaba,
entre los duros hierros se lanzaba.

Por medio del ejército enemigo
sin escarmiento ni temor hendía,
llevando en su defensa al bando amigo,
que destrozando bárbaros venía:
trillan, derriban, hacen tal castigo
que duran las reliquias hoy en día;
y durará en Arauco muchos años
el estrago y memoria de los daños.

Bernal hiere á Maylongo de pasada
de un valiente altibajo á fil derecho,
no le valió de acero la celada,
que los filos corrieron hasta el pecho;
Aguilera al través tendió la espada,
y al dispuesto Guaman dejó mal trecho,
haciendo ya el temor tan ancha senda,
que bien pueden correr á toda rienda.

Salen pues los catorce victoriosos
donde los otros de su bando estaban,
que turbados, sin orden, temerosos
de ver su muerte ya remolinaban:
no bastaron ni fueron poderosos
Villagrán y los otros que llegaban
á estorbar el camino comenzado,
que ya el temor gran fuerza había cobrado.

Viendo bravo y gallardo el Araucano
del todo de vencer desconfiados,
y los caballos sin aliento en vano
de importunas espuelas fatigados,
á grandes voces dicen: á lo llano,
no estemos desta suerte arrinconados;

y con nuevo temor y desatino
toman algunos dellos el camino.

Cual de cabras montesas la manada
cuando á lugar estrecho es reducida,
de diestros cazadores rodeada
y de importunos tiros perseguida,
que viéndose ofendida y apretada,
una rompe el camino y la huida,
siguiendo las demás á la primera:
así abrieron los nuestros la carrera.

Uno, dos, diez y veinte desmandados
corren á la bajada de la cuesta,
sin orden ni atención apresurados,
como si al palio fueran sobre apuesta:
aunque algunos valientes ocupados
con firme rostro y con espada presta,
combatiendo animosos, no miraban
como así los amigos los dejaban.

No atienden al huir, ni se previenen
de remedio tan flaco y vergonzoso,
antes en su batalla se mantienen
trayendo al fin á término dudoso:
y con heroicos ánimos detienen
de los Indios el ímpetu furioso,
y la disposición del duro hado
en daño suyo y contra declarado.

Y así resisten, matan y destruyen
contrastando al destino que parece
que el valor Araucano disminuyen,
y el suyo con difícil prueba crece;
más viendo á los amigos como huyen,
que á más correr la gente desaparece,
hubieron de seguir la misma vía,
que ya fuera locura y no osadía.

Quiero mudar en lloro amargo el canto
que será á la sazón más conveniente;

pues me suena en la oreja el triste llanto
del pueblo amigo y género inocente:
no siento el ser vencidos tanto, cuanto
ver pasar las espadas crudamente
por vírgenes, mujeres, servidores,
que penetran los cielos sus clamores.

La infantería española sin pereza
y gente de servicio iban camino,
que el miedo les prestaba ligereza,
y más de la que á algunos les convino;
pues con la turbación y gran torpeza
muchos perdieron de la cuesta el tino,
ruedan unos los lomos quebrantados,
otros hechos pedazos despeñados.

Quedan por el camino mil tendidos,
los arroyos de sangre el llano riegan,
rompiendo el aire el llanto y alaridos
que en son desentonado al cielo llegan:
y las lástimas tristes y gemidos
(puestas las manos altas) con que ruegan,
y piden de la vida gracia en vano
al inclemente bárbaro inhumano.

El cual siempre les iba caza dando
con mano presta y pies en la corrida,
hiriendo sin respeto y derribando
la inútil gente, mísera, impedida,
que á la amiga nación iba invocando
la ayuda en vano á la amistad debida,
poniéndole delante con razones
la deuda, el interés y obligaciones.

Y aunque más las razones obligaban,
si alguno á defenderlos revolvía,
viendo cuanto los otros se alargaban
alargarse también le convenía:
ni á los que por amigos se trataban,
ni á las que por amigas se debía,
con quien había amistad y cuenta estrecha,
llamar, gemir, llorar les aprovecha.

Que ya los nuestros sin parar en nada
por la carrera de su sangre roja
dan siempre nueva furia á su jornada,
y á los caballos priesa y rienda floja:
que ni la voz de virgen delicada,
ni obligación de amigos los congoja:
la pena y la fatiga que llevaban
era que los caballos no volaban.

Sordos á aquel clamor, y endurecidos
miden con sueltos pies el verde llano;
pero algunos de lástima movidos
viendo el fiero espectáculo inhumano,
de una rabiosa cólera encendidos
vuelven contra el ejército Araucano
que corre por el campo derramado,
la más parte en la presa embarazado.

Determinados de morir revuelven
haciendo al sexo tímido reparo,
y de suerte en los bárbaros se envuelven
que á más de diez la vuelta costó caro;
por esto los primeros aun no vuelven,
que quieren que el partido sea más claro,
y no poner la vida en aventura,
cuanto lejos de allí, tanto segura.

Torna la lid de nuevo á refrescarse,
de un lado y otro andaba igual trabada,
pecho con pecho vienen á juntarse,
lanza con lanza, espada con espada:
pueden los españoles sustentarse;
que la gente Araucana derramada
el alcance sin orden proseguía,
haciendo todo el daño que podía.

Cual banda de cornejas esparcidas
que por el aire claro el vuelo tienden,
que de la compañera condolidas
por los chirridos la prisión entienden,
las batidoras alas recogidas
á darle ayudan en círculo descienden:

el bárbaro escuadrón desta manera
al rumor endereza la carrera.

La gente que de acá y allá discurre,
al son de las espadas sonoroso:
cada Araucano con presteza ocurre
adonde era el favor más provechoso,
y los sangrientos hierros en las manos
cercan el escuadrón de los cristianos.

La copia de los bárbaros creciendo,
crece el son de las armas y refriega,
y los nuestros se van disminuyendo,
que en su ayuda y socorro nadie llega;
pero con grande esfuerzo combatiendo,
ninguno á la persona á ciento niega;
ni allí se vió español que se notase
que á su deuda una mínima faltase.

Mas de la suerte como si del cielo
tuvieran el seguro de las vidas,
se meten, y se arrojan sin recelo
por las furiosas armas homicidas:
caen por tierra, y echan por el suelo,
dan, y reciben ásperas heridas,
que el número dispar, y aventajado
suple el valor, y el ánimo sobrado.

Y así se contraponen, no temiendo
la muerte y furia bárbara importuna,
el ímpetu y pujanza resistiendo
de la gente, del hado y la fortuna;
mas contrastar á tantos no pudiendo
sin socorro, favor, ni ayuda alguna,
dilatando el morir les fué forzoso
volver á su camino trabajoso.

Parece el esperar más desatino,
que van los delanteros como el viento;
usar de aquel remedio les convino,
y no del temerario atrevimiento:
muchos mueren en medio del camino

por falta de caballos y de aliento,
y de sangre también, que el verde prado
quedaba de su rastro colorado.

Flojos ya los caballos, y encalmados,
los bárbaros por pies los alcanzaban,
y en los reñidos dueños derribados
la fuerza de los brazos ensayaban:
otros de los peones empachados
digo de los cristianos que á pie andaban,
casi moverse al trote no podían,
que con solo el temor los detenían.

Los cansados peones se contentan
con las colas, ó acciones aferradas,
y en vano lastimosos representan
estrechas amistades olvidadas:
de si los de á caballo los ausentan,
si no pueden á ruego, á cuchilladas,
como á los más odiosos enemigos,
que no era á la sazón tiempo de amigos.

Atruena todo el valle el gran bullicio,
armas, grita y clamor triste se oía
de la gente española, y de servicio
que á manos de los indios perecía:
no se vió tan sangriento sacrificio,
ni tan extraña y cruda anatomía,
como los fieros bárbaros hicieron
en dos mil y quinientos que murieron.

Unos vienen al suelo mal heridos
de los lomos al vientre atravesados;
por medio de la frente otros hendidos;
otros mueren con honra degollados:
otros que piden medios y partidos,
de los cascos los ojos arrancados,
los fuerzan á correr por peligrosos
peñascos sin parar precipitosos.

Y á las tristes mujeres delicadas
el debido respeto no guardaban;

antes con más rigor por las espadas
sin escuchar sus ruegos las pasaban:
no tienen miramiento á las preñadas;
mas los golpes al vientre encaminaban,
y aconteció salir por las heridas
las tiernas pernezuelas no nacidas.

Suben por la gran cuesta al que más puede,
y paga el perezoso y negligente,
que á ninguno más vida se concede
de cuanto pueda andar ligeramente:
y al que torpe es forzoso que se quede
que no es en la carrera diligente,
que la muerte que airada atrás venía
en afirmando el pie, le sacudía.

Aunque la cuesta es áspera y derecha,
muchos á la alta cumbre han arribado,
adonde una albarrada hallaron hecha,
y el paso con maderos ocupado:
no tiene aquel camino otra desecha,
que el cerro casi en torno era tajado,
del un lado le bate la marina,
del otro un gran peñol con él confina.

Era de gruesos troncos mal pulidos
el nuevo muro en breve tiempo hecho
con arte unos en otros enjeridos
que cerraban la senda y paso estrecho;
dentro estaban los indios prevenidos
las armas sobre el muro y antepecho,
que según orgullosos se mostraban,
al cielo, no á la gente amenazaban.

Viendo los españoles ya cerrados
los pasos y cerrada la esperanza,
á pasar ó morir determinados,
poniendo en Dios la firme confianza;
de la albarrada un trecho desviados
prueban de los caballos la pujanza,
corriendo un golpe dellos á romperla,
y los bárbaros dentro á defenderla.

Así la gente estaba detenida,
que todo su trabajo no importaba,
ni al peligro hallaba la salida
hasta que el viejo Villagrán llegaba:
que vista la excusada arremetida
cuán poco en el remedio aprovechaba,
sin temor de morir, ni muestra alguna
dió aquí el último tiento la fortuna.

Estaba en un caballo derivado
de la española raza, poderoso,
ancho de cuadra, espeso, bien trabado,
castaño de color, presto, animoso,
veloz en la carrera, y alentado,
de gran fuerza y de ímpetu furioso,
y la furia sujeta y corregida
por un débil bocado y blanda brida.

El rostro le endereza, y al momento
bate el presto español recio la ijada,
que sale con furioso movimiento
y encuentra en los pechos la albarrada:
no hace en el romper más sentimiento
que si fuera en carrera acostumbrada,
abriendo tal camino que pasaron
todos los que de abajo se escaparon.

Los bárbaros airados defendían
el paso; pero al cabo no pudieron;
que por más que las armas esgrimían,
los fuertes españoles los rompieron:
unos hacia la mano diestra guían,
otros tan buen camino no supieron,
tomando á la siniestra un mal sendero
que á dar iba en un gran despeñadero.

A la siniestra mano hacia el Poniente
estaban dos caminos mal usados,
éstos debían de ser antiguamente
por dó al agua bajaban los venados:
digo en tiempos pasados, que al presente
por mil partes estaban derrumbados,

y el remate tajado con un salto
de más de ciento y veinte brazos de alto.

Por orden de natura no sabida,
ó por gran sequedad de aquella tierra,
ó algún diluvio grande y avenida
fué causa de tajarse aquella sierra:
pues por allí la genta mal regida
ocupada del miedo de la guerra,
huyendo de la muerte ya sin tino
á dar derechamente en ella vino.

La inadvertida gente iba rodando,
que repararse un paso no podía,
el segundo al primero tropellando,
y el tercero al segundo recio envía:
el número se va multiplicando,
un cuerpo mil pedazos se hacía,
siempre rodando con furor violento
hasta parar en el más bajo aciento.

Como el fiero Tifeo presumiendo
lanzar de sí el gran monte y pesadumbre,
cuando el terrible cuerpo estremeciendo,
sacude los peñascos de la cumbre
que vienen con gran ímpetu y estruendo
hechos piezas abajo en muchedumbre:
así la triste gente mal guiada
rodando al llano va despedazada.

Pero aquella que el buen camino tiene
de verle con presteza el fin procura,
ninguno por el otro se detiene,
que detenerse ya fuera locura:
rodar también alguno le conviene,
que más de lo posible se apresura:
á caballo y á pie, y aun de cabeza
llegaron á lo bajo en poca pieza.

Sueltos iban caballos por el prado,
que muertos los señores han caído,
otros desocuparlos fué forzado,

que por flojos la silla habían perdido:
cual ligero cavalga, y cual turbado
del temor de la muerte ya impedido
atinar al estribo no podía,
y el caballo y sazon se le huía,

No aguardaban por éstos, mas corriendo
juegan á mucha priesa los talones,
al delantero sin parar siguiendo,
que no le alcanzarán á dos tirones,
votos, promesas entre sí haciendo
de ayunos, romerías, oraciones,
y aun otros reservados solo al Papa,
si Dios deste peligro los escapa.

Venían ya los caballos por el llano
las orejas tremiendo derramadas,
quiérenlos aguijar; mas es en vano,
aunque recio les abren las ijadas:
el hermano no escucha al caro hermano,
las lástimas allí son excusadas,
quien dos pasos del otro se aventaja
por ganar otros dos muere y trabaja.

Como el que sueña que en el ancho coso
siente al furioso toro avecinarse,
que piensa atribulado y temeroso
huyendo de aquel ímpetu salvarse,
y se aflige y congoja presuroso
por correr, y no puede menearse:
así éstos á gran priesa á los caballos
no pueden, aunque quieren, aguijallos.

Haciendo el enemigo gran matanza
sigue el alcance, y siempre los aqueja,
dichoso aquel que buen caballo alcanza,
que de su furia un poco más se aleja:
quien la adarga abandona, quien la lanza,
quien de cansado el propio cuerpo deja,
y así la vencedora gente brava
la fiera sed con sangre mitigaba,

Aquel que por desdicha atrás venía,
ninguno (aunque sea amigo) le socorre,
despacio el más ligero se movía,
quien el caballo trota, mucho corre:
el cansancio y la sed los afligía:
mas Dios que en el mayor peligro acorre,
frenó el ímpetu y curso al enemigo,
según en el siguiente canto digo.

## CANTO VII

Llegan los españoles á la ciudad de la Concepción hechos pedazos, cuentan el destrozo y pérdida de nuestra gente, y vista la poca que para resistir tan gran pujanza de enemigos en la ciudad había, y las muchas mujeres, niños y viejos que dentro estaban, se retiran en la ciudad de Santiago. Asimismo en este Canto se contiene el saco, incendio y ruina de la ciudad de la Concepción.

Tener en mucho un pecho se debría
á dó el temor jamás halló posada,
temor que honrosa muerte nos desvía
por una vida infame y deshonrada:
en los peligros grandes la osadía
merece ser de todos estimada,
el miedo es natural en el prudente,
y el saberlo vencer, es el valiente.

Esto podrán decir los que picaban
los cansados caballos aguijando;
pues tanto de temor se apresuraban
que les daremos crédito aun callando:
con los prestos calcaños lo afirmaban,
con piernas, brazos, cuerpo ijadeando:
también los Araucanos sin aliento,
la furia iban perdiendo y movimiento.

Que del grande trabajo fatigados
en el largo y veloz curso aflojaron,
y por el gran tesón desalentados
á seis leguas de alcance los dejaron:
los nuestros del temor más aguijados,
al entrar de la noche se hallaron
en la extrema ribera de Biobío,
adonde pierde el nombre y sér de río.

Y á la orilla un gran barco asido vieron
de una gruesa cadena á un viejo pino,
los más heridos dentro se metieron
abriendo por las aguas el camino:
y los demás con ánimo atendieron
hasta que el esperado barco vino,
y con la diligencia comenzada
á la ciudad arriban deseada.

Puédese imaginar cual llegarían
del trabajo y heridas maltratados:
algunos casi rostros no tenían,
otros los traen de golpes levantados:
del infierno parece que salían,
no hablan, ni responden elevados,
á todos con los ojos rodeaban,
y más callando el daño declaraban.

Después que dió el cansancio y torpe espanto
licencia de decir lo que pasaba,
dejando al pueblo atónito ya cuanto,
súbito en triste tono levantaba
un alboroto y doloroso llanto,
que el gran desastre más solemnizaba,
y al són discorde y áspera harmonía
la casa más vecina respondía.

Quien llora al muerto padre, quien marido,
quien hijos, quien sobrinos, quien hermanos,
mujeres como locas sin sentido
ansiosas tuercen las hermosas manos:
con el fresco dolor crece el gemido,
y los protestos de accidente vanos,

los niños abrazados con las madres
preguntaban llorando por sus padres.

De casa en casa corren publicando
las voces y clamores esforzados
los muertos que murieron peleando,
y aquellos infelices despeñados:
mozas, casadas, viudas lamentando;
puestas las manos y ojos levantados
el último remedio de la muerte.
piden á Dios para dolor tan fuerte

La amarga noche sin dormir pasaban
al son de dolorosos instrumentos;
mas el día venido se atajaban
con otro mayor mal estos lamentos:
diciendo que á gran furia se acercaban
los Araucanos bárbaros sangrientos,
en una mano hierro, en otra fuego,
sobre el pueblo español de temor ciego.

Ya la parlera fama pregonando
torpes y rudas lenguas desataba,
las cosas de Lautaro acrecentado,
los enemigos ánimos menguaba,
que ya cada español casi temblando,
dando fuerza á la fama, levantaba
al más flaco Araucano hasta el cielo,
derramando en los ánimos un hielo.

Levántase un rumor de retirarse,
y la triste ciudad desamparalla,
diciendo que no pueden sustentarse
contra los enemigos en batalla:
corrillos comenzaban á formarse,
la voz comun aprueba el despoblalla;
algunos con razones importantes
reprobaban las causas no bastantes.

Dos varias partes eran admitidas
del temor, y el amor de la hacienda:
la poca gente, muertes y heridas

dicen que la ciudad no se defienda;
las haciendas y rentas adquiridas
al liberal temor cogen la rienda;
mas luego se esforzó y creció de modo,
que al fin se apoderó de todo en todo.

La gente principal claro pretende
desamparar el pueblo y propio nido.
el temeroso vulgo aun no lo entiende:
mas tiende oreja atenta á aquel ruido:
visto el público trato, más no atiende,
que súbito, alterado y removido
de nuevo esfuerza el llanto y las querellas,
poniendo un alarido en las estrellas.

Quien á su casa corre pregonando
la venida del bárbaro guerrero;
quien aguija la silla procurando
cincharla en el caballo más ligero:
las encerradas vírgenes llorando
por las calles sin manto, ni escudero,
atónitas de acá y de allá perdidas
á las madres buscaban desvalidas.

Como las cordilleras temerosas,
de las queridas madres apartadas,
balando van perdidas, presurosas,
haciendo en poco espacio mil paradas,
ponen atenta oreja á todas cosas,
corren aquí y allí desatinadas:
así las tiernas vírgenes llorando,
á voces á las madres van llamando.

De rato en rato se renueva y crece
el llanto, la aflicción, el alarido:
tal vez hay que de súbdito enmudece,
reduciendo el sentir solo al oído:
cualquier sombra Lautaro les parece,
su rigurosa voz cualquier ruido,
alzan la grita, y corren, no sabiendo
mas de ver á los otros ir corriendo.

Era cosa de oir bien lastimosa
los suspiros, clamores y lamento,
haciéndolos mayores cualquier cosa
que trae de nuevo el miedo por el viento:
desampara la turba temerosa
sus casas, posesión y heredamiento,
sedas, tapices, camas, recamados,
tejos de oro y de plata atesorados.

Si alguno hace protestas requiriendo
que no sea la ciudad desamparada,
responde el principal: yo no lo entiendo,
ni de mi voluntad soy parte en nada;
pero el temor un viejo posponiendo,
les dice: gente vil acobardada,
deshonra del honor y ser de España,
¿qué es este? ¿dónde vais? ¿quién os engaña?

No fué esta corrección de algún provecho
ni otras cosas que el viejo les decía:
muestran todos hacerse á su despecho,
y van al que más corre ya la via.
Es justo que la fama cante un hecho
digno de celebrarse hasta en el día
que cese la memoria por la pluma,
y todo pierda el ser y se consuma.

Doña Mencía de Nidos, una dama
noble, discreta, valerosa, osada,
es aquella que alcance tanta fama
en tiempo que á los hombres es negada:
estando enferma y flaca en una cama,
siente el grande alborozo, y esforzada,
asiendo de una espada y un escudo,
salió tras los vecinos como pudo.

Ya por el monte arriba caminaban,
volviendo atrás los rostros afligidos
á las casas y tierras que dejaban,
oyendo de gallinas mil graznidos:
los gatos con voz hórrida mayaban,
perros daban tristísimos aullidos:

Progne con la turbada Filomena
mostraba en sus cantos grave pena.

Pero con más dolor doña Mencía,
que dello daba indicio y muestra clara
con la espada desnuda lo impedía,
y en medio de la cuesta y dellos para:
el rostro á la ciudad vuelto, decía:
¡oh valiente nación, á quién tan cara
cuesta la tierra y opinión ganada
por el rigor y filo de la espada!

Decidme ¿qué es de aquella fortaleza,
que contra los que así teméis mostrastes?
¿qué es de aquel alto punto, y la grandeza
de la inmortalidad á que aspirastes?
¿qué es del esfuerzo, orgullo, la braveza,
y el natural valor de que os preciastes?
¿adónde vais cuitados de vosotros,
que no viene ninguno tras nosotros?

¡Oh cuántas veces fuistes imputados
de impacientes, altivos, temerarios,
en los casos dudosos arrojados,
sin atender á medios necesarios;
y os vimos en el yugo traer domados
tan gran número y copia de adversarios,
y emprender y acabar empresas tales
que distes á entender ser inmortales!

Volved á vuestro pueblo ojos piadosos
por vos de sus cimientos levantado:
mirad los campos fértiles, viciosos
que os tienen su tributo aparejado:
las ricas minas, y los caudalosos
ríos de arenas de oro, y el ganado
que ya de cerro en cerro anda perdido,
buscando á su pastor desconocido.

Hasta los animales que carecen
de vuestro racional entendimiento,
usando de razón, se condolecen,

y muestran doloroso sentimiento:
los duros corazones se enternecen
no usados á sentir, y por el viento
las fieras la gran lástima derraman:
y en vos casi formada nos infaman.

Dejais quietud, hacienda y vida honrosa
de vuestro esfuerzo y brazos adquirida,
por ir á casa ajena embarazosa
á dó tendremos mísera acogida:
¿qué cosa puede haber más afrentosa,
que ser huéspedes toda nuestra vida?
Volved; que á los honrados vida honrada
les conviene, ó la muerte acelerada.

Volved, no vais así desa manera,
ni del temor os deis tan por amigo,
que yo me ofrezco aquí que la primera
me arrojaré en los hierros enemigos:
haré yo esta palabra verdarea,
y vosotros seréis dello testigos:
volved, volved, gritaba: pero en vano,
que á nadie pareció el consejo sano.

Como el honrado padre recatado
que piensa reducir con persuaciones
al hijo del propósito dañado,
y está alegando en vano mil razones;
que al hijo incorregible y obstinado
le importunan y causan los sermones:
así al temor la gente ya entregada
no sufre ser en esto aconsejada.

Ni á Paulo le pasó con tal presteza
por las sienes la Jáculo serpiente
sin perder de su vuelo ligereza,
llevándole la vida juntamente:
como la odiosa plática y braveza
de la dama de nidos por la gente;
pues apenas entró por un oído,
cuando ya por el otro había salido.

Sin escuchar la plática del todo
llevados de su antojo caminaban,
mujeres sin chapines por el lodo
á gran priesa las faldas arrastrabén;
fueron doce jornadas de este modo,
y á Mapocho al fin dellas arribaban,
Lautaro que se siente descansado
me da priesa, que mucho me ha tardado.

No es bien que tanto dél nos descuidemos,
pues él no se descuida en nuestro daño,
y adonde le dejemos volveremos,
que fué donde dejó el alcance extraño:
en muy poco papel resumiramos
un gran proceso y término tamaño,
que fuera necesario larga historia
para ponerlo extenso por memoria.

Mas con la brevedad ya profesada
me detendré lo menos que pudiere,
y las cosas menudas de pasada
tocare lo mejor que yo supiere:
pido que atenta oreja me sea dada,
que el cuento es grave y atención requiere,
para que con furiosa y fácil pluma
los hechos destos bárbaros resuma.

Que luego que el alcance hubo cesado
volviendo al hijo do Pillan gozoso
que atrás un largo trecho había quedado,
más por autoridad, que de medroso:
al general despachan un soldado,
alojándose el campo en el gracioso
valle de Talcamábida importante,
de pastos y comidas abundante.

Un bárbaro valiente, que tenía
la estancia y heredad en aquel valle,
halló un indio cristiano por la vía;
pero no se preciando de matalle,
prisionero á su casa le traía,
y comienza en tal modo á razonalle:

la vida, ¡oh miserable! quiero darte,
aunque no la mereces por tú parte.

Pues ya que á la guerra tú venías;
gozando del honor de los guerreros
¿por qué con las mujeres te escondías
viendo á hierro morir tus compañeros?
mujer debes ser, pues que temías
tanto de alguna espada los aceros;
y así quiero que tengas el oficio
en todo lo que toca á mi servicio.

Mandó que del oficio se encargase
que á la mujer honesta es permitido,
y la posada y cena concertase,
en tanto que del sueño convencido
los fatigados miembros recrease:
y habiéndose á su cama recogido,
al mundo el sol dos vueltas había dado,
y no había el Araucano despertado.

Sepultado en un sueño tan profundo
como si de mil años fuera muerto:
hasta que el claro sol dió luz al mundo
á la vuelta tercera; que despierto
pidió la osada ropa, y lo segundo
si estaba la comida ya en concierto;
el diligente siervo respondía,
que después de guisada estaba fría.

Diciéndole también como había estado
cincuenta horas de término en el lecho,
del trabajo y manjares olvidado,
con todo lo demás que se había hecho:
y que el comer estaba aparejado
si del sueño se hallaba satisfecho;
el bárbaro responde: no me espanto
de haber sin despertar dormido tanto.

Que el cuidadoso Lautaro apercibido
por hacer desear vuestra llegada,
la gente en escuadrones ha tenido

con tanta disciplina castigada,
que aun el sentarnos era defendido
en acabando Apolo su jornada,
hasta que ya los rayos de su lumbre
nos daban de la vuelta certidumbre.

Si alguno de su puesto se movía,
sin esperar descargo le empalaba;
y aquel que de cansado se dormía,
en medio de dos picas le colgaba:
quien cortaba una espiga allí moría
demás de la ración que se le daba:
con órdenes estrechas y precetos
nos tuvo, como digo, así sujetos.

Desta suerte estuvimos los soldados
más de catorce noches aguardando
las picas altas, á ellas arrimados,
vuestra tarda venida deseando:
del sueño y del cansancio quebrantados
pasando gran trabajo, hasta cuando
supimos que llegábades ya junto,
que nos quitó el cansancio en aquel punto.

Viendo el silencio que el valle había,
le pregunta si el campo era partido,
el mozo dice: ayer antes del día
salió de aquí con súbito ruido:
aunque por claras muestras he entendido,
afirmarte la causa no sabría,
que la ciudad de Penco torreada
era del español desamparada.

Así era la verdad: que caminado
habían los escuadrones vencedores
hacia el pueblo español desamparado
de los inadvertidos moradores:
la codicia del robo y el cuidado
les puso espuelas y ánimos mayores:
siete leguas del valle á Penco había,
y arribaron en solo medio día.

A vista de las casas ya la gente
se reparte por todos los caminos,
porque el saco del pueblo sea igualmente
lleno de ropa, y falto de vecinos:
apenas la señal del partir siente:
cuando cual negra banda de estorninos
que se abate al montón del blanco trigo,
baja al pueblo el ejército enemigo.

La ciudad yerma en gran silencio atiende
el presto asalto y fiera arremetida
de la bárbara furia, que desciende
con alto estruendo y con veloz corrida:
el menos codicioso allí pretende
la casa más copiosa y bastecida:
vienen de gran tropel hacia las puertas
todas de par en par francas y abiertas.

Corren toda la casa en el momento,
y en un punto escudriñan los rincones,
muchos por no engañarse por el tiento
rompen y descerrajan los cajones,
baten tapices, rimas y ornamento,
camas de seda y ricos pabellones,
y cuanto descubrir pueden de vista,
que no hay quien los impida ni resista.

No con tanto rigor el pueblo griego
entró por el troyano alojamiento,
sembrando Frigia sangre y vivo fuego,
talando hasta en el último cimiento:
cuanto de ira, venganza y furor ciego
el bárbaro del robo no contento
arruina, destruye, desperdicia,
y aun no puede cumplir con su malicia.

Quién sube la escalera, y quién la baja,
quién á la ropa, y quién al cofre aguija,
quién abre, quién desquicia y desencaja,
quién no deja fardel ni baratija,
quién contiende, quién riñe, quién baraja,
quién alega y se mete á la partija:

por las torres, desvanes y tejados
aparecen los bárbaros cargados.

No en colmenas de abeja la frecuencia,
priesa y solicitud cuando fabrican
en el panal la miel con providencia,
que á los hombres jamás lo comunican;
ni aquel salir, entrar y diligencia
con que las tiernas flores melifican,
se puede comparar, ni ser figura
de lo que aquella gente se apresura.

Alguno de robar no se contenta
la casa que le da cierta ventura;
que la insaciable voluntad sedienta
otra de mayor presa la figura:
haciendo codiciosa y necia cuenta
busca la incierta y deja la segura,
y llegando el sol puesto á la posada,
se queda, por buscar mucho, sin nada.

También se roba entre ellos lo robado,
que poca cuenta y amistad había,
si no se pone en salvo á buen recado,
que allí el mayor ladrón más adquiría;
cuál lo saca arrastrando, cual cargado
va, que del propio hermano no se fía:
mas parte á ningún hombre se concede
de aquello que llevar consigo puede.

Como para el invierno se previenen
las guardosas hormigas avisadas
que á la abundante troje van y vienen,
y andan en acarretos ocupados,
no se impiden, estorban, ni detienen,
dan las vacías el paso á las cargadas:
así los Araucanos codiciosos
entran, salen y vuelven presurosos.

Quien buena parte tiene, más no espera;
que presto pone fuego al aposento;
no aguarda que los otros salgan fuera,

ni tienen al edificio miramiento:
la codiciosa llama de manera
iba en tanto furor y crecimiento
que todo el pueblo mísero se abrasa,
corriendo el fuego ya de casa en casa.

Por alto y bajo el fuego se derrama,
los cielos amenaza el son horrendo,
de negro humo espeso y viva llama
la infelice ciudad se va cubriendo:
treme la tierra en torno, el fuego brama
de subir á su esfera presumiendo,
caen de rica labor maderamientos
resumidos en polvos cenicientos.

Piérdese la ciudad más fértil de oro
que estaba en lo poblado de la tierra,
y adonde más riquezas y tesoro
según fama en sus términos se encierra.
¡Oh, cuántos vivirán en triste lloro
que les fuera mejor continua guerra!
pues es mayor miseria la pobreza
para quien se vió en próspera riqueza.

A quien diez, y á quien veinte, y á quien (treinta
mil ducados por años les rentara
el más pobre tuviera mil de renta,
de aquí ninguno de ellos abajara:
la parte del Valdivia era sin cuenta
si la ciudad en paz se sustentara;
que en torno la cercaban ricas venas,
fáciles de labrar, y de oro llenas.

Cien mil casados súbditos servían
á los de la ciudad desamparada,
sacar tanto oro en cantidad podían,
que atenerse viniera casi en nada:
esto que digo, y la opinión perdían,
por aflojar el brazo de la espada:
ganados, heredades, ricas casas,
que ya se van tornando en vivas brasas.

La grita de los bárbaros se entona,
no cabe el gozo dentro de sus pechos,
viendo que el fuego horrible no perdona
hermosas cuadras, ni labrados techos:
en tanta multitud no hay tal persona
que de verlos se duela así desecho;
antes suspiran, gimen, y se ofenden,
porque tanto del fuego se defienden.

Paréceles que es lento y espacioso,
pues tanto en abrazarlos se tardaba;
y maldicen al tracio proceloso,
porque la flaca llama no esforzaba:
al caer de las casas sonoroso
un terrible alarido resonaba;
que junto con el humo y las centellas
subiendo amenazaba las estrellas.

Crece la fiera llama en tanto grado
que las más altas nubes encendía:
tracio con movimiento arrebatado
sacudiendo los árboles venía,
y Vulcano al rumor sucio y tiznado
con los herreros fuelles acudía
que ayudaron su parte al presto fuego:
y así se apoderó de todo luego.

Nunca fué de Nerón el gozo tanto
de ver en la gran Roma poderosa
prendido el fuego ya por cada canto,
vista sola á tal hombre deleitosa:
ni aquello tan gran gusto le dió, cuanto
gusta la gente bárbara dañosa
de ver cómo la llama se extendía,
y la triste ciudad se consumía.

Era cosa de oir, dura y terrible
los estallidos y fornace estruendo,
el negro humo espeso, é insufrible,
cual nube en aire así se va imprimiendo:
no hay cosa reservada al fuego horrible,
todo en sí lo convierte, resumiendo

Entrada de los españoles en el puerto de la Concepción

los ricos edificios levantados
en antiguos corrales derribados.

Llegado al fin el último contento
de aquella fiera gente vengativa,
aun no parando en esto el mal intento,
ni planta en pie, ni cosa dejan viva:
el incendio acabado, como cuento,
un mensajero con gran priesa arriba
del hijo de Leocan, y su embajada
será en el otro canto declarada.

## CANTO VIII

Júntanse los caciques y señores principales á consejo general en el valle de Arauco Mata Tucapel al cacique Puchecalco, y Caupolican viene con poderoso ejército sobre la ciudad imperial fundada en el valle de Cauten.

Un limpio honor del ánimo ofendido
jamás puede olvidar aquella afrenta,
trayendo al hombre siempre así encogido,
que dello sin hablar da larga cuenta:
y en el mayor contento desabrido
se le pone delante, y representa
la dura y grave afrenta con un miedo,
que todos le señalan con el dedo.

Si bien esto los nuestros lo miraran,
y el temor con esfuerzo resistieran;
sus haciendas y casas sustentaran,
ó en la justa demanda fenecieran:
de mil desabrimientos no gustaran,
ni al terreno del vulgo se pusieran,
del vulgo, que jamás dice lo bueno,
ni en decir los defectos tiene freno,

Pero de un bando y de otro contemplada
la diferencia en número de gentes,
la ciudad sin reparos, descercada,
con otra infinidad de inconvenientes
y el ver puestas al filo de la espada
las gargantas de tantos inocentes,

niños, mujeres, vírgenes sin culpa,
será bastante y lícita disculpa.

Sino es disculpa y causa lo que digo
se puede atribuir este suceso
á que fué del Señor justo castigo,
visto de su soberbia el gran exceso,
permitiendo que el bárbaro enemigo,
aquel que fué su súbdito y opreso,
los eche de su tierra y posesiones,
y les ponga el honor en opiniones.

Bien que en la Concepción copia de gente
estaba á la sazón, pero gran parte
de barba blanca y arrugada frente,
inútil en la dura y bélica arte;
y poca de la edad más suficiente
á resistir el gran rigor de Marte,
y á la parcial fortuna que se muestra
en todos los sucesos ya siniestra.

¿Quién podrá con el bando Lautarino
viendo que su opinión tanto crecía,
y la fortuna próspera el camino
en nuestro daño y su provecho abría?
No piensa reparar hasta el divino
cielo y arruinar su monarquía,
haciendo aquellos bárbaros bizarros
grandes fieros, bravezas y desgarros.

Pues al pueblo de Penco desolado
y de la fiera llama consumido,
dije como á gran priesa había llegado
un indio mensajero conocido,
que por Caupolican era enviado;
y habiendo de su parte encarecido
la gran batalla digna de memoria,
las gracias les rindió de la victoria.

Dijo también sin alargar razones
que el general mandaba que partiese
Lautaro con los prestos escuadrones,

y en el valle de Arauco se metiese,
donde el senado y junta de varones
tratasen lo que más les conviniese:
pues en el fértil valle hay aparejo
para la junta y general consejo.

En oyendo Lautaro aquel mandato,
levanta el campo, sin parar camina:
deja gran tierra atrás, y en poco rato
al monte Andalicano se avecina:
y por llegar de súbdito rebato,
el camino torció por la marina,
ganosos de burlar el bando amigo,
tomando el nombre y voz del enemigo.

Tanto marchó, que al asomar del día
dió sobre las escuadras de repente
con una baraunda y vocería,
que puso en arma y alteró la gente;
mas vuelto el alboroto en alegría,
conocida la burla claramente,
los unos y los otros sin firmarse
sueltas las armas, corren á abrazarse.

Caupolican, alegre, humano y grave
los recibe, abrazando al buen Lautaro,
y con regalo y plática suave
le da prendas y honor de hermano caro:
la gente que de gozo en sí no cabe,
por la ribera de un arroyo claro
en juntas y corrillos derramada,
celebran de beber la fiesta usada.

Algún tiempo pasaron después desto,
antes que el gran senado fuese junto,
tratando en su jornada y presupuesto
desde al principio al fin sin faltar punto;
pero al término justo y plazo puesto
llegó la demás gente, y todo á punto
los principales hombres de la tierra
entraron en consulta á uso de guerra.

Llevaba el general aquel vestido
con que Valdivia ante él fué presentado:
era de verde y púrpura tejido
con rica plata y oro recamado,
un peto fuerte, en buena guerra habido,
de fina pasta y temple relevado,
la celada de claro y limpio acero,
y un mundo de esmeralda por cimero.

Todos los capitanes señalados
á la española usanza se vestían:
la gente del común y los soldados
se visten del despojo que traían:
calzas, jubones, cueros desgarrados
en gran estima y precio se tenían:
por inútil y bajo se juzgaba
el que español despojo no llevaba.

A manera de triunfos ordenaron
el venir á la junta así vestidos:
y en el consejo, como digo, entraron
ciento y treinta caciques escogidos:
por su costumbre antigua se sentaron,
según que por la espada eran tenidos;
estando en gran silencio el pueblo ufano,
así soltó la voz Caupolicano:

Bien entendido tengo yo, varones,
para que nuestra fama se acreciente,
que no es menester fuerza de razones,
mas solo el apuntarlo brevemente:
que según vuestros fuertes corazónes
entrar la España pienso fácilmente,
y al gran Emperador, invicto Carlo,
al dominio Araucano sujetarlo.

Los españoles vemos que ya entienden
el peso de las mazas barreadas,
pues ni en campo, ni en muro nos atienden:
sabemos como cortan sus espadas,
y cuán poco las mallas los defienden
del corte de las hachas aceradas:

si sus picas son largas y fornidas,
con las vuestras han sido ya medidas.

De vuestro intento asegurarme quiero,
pues estoy del valor tan satisfecho,
de gruesos muros de templado acero
allanaréis, poniéndoles el pecho:
con esta confianza el delantero
seguiré vuestro bando, y al derecho
que tenéis de ganar la fuerte España,
y conquistar del mundo la campaña.

La deidad de esta gente entenderemos,
y si del alto cielo cristalino
desciende, como dicen, abriremos
á puro hierro, anchísimo camino:
su género y linaje asolaremos,
que no bastará ejército divino,
ni divino poder, esfuerzo y arte
si todos nos hacemos á una parte.

En fin, fuertes guerreros, como digo,
no puede mi intención más declararse:
aquel que me quisiese como amigo
á tiempo está que pude señalarse:
téngame desde aquí por enemigo
el que quisiere á paces arrimarse:
aquí dió fin, y su intención propuesta;
esperaba sereno la respuesta.

Ceja no se movió, y aun el aliento:
apenas al espíritu halló vía
mientras duró el soberbio parlamento,
que el gran Caupolicano les hacía:
hubo en el responder el cumplimiento
y ceremonia usada en cortesía:
á Lautaro tocaba, y excusado,
Lincoya así responde levantado.

Señor: Yo no me he visto tan gozoso
después que en este triste mundo vivo,
como en ver manifiesto el valeroso

ánimo de ese invicto pecho altivo:
y así por pensamiento tan glorioso
me ofrezco por tu siervo y tu cautivo,
que no quiero ser rey del cielo y tierra
si hubiese de acabarse aquí la guerra.

Y en testimonio desto yo le juro
de te seguir y acompañar de hecho,
ni por áspero caso adverso y duro
á la patria volver jamás el pecho;
desto puedes, Señor, estar seguro,
y todo faltará y será deshecho,
antes que la palabra acreditada
de un hombre como yo por prenda dada.

Así dijo: y tras él, aunque rogado,
el buen Peteguelen Curaca anciano,
de condición muy áspera enojado,
pero afable en la paz, fácil y humano,
viejo, enjuto, dispuesto, bien trazado,
señor de aquel hermoso y fértil llano,
con espaciosa voz y grave gesto
propuso en sus razones sabias esto.

Fuerte varón y capitán perfecto,
no dejaré de ser el delantero
á probar la fineza deste peto,
y si mi hacha rompe el fino acero;
mas como quien lo entiende te prometo,
que falta por hacer mucho primero
que salgan españoles desta tierra,
cuanto más ir á España á mover guerra.

Bien será que, señor, nos contentemos
con lo que nos dejaron los pasados,
y á nuestros enemigos desterremos
que están en lo más dello apoderados:
después por el suceso entenderemos
mejor el disponer de nuestros hados:
esto á mí me parece, y quien quisiere
proponga otra razón, si mejor fuere.

Callando este cacique, se adelanta
Tucapelo, de cólera encendido,
y sin respeto así la voz levanta,
con tono soberbio y atrevido:
diciendo: á mí la España no me espanta,
y no quiero por hombre ser tenido
si solo no arruino á los cristianos,
ahora sean divinos, ahora humanos.

Pues lanzarlos de Chile y destruirlos
no será para mí bastante guerra;
que pienso, si me esperan, confundirlos
en el profundo centro de la tierra;
y si huyen, mi maza ha de seguirlos,
que es la que deste mundo los destierra:
por eso no nos ponga nada miedo;
que aun no haré en hacerlo lo que puedo.

Y por mi diestro brazo os aseguro,
si la maza dos años me sustenta,
á despecho del cielo, á hierro puro
de dar desto descargo y buena cuenta,
y no dejar de España enhiesto muro,
y aun el ánimo á más se me acrecienta,
que después que allanare el ancho suelo,
á guerra incitaré al supremo cielo.

Que no son hados: es pura flaqueza
la que nos pone estorbos y embarazos;
pensar que haya fortuna, es gran simpleza;
la fortuna es la fuerza de los brazos:
la máquina del cielo y fortaleza
vendrá primero abajo hecha pedazos,
que Tucapel en esta y otra empresa
falte un mínimo punto en su promesa.

Peteguelen la vieja sangre fría
se le encendió de rabia, y levantado
le dice: ¡oh arrogante! la osadía
(sin discreción) jamás fué de esforzado:
pero Caupolican que conocía
del viejo há tiempo el ánimo arrojado,

con discreción le ataja las razones,
haciendo proponer á otros varones.

Puren se ofrece allí, y Angol se ofrece
no con menor braveza y desaliento;
Ongolmo no quedó, según parece,
de mostrar su soberbio pensamiento:
de uno en otro multiplica y crece
el número en el mismo ofrecimiento:
Colocolo, que atento estaba á todo,
sacó la voz, diciendo de este modo:

La verde edad os lleva á ser furiosos,
¡oh hijos! y nosotros los ancianos
no somos en el mundo provechosos
mas de para decir consejos sanos,
que no nos ciegan humos vaporosos
del juvenil hervor y años lozanos:
y así como más libres entendemos
lo que siendo mancebos no podemos.

Vosotros, capitanes esforzados,
de sola una victoria envanecidos,
estáis de tal manera levantados,
que os parecen ya pocos los nacidos.
Templad, templad, los pechos alterados,
y esos vanos esfuerzos mal regidos,
no nagáis de españoles tal desprecio;
que no venden sus vidas á mal precio.

Si dos veces por dicha los vencistes,
mirad cuando primero aquí vinieron
que resistir sus fuerzas no pudistes;
pues más de cinco veces os vencieron:
en el Lycureo campo ya lo vistes
lo que solos catorce allí hicieron:
no será poco hecho y buen partido
cobrar la tierra y crédito perdido.

Debemos procurar con seso y arte
redimir nuestra patria y libertarnos,

dando á vuestras bravezas menos parte;
pues más pueden dañar que aprovecharnos.
O hijo de Leocan, quiero avisarte,
si quieres como sabio gobernarnos,
que temples esta furia, y con maduro
seso pongas remedio en lo futuro.

El consejo más sano y conveniente
es, que el campo en tres bandas repartido,
á un tiempo, aunque por parte diferente,
dé sobre el Cauten pueblo aborrecido:
bien que esté en su defensa buena gente,
es poca; y este asiento destruído,
Valdivia de allanar fácil sería,
pues no alcanza arcabuz, ni artillería.

Solo á mi Santiago me da pena;
pero modo á su tiempo buscaremos
para poderla entrar, y la serena
fácilmente después allanaremos;
aunque sujeto á lo que el hado ordena
es el mejor camino que tenemos.
Acabando con esto el sabio viejo,
á muchos pareció bien su consejo.

Tras este otro Curaca hechicero,
de la vejez decrépita impedido,
Puchecalco se llama el agorero,
por sabio en los pronósticos tenido:
con profundo suspiro, íntimo y fiero
comienza así á decir entristecido:
al negro Eponamon doy por testigo
de lo que siempre he dicho y ahora digo.

Por un término breve se os concede
la libertad, y habéis lo más gozado;
mudarse esta sentencia ya no puede,
que está por las estrellas ordenado,
y que fortuna en vuestro daño ruede;
mirad que os llama ya el preciso hado
á dura sujeción y trances fuertes:
repáranse á lo menos tantas muertes.

El aire de señales anda lleno,
y las nocturnas aves van turbando
con sordo vuelo el claro día sereno,
mil prodigios funestos anunciando:
las plantas con sobrado humor terreno
se van, sin producir fruto, secando:
las estrellas, la luna, el sol lo afirman,
cien mil agüeros tristes lo confirman.

Mirólo todo, y todo contemplado,
no sé en qué pueda yo esperar consuelo;
que de su espada el Orion armado
con gran ruina ya amenaza el suelo:
Júpiter se ha al Ocaso retirado,
solo Marte sangriento posee el cielo,
que denotando la futura guerra
enciende un fuego bélico en la tierra.

Ya la furiosa muerte irreparable
viene á nosotros con airada diestra,
y la amiga fortuna favorable,
con diferente rostro se nos muestra,
y Eponamon horrendo y espantable
envuelto en la caliente sangre nuestra,
la corva garra tiende el cerro yerto,
llevándonos al no sabido puerto.

Tucapel que de rabia reventando
estaba oyendo al viejo, mas no entiende,
que dice: yo veré si adivinando,
de mi maza este necio se defiende:
diciendo esto, y la maza levantando,
la derriba sobre él, y así lo tiende
que jamás midió curso de planeta,
ni fué más adivino, ni profeta.

Quedóle desto el brazo tan sabroso
(según la muestra) que movido estuvo
de dar tras el senado religioso,
y no sé la razón que lo detuvo:
Caupolican atónito y rabioso,
transportada la mente un rato estuvo,

mas vuelto en sí, con voz horrible y fiera
gritaba: capitanes, muera, muera.

No le dió tanto gusto á aquella gente
lo que Caupolicano le decía,
cuanto al soberbio bárbaro impaciente
viendo que ocasión tal se le ofrecía:
era alto el tribunal; pero el valiente
los hace saltar dél tan á porfía
que ciento y treinta que eran, en un punto
saltan los ciento, y él tras ellos junto.

Los que en el alto tribunal quedaron
son los que en esta historia señalados,
que jamás de su asiento se mudaron
de donde los miraban sosegados,
que de ver uno solo no curaron
mostrarse por tan poco alborotados;
aunque los que saltaron de tan alto
en menos estimaron aquel salto.

Cubierto Tucapel de fina malla,
saltó como un ligero y suelto pardo
en medio de la tímida canalla,
haciendo plaza al bárbaro gallardo:
con silvos grita en desigual batalla:
con piedra, palo, flecha, lanza y dardo
le persigue la gente de manera
como si fuera toro, ó brava fiera.

Según suele jugar por gran destreza
el liviano montante un buen maestro,
hiriendo con extraña ligereza
delante, atrás, á diestro y á siniestro:
con más desenvoltura y más presteza;
mostrándose en los golpes fuerte y diestro
el fiero Tucapel en la pelea
con la pesada maza se rodea.

De tullir y mancar no se contenta,
ni para contentarse esto le basta,
solo de aquellos tristes hace cuenta

que su maza los hace torta ó pasta:
rompe, magulla, muele y atormenta,
desgobierna, destroza; estropea y gasta;
tiros llueven sobre él arrojadizos,
cual tempestad furiosa de granizos.

Pero sin miedo el bárbaro sangriento
por las espesas armas discurría,
brazos, cabezas, y ánimos sin cuento
soberbios quebrantó en solo aquel día:
y cual menuda lluvia por el viento,
la sangre y frescos sesos esparcía:
no discierne al pariente del extraño,
haciéndolos iguales en el daño.

Las armas eran solo en defenderle
de la canalla bárbara araucana
que en montón trabajaba de ofenderle;
mas el temor la ofensa hacía liviana:
era cierto admirable cosa verle
saltar y acometer con furia insana:
desmembrando la gente, sin poderse
de su maza y presteza defenderse.

Caupolican del caso no pensado
en tal furor y cólera se enciende,
que estaba de bajar determinado,
aunque su gravedad se lo defiende:
pero Lautaro alegre y admirado
miraba como solo así contiende
un hombre contra tanto barbarismo,
incrédulo y dudoso de sí mismo.

Y en esto al general con el debido
respeto y ojos bajos en el suelo,
le dice: una merced, señor, te pido,
si algo merece mi intención y zelo,
y es, que el gran desacato cometido
perdones francamente á Tucapelo;
pues ha mostrado en campo claramente
valer él más que toda aquella gente.

Perplejo el general estaba en duda:
pero mirando al fin quien lo pedía,
luego el ejecutivo intento muda,
y con el rostro alegre respondía:
él ha tenido en voz bastente ayuda,
por la cual le perdono; y más decía
que fuese á las escuadras, y mandase
que el combatirle más luego cesase.

Baja Lautaro al campo, y prestamente
el rico cuerno á retirar tocaba:
al son del cual se recogió la gente,
que recogerse á nadie le pesaba:
solo lo siente el bárbaro valiente
que satisfecho á su sabor no estaba;
y volviendo á Lautaro el fiero gesto,
en alta y libre voz le dijo aquesto:

¿Cómo buen capitán has estorbado
el tomar desta vil canalla enmienda?
¿y verme destos rústicos vengado
para que mi valor mejor se entienda?
Lautaro le responde: es excusado
quien viniere contigo á la contienda
que se pueda valer contra tu diestra,
según que dello has dado aquí la muestra.

Conmigo puedes ir, que te aseguro
que ningún daño y mal te sobrevenga.
Tucapel le responde: yo te juro
que un paso ese temor no me detenga:
mi maza es la que á mí me da el seguro,
lo demás como quiera vaya y venga;
que el miedo es de los niños y mujeres:
sus, alto, vamos luego á dó quisieres.

Juntos los dos al tribunal llegando,
Tucapel de Lautaro adelantado
subió por la escalera, no mostrando
punto de alteración por lo pasado:
el sagaz general disimulando
con graciosa apariencia le ha tratado,

y de la rota plática el estilo
Lautaro, así diciendo, añudó el hilo.

Invicto capitán, yo he estado atento
á lo que estos varones han propuesto:
y no sé figurarte el gran contento
que me da ver su esfuerzo manifiesto:
si de servirte tengo sano intento,
mis obras por las tuyas dirán esto;
pues para ser del todo agradecidas,
será poco perder por ti mil vidas.

Estos fuertes guerreros ayudarte
quieren á restaurar la propia tierra,
porque en ello les va también su parte,
y por el vicio grande de la guerra:
no puedo yo dejar de aconsejarte,
aunque todo el consejo en ti se encierra,
aquello que mejor le pareciere,
y más bien al bien público viniere.

Es mi voto que debes atenerte
al consejo con término discreto
del sabio Colocolo que por suerte
le supo ser en todo tan perfecto:
así que, gran Señor, sin detenerte:
cumple que esto se ponga por efecto;
antes que los cristianos se aperciban,
porque más flacamente nos reciban.

Y pues que Mapochó solo es temido;
después que lo demás esté allanado,
por el potente Eponamon te pido,
que el cargo de asolarle me sea dado;
la tierra palmo á palmo la he medido,
con españoles siempre he militado,
entiendo sus astucias, é invenciones;
el modo, el arte, el tiempo y ocasiones.

Quinientos araucanos solamente
quiero para la empresa que yo digo,
escogidos en todo nuestra gente;

un soldado de más no ha de ir conmigo:
aquí lo digo, estando tú presente,
y estos sabios caciques, que me obligo
de darte la ciudad puesta en las manos
con cien cabezas nobles de cristianos.

Aquí se cerró el bárbaro orgulloso,
y gran rato sobre ello platicaron:
pareciéndoles modo provechoso
todos en este acuerdo concordaron;
después do estaba el pueblo deseoso
de saber novedades se bajaron,
donde lo definido y decretado
con general pregón fué declarado.

Estuvieron allí catorce días
en grande regocijo y mucha fiesta,
ocupados en juegos y alegrías,
y en quien más veces bebe sobre apuesta:
después contra los pueblos del Mesías,
la alborozada gente en orden puesta,
marcha Caupolican con la vanguardia,
quedando Lemolemo en retaguardia.

Cerca llegó el ejército furioso
de la Imperial, fundada en sitio fuerte,
donde el fiero enemigo victorioso
la pensaba entregar presto á la muerte;
mas el eterno Padre poderoso
lo dispone y ordena de otra suerte,
dilatando el azote merecido,
como veréis, prestando atento oído.

## CANTO IX

Llegan los araucanos á tres leguas de la Imperial con grueso ejército. No ha efecto su intención por permisión divina. Dan la vuelta á sus tierras, adonde les vino nueva que los españoles estaban en el asiento de Penco, reedificando la ciudad de la Concepción. Vienen sobre los españoles, y hubo entre ellos una recia batalla.

Si los hombres no ven milagros tantos
como se vieron en la edad pasada,
es causa haber agora pocos santos,
y estar la ley cristiana autorizada:
y así de cualquier cosa hacen espantos
que sobre el natural uso es obrada;
y no solo al autor no dan creencia;
mas ponen en su crédito dolencia.

Que si al enfermo quiere Dios sanarle,
por su costumbre y tiempo convalece;
si al bajo miserable levantarle,
por modos ordinarios le engrandece;
si al soberbio hinchado derribarle,
por naturales términos se ofrece:
de suerte que las cosas desta vida
van por su natural curso y medida.

Por dó vemos que Dios quiere y procura
hacer su voluntad naturalmente;
sirviendo de instrumento la natura
sobre la cual él solo es el potente:
y así los que creyeren por fé pura
merecen más, que si palpablemente
viesen lo que después de ya visible
sacarlos de que fué sería imposible.

En contar una cosa estoy dudoso,
que soy de poner dudas enemigo,
y es un extraño caso milagroso
que fué todo un ejército testigo;
aunque yo soy en esto escrupuloso
por lo que dello arriba, señor, digo;
no dejaré en efecto de contarlo,
pues los indios no dejan de afirmarlo.

Y manifiesto vemos hoy en día,
que porque la ley sacra se extendiese:
nuestro Dios los milagros permitía,
y que el natural orden se excediese:
presumir se podrá por esta vía,
que para que á la fé se redujese
la bárbara costumbre y ciega gente,
usase de milagro claramente.

Ya dije que el ejército araucano
de la Imperial tres leguas se alojaba
en un dispuesto asiento y campo llano:
y que Caupolican determinaba
entrar el pueblo con armada mano;
también como el castigo dilataba
Dios á su pueblo ingrato y sin enmienda,
usando de clemencia y larga rienda.

Estaba la Imperial desbastecida
de armas, de munición y vitualla:
bien que la gente della era escogida,
pero muy poca para dar batalla:
fuera por los cimientos destruída,
cualquier fuerza bastara á arruinalla,

y persona de dentro no escapara,
si á vista del pueblo bárbaro llegara.

Cuando el campo de allí quería mudarse,
que ya la trompa á caminar tocaba,
súbito comenzó el aire á turbarse,
y de prodigios tristes se espesaba:
nubes con nubes vienen á cerrarse,
turbulento rumor se levantaba:
que con airados ímpetus violentos
mostraban su furor los cuatro vientos.

Agua recia, granizo, piedra espesa
las intrincadas nubes despedían,
rayos, truenos, relámpagos apriesa
rompen los cielos y la tierra abrían:
hacen los vientos áspera represa
que en su entera violencia competían;
cuanto topa arrebata el torbellino,
alzándolo en furioso remolino.

Un miedo igual á todos atormenta,
no hay corazón, no hay ánimo así entero,
que en tanta confusión, furia y tormenta,
no temblase, aunque más fuese de acero:
en esto Eponamón se les presenta
en forma de dragón horrible y fiero
con enroscada cola envuelta en fuego,
y en ronca y torpe voz les habló luego.

Diciéndoles: que apriesa caminasen
sobre el pueblo español amedrentado,
que por cualquiera banda que llegasen
con gran facilidad sería tomado,
y que al cuchillo y fuego la entregasen
sin dejar hombre á vida y muro alzado;
esto dicho, que todos lo entendieron,
en humo se deshizo, y no lo vieron.

Al punto los confusos elementos
fueron sus movimientos aplacando,
y los desenfrenados cuatro vientos

se van á sus cavernas retirando;
las nubes se retraen á sus asientos,
el cielo y claro sol desocupando;
solo el miedo en el pecho más osado
no dejó su lugar desocupado.

La tempestad cesó, y el raso cielo
vistió el húmedo campo de alegría,
cuando con claro y presuroso vuelo
en una nube una mujer venía
cubierta de un hermoso y limpio velo,
con tanto resplandor, que al medio día
la claridad del sol delante della
es la que cerca dél tiene una estrella.

Desterrando el temor la faz sagrada
á todos confortó con su venida:
venía de un viejo cano acompañada
al parecer de grave y santa vida:
con una blanda voz y delicada
les dice: ¿dónde andáis gente perdida?
volved, volved al paso á vuestra tierra,
no vais á la Imperial á mover guerra.

Que Dios quiere ayudar á sus cristianos
y darles sobre voz mando y potencia,
pues ingratos, rebeldes, inhumanos
así le habéis negado la obediencia:
mirad no vais allá, porque en sus manos
pondrá Dios el cuchillo y la sentencia:
diciendo esto y dejando el bajo suélo,
por el aire espacioso subió al cielo.

Los araucanos la visión gloriosa
de aquel velo blanquísimo cubierta
siguen con vista fija y codiciosa,
casi sin alentar la boca abierta:
ya que desapareció fué extraña cosa,
que como quien atónito despierta
los unos á los otros se miraban,
y ninguna palabra se hablaban.

Todos de un corazón y pensamiento
sin esperar mandato ni otro ruego,
como si solo aquel fuera su intento,
el camino de Arauco toman luego:
van sin orden ligeros como el viento
paréceles que de un sensible fuego
por detrás las espaldas se encendían,
y así con mayor ímpetu corrían.

Heme, Señor, de muchos informado,
porque con más autoridad se cuente;
á veinte y tres de abril que hoy es mediado
hará cuatro años cierta y justamente;
que el caso milagroso aquí contado
aconteció, un ejército presente,
el año de quinientos y cincuenta
y cuatro sobre mil por cierta cuenta.

Va la verdad en suma declarada,
según que de los bárbaros se sabe,
y no de fingimientos adornada,
que es cosa que en materia tal no cabe:
tienen ellos por cosa averiguada
que no es en prueba desto poco grave,
que por esta visión hubo en dos años
hambres, dolencias, muertes y otros daños.

Que la mar reprimiendo sus vapores,
faltó la agua y vertientes de la sierra,
talando el sol en tierna edad las flores
ayudado del fuego de la guerra:
como creció la seca y las calores,
por falta de humedad la árida tierra
rompió banco y alzóse con los frutos,
dejando de acudir con sus tributos.

Causó que una maldad se introdujese
en el distrito y término Araucano,
y fué que carne humana se comiese
(enorme introducción, caso inhumano)
y en parricidio error se convirtiese
el hermano en sustancia del hermano:

tal madre hubo que al hijo muy querido
al vientre le volvió, dó había salido.

Digo pues que los bárbaros llegando
al valle de Puren, paterno suelo,
las armas por entonces arrimando,
dieron lugar al tempestuoso cielo:
en este tiempo, en estas partes, cuando
el encogido invierno con su yelo
del todo apoderándose en la tierra,
pone punto al discurso de la guerra.

Espárcese y derrámase la gente,
dejan el campo y buscan los poblados
cesa el fiero ejercicio comunmente,
la tierra cubren húmedos nublados;
Mas cuando enciende á escorpio el Sol ardiente,
y la frígida nieve los collados
sacuden de sus cimas levantadas,
ya de la nueva yerba coronadas.

En este tiempo el bullicioso Marte
saca su carro con horrible estruendo,
y ardiendo en ira belicosa, parte
por el dispuesto Arauco discurriendo:
hace temblar la tierra á cada parte
los ferrados caballos impeliendo,
y en la diestra el sangriento hierro agudo,
bate con la siniestra el fuerte escudo.

Luego á furor movido los guerreros
toman las armas, dejan el reposo,
acuden los remotos forasteros
al cebo de la guerra codicioso:
de los hierros renuevan los aceros,
templan la cuerda al arco vigoroso,
el peso de las mazas acrecientan,
y el duro fresno de las astas tientan.

La gente andaba ya desta manera
con el son de las armas y bullicio,
que codiciosa comenzar espera

el deseado bélico ejercicio:
juntáronse á la usada borrachera
(orden antigua y detestable vicio)
la más ilustre gente y señalada
á dar definición en la jornada.

Tratando en general concilio estaban
del bien y aumentación de aquel Estado,
cuando cuatro soldados arrimaban
con triste muestra y paso apresurado,
haciéndoles saber como ya andaban
en el sitio de Penco arruinado
cantidad de españoles trabajando
un grueso y fuerte muro levantando.

Diciéndoles: venimos, ¡oh guerreros!
de parte de los pueblos comarcanos
con facultad bastante á prometeros,
si desterráis de nuevo á los cristianos,
que pagarán con sumas de dineros
el trabajo y labor de vuestras manos;
y no habiendo el efecto deseado,
la tercia parte hayais de lo asentado.

Viendo el poco reparo y resistencia
que sin vuestro favor todos tenemos,
les dimos llanamente la obediencia
que en el tiempo infelice dar solemos:
no fué por opresión, no fué violencia,
pues aunque desdichados entendemos
cuan breve es el suspiro de la muerte,
que pone fin y límite á la suerte.

Mas porque estando Arauco tan vecino,
y fija en su favor la instable rueda,
la paz nos pareció mejor camino,
para que remediar todo se pueda:
ya que lo estrague el áspero destino,
tiempo para morir después nos queda;
pues no estarán los brazos tan cansados
que no puedan abrir nuestros costados.

Y pues os es patente y manifiesta
la embajada y gran priesa que tenemos,
en ella ora tratad, que la respuesta
con la resolución esperaremos:
brevedad os pedimos, que con esta
podrá ser que sin riesgo derribemos
la sóberbia española y confianza,
antes que les dé esfuerzo la tardanza.

No se puede decir el gran contento
que les dió á los caciques la embajada:
de todos desde allí en el pensamiento
antes que se acabase fué acetada;
pero tuvieron freno y sufrimiento,
que la primera voz estaba dada
al hijo de Leocán, que consultado
así responde en nombre del Senado.

Estamos con razón maravillados
de lo que en este caso hemos oído,
¿y es verdad que hay cristianos tan osados
que quieren con nosotros más ruido?
sús, sús, que estos varones esforzados
acetan la promesa y el partido:
no dando entero fin á la jornada,
del trabajo no quieren llevar nada.

Bien os podéis volver luego con esto,
que sin duda en efecto lo pondremos,
y sobre los cristianos lo más presto
que se puede dar orden, llegaremos:
donde se mostrará bien manifiesto
lo poco en que nosotros los tenemos;
pero habéis de advertir con sabio modo
que aviso se nos dé siempre de todo.

Muy alegres los cuatro se partieron,
por llevar tal respuesta, y caminando
en breve á sus señores se volvieron,
que estaban por momentos aguardando:
y visto el buen despacho que trujeron,
el contento y traición disimulando,

sufrían con discreción las vejaciones,
encubriendo las falsas intenciones.

Domésticos se muestran en el trato,
nadie toma la causa y la defiende,
conociendo que el medio más barato
del araucano ejército depende:
y con doble y solícito contrato
la esperada venganza se pretende
debajo de humildad y gran secreto,
para que su invención viniese á efecto.

De nuestra gente y pueblo destrozado
gran descuido en hablar he yo tenido;
mas como es en el mundo acostumbrado
desamparar la parte del vencido;
así yo tras el bando afortunado
he llevado camino tan seguido:
y si aquí la ocasión no me avisara,
jamás pienso que della me acordara.

Conté de la ciudad ya despoblada,
y de sus ciudadanos el camino:
púselos en el fin de la jornada,
dó forzoso dejarlas me convino:
pues volviendo á la historia comenzada
y al duro proceder de su destino,
estuvieron el tiempo en Santiago
que yo de ellos mención aquí no hago.

Retirados allí se reformaron
de todo el aparato conveniente,
donde por los más votos acordaron
reedificar á Penco nuevamente:
con gran trabajo y gasto levantaron
pequeña copia y número de gente:
afirmar la ocasión desto no puedo,
si fué la poca paga ó mucho miedo.

Al yermo Penco herboso habían llegado,
y un sitio que en mitad del pueblo había

le tenían de tapion fortificado,
que en recogido cuadro le ceñía:
de dos fuertes bastiones abrigado,
que cada uno dos frentes descubría,
y á cada frente asiste una bombarda
que con maciza bala el paso guarda.

La gente comarcana con fingida
muestra la paz malvada aseguraba,
esperando la ayuda prometida
que á cencerros tapados caminaba;
pero no fué secreta esta partida,
pues entre los cristianos se trataba
que el valiente Lautaro había pasado
las lomas con ejército formado.

Suénase que Puren allí venía,
Tomé, Pillolco, Angol y Cayeguano,
Tucapel, que en orgullo y bizarría
no le igualaba bárbaro Araucano:
Ongolmo, Lemolemo, y Lebopia,
Caniomangue, Elicura, Mareguano:
Cayocupil, Lincoya, Lepomande,
Chilcano, Leucoton y Mareande.

Todos estos varones señalados
fueron para esta guerra apercibidos,
con otros dos mil prácticos soldados
en el copioso ejército escogidos:
venían de fuertes petos arreados,
gruesas picas de hierros muy fornidos,
ferradas masas, hachas aceradas,
armas arrojadizas y enhastadas.

Desta manera el escuadrón camina
en la callada noche y sombra oscura
debajo del gobierno y disciplina
del cuidoso Lautaro que procura
llegar, cuando la estrella matutina
alegra el mustio campo y la verdura,
antes que por aviso y doble trato
de su venida hubiese algún recato.

Pero los españoles de un amigo
bárbaro que con ellos contrataba,
saben como el ejército enemigo
con riguroso intento se acercaba:
pues avisado desto, como digo,
y de cuanto en secreto se trataba,
al trance se aparejan y batalla,
requiriendo los fosos y muralla.

Era caudillo y capitán de España
el noble montañés Juan de Alvarado,
hombre sagaz, solícito y de maña
de gran esfuerzo y discreción dotado,
el cual con orden y presteza extraña
del presente peligro recatado,
sazón no pierde, tiempo y coyuntura;
antes las prevenciones apresura.

Que al punto apercibidos los soldados,
en su lugar cada uno dellos puesto:
manda á nueve guerreros más cursados
que salgan á correr la tierra presto,
y en la cerrada noche confiados
llegan al campo bárbaro, y en esto
del callado escuadrón fueron sentidos,
levantando terribles alaridos.

La grita, el sobresalto, los rumores;
el súbito alboroto de la guerra,
las sonorosas trompas y atambores
hacen gemir y estremecer la tierra:
en esto los astutos corredores,
atravesando una pequeña sierra,
toman la vuelta por más corto via,
dando aviso á la amiga compañía.

Juan de Alvarado con ingenio y arte
de la fuerza lo flaco fortifica,
y en lo más necesario allí reparte
gente del arcabuz y de la pica:
proveido recaudo en toda parte,
á recibir el Araucano pica

con la ligera escuadra de á caballo,
por no mostrar temor en esperallo.

La nueva claridad del día siguiente
sobre el claro horizonte se mostraba,
y el sol por el dorado y fresco oriente
de rojo ya las nubes coloraba:
á tal hora Alvarado con su gente
del prevenido fuerte se alejaba
en busca de la escuadra Lautarina,
que á más andar también se le avecina.

Los nuestros media legua aun no se habían
de aquel su muro lejos alongado,
cuando al calor de un monte descubrían
el Araucano ejército ordenado:
allí las limpias armas relucían
más que el claro cristal del sol tocado,
cubiertas de altas plumas las celadas,
verdes, azules, blancas, encarnadas.

¿Quién pintaros podrá el contento cuando
sienten los Araucanos el ruído,
que las diestras en alto levantando
pusieron en el cielo un alarido?
mil instrumentos bárbaros tocando,
con grande orgullo y paso más tendido
se vienen acercando á los de España,
sonando en torno toda la campaña.

Quieren los españoles responderles
con el horrible son de armada mano;
calan el monte á fin de acometerles
teniendo por mejor el sitio llano:
bajas las lanzas vienen á romperles;
pero la osada muestra salió en vano:
que los bárbaros ya disciplinados
de todo se cerraron apiñados.

Tan excesas las pipas derribaron
con pie y con rostro firme hacia delante,
que no solo el encuentro repararon,

pero á desbaratarlos fué bastante:
los nuestros sin romper se retiraron,
y ellos gloriosos con furor pujante,
por dar remate al venturoso lance
siguen con pies ligeros el alcance.

Apretándolos iban reciamente,
los nuestros resistiendo y peleando
hasta el estrecho paso de una puente,
que allí Lautaro al cuerno aliento dando,
el Araucano ejército obediente
se va al son conocido reparando:
del fuerte tanto estrecho esto sería
cuanto tira un cañón de puntería.

Detúvose Lautaro con intento
de esperar al caliente mediodía,
porque de la mañana el fresco viento
los caballos y gente alentaría:
reforma su escuadrón haciendo asiento
á vista de los nuestros, que á porfía
se habían al sitio fuerte recogido
teniendo por mejor aquel partido.

Cuando el sol en el medio cielo estaba
no declinada á parte un solo punto,
y la aguda chicharra se entonaba
con un desapacible contrapunto:
el astuto Lautaro levantaba
su campo en escuadrón cerrado y junto,
con grande estruendo y paso concertado
hacia el sitio español fortificado.

Con audacia, desdén y confianza
Lautaro contra el fuerte caminaba;
síguele atrás la gente en ordenanza,
y él con gracioso término arrastraba
una larga, nudosa y gruesa lanza
que airoso poco á poco la terciaba,
y tanto por el cuento la blandía
que juntar los extremos parecía.

Los pocos españoles salen fuera
que encerrados no quieren esperallos;
de arcabuces delante una hilera,
otra de picas luego, y los caballos
á los lados, y así desta manera
con fiera muestra vienen á buscallos;
llegados donde ya podían herirse,
los unos á los otros dejan irse.

Y de rencor intrínseco aguijados
los movidos ejércitos venían;
suenan los arcabuces asestados,
del humo, fuego y polvo se cubrían;
los corvos arcos con vigor flechados
gran número de tiros despedían:
vuelan nubadas de armas enhastadas
por los valientes brazos arrojadas.

Cuales contrarias aguas á toparse
van con rauda corriente sonorosa
que resistiendo al tiempo de mezclarse,
aquella más violenta y poderosa
á la menos pujante sin pararse
volverla contra el curso es cierta cosa:
así á nuestro escuadrón forzosamente
le arrebató la bárbara corriente.

No pudiendo sufrir la fuerza brava
del número de gente y movimiento,
al español el bárbaro llevaba
como á liviana paja el recio viento:
entran sin orden, que ya rota andaba
todos mezclados en el fuerte asiento,
y dentro del cuadrado y ancho muro
comienzan pié con pié un combate duro.

Algunos españoles castigados
recogerse en la fuerza no quisieron;
que eran de corazones congojados,
y de verse en estrecho rehuyeron:
quieren el campo abierto, y por los lados
del turbado montón se dividieron;

pero los demás ser con mano osada
procuran amparar la plaza entrada.

Allí quieren morir ó defenderse
la carrera más larga otros tomaron,
que acordaron con tiempo guarecerse;
otros á la marina se llegaron,
metiéndose en un barco sin poderse
sufrir las corvas áncoras alzaron:
satisfaciendo al miedo y bajo intento,
las velas con presteza dan al viento.

Quien en llegar es algo perezoso
viendo levar el áncora á la nave,
no duda en arrojarse al mar furioso
teniendo aquel morir por menos grave;
quien antes no nadaba de medroso,
las olas rompe agora y nadar sabe:
mirad pues el temor á que ha llegado,
que viene á ser de miedo el hombre osado.

Los que están en la fuerza retraídos
como buenos guerreros se defienden,
muertos quieren quedar y no vencidos,
que ya solo un honrado fin pretenden:
y con tal presupuesto embravecidos:
sin esperanza de vivir ofenden,
haciendo en los contrarios tal estrago
que la plaza de sangre era ya lago.

Lautaro gente y armas contrastando
en la fuerza el primero entrado había,
y muerto á dos soldados en entrando
que en suerte le cupieron aquel día:
Lincoya iba hiriendo y derribando;
¿mas quién podrá decir la bravería
de Tucapel, que el cielo acometiera,
si hallara algún camino ó escalera?

No entró el fuerte por puerta, ni por puente,
antes con desenvuelto y diestro salto
libre el foso salvó ligeramente,

y estaba en un momento en lo más alto;
no le pudo seguir por allí gente,
él solo de aquel lado dió el asalto:
mas como si de mil fuera guardado,
se arroja luego en medio del cercado.

Apenas puso el pie firme en la plaza
cuando el furioso bárbaro esgrimiendo
la ejercitada, dura y gruesa maza,
iba los enemigos esparciendo:
no vale malla fina, ni coraza;
y las celadas fuertes, no pudiendo
sufrir los recios golpes que bajaban,
machucando los sesos se abollaban.

Unos deja tullidos y contrechos,
otros para en su vida lastimados,
á quien hunde el pescuezo por los pechos,
á quien rompe los lomos y costados:
cual si fueran de blanda cera hechos,
magulla, muele y deja derrengados,
y en el mayor peligro osadamente
se arroja sin temor de armas y gente.

Contra Ortiz revolvió con muestra airada
que había muerto á Turquín mozo animoso,
la maza alta, y la vista en él clavada,
rompe por el tropel de armas furioso:
no sé cuál fué la espada señalada,
ni aquel brazo pujante y provechoso
que el mástil cercano del Araucano,
y dos dedos con él de la una mano.

Con el encendimiento que llevaba
no sintió la herida de repente;
mas cuando el brazo y golpe descargaba
que los dedos y maza faltar siente.
herida tigre hircana no es tan brava,
ni acosado león tan impaciente
como el Indio, que lleno de postema,
del cielo, infierno, tierra y mar blasfema.

Sobre las puntas de los pies estriba,
y en ellas la persona más levanta,
el brazo cuanto puede atrás derriba,
y el trozo impele con violencia tanta
que á Ortiz que alta la espada sobre él iba,
la celada y los cascos le quebranta,
y del grave dolor desvanecido
dió en el suelo de manos sin sentido.

El bárbaro con esto no vengado,
viene sobre él con furia acelerada;
y con la diestra aun no medrosa airado
á Ortiz arrebató la aguda espada:
alzándole la cota por un lado,
le atravesó de la una á la otra hijada;
y la alma del corporeo alojamiento
hijo el duro y forzoso apartamiento.

La espada á la siniestra el Indio trueca,
sintiéndose tullido de la diestra,
y del golpe primero otro derrueca,
que también en herir era maestra.
Como suele segar la paja seca
el presto segador con mano diestra:
así aquel Tucapel con fuerza brava
brazos, piernas y cuellos cercenaba.

Dejándose guiar por dó la ira
le llevaba furioso discurriendo,
unos hiere, maltrata, otros retira,
la espesa selva de astas deshaciendo:
acaso al padre lobo un golpe tira
que contra cuatro estaba combatiendo,
el cual sin ver el fin de aquella guerra
dió el alma á Dios, y el cuerpo dió á la tierra.

El grave Leucoton no menos fuerte
con el valor que el cielo le concede
hiere, aturde, derriba y da la muerte,
que en nadie en fuerza y ánimo le excede:
no sé cómo á escribirlo todo acierte,
que mi cansada mano ya no puede

por tanta confusión llevar la pluma,
y así reduce mucho á breve suma.

También Angol soberbio y esforzado
su corvo y gran cuchillo entorno esgrime:
hiere al joven Diego Oro, y del pesado
golpe en la dura tierra el cuerpo imprime;
pero en este sazón Juan de Alvarado
la furia de una punta le reprime:
que al tiempo que el furioso alfange alzaba,
por debajo del brazo le calaba.

No halló defensa la enemiga espada,
lanzándose por parte descubierta,
derecho al corazón hizo la entrada
abriendo una sangrienta y ancha puerta:
la cara antes del joven colorada
se vió de amarillez mustia cubierta:
descoyuntóle al brazo un mortal hielo,
batiendo el cuerpo helado el duro suelo.

El corpulento mozo Mareguano,
que airado á todas partes discurría,
llegó al tiempo que Angol por diestra mano
al riguroso hierro se rendía:
era su íntimo amigo y primo hermano,
de estrecho trato antiguo y compañía;
pues fué siempre en la vida igual la suerte;
quiero, dijo, también que sea en la muerte.

Y contra el matador con repentina
rabia que el pecho y venas le abrasaba,
un macizo y fornido tronco empina,
y con fuerza sobré él lo derribaba:
mas temiendo del golpe la ruina
Alvarado, que el ojo alerta estaba
saca presto el caballo apercibido,
y en el suelo el trocon quedó metido.

Chilcan, Ongolmo, Cayeguan de un lado,
Lepomande y Puren en compañía
habían así á los nuestros apretado,

que ganaron gran crédito aquel día:
Tome, Cayocupil. y el esforzado
Pillolco, Caniomangue; y Lebopia,
Mareande, Elicura, y Lemolemo
de su valor mostraron el extremo.

En esto un rumor súbito se siente
que los cóncavos cielos atronaba,
y era que la victoria abiertamente
por el bárbaro infiel se declaraba:
ya la española destrozada gente
al camino de Itata enderezaba,
desamparando el suelo desdichado
de sangre y enemigos ocupado.

Del todo á toda comenzando
iban los españoles la huída,
siempre más el temor apresurando
con agudas espuelas la corrida:
sigue el alcance, y valos aquejando
la bárbara canalla embravecida,
envuelta en una espesa polvoreda,
matando al que por flojo atrás se queda.

Alvarado con ánimo y cordura
los anima y esfuerza, y no aprovecha:
que la turbada gente en tal rotura
huye la muerte y plaza tan estrecha:
cual encamina al monte, y cual procura
de Mapochó la senda más derecha,
y cual y cual constante todavía
animoso con atropos porfía.

Estos honrosa muerte deseando
despreciaban la vida deshonrada,
aquel forzoso punto dilatando
con raro esfuerzo y valerosa espada:
presto quedó la plaza sin un bando,
de almas vacía y de cuerpos ocupada,
que animosos los pocos que quedaban
á las armas y muertes se entregaban.

Unos por los costados caen abiertos:
otros de parte á parte atravesados,
otros que de su sangre están cubiertos
se rinden á la muerte desangrados:
al fin todos quedaron allí muertos,
del riguroso hierro apedazados:
vamos tras los que aguijan los caballos:
que no haremos poco en alcanzallos.

Quien por camino incierto, quien por senda
áspera, peligrosa, y desusada
bate al caballo, y dale suelta rienda,
que el miedo es grande, y grande la jornada:
el bárbaro escuadrón, con grita horrenda
por sierra, monte, llano y por cañada
las espaldas les iba calentando,
hiriendo, dando muerte y derribando.

Había de la comarca concurrido
gente armada por uno y otro lado,
que á la mira imparcial había asistido
hasta ver el derecho declarado:
en esto alzando un súbito alarido
con el orgullo á vencedores dado,
baja las armas hasta allí neutrales
en daño de las señas Imperiales.

Sale en el codicioso seguimiento
de la española gente que corría
con furia y ligereza más que el viento,
sin hacerse uno á otro compañía:
la mucha turbación y desaliento
que á los nuestros el miedo les ponía,
los lleva sin caminos esparcidos
por sierras, valles, montes por egidos.

Los que tienen caballos más ligeros,
(¡oh cuán de corazón son envidiados!)
que poco se conocen compañeros
de largo tiempo y amistad trabados!
no aprovechan promesas de dineros,
ni de bienes allí representados:

tanto el miedo ocupado los había:
que lugar la codicia aun no tenía.

Antes los intereses despreciando,
se muestran allí poco codiciosos,
tras las ricas celadas arrojando
petos de fina plata embarazosos:
y así de las promesas no curando,
jugaban los talones presurosos,
solo las alas de Icaro quisieran,
aunque pasando el mar se derritieran.

Juan, y Hernando Alvarados la jornada
con el valiente Ibarra apresuraban,
animando la gente desmayada,
mas no por esto el paso moderaban:
abren por la carrera embarazada,
que ligeros caballos gobernaban;
y aunque con viva espuela los batían
alargarse de un Indio no podían.

Delante largo trecho de la gente
á los tres les da caza y atormenta
un espaldudo bárbaro valiente,
Rengo llamado, mozo de gran cuenta:
este solo los sigue osadamente,
y á voces con palabras los afrenta,
y los aprieta y corre á campo razo,
sin poderle ganar un solo paso.

Jo, jo, les va gritando: espera, espera,
que más en castellano no sabía,
pero en su natural lengua primera
atrevidas injurias les decía:
tres leguas los corrió desta manera:
que jamás de las colas se partía
por mucho que aguijasen los rocines:
llamándolos infames y ruines.

Llevaba un arma en alto levantada
que no hay quien su facción y forma diga:
era una gruesa haya mal labrada

de la grandeza y peso de una viga,
de metal la cabeza barreada,
y esgrímela el garzon sin más fatiga
que el presto esgrimidor suelto y liviano
juega el fácil bastón con diestra mano.

Si alguna vez con el troncon pesado
los caballos el bárbaro alcanzaba,
era de fuerza el golpe tan cargado
que casi derrengados los dejaba:
así cada caballo escarmentado
sin espuelas el curso apresuraba:
que jamás fué baqueta en la corrida
como el bastón del bárbaro temida.

Aunque gran trecho aquel follon se aleja
del seguro montón y amigo bando,
no por esto la dura empresa deja,
antes más los persigue y va afrentando:
con prestos pies y maza los aqueja,
la nación española profanando,
en lenguaje Araucano, que entendían
los tres que á más correr dél se desvían.

Veinte veces revuelven los cristianos
dando sobre él con súbita presteza,
á todos tres les da llenas las manos
con su diabólica arma y ligereza:
entretanto llegaban los ufanos
indios en el alcance sin pereza,
y volviendo los tres á su carrera,
el bárbaro y bastón sobre ellos era.

No por áspero monte, ni agria cuesta
afloja el curso y animoso brío,
antes cual correr suele sobre apuesta
tras las fieras el Puelche en desafío,
los corre, aflige, aprieta y los molesta,
y á diez millas de alcance, por dó un río
el camino atraviesa, al mar corriendo,
se fué en la húmeda orilla deteniendo.

El bárbaro escuadrón parado había,
solo el contumaz rengo porfiando
desistir de la empresa no quería,
aunque no ve persona de su bando:
los tres lazos cristianos á porfía
iban el ancho vado atravesando,
cuando Rengo cargó de una pesada
piedra la presta honda dél usada.

El tronco en el suelo húmedo fijado,
rodea el brazo dos veces, despidiendo
el tosco y gran guijarro así arrojado,
que el monte retumbó del sordo estruendo:
las ninfas por lo más sesgo del vado
las cristalinas aguas revolviendo
sus doradas cabezas levantaron,
y á ver el caso atentas se pararon.

El importuno bárbaro no cesa,
ni afloja de la empresa que pretende,
antes con silvos, grita y piedra espesa
la agua á más de la cinta los ofende
y dándoles en esto mucha priesa,
el beber los caballos les defiende,
diciendo: sús, salid, salid á fuera,
que yo os manterné campo en la ribera.

Viendo Alvarado á Rengo así orgulloso
de la soberbia tema ya impaciente
dice á los dos: ¡oh caso vergonzoso,
que á tres nos siga un indio solamente,
y triunfe de nosotros victorioso!
no es bien que de españoles tal se cuente:
volvamos, y de aquí jamás pasemos,
si primero morir no le hacemos.

Así dijo, y las riendas revolviendo,
segunda vez el vado atravesaban:
de morir, ó matarle proponiendo
los cansados caballos aguijaban:
en esto el Araucano conociendo
la cólera y furor con que tornaban,

olvidando la maza y presupuesto,
las voladoras plantas mueve presto.

Una larga carrera por la arena
los tres á toda furia les siguieron,
aunque en valde tomaron esta pena,
que el Indio más corrió que ellos corrieron:
faltos no de intención, pero de lena,
de cansados las riendas recogieron,
y en un áspero sitio peligroso
les hizo rostro el bárbaro animoso.

Por espaldas tomó una gran quebrada
revolviendo á los tres con osadía,
y á falta de la maza acostumbrada
á menudo la honda sacudía:
de allí con mofa, silvos y pedrada
sin poderle ofender los ofendía,
por ser aquel lugar despeñadero,
y más que ellos el bárbaro ligero.

Visto Alvarado serle así excusado
el fin de lo que tanto deseaba,
dejando libre el bárbaro esforzado,
que bien de mala gana se quedaba;
pasa otra vez el ya seguro vado,
y al usado camino enderezaba;
triste en ver que fortuna por tal modo
se le mostraba adversa y dura en todo.

Había dejado el campo Lauritano
de seguir el alcance grande rato:
iban los españoles sin camino,
como ovejas que van fuera del hato:
de no seguirlos más me determino,
que por lo que adelante dellos trato,
dejarlos por agora me es forzado
donde otras veces ya los he dejado.

Con la gente Araucana quiero andarme,
dichosa á la sazón y afortunada;
y como se acostumbra desviarme

de la parte vencida y desdichada:
por donde tantos van quiero guiarme
siguiendo la carrera tan usada,
pues la costumbre y tiempo me convence:
y todo el mundo es ya: viva quien vence.

¡Cuando usado es huir los abatidos:
y seguir los soberbios levantados:
de la instable fortuna favoridos,
para solo después ser derribados!
al cabo estos favores reducidos
á su valor son bienes emprestados:
que habremos de pagar con siete tanto,
como claro nos muestra el canto.

## CANTO X

Ufanos los araucanos de las victorias habidas ordenan unas fiestas generales, donde concurrieron diversas gentes así extranjeras como naturales, entre los cuales hubo grandes pruebas y diferencias.

Cuando la varia diosa favorece,
y las dádivas prósperas reparte,
¡cómo el ánimo flaco fortalece
que de triste mujer se vuelve un Marte,
y derriba, acobarda y enflaquece
el esfuerzo viril en la otra parte,
haciendo cuesta arriba lo que es llano,
y un gran cerro la palma de la mano!

¡Quién vió los españoles colocados
sobre el más alto cuerno de la luna
de sus famosos hechos rodeados,
sin punto y muestra de mudanza alguna!
¡quién los ve en breve tiempo derribados!
quién ve en miseria vuelta su fortuna,
seguidos no de Marte, dios sanguino,
mas del tímido sexo femenino!

Mirad aquí la suerte tan trocada,
pues aquellos que al cielo no temían,
las mujeres á quien la rueca es dada
con varonil esfuerzo los seguían,
y con la diestra á la labor usada
las atrevidas lanzas esgrimían,

que por el hado próspero impelidas
hacían crudos efectos y heridas.

Estas mujeres, digo, que estuvieron
en un monte escondidas, esperando
de la batalla el fin y cuando vieron
que iba de rota el castellano bando,
hiriendo el cielo á gritos, descendieron,
el mujeril temor de sí lanzando,
y de ageno valor y esfuerzo armadas,
toman de los ya muertos las espadas.

Y á vueltas del estruendo y muchedumbre
también en la victoria embebecidas,
de medrosas y blandas de costumbre
se vuelven temerarias homicidas:
no sienten, ni les daba pesadumbre
los pechos al correr, ni las crecidas
barrigas de ocho meses ocupadas;
antes corren mejor las más preñadas.

Llamábase infelice la postrera,
y con ruegos al cielo se volvía,
porque á tal coyuntura en la carrera
mover más presto el paso no podía.
Si las mujeres van desta manera,
¿la bárbara canalla cual iría?
de aquí tuvo principio en esta tierra
venir también mujeres á la guerra.

Vienen acompañando á sus maridos,
y en el dudoso trance están paradas;
pero si los contrarios son vencidos,
salen á perseguirlos esforzadas:
prueban la flaca fuerza en los rendidos,
y si cortan en ellos sus espadas
haciéndolos morir de mil maneras,
que la mujer cruel eslo de veras.

Así á los nuestros esta vez siguieron
hasta donde el alcance había cesado;
y desde allí la vuelta al pueblo dieron

ya de los enemigos saqueado;
que cuando hacer más daño no pudieron,
subiendo en los caballos que en el prado
sueltos sin orden y gobierno andaban,
á sus dueños por juego remedaban.

Quien hace que combate, y quien huía,
y quien tras él huye va corriendo,
quien finge que está muerto, y se tendía,
quien correr procuraba no pudiendo:
la alegre gente así se entretenía
el trabajo importuno despidiendo,
hasta que el sol rayaba los collados,
que el general llegó, y los más soldados.

Los unos y los otros aguijaban
con gran priesa á abrazarse estrechamente;
pero algunos por más que se esforzaban,
la envidia les hacía arrugar la frente:
francos los vencedores se mostraban,
repartiendo la presa entre la gente;
que aun en el pecho vil contra natura
puede tanto la próspera ventura.

Una solemne fiesta en este asiento
quiso Caupolican que se hiciese,
donde del Araucano ayuntamiento
la gente militar sola asistiese,
y con alegre muestra y gran contento,
sin que la popular se entremetiese,
en juegos, pruebas, danzas y alegrías
gastaron sin aquel algunos días.

Los juegos y ejercicios acabados,
para el valle del Arauco caminaron,
dó á las usadas fiestas los soldados
de toda la provincia convocaron,
fueron bastantes plazos señalados,
joyas de gran valor se pregonaron,
de los que en ellas fuesen vencedores,
premios dignos de haber competidores.

La fama de la fiesta iba corriendo
más que los diligentes mensajeros,
en un término breve apercibiendo
naturales, vecinos y extranjeros:
gran multitud de gente concurriendo,
creció el número tanto de guerreros,
que ocupaban las tiendas forasteras,
los valles, montes llanos y riberas.

Ya el esperado catorceno día,
que tanta gente estaba deseando,
al campo su color restituía,
las importunas sombras desterrando;
cuando la bulliciosa compañía
de los briosos jóvenes, mostrando
el juvenil hervor y sangre nueva,
en campo estaban, prestos á la prueba.

Fué con solemne pompa referido
el órden de los precios, y el primero
era un lustroso alfange guarnecido
por mano artificiosa de platero:
este premio fué allí constituído
para aquel que con brazo más entero
tirase una fornida y gruesa lanza,
sobrando á los demás en la pujanza.

Y de cendrada plata una celada
cubierta de altas plumas de colores,
de un cerco de oro puro rodeada,
esmaltadas en él varias labores:
fué la preciada joya señalada
para aquel que entre diestros luchadores
en la difícil prueba se extremase,
y por señor del campo en pie quedase.

Un lebrel animoso remedado,
que el collar remataba una venera
de agudas puntas de metal herrado,
era el precio de aquel que en la carrera
de todas armas y presteza armado,
arribase más presto á la bandera,

que una gran milla lejos tremolaba,
y el trecho señalado limitaba.

Y de nervios un arco hecho por arte
con su dorada aljaba que pendía
de un ancho y bien labrado talabarte
con dos gruesas hebillas de ataujía:
este se señaló y se puso aparte
para aquel que con flecha á puntería
ganando por destreza el precio rico,
llevase al papagayo el corvo pico.

Un caballo morcillo rabicano
tascando el freno estaba de cabestro,
precio del que con suelta y presta mano
esgrimiese el bastón, mas como diestro:
por juez se señaló á Caupolicano,
de todos ejercicios gran maestro,
Ya la trompeta con sonada nueva
llamaba opositores á la prueba.

No bien sonó la alegre trompa, cuando
el joven Orempello ya en el puesto
airosamente el manto derribando,
mostró el hermoso cuerpo bien dispuesto,
y en la valiente diestra blandeando
una maciza lanza: luego en ésta,
se ponen asimismo Lepomando,
Crino, Pillolco, Cuambo, y Mareande.

Estos seis, en igual hila corriendo,
las lanzas por los fieles igualadas,
á un tiempo las derechas sacudiendo,
fueron con seis gemidos arrojadas:
salen las astas con rumor crugiendo
de aquella fuerza é ímpetu llevadas,
rompen el aire, suben hasta el cielo,
bajando con la misma furia al suelo.

La de Pillolco fué la asta primera,
que falta de vigor á tierra vino:
tras ella la de Guambo, y la tercera

de Lepomande, y cuarta la de Crino;
la quinta de Marcande, y la postrera
haciendo por más fuerza más camino
la de Orompello fué, mozo pujante,
pasando cinco brazas adelante.

Tras estos otros seis lanzas tomaron
de los que por fuertes se estimaban;
y aunque por fuerza extrema procuraron
sobrepujar el tiro, no llegaban:
otros tras éstos, y otros seis probaron,
mas todos con vergüenza atrás quedaban:
y por no detenerme en este cuento,
digo que lo probaron más de ciento.

Ninguno con seis brazas llegar pudo
al tiro de Orompello señalado,
hasta que Leucoton, varón membrudo,
viendo que ya el probar había aflojado,
dijo en voz alta: de perder no dudo;
mas porque todos ya me habéis mirado,
quiero ver deste brazo lo que puede,
y á do llegar mi estrella me concedo.

Esto dicho, la lanza requerida,
en ponerse en el puesto poco tarda;
y dando una ligera arremetida,
hizo muestra de sí fuerte y gallarda:
la lanza por los aires impelida
sale cual gruesa bala de bombarda,
ó cual furioso trueno, que corriendo
por las espesas nubes va rompiendo.

Cuatro brazas pasó con raudo vuelo
de la señal y raya delantera,
rompiendo el hierro por el duro suelo
tiembla por largo espacio la asta fuera;
alza la turba un alarido al cielo,
y de tropel con súbita carrera
muchos á ver el tiro van corriendo,
la fuerza y tirador engrandeciendo.

Unos el largo trecho á pies medían,
y examinan el peso de la lanza:
otros por maravilla encarecían
del esforzado brazo la pujanza:
otros van por el precio: otros hacían
al vencedor cantares de alabanza:
de Leucoton el nombre levantado,
le van en alta voz solemnizando.

Salta Orompello y por la turba hiende,
y aquel rumor colérico baraja,
diciendo: aun no he perdido, ni se entiende
de solo el primer tiro la ventaja:
Caupolican la vara en esto tiende,
y á tiempo un encendido fuego ataja;
que Tucapel el primo había acudido,
y otros con Leucoton se habían metido.

Caupolican que estaba por juez puesto,
mostrándose imparcial discretamente,
la furia de Orompello aplaca presto
con sabrosas palabras blandamente;
y así no se altercando más sobre esto,
conforme á la postura justamente
á Leucoton por más aventajado,
le fué ceñido el corvo alfange al lado.

Acabada con esto la porfía,
y Leucoton quedando victorioso;
Orompello á una parte se desvía,
del caso algo corrido y vergonzoso;
mas como sabio mozo lo encubría,
de verse en ocasiones deseoso
por do con Leucoton y causa nueva
venir pudiese con más estrecha prueba.

Era Orompello mozo, asaz valido
que desde su niñez fué muy brioso,
manso, tratable, fácil, corregido,
y en ocasión metido valeroso;
de muchos en asiento preferido
por su esfuerzo y linaje generoso,

hijo del venerable Mauropande,
primo de Tucapel, y amigo grande.

Puesto nuevo silencio, y despejado
el campo dó la prueba se hacía,
el diestro Cayeguan, mozo esforzado,
á mantener la lucha se metía:
no pasó mucho, cuando de otro lado
con gran disposición Torquín salía
de haber en él pujanza y ligereza,
ambos en el luchar de gran destreza.

Dada señal con pasos ordenados
los dos gallardos bárbaros se mueven,
ya los viérades juntos, ya apartados,
ora tienden el cuerpo, ora le embeben:
por un lado y por otro recatados
se inquieren, cercan, buscan y remueven,
tientan, vuelven, revuelven y se apuntan
y al cabo con gran ímpetu se juntan.

Hechas las presas, y ellos recogidos
en su fuerza procuran conocerse;
pero de ardor colérico encendidos
comienzan por el campo á revolverse:
cíñense pies con pies, y entretejidos
cargan á un lado y otro sin poderse
llevar cuanto una mínima ventaja,
por más que el uno y otro se trabaja.

Andando así, en un tiempo cauteloso
metió la pierna diestra Cayeguano:
quiso Torquín ceñirla codicioso,
cargando con gran fuerza á aquella mano;
sácala á tiempo Cayeguan mañoso,
y el cuerpo de Torquín quedando en vano,
del mismo peso y fuerza que traía
á los pies enemigos se tendía.

Tras éste el fuerte Rengo se presenta,
el cual lanzando fuera los vestidos,
descubre la persona corpulenta,

brazos robustos, músculos fornidos:
mírale la confusa turba atenta,
que de cuatro entre tantos escogidos
este valiente bárbaro era el uno,
jamás sobrepujado de ninguno.

Con gran fuerza los hombros sacudiendo
se apareja á la lucha y desafío,
y al vencedor contrario apercibiendo,
la va á buscar con animoso brío:
de la otra parte Cayeguan saliendo
en medio de aquel campo á su alvedrío
vienen los dos gallardos á juntarse,
procurando en la presa aventajarse.

Un rato estuvo en confusión la gente,
y anduvo en duda la victoria incierta;
mas luego Rengo dió señal patente
con que fué su pujanza descubierta,
que entre los duros brazos reciamente
al triste Cayeguan la boca abierta,
sin dejarle alentar le retraía,
y acá y allá con él se revolvía.

Alzólo de la tierra, y apretado
en el aire gran pieza lo suspende:
Cayeguan sin color, desalentado
abre los brazos y las piernas tiende:
viéndolo así rendido, el esforzado
Rengo que á la victoria solo atiende,
dejándole bajar, con poca pena
le estampa de gran golpe en la arena.

Sacáronle del campo sin sentido,
y á su tienda en los hombros lo llevaron;
todos la fuerza grande y el partido
de Rengo en alta voz solemnizzaron:
pero cesando en esto aquel ruido,
á sus asientos luego se tornaron;
porque vieron que Talco aparejado
el puesto de la lucha había tomado.

Fué este Talco de pruebas gran maestro,
de recios miembros y feroz semblante,
diestro en la lucha, y en las armas diestro,
ligero y esforzado, aunque arrogante;
y con todas las partes que aquí muestro,
era Rengo más suelto y más pujante,
usado en los robustos ejercicios,
que dello su persona daba indicios.

Talco se mueve y sale con presteza,
Rengo espaciosamente se movía,
fíase mucho el uno en la destreza,
el otro en su rigor solo se fía:
en esto con extraña ligereza,
cuando menos cuidado en Talco había,
un gran salto dió Rengo no pensado,
cogiendo al enemigo descuidado.

De la suerte que el tigre cauteloso
viendo venir lozano al suelto pardo,
el cuello bajo, lerdo y perezoso
con ronco son se mueve á paso tardo:
y en un instante súbito y furioso
salta sobre él con ímpetu gallardo,
y echándole la garra así le aprieta,
que le oprime, le rinde y le sujeta.

Desta manera Rengo á Talco afierra,
y antes que á la defensa se prevenga,
tan recio le apretó contra la tierra,
que el lomo quebrantado lo derrienga:
viéndolo pues así lo desafierra,
y á su puesto esperando que otro venga
vuelve, dejando el campo con tal hecho
de su estremada fuerza satisfecho.

Mas no hubo en hombre allí tal osadía
que á contrastar al bárbaro se atreva;
y así porque la noche ya venía,
se defirió la comenzada prueba
hasta que el carro del siguiente día
alégranse los campos con luz nueva:

sonando luego varios instrumentos,
hinchieron de las mesas los asientos.

Pues otro día saliendo de su tienda
el hijo de Leocan acompañado,
al cercado lugar de la contienda
con altos instrumentos fué llevado:
Rengo porque su fama más se extienda,
dando una vuelta entorno del cercado,
entró dentro con una bella muestra,
y á mantener se puso la palestra.

Bien por dos horas Rengo tuvo el puesto
sin que nadie la plaza le pisase,
que no se vió soldado tan dispuesto,
que viéndole el lugar vacío ocupase
pero ya Leucoton mirando en esto;
que porque su valor más no notase,
hasta ver el más fuerte había esperado,
con grave paso entró en el estacado.

Luego un rumor confuso y grande estruendo
entre el parlero vulgo se levanta
de ver estos dos juntos conociendo
en uno y otro esfuerzo y fuerza tanta:
Leucoton la persona recogiendo,
á recibir á Rengo se adelanta:
que con gallardo paso se venía
de esfuerzo acompañado y lozanía.

Viendo al paragon dos animosos
que en esfuerzo y pujanza par no tienen;
unas veces aguijan presurosos,
otras frenan el paso y lo detienen:
andan en torno y miran cautelosos,
y á todos los engaños se previenen;
pero no tardó mucho que cerraron,
y con extraños nudos se abrazaron.

Juntándose los dos pechos con pechos,
van las últimas fuerzas apurando:
ya se afirman y tienen muy estrechos,

ya se arrojan en torno volteando,
ya los izquierdos, y los pies derechos,
se enclavijan y enredan, no bastando
cuanta fuerza se pone, estudio y arte
á poder mojarse alguna parte.

Acá y allá furiosos se rodean,
la fuerza uno del otro resistiendo;
tanto forcejan, gimen y jadean,
que los miembros se van entorpeciendo:
tiemblan de la fatiga y titubean
las cansadas rodillas no pudiendo
comportar el teson y furia insana,
que al fin eran de hueso y carne humana.

De sudor grueso y engrosado aliento
cubiertos los dos bárbaros andaban:
y del fogoso y recio movimiento
roncos los pechos dentro resonaban:
ellos siempre con más encendimiento,
sacando nuevas fuerzas procuraban
llegar la empresa al cabo comenzada
por ganar el honor y la celada.

Pero ventaja entre ellos conocida
no se vió allí, ni de flaqueza indicio;
ambos jóvenes son de edad florida,
iguales en la fuerza y ejercicio;
mas la suerte de Rengo enflaquecida,
y el hado que hasta allí le fué propicio,
hicieron que perdiese á su despecho
del precio y del honor todo el derecho.

Había en la plaza un hoyo hacia el un lado
engaste de un guijarro, y nuevamente
estaba de su encaje levantado
por el concurso y huella de la gente;
de esto el cansado Rengo no avisado,
metió el pie dentro, y desgraciadamente
cual cae de la segur herido el pino,
con no menor estruendo á tierra vino.

No la pelota con tan presto salto
resurte arriba del macizo suelo;
ni el águila que al robo cala de alto
sube en el aire con tan recio vuelo,
como de corrimiento el seso falto,
Rengo rabioso, amenazando al cielo,
se puso en pies que aun bien no tocó en tierra
y contra Leucoton furioso cierra.

Como en la fiera lucha Anteo temido
por el furioso Alcides derribado,
que de la tierra madre recogido
cobraba fuerza y ánimo doblado:
así el airado Rengo embravecido,
que apenas en la arena había tocado,
sobre el contrario arriba de tal suerte,
que al extremo llegó de honrado y fuerte.

Tanto dolor del grave caso siente,
el público lugar considerando,
que abrasado de fuego y rabia ardiente,
se le fueron las fuerzas aumentando:
y furioso, colérico, impaciente
de suerte á Leucoton va retirando,
que apenas le resiste; y el suceso
oiréis en el siguiente canto expreso.

## CANTO XI

Acábanse las fiestas y diferencias. Y caminando Lautaro sobre la ciudad de Santiago, antes de llegar á ella hace un fuerte, en el cual metido vienen los españoles sobre él, donde tuvieron una recia batalla.

Cuando los corazones nunca usados
á dar señal y muestra de flaqueza,
se ven en lugar público afrentados,
entonces manifiestan su grandeza;
fortalecen los miembros fatigados,
despiden el cansancio y la torpeza,
y salen fácilmente con las cosas
que eran antes, señor, dificultosas.

Así le avino á Rengo, que en cayendo,
tanto esfuerzo le puso el corrimiento,
que lleno de furor, y en ira ardiendo,
se le dobló la fuerza y el aliento:
y al enemigo fuerte no pudiendo
ganarle antes un paso, agora ciento
alzado de la tierra lo llevaba,
que aun afirmar los pies no le dejaba.

Adelante la cólera pasara,
y hubiera alguna brega en aquel llano,
si receloso desto no bajara

presto de arriba el hijo de Pillano,
que de Caupolican traía la vara,
y él propio los aparta de su mano:
que no fué poco en tanto encendimiento
tenerle este respeto y miramiento.

Siendo desta manera sin ruido
despartida la lucha ya enconada,
le fué á Rengo su honor restituído,
mas quedó sin derecho á la celada:
aun no estaba del todo definido,
ni la plaza de gente despejada,
cuando el mozo Orompello dijo presto:
mi vez ahora me toca, mío es el puesto.

Que bramando entre sí se deshacía,
esperando aquel tiempo deseado,
viendo que Leucoton ya mantenía,
del tiro de la lanza no olvidado:
con gran desenvoltura y gallardía
salta el palenque y entra el estacado,
y en medio de la plaza, como digo,
llamaba cuerpo á cuerpo al enemigo.

La trápala y murmurio en el momento
creció, porque parando el pueblo en ello,
conoce por allí cuan descontento
del fuerte Leucoton está Orompello:
témese que vendrán á rompimiento;
mas nadie se atraviesa á defendello,
antes la plaza libre les dejaron,
y los vacíos lugares ocuparon.

El pueblo de la lucha deseoso
la más parte á Orompello se inclinaba;
mira los bellos miembros, y el airoso
cuerpo que á la sazón se desnudaba:
la gracia, el pelo crespo, y el hermoso
rostro, donde su poca edad mostraba,
que veinte años cumplidos no tenía,
y á Leucoton á fuerzas desafía.

Juzgan ser desconformes los presentes
las fuerzas destos dos por la apariencia,
viendo del uno el talle, y los valientes
nervios, edad perfecta y experiencia:
y del otro los miembros diferentes,
la tierna edad y grata adolescencia,
aunque á tal opinión contradecía
la muestra de Orompello, y osadía.

Que puesto en su lugar, ufano espera
el son de la trompeta, como cuando
el fogoso caballo en la carrera
la seña del partir está aguardando:
ve la garza de lejos blanqueando,
y cual halcón que en la húmida ribera
que se alegra y se pule ya lozano,
y está para arrojarse de la mano.

El gallardo Orompello así esperaba
aquel alegre son para moverse,
que de ver la tardanza, imaginaba,
que habían impedimentos de ofrecerse:
visto que tanto ya se dilataba,
queriendo á su sabor satisfacerse,
derecho á Leucoton sale animoso,
que no fué en recibirle perezoso.

En gran silencio vuelto el rumor vano,
quedando mudos todos los presentes,
en medio de la plaza mano á mano
salen á se probar los dos valientes;
como cuando el lebrel, y fiero alano,
mostrándose con ronco son los dientes,
yertos los cerros, y ojos encendidos,
se vienen á morder embravecidos.

De tal modo los dos amordazados,
sin esperar trompeta, ni padrino,
de coraje, y rencor estimulados,
de medio á medio parten el camino:
y en un instante iguales, aferrados

con extremada fuerza y diestro tino,
se ciñeron los brazos poderosos,
echándose á los pies lazos nudosos.

Las desconformes fuerzas, aunque iguales,
los lleva, arroja, y vuelve á todos lados;
viéronlos sin mudarse á veces tales,
que parecen en tierra estar clavados:
donde ponen los pies dejan señales,
cavan el duro suelo, y apretados
juntándose rodillas con rodillas,
hacen crujir los huesos y costillas.

Cada cual del valor, destreza y maña
usaba, que en tal tiempo usar podía;
viendo el duro tesón y fuerza estraña
que en su recio adversario conocía:
revuélvense los dos por la campaña,
sin conocerse en nadie mejoría;
pero tanto de acá y de allá anduvieron,
que ambos juntos á un tiempo en tierra dieron

Fué tan presto el caer, y en el momento
tan presto el levantarse, por manera
que no se puede decir que el más atento
á mover la pestaña no lo viera:
ventaja ni señal de vencimiento
juzgarse por entonces no pudiera,
que Leucoton arrodilló en el llano,
y Orompello tocó sola una mano.

En esto los padrinos se metieron,
y á cada lado el suyo retirando,
en disputa la lucha resumieron,
sus puntos y razones alegando:
de entrambas partes gentes acudieron,
la porfía y rumor multiplicando,
quien daba al uno el precio, honor y gloria
quien cantaba del otro la victoria.

Tucapelo que estaba en un asiento
á la diestra del hijo de Pillano,

visto lo que pasaba en el momento
salta en la plaza, la ferrada en mano:
y con aquel usado atrevimiento
dice: el precio ganó mi primo hermano,
y si alguno esta causa me defiende,
haréle yo entender que no lo entiende.

La joya es de Orompello, y quien bastante
se halla á reprobar el voto mío,
en campo estamos: hágase adelante,
que en suma lo desmiento y desafío;
Leucoton con un término arrogante
dice: yo amansaré tu loco brío,
y el vano orgullo y necio devaneo,
que mucho tiempo há ya que lo deseo.

Conmigo lo has de haber, que comenzado
juego tenemos ya, dije Orompello:
responde Leucoton fiero y airado,
contigo y con tu primo quiero habello:
Caupolican en esto era llegado,
que del supremo asiento viendo aquello,
había bajado á la sazón confuso,
y allí su autoridad toda interpuso.

Leucoton, y Orompello, conociendo
que el gran Caupolican allí venía
las enconosas voces reprimiendo,
cada cual por su parte se desvía;
mas Tucapel, la maza revolviendo,
que otro acuerdo, ó concierto no quería,
lleno de ira diabólica no calla,
llamando á todo el mundo á la batalla.

Ruego y medios con él no valen nada
de hijo de Leocan, ni de otra gente,
diciendo que á Orompello la celada
le den por vencedor y más valiente:
después, que en plaza franca y estacada
con Leucoton le dejan libremente,
donde aquella disputa se decida,
perdiendo de los dos uno la vida.

Puesto Caupolican en este aprieto,
lleno de rabia, y de furor movido,
le dice: haré que guardes el respeto,
que á mi persona y cargo le es debido.
Tucapel le responde: yo prometo
que por temor no baje del partido:
y aquel que en lo que digo no viniere,
haga á su voluntad lo que pudiere.

Guardaréte respeto, si derecho
en lo que justo pido me guardares,
y mientras que con recto y sano pecho
la causa sin pasión desto mirares:
mas si contra razón, solo de hecho,
torciendo la justicia lo llevares,
por ti y tu cargo, y todo el mundo junto
no perderé de mi derecho un punto.

Caupolican, perdida la paciencia,
se mueve á Tucapel determinados
mas Colocolo, viejo de experiencia,
que con temor le andaba siempre al lado,
le hizo una atacada resistencia,
diciendo: ¿estás, señor, tan olvidado
de ti y tu autoridad, y salud nuestra,
que lo pongas en solo alzar la diestra?

Mira, señor, que todo se aventura,
mira que están los más ya diferentes:
de Tucapel conoces la locura,
y la fuerza que tiene de parientes:
lo que enmendar se puede con cordura,
no lo enmiendes con sangre de inocentes,
dale á Orompello el contenido precio,
y otro al competidor de igual aprecio.

Si por rigor y término sangriento
quieres poner en riesgo lo que queda,
puesto que sobre fijo fundamento
fortuna á tu sabor mueva la rueda;
y el juvenil furor y atrevimiento
castigar á tu salvo te conceda;

queda tu fuerza más disminuída,
y al fin tu autoridad menos temida.

Pierdes dos hombres, pierdes dos espadas
que el límite Araucano han extendido,
y en las fieras naciones apartadas
hacen que sea tu nombre tan temido:
si agora han sido aquí desacatadas,
mira lo que otras veces han servido
en trances peligrosos, derramando
la sangre propia y del contrario bando.

Imprimieron así en Caupolicano
las razones y celo de aquel viejo,
que frenando el furor dijo: en tu mano
le dejo todo, y tomo ese consejo:
con tal resolución el sabio anciano
viendo abierto camino y aparejo,
habló con Leucoton, que vino en todo,
y á los primos después del mismo modo.

Y así el viejo eficaz los persuadiera,
que en tal discordia y caso tan diviso,
lo que el mundo universo no pudiera,
pudo su discreción y buen aviso:
fuélos pues reduciendo de manera
que vinieron á todo lo que quiso,
pero con condición que la celada
por precio de Orompello fuese dada.

Pues la rica celada allí traída,
al ufano Orompello le fué puesta,
y una cuera de malla guarnecida
de fino oro á la par vino con ésta:
y al mismo tiempo á Leucoton vestida,
todos conformes en alegre fiesta
á las copiosas mesas se sentaron,
donde más la amistad confederaron.

Acabado el comer, lo que del día
les quedaba, las mesas levantadas,
se pasó en regocijo y alegría;

tegiendo en corros danzas siempre usadas;
donde un número grande intervenía
de mozos y mujeres festejadas:
que las pruebas cesaron y ocasiones,
atento á no mover nuevas cuestiones.

Cuando la noche el horizonte cierra,
y con la negra sombra el mundo abraza,
los principales hombres de la tierra
se juntaron en una antigua plaza
á tratar de las cosas de la guerra,
y en el discurso dellas dar la traza,
diciendo, que el subsidio padecido
había de ser con sangre redimido.

Salieron con que al hijo de Pillano
se cometiese el cargo deseado,
y el número de gente por su mano
fuese absolutamente señalado:
tal era la opinión del Araucano,
y tal crédito y fama había alcanzado,
que si asolar el cielo prometiera,
crédito á la promesa se le diera:

Y entre la gente joven más granada
fueron por él quinientos escogidos,
mozos gallardos de la vida airada,
por más bravos que prácticos tenidos:
y hubo de otros por ir esta jornada
tantos ruegos, protestas y partidos,
que excusa no bastó, ni impedimento
á no exceder la copia en otros ciento.

Los que Lautaro escoge son soldados
amigos de inquietud, facinerosos,
en el duro trabajo ejercitados,
perversos, disolutos, sediciosos,
á cualquiera maldad determinados,
de presas, y ganancias codiciosos,
homicidas, sangrientos, temerarios,
ladrones, bandoleros y corsarios.

Con esta buena gente caminaba
hasta Maule, de paz atravesando,
y las tierras después por do pasaba
las iba á fuego y sangre sujetando:
todo sin resistir se le allanaba,
poniéndose debajo de su mando;
servicio, armas, comida, ropa y gente.
los caciques le ofrecen francamente

Así que por los pueblos y ciudades
la comarca los bárbaros destruyen
talan comidas, casas y heredades,
que los indios de miedo al pueblo huyen:
estupros, adulterios y maldades
por violencia sin término concluyen,
no reservando edad, estado y tierra,
que á todo riesgo y trance era la guerra.

No paran con la gana que tenían
de venir con los nuestros á la prueba:
los indios comarcanos que huían,
llevan á la ciudad la triste nueva:
rumores y alboroto se movían,
el bélico bullicio se renueva,
aunque algunos que el caso contemplaban,
á tales nuevas crédito no daban.

Dicen, que era locura claramente
pensar que así una escuadra desmandada
de tan pequeño número de gente
se atreviese á emprender esta jornada:
y más contra ciudad tan eminente,
y lejos de su tierra, y apartada;
pero los que de Penco habían salido
tienen por más el daño que el ruído.

Votos hay que saliesen al camino,
estos son de los jóvenes briosos:
otros que era imprudencia y desatino
por los pasos y sitios peligrosos:
á todo con presteza se previno,
que grandes reparos ingeniosos

el pueblo fortalecen, y en un punto
despachan corredores todo junto.

Debajo de un caudillo diligente,
que verdadera relación trujese,
del número y designio de la gente,
con comisión, si lance le saliese
á su honor y defensa conveniente,
que el bárbaro escuadrón acometiese;
volviendo á rienda suelta dos soldados,
para que dello fuesen avisados.

Por no haber caso en esto señalado,
abrevio con decir que se partieron,
y al cuarto día con ánimo esforzado
sobre el campo enemigo amanecieron:
travóse el fuego, y no duró travado,
que los bárbaros luego les rompieron;
y todos con cuidado y pies ligeros
revolvieron á ser los mensajeros.

Sin aliento, cansados y afligidos,
vuelven con testimonio asaz bastante
de como fueron rotos y vencidos
por la fuerza del bárbaro pujante,
lasos, llenos de sangre, mal heridos,
con pérdida de un hombre el cual delante,
y en medio de los campos desmandado,
á manos de Lautaro había expirado.

Cuentan que levantado un muro había
adonde con sus bárbaros se acoge,
y que infinita gente le acudía,
de la cual la más diestra y fuerte escoge:
también que bastimentos cada día,
y cantidad de munición recoge;
afirmando por cierto fuera desto,
que sobre la ciudad llegará presto.

Quien incrédulo dello antes estaba,
teniendo allí el venir por desvarío,
á tan clara señal crédito daba,

helándole la sangre un miedo frío:
quien de pura congoja trasudaba;
que de Lautaro ya conoce el brío:
quien con ardiente y animoso pecho
bramaba por venir más presto al hecho.

Villagran, que enfermado acaso había,
no puede á la sazón seguir la guerra;
mas con ruegos y dádivas movía
la gente más gallarda de la tierra:
y por caudillo en su lugar ponía
un caro primo suyo, en quien se encierra
todo lo que conviene á buen soldado:
Pedro de Villagran era llamado.

Este sin más tardar tomó el camino
en demando del bárbaro Lautaro,
y el cargo de tan loco desatino
como es venir allí le cueste caro:
dióse tal priesa á andar, que presto vino
á la corva ribera del río claro,
que vuelve atrás en círculo gran trecho,
después hasta la mar corre derecho.

Media legua pequeña elige un puesto,
de donde estaba el bárbaro alojado,
en el lugar mejor y más dispuesto,
y allí, por ver la noche, ha reparado:
estaba á cualquier lance y rumor presto,
de guardia y centinelas rodeado,
cuando sin entender la cosa cierta,
gritaban arma, arma, alerta, alerta.

Esto fué, que Lautaro había sabido
como allí nuestra gente era llegada,
que después de haber reconocido,
por su misma persona y numerada,
volvióse sin de nadie ser sentido,
y mostrando estimarlo todo en nada,
hizo de los caballos que tenía
soltar el de más furia y lozanía.

Diciendo en alta voz: si no me engaño,
no deben de saber que soy Lautaro,
de quien han recibido tanto daño,
daño que no tendrá jamás reparo:
mas porque no me tengan por extraño,
y el ser yo aquí venido sea más claro,
sabiendo con quien vienen á la prueba,
quiero que este rocín lleve la nueva.

Diez caballos, señor, había ganado
en la refriega y última revuelta,
el mejor ensillado y enfrenado,
porque diese el aviso cierto, suelta:
siendo el feroz caballo amenazado,
hacia el campo español toma la vuelta,
al rastro y al olor de los caballos,
y esta fué la ocasión de alborotallos.

Venía con un rumor y furia tanta,
que dió más fuerza al arma y mayor fuego:
la gente recatada se levanta
con sobresalto y gran desasosiego;
el escándalo tanto no fué, cuanta
era después la burla, risa y juego,
de ver que un animal de tal manera
en arma y alboroto los pusiera.

Pasaron sin dormir la noche en esto
hasta el nuevo apuntar de la mañana,
que con ánimo y firme presupuesto
de vencer ó morir, de buena gana
salen del sitio, y alojado puesto
contra la gente bárbara Araucana,
que no menos estaba acodiciada
del venir al efecto de la espada.

Un edicto Lautaro puesto había:
que quien fuera del muro un poco diese
como por crimen grave y rebeldía,
sin otra información luego muriese:
así el temor frenando á la osadía,
por más que la ocasión la comoviese

las riendas no rompió de la obediencia,
ni el ímpetu pasó de su licencia.

Del muro estaba el bárbaro cubierto,
no dejando salir soldado fuera,
quiere que su partido sea más cierto,
encerrando á los nuestros de manera,
que no les aproveche en campo abierto
de ligeros caballos la carrera;
mas solo ánimo, esfuerzo y entereza,
es la virtud del brazo y fortaleza.

Era el orden así, que acometiendo
la plaza, al tiempo del herir volviesen
las espaldas los bárbaros, huyendo,
porque dentro los nuestros se metiesen:
y algunos por defuera revolviendo,
antes que los cristianos se advirtiesen,
ocuparles las puertas del cercado,
y combatir allí á campo cerrado.

Con tal ardid los indios aguardaban
á la gente española que venía,
y en viéndola asomar la saludaban,
alzando una terrible vocería:
soberbios desde allí la amenazaban
con audacia, desprecio y bizarría;
quién la fornida pica blandeando,
quién la maza ferrada levantando.

Como toros que van á ser lidiados,
cuando aquellos que cerca los desean,
con silvos y rumor de los tablados,
seguros del peligro los torean,
y en su daño los hierros amolados,
sin miedo amenazándolos, blandean:
así la gente bárbara Araucana
del muro amenazaba á la cristiana.

Los españoles siempre con semblante
de parecerles poca aquella caza,
paso á paso caminan adelante

pensando de allanar la fuerte plaza,
en alta voz diciendo: no es bastante
el muro, ni la pica y dura maza
á estorbaros la muerte merecida
por la gran desvergüenza cometida.

Llegados de la fuerza poco trecho,
reconocida bien por cada parte,
pónenle el rostro, y sin torcer derecho
saltan el fosado baluarte;
por acabado tienen aquel hecho,
de los bárbaros huye la más parte,
ganan las puertas francas con gran gloria,
cantando en altas voces la victoria.

No hubiera relación deste contento,
si los primeros indios aguardaran
tanto espacio y sazón cuanto un momento,
que las puertas los últimos tomaran:
mas viéndolos entrar, sin sufrimiento,
ni poderse abstener, luego reparan,
haciendo la señal que no debían,
hicieron revolver á los que huían.

Como corre el caballo cuando ha olido
las yeguas que atrás quedan y querencia,
(que allí el intento inclina y el sentido)
gime y relincha con celosa ausencia,
afloja el curso, atrás tiende el oído,
alerto á sí el señor le da licencia,
que á dar la vuelta aun no le ha señalado
cuando sobre los pies ha volteado.

De aquel modo los bárbaros huyendo
con muestra de temor (aunque fingida),
firman el paso presuroso, oyendo
la alegre y cierta seña conocida:
y en contra de los nuestros esgrimiendo
la cruda espada, al parecer rendida,
vuelven con una furia tan terrible,
que el suelo retembló del son horrible.

Como por sesgo mar del manso viento
siguen las graves olas el camino,
y con furioso y recio movimiento
salta el contrario coro repentino:
que las arenas del profundo asiento
las saca arriba en turbio remolino,
y las hinchadas olas revolviendo,
al tempestuoso coro van siguiendo:

De la misma manera á nuestra gente
que el alcance sin término seguía,
la súbita mudanza de repente
le turbó la victoria y alegría:
que sin se reparar violentamente
por el mismo camino revolvía,
resistiendo con ánimo esforzado
el número de gente aventajado.

Mas como un caudaloso río de fama,
la presa y palizada desatandó,
por inculto camino se derrama,
los arraigados troncos arrancando:
cuando con desfrenado curso brama,
cuanto topa delante arrebatando,
y los duros peñascos enterrados
por las furiosas aguas son llevados:

Con ímpetu y violencia semejante
los indios á los nuestros arrancaron,
y sin pararles cosa por delante,
en furiosa corriente los llevaron:
hasta que con veloz furor pujante
de la cerrada plaza los lanzaron:
por el miedo de perder allí la vida
les hizo él paso llano á la salida.

De más priesa y con pies más desenvueltos
los sueltos españoles que á la entrada,
en una polvoroso nube envueltos
salen del cerco estrecho, y palizada:
entre ellos van los bárbaros revueltos,
una gente con otra amontonada,

que sin perder un punto se herían
de manos y de pies como podían.

No el alzado antepecho, y agujeros
que fuera del entorno había cavados,
ni la fagina y suma de maderos
con los fuertes bejucos amarrados,
detuvieron el curso á los ligeros
caballos, de los hierros hostigados,
que como si volaran por el viento,
salieron á lo llano en salvamento.

Los españoles sin parar corriendo
libre la plaza, á los contrarios dejan,
que la fortuna próspera siguiendo,
con prestos pies y manos los aquejan:
pero los nuestros el morir temiendo,
siempre alargan el paso y más se alejan,
deteniendo á las veces flojamente
la gran furia y pujanza de la gente.

Bien una legua larga había corrido
á toda furia por la seca arena,
solo Lautaro no los ha seguido,
lleno de enojo y de rabiosa pena:
viendo el poco sostén del mal regido
campo, tan recio el rico cuerno suena,
que los más delanteros los sintieron,
y al son, sin más correr, se retrujeron.

Estaba así impaciente y enojado,
que mirarle á la cara nadie osaba;
y al pabellón él solo retirado,
un nuevo edicto publicar mandaba:
que guerrero ninguno fuese osado
salir un paso fuera de la cava,
aunque los españoles revolviesen,
y mil veces el fuerte acometiesen.

Después, llamando á junta á los soldados,
aunque ardiendo en furor templadamente
les dice: amigos, vamos engañados,

si con tan poco número de gente
pensamos allanar los levantados
muros de una ciudad así eminente:
la industria tiene aquí más fuerza y parte,
que la temeridad del fiero Marte.

Esta los fieros y ánimos reprime,
y á los flacos y débiles esfuerza,
las cervices indómitas oprime,
y las hace domésticas por fuerza:
ésta el honor y pérdidas redime:
y la sazón á usar della nos fuerza,
que la industria solícita y fortuna
tienen conformidad, y andan á una.

Cumple partir de aquí, muestras haciendo
que solo de temor nos retiramos,
y asegurar los españoles, viendo
como el honor y campo les dejamos:
que después á su tiempo revolviendo,
haremos lo que así dificultamos,
teniendo ellos el llano, y por guarida
vecina la ciudad fortalecida.

El hijo de Pillan esto decía,
cuando asomaba el bando castellano,
que con esfuerzo nuevo y osadía
quiere probar segunda vez la mano:
fué tanto el alborozo y alegría
de los bárbaros, viendo por el llano
aparecer los nuestros, que al momento
gritan, y baten palmas de contento.

En esto los cristianos acercando
poco á poco se van á la batalla,
y al justo tiempo del partir llegando,
dejan irse á la bárbara canalla:
que uno la maza en alto, otro bajando
la pica, el cuerpo exento en la muralla,
con animoso esfuerzo se mostraban
y al ejercicio bélico incitaban.

Unos acuden á las anchas puerta,
y comienzan allí el combate duro,
de escudas las cabezas bien cubiertas
se llagan otros al guardado muro:
otros buscan por partes descubiertas
la subida y el paso más seguro:
hinche el bando español la cava honda,
y el Araucano el muro á la redonda.

Pero el pueblo español con osadía
cubiertos de fortísimos escudos,
la lluvia de los tiros resistía
y los botes de lanzas muy agudos:
era tanta la grita y armonía,
y el espeso batir de golpes crudos,
que Maule el raudo curso refrenaba
confuso al son que entorno rimbombaba.

Por las puertas y frente, y por los lados,
el muro se combate y se defiende,
allí corren con priesa amontonados
adonde más peligro haber se entiende:
allí con prestos golpes esforzados
á su enemigo cada cual ofende
con furia tan terrible y fuerza dura,
que poco importa escudo ni armadura.

Los nuestros hacia atrás se retrujeron,
de los tiros y golpes impelidos,
tres veces y otras tantas revolvieron
de vergonzosa cólera movidos:
gran pieza á la fortuna resistieron,
mas ya todos andaban mal heridos,
flacos, sin fuerza, lazos, dessangrados,
y de sangre los hierros colorados.

El coraje y la cólera es de suerte
que va en aumento el daño y la crueza,
hallan los españoles siempre el fuerte
mas fuerte y en los golpes más dureza:
sin temor acometen de la muerte;
pero poco aprovecha esta braveza,

que el que menos herido y flaco andaba
por seis partes la sangre derramaba.

Hasta la gente bárbara se espanta
de ver lo que los nuestros han sufrido
de espesos golpes, flecha, y piedra tanta
que sin cesar sobre ellos ha llovido:
y cuán determinados y con cuanta
furia tres veces han acometido,
desto los enemigos impacientes
apretaban los puños y los dientes.

Y como tempestad que jamás cesa,
antes que va en furioso crecimiento
cuando la congelada piedra espesa
hiere los techos, y se esfuerza el viento:
así los duros bárbaros apriesa
movidos de vergüenza y corrimiento
con lanzas, dardos, piedras arrojadas
baten dargas, rodelas y celadas.

Los cansados cristianos no pudiendo
sufrir el gran trabajo incomportable,
se van forzosamente retrayendo
del vano intento y plaza inexpugnable:
y el destrozado campo recogiendo,
vista su suerte y hado miserable,
por el mesmo camino que vinieron,
aunque con menos furia, se volvieron.

Aquella noche al pie de una montaña
vinieron á tener su alojamiento,
segura de enemigos la campaña,
que ninguno salió en su seguimiento:
decir prometo la cautela extraña
de Lautaro después, que ahora me siento
flaco, cansado, ronco: y entretanto
esforzaré la voz al nuevo canto.

## CANTO XII

Recogido Lautaro en su fuerte, no quiere seguir la victoria por entretener á los españoles. Pasa ciertas razones con el Marcos Vaez, por las cuales Pedro de Villagram viene á entender el peligroso punto en que estaba, y levantando su campo se retira. Viene el Marqués de Cañete á la ciudad de los Reyes en el Perú.

Virtud difícil, y difícil prueba
es guardar el secreto peligroso,
que la dificultad bien claro prueba
cuanto es sano, seguro, y provechoso:
y el poco fruto y mucho mal que lleva
el vicio inútil del hablar dañoso:
ejemplo los de Líbico homicidas,
y otros que les costó el hablar las vidas.

Veranse por los ojos y escrituras
en los presentes tiempos, y pasados
crueldades, ruínas, desventuras,
infamias, puniciones de pecados:
grandes yerros en grandes coyunturas,
pérdidas de personas y de estados:
todo por no sufrir el indiscreto
la peligrosa carga del secreto.

De los vicios el menos de provecho,
y por donde más daño á veces viene,
es el no retener el fácil pecho
el secreto hasta el tiempo que conviene:
rompe, y deshace al fin todo lo hecho,
quita la fuerza que la industria tiene,
guerra, furor, discordia, fuego enciende,
al propio dueño y al amigo vende.

Por esto el sabio hijo de Pillano
la causa á sus soldados encubría
de no dejar salir gente á lo llano,
siguiendo la victoria de aquel día:
y el retirado campo castellano
seguro á paso largo por la vía,
como dije, la furia quebrantada,
toma de la ciudad la vuelta usada.

Usar Lautaro de esta maña, entiendo,
que fuese para algún sagaz intento:
el cual por conjeturas comprehendo
ser de gran importancia y fundamento:
dejado esto á su tiempo, y revolviendo
á los nuestros que así del fuerte asiento
se alejan á tres leguas otro día
hicieron alto, asiento y ranchería.

Dos días los españoles estuvieron
haciendo de los bravos, aguardando;
pero jamás los bárbaros vinieron,
ni gente pareció del otro bando;
al fin dos de los nuestros se atrevieron
á ver el fuerte, y cerca del llegando,
oyeron una voz alta del muro,
diciéndoles; llegaos que os doy seguro.

Al uno por su nombre lo llamaba
con el cierto seguro prometido,
el cual dejando al otro, se llegaba
por conocer quién era el atrevido:
llegado el español junto á la cava,
el de la voz fué luego conocido,

que era el gallardo hijo de Pillano
tratado de un tiempo como hermano.

Estaba de un lustroso peto armado
con sobrevista de oro guarnecida,
en una gruesa pica recostado
por el ferrado regaton asida;
el ancho y duro hierro colorada,
y de sangre la media asta teñida:
puesta en limpio acero una celada,
abierta por mil partes y abollada.

Llegado el español donde podía
hablarle y entenderle claramente,
el bizarro Lautaro le decía:
Marcos, de ti me espanto extrañamente,
y de esa tu ignorante compañía,
que sin razón y seso ciegamente
pensáis así de mi opinión mudarme,
y ser bastantes todos á enojarme.

¿Qué intento os mueve, ó que furor insano
que así queréis tiranizar la tierra?
no véis que todo agora está en mi mano,
el bien vuestro, y el mal, la paz, la guerra?
no veis que el hombre y crédito Araucano
los levantados ánimos atierra?
que solo el son al mundo pone miedo,
y quebranta las fuerzas y el denuedo?

En los pueblos no fuisteis poderosos
de defender las propias posesiones;
que es cosa que aun los pájaros medrosos
hacen rostro en su nido á los leones,
y en los desiertos campos pedregosos
pensais de sustentar los pabellones
en tiempo que estáis más amedrentados,
y más vuestros contrarios animados?

Es á mi parecer loca osadía
querer contra nosotros sustentaros;
pues ni por arte, maña y otra vía

podéis en nuestro daño aprovecharos:
si lo queréis llevar por valentía
baste el presente estrago á escarmentaros,
que fresca sangre aun vierten las heridas,
y della aquí las yerbas veo teñidas.

Pues dejar yo jamás de perseguiros,
según que lo juré, será excusado;
hasta dentro en España he de seguiros,
que así lo he prometido al gran Senado:
mas si queréis en tiempo reduciros,
haciendo lo que aquí os será mandado,
saldré de la promesa y juramento,
y vosotros saldréis de perdimiento.

Treinta mujeres vírgenes, apuestas,
por tal concierto habéis de dar cada año,
blancas, rubias, hermosas, bien dispuestas,
han de ser españolas, y tras éstas
de quince años á veinte, sin engaño:
treinta capas de verde y fino paño,
y otras treinta de púrpura tejidas,
con fino hilo de oro guarnecidas.

También doce caballos poderosos,
nuevos y ricamente enjaezados,
domésticos, ligeros y furiosos,
debajo de la rienda concertados;
y seis diestros lebreles animosos
en la caza me habéis de dar cebados:
este solo tributo estorbaría
lo que estorbar el mundo no podría.

Atento el castellano le escuchaba,
estando de la plática gustoso:
mas cuando á estas razones allegaba
no pudo aquí tener ya más reposo:
así impaciente el bárbaro atajaba,
diciéndole, no estés tan orgulloso,
que las paries que pides, ó Lautaro,
te costarán, si esperas, presto caro.

En pago de tu loco atrevimiento,
te darán españoles por tributo
cruda muerte con áspero tormento,
y Arauco cubrirán de eterno luto.
Lautaro dijo: es eso hablar al viento;
sobre ello, Marcos, mas yo no disputo:
las armas, no la lengua han de tratarlo,
y la fuerza, y valor determinarlo.

Libre puedes decir lo que quisieres,
como aquel que seguro le está dado,
que tú después harás lo que pudieres,
y yo podré hacer lo que he jurado:
tratemos de otras cosas de placeres,
quede para su tiempo comenzado,
y quiérote mostrar, pues tiempo hallo,
una lúcida escuadra de á caballo.

Que para que no andéis tan al seguro,
acuerdo de tener también caballos,
y de imponer mis súbditos procuro
á saberlos tratar, y gobernallos:
esto dijo Lautaro, y desde el muro
á seis dispuestos mozos, sus vasallos,
mandó que en seis caballos cabalgasen:
y por delante dél los paseasen.

Por las dos puentes, á la voz caladas,
salieron á caballo seis Chilcanos,
pintadas y anchas dargas embrazadas,
gruesas lanzas terciadas en las manos:
vestidas fuertes cotas, y tocadas
las cabezas, al modo de Africanos,
mantos por las caderas derribados,
los brazos hasta el codo arremangados.

Y con airosa muestra por delante
del atento español dos vueltas dieron:
pero ni de su puesto y buen semblante,
punto que se notase le movieron;
antes con muestra y ánimo arrogante,
en alta voz, que todo lo entendieron,

(que el muro estaba ya lleno de gente)
habló así con Lautaro libremente:

En vano, ó capitán, cierto trabaja,
quien pretende con fieros espantarme:
no estimo lo que ves en una paja,
ni alardes pueden punto amedrentarme:
y por mostrar si temo la ventaja,
yo solo con los seis quiero probarme,
dó verás que á seis mil seré bastante:
vengan luego á la prueba aquí delante.

Lautaro respondió: Marcos, si mueres
tanto por nos mostrar tu fuerza y brío,
el mínimo que dellos escogieres
á pie vendrá contigo en desafío:
del modo y la manera que quisieres
elije armas y campo á tu albedrío,
ora con ellas, ora desarmados,
á puños, coces, uñas, y á bocados.

El español le dijo: yo te digo,
que mi honor en tal caso no consiente
darles uno por uno su castigo,
porque jamás se diga entre la gente
que cuerpo á cuerpo bárbaro conmigo
en campo osase entrar singularmente:
por tanto, si no quieres lo que pido,
no quiero yo aceptar otro partido.

No vinieron en esto á concertarse,
después por otras cosas discurrieron;
pero llegado el tiempo de apartarse
del bárbaro los dos se despidieron:
vueltos á su camino, oyen llamarse,
y á la voz conocida revolvieron,
que era el mesmo Lautaro quien llamaba
diciendo: una razón se me olvidaba.

Tengo mi gente triste y afligida,
con gran necesidad de bastimento,

que me falta del todo la comida,
por orden mala y poco regimiento:
pues la tenéis de sobra recogida,
haced un liberal repartimiento,
proveyéndonos della, que á mi cuenta
más la gloria y honor vuestro acrecienta.

Que en el ínclito estado es uso antiguo,
y entre buenos soldados ley guardaba,
alimentar las fuerza al enemigo,
para solo oprimirle por la espada:
estad, Marcos, atento á lo que digo,
y entended que será cosa loada,
que digan que las fuerzas sojuzgastes,
que para mayor triunfo alimentastes.

Que se llame victoria yo lo dudo,
cuando el contrario á tal extremo viene,
que en aquello que nunca el valor pudo,
la hambre miserable poder tiene:
y al fuerte brazo indómito y membrudo
lo debilita, doma y lo detiene:
y así por bajo modo y estrecheza
viene á parecer fuerte la flaqueza.

Era, Señor, su intento que pensase
ser la necesidad (fingida) cierta,
para que nuestra gente se animase
de industria abriendo aquella falsa puerta:
y con esto inducirla á que esperase,
teniendo así su astucia más cubierta
hasta que el fin llegase deseado
del cauteloso engaño fabricado.

Larcos de las palabras conmovido,
le dice: yo prometo de intentallo
por solo esas razones que has movido,
y hacer todo el poder en procurallo:
habiéndose con esto despedido,
revolviendo las riendas al caballo,
él y su compañero caminaron
hasta que al español campo llegaron.

De todo al punto Villagrá informado
cuanto á Marcos Lautaro dicho había,
sospechoso, confuso y admirado
de ver que bastimentos le pedía:
era sagaz, celoso y recatado,
revolviendo la presta fantasía
los secretos designios comprehende,
y el peligroso estado y trance entiende.

Y en el presto remedio resoluto,
cuando el mundo se muestra más oscuro,
sin tocar trompa, del peligro instruto,
toma el camino á la ciudad seguro,
maravillado del ardid astuto;
Pero de nuestra gente ahora no curo,
que quiero antes de decir el modo extraño
de la ingeniosa astucia y nuevo engaño.

Aun no era bien la nueva luz llegada,
cuando luego los bárbaros supieron
la súbita partida y retirada,
que no con poca muestra lo sintieron:
viendo claro que al fin de la jornada,
por un espacio brave no pudieron
hacer en los cristianos tal matanza,
que nadie dellos más tomara lanza.

Que aquel sitio cercado de montaña,
que es un bajo, y recogido llano,
de acequias copiosísimas se baña
por zanjas con industria hechas á mano:
rotas al nacimiento, la campaña
se hace en breve un lago y gran pantano:
la tierra es honda, floja, anegadiza,
hueca, falsa, esponjada y movediza,

Quedaran, si las zanjas se rompieran,
en agua aquellos campos empapados,
moverse los caballos no pudieran
en pegajosos lodos atascados:
adonde si aguardaran los cogieran,
como en liga á los pájaros cebados,

que ya Lautaro con despacho presto
había en ejecución el ardid puesto.

Triste por la partida y con despecho
la fuerza desampara el mismo día,
y el camino de Arauco más derecho,
marcha con su escuadrón de infantería;
revuelve, y traza en el cuidoso pecho
diversas cosas, y en ninguna había
el consuelo y disculpa que buscaba,
y entre sí razonando suspiraba.

Diciendo: ¿qué calor puede bastarme
para ser desta culpa reservado?
¿no pretendí yo mucho de encargarme
de cosa que me deja bien cargado?
¿de quién sino de mí puedo quejarme,
pues todo por mi mano se ha guiado?
¿soy yo quien prometió en un año solo
de conquistar del uno al otro polo?

Mientras que yo con tan lucida gente
ver el muro español aun no he podido,
la luna ya tres veces frente á frente
ha visto nuestro campo mal regido:
y el carro de Faeton resplandeciente
del Escorpio al Aquario ha discurrido,
y al fin damos la vuelta mal tratados
con pérdida de más de cien soldados.

Si con morir tuviese confianza
que una vergüenza tal se colorase,
haría á mi inútil brazo, que esta lanza
el débil corazón me atravesase:
pero daría de mi mayor venganza
y gloria al enemigo, si pensase
que temí más su brazo poderoso,
que el flaco mío, cobarde y temeroso.

Yo juro al infernal poder eterno
si la muerte en un año no me aterra,
de echar de Chile al español gobierno,

y de sangre empapar toda la tierra:
ni mudanza, calor, ni crudo invierno
podrán romper el hilo de la guerra;
y dentro del profundo reino oscuro
no se verá español de mí seguro.

Hizo también solemne juramento
de no volver jamás al nido caro,
ni del agua, del sol, sereno y viento
ponerse á la defensa, ni al reparo:
ni de tratar en cosas de contento,
hasta que el mundo entienda de Lautaro,
que cosa no emprendió dificultosa,
sin darle con valor salida honrosa.

En esto le parece que aflojaba
la cuerda del dolor, que á veces tanto
con grave y dura afrenta le apretaba,
que de perder el seso estuvo á canto;
así el feroz Lautaro caminaba,
y al fin de tres jornadas, entretanto
que el esperado tiempo se avecina,
se aloja en una vega á la marina.

Junto adonde con recio movimiento
baja de un monte Itáta caudaloso,
atravesando aquel umbroso asiento
con sesgo curso, grave y espacioso:
los árboles provocan á contento,
el viento sopla aquí más amoroso,
burlando con las tiernas florecillas
rojas, azules: blancas y amarillas.

Siete leguas de Penco justamente
es esta deleitosa y fértil tierra,
abundante, capaz y suficiente
para poder sufrir gente de guerra:
tiene cerca á la banda del Oriente
la grande cordillera, y alta sierra,
de donde el raudo Itata apresurado
baja á dar su tributo al mar salado.

Fué un tiempo de españoles: pero había
la prometida fe ya quebrantado,
viendo que la fortuna parecía
declarada de parte del estado:
el cual veinte y dos leguas contenía,
este era su distrito señalado;
pero tan grande crédito alcanzaba,
que toda la nación le respetaba.

Los españoles ánimos briosos
éste les puso humildes por el suelo,
este los bajos, tristes y medrosos
hace que se levanten contra el cielo;
y los extraños pueblos poderosos
de miedo deste viven con recelo:
los remotos vecinos y extranjeros
se rinden y someten á sus fueros.

Pues la flor del estado deseando
estaba el tardo tiempo en esta vega
tardo para quien gusto está esperando,
que al que no espera bien, bien presto llega:
pero el tiempo y sazón apresurando,
á sus valientes bárbaros congrega,
y antes que se metiesen en la vía,
estas breves razones les decía:

Amigos, si entendiese que el deseo
de combatir sin otro miramiento,
y la fogosa gana que en vos veo,
fuese de la victoria el fundamento,
hágoos saber de mí, que cierto creo
estar en vuestra mano el vencimiento;
y un paso atrás volver no me hiciera,
si el mundo sobre mí todo viniera.

Mas no es solo con ánimto adquirida
una cosa difícil y pesada:
¿qué aprovecha el esfuerzo sin medida
si tenemos la fuerza limitada?
mas ésta (aunque con límite) regida
por industrioso ingenio, y gobernada,

de duras y de muy dificultosas
hace llanas y fáciles las cosas.

¿Cuántos vemos el crédito perdido
en afrentoso y mísero destierro,
por solo haber sin término ofrecido
el pecho osado al enemigo hierro?
que no es valor, mas antes es tenido
por loco, temerario y torpe hierro:
valor es ser al orden obediente,
y locura sin orden ser valiente.

Como en este negocio y gran jornada
con tanto esfuerzo así nos destruímos,
fué porque no miramos jamás nada,
sino al ciego apetito á quien seguimos:
que á no perder por furia anticipada
el tiempo y coyuntura que tuvimos;
no quedara español, ni cosa alguna
á la disposición de la fortuna.

Si al entrar de la fuerza reportados
allí algún sufrimiento se tuviera,
fueran vuestros esfuerzos celebrados,
pues ningún enemigo se nos fuera:
en la ciudad estaban descuidados,
con la gente que andaba por defuera,
hiciéramos un hecho y una suerte,
que no la consumieran tiempo y muerte.

Pero quiero poneros advertencia,
que habéis por la razón de gobernaros,
haciendo al movimiento resistencia
hasta que la sazón venga á llamaros:
y no salirme un punto de obediencia,
ni á lo que no os mandaré adelantaros,
que en el inobediente y atrevido
haré ejemplar castigo nunca oído.

Y pues volvemos ya donde se muestra
nuestro poco valor por mal regidos,
en fe que habéis de ser (alzo la diestra)

en el primer honor restituídos:
ó el campo regará la sangre nuestra,
y habemos de quedar en él tendidos
por pasto de las brutas bestias fieras,
y de las sucias aves carniceras.

Con esto fué la plática acabada,
y la trompeta á levantar tocando,
dieron nuevo principio á su jornada
con la usada presteza caminando:
viendo así, al descubrir de una ensenada
por Martaquino á la derecha entrando,
un bárbaro encontraron por la vía
que del pueblo les dijo que venía.

Este les afirmó con juramento
que en Mapochó se sabe su venida,
ora les dió la nueva della el viento,
ora de espías solícitas sabida:
también que de copioso bastimento
estaba la ciudad ya prevenida
con defensas, reparos, provisiones
pertrechos, aparatos, municiones.

Certificado bien Lautaro desto
muda el primer intento que traía,
viendo ser temerario presupuesto
seguirle con tan poca compañía:
piensa juntar más gentes, y de presto
un fuerte asiento que en el valle había,
con ingenio y cuidado diligente
comienza á reforzarle nuevamente.

Con la priesa que dió dentro metido
y ser pispuesto el sitio y reparado
fué en breve aquel lugar fortalecido,
de foso y fuerte muro rodeado:
gente á la fama desto había acudido,
codicioso del robo deseado:
forzoso me es pasar de aquí corriendo,
que siento en nuestro pueblo un gran estruendo.

Sábese en la ciudad por cosa cierta
que á toda furia el hijo de Pillano,
guiando un escuadrón de gente experta,
viene sobre ella con armada mano:
el súbito temor puso en alerta
y confusión al pueblo castellano:
mas la sangre que el miedo helado había.
de un ardiente coraje se encendía.

A las armas acuden los briosos,
y aquellos que los años agravaban
con industrias y avisos provechosos
la tierra y partes flacas reparaban:
tras estos treinta mozos animosos,
y un astuto caudillo se aprestaban,
que con algunos bárbaros amigos
fuesen á descubrir los enemigos.

Villagrá á la sazón no residía
en el pueblo español alborotado;
que para la Imperial partido había
por camino de Arauco desviado:
mas ya con nueva gente revolvía,
y junto de dó el bárbaro cercado
de gruesos troncos y fagina estaba,
sin saberlo, una noche se alojaba.

Cuando la alegre y fresca aurora vino:
y él la nueva jornada comenzaba,
al calar de una loma en el camino
un comarcano bárbaro encontraba:
el cual le dió la nueva del vecino
campo, y razón de cuanto en él pasaba,
que todo bien el mozo lo sabía,
como aquel que á robar de allá venía.

Entendió el español del Indio cuanto
el bárbaro enemigo determina,
y como allega gentes, entretanto
que el oportuno tiempo se avecina:
no puso á los Cautenes esto espanto,
y más cuando supieron que vecina

venía también la gente nuestra armada,
que dellos aun no estaba una jornada.

Villagran le pregunta, si podría
ganar al Araucano la albarrada?
sonriéndose el indio, respondía
ser cosa de intentar bien excusada
por el reparo y sitio que tenía,
y estar por las espaldas abrigada
de una tajada peñascosa sierra
que por aquella parte el fuerte cierra.

Díjole Villagran: yo determino
por esa relación tuya guiarme,
y abrir por la montaña alta el camino,
que quiero á cualquier cosa aventurarme:
y si donde está el campo Lautarino
en una noche puedes tú llevarme,
del trabajo serás gratificado;
y al fuego: si me mientes, entregado.

Sin temor dice el bárbaro: yo juro
en menos de una noche de llevarte
por difícil camino, aunque seguro;
desta palabra puedes confiarte;
de Lautaro después no te aseguro,
si tu gente y amigos serán parte,
á que si vais allá, no os coja á todos,
y os dé civiles muertes de mil modos.

No le movió el temor que le ponía
á Villagrán el bárbaro guerrero
que visto cuan sin miedo se ofrecía:
le pareció de trato verdadero:
y á la gente del pueblo que venía,
despacha un diligente mensajero;
para que con la priesa conveniente
con él venga á juntarse brevemente.

Pues otro día allí juntos se dejaron
ir por dó quiso el bárbaro guiallos,
y en la cerrada noche no cesaron

de afligir con espuelas los caballos:
después se contará lo que pasaron;
que cumple por agora aquí dejallos,
por decir la venida en esta tierra
de quien dió nuevas fuerzas á la guerra.

Hasta aquí lo que en suma he referido
yo no estuve, señor, presente á ello;
y así de sospechoso no he querido
de parciales intérpretes sabello:
de ambas las mismas partes lo he aprendido,
y pongo justamente solo aquello
en que todos concuerdan y confieren,
y en lo que en general menos difieren.

Pues que en autoridad de lo que digo
vemos que hay tanta sangre derramada,
prosigiuendo adelante, yo me obligo
que irá la historia más autorizada:
podré ya discurrir como testigo
que fuí presente á toda la jornada,
sin cegarme pasión de la cual huyo,
ni quitar á ninguno lo que es suyo.

Pisada en esta tierra no han picado
que no haya por mis pies sido medida
golpe, ni cuchillada no se ha dado,
que no diga de quién es la herida:
de las pocas que dí estoy disculpado,
pues tanto por mirar embevecida
truje la mente en esto y ocupada,
que se olvidaba el brazo de la espada.

Si causa me incitó á que yo escribiese
con mi pobre talento y torpe pluma,
fué que tanto valor no pereciese,
ni el tiempo injustamente lo consuma:
que el mostrarme yo sabio me moviese,
ninguno que lo fuere lo presuma;
que cierto bien entiende mi pobreza
y de las flacas sienes la estrecheza.

De mi poco caudal bastante indicio
y testimonio aquí patente queda,
va la verdad desnuda de artificio,
para que más segura pasar pueda:
pero si fuera desto lleva vicio,
pido que por merced se me conceda,
se mire en esta parte el buen intento,
que es solo de acertar y dar contento.

Que aunque la barba el rostro no ha ocupado,
y la pluma á escribir tanto se atreve,
que de crédito estoy necesitado,
pues tan poco á mis años se le debe;
espero que será, señor, mirado
el celo justo y la causa que me mueve,
y esto y la voluntad se tome en cuenta
para que algún error se me consienta.

Quiero dejar á Arauco por un rato,
que para mi discurso es importante
lo que forzado aquí del Perú trato,
aunque de su comarca es bien distante;
y para que se entienda más barato
y con facilidad lo de adelante,
si Lautaro me deja, diré en breve
la gente que en su daño ahora se mueve.

El Marqués de Cañete era llegado,
á la ciudad insigne de los reyes,
de Carlos quinto Máximo enviado
á la guarda, y repara de sus leyes:
este fué por sus partes señalado
para virrey, de donde dos virreyes
por los rebeldes brazos atrevidos
habían sido á la muerte conducidos.

Oliendo el virrey nuevo las pasiones
y maldades por uso introducidas,
el ánimo dispuesto á alteraciones
en leal apariencia entretejidas;
los agravios, insultos y traiciones
con tanta desvergüenza cometidas,

viendo que aun el tirano no hedía.
que aunque muerto (de fresco) se bullía.

Entró como sagaz y receloso,
no mostrando el cuchillo y duro hierro,
que fuera en aquel tiempo peligroso,
y dar con hierro en un notable yerro:
mostrándose benigno y amoroso,
trayéndoles la mano por el cerro,
hasta tomar el paso á la malicia,
y dar más fuerza y mano á la justicia.

En tanto que las cosas disponía,
para limpiar del todo las maldades;
quitando las justicias las ponía
de su mano por todas las ciudades:
estas eran personas que entendía
haber en ellas justas calidades,
de Dios, del Rey, del mundo temerosas,
en semejantes cargos provechosas.

Entretenía la gente, y sustentaba
con son de un general repartimiento:
y el más culpado más premio esperaba
fundado en el pasado regimiento:
el marqués entretanto se informaba
llevando de este error diverso intento,
que no solo dió pena á los culpados,
mas renovó los yerros perdonados.

Pues cuando (con el tiempo) ya pensaron,
que estaban sus insultos encubiertos;
en público pregon se renovaron,
y fueron con castigo descubiertos:
que casi en los más pueblos que pecaron,
amanecieron en un tiempo muertos
aquellos que con más poder y mano
habían seguido el bando del tirano.

No condeno, señor, los que murieron,
pues fueron perdonados y admitidos
cuando á vuestro servicio en sazón fueron,

y en importante tiempo reducidos;
quedando los errores que tuvieron
á vuestra gran clemencia remitidos:
de vos solo, señor, es el juzgarlos,
y el poderlos salvar, ó condenarlos.

Dar mi decreto en esto yo no puedo,
que siempre en casos de honra lo rehuso,
solo digo el terror y estraño miedo
que en la gente soberbia el Marqués puso
con el castigo á la sazón acedo,
dejando el reino atónito y confuso,
del temerario hecho tan dudoso
que aun era imaginarlo peligroso.

A quien hallaba culpa conocida
del Perú le destierra en penitencia,
que es entre ellos la afrenta más sentida,
y que más examina la paciencia,
el justo de ejemplar y llana vida,
temeroso escudriña la conciencia,
viendo el rigor de la justicia airada
que ya desenvainado había la espada.

Y algunos capitanes y soldados
que con lustre sirvieron en la guerra,
y esperaban de ser gratificados
conforme á los humores de la tierra,
recelando tenerlos agraviados,
del reino en son de presos los destierra,
remitiendo las pagas á la mano
de rey tan poderoso y soberano.

Esto puso suspensa más la gente,
la causa del destierro no sabiendo,
no entiende, si es injusta, ó justamente,
solo cabe callar, y estar tremiendo:
teme la furia, y el rigor presente,
y á inquirir la razón no se atreviendo,
tiende á cualquier rumor atento oído;
mas no puede sentir más del ruido.

Temor, silencio, y confusión andaba,
atónita la gente discurría,
nadie la oculta causa preguntaba,
que aun preguntar error le parecía:
por saber uno á otro se miraba,
y el más sabio los hombres escogía,
temiendo el golpe del furor presente,
movido al parecer por accidente.

Fué hecho tan sagaz, grande y osado,
que pocos con razón le van delante,
asaz en estos tiempos celebrado,
y á los ánimos sueltos importante:
por él quedó el Perú atemorizado,
temerario, rebelde y arrogante,
y á la justicia el paso más seguro
con mayor esperanza en lo futuro.

Así enfrenó el Perú con un bocado
que no le romperá jamás la rienda,
haciendo al ambicioso y alterado
contentarse con sola su hacienda,
y el bullicio y deseo desordenado
le redujo á quietud y nueva enmienda:
que poco lo mal puesto permanece
como por la esperiencia al fin parece.

Quien antes no esperaba estar contento
con veinte ó treinta mil pesos de renta,
enfrena de tal suerte el pensamiento
que solo con la vida se contenta:
después hizo el Marqués repartimiento
entre los beneméritos de cuenta,
para esforzar los ánimos caídos
y dar mayor tormento á los perdidos.

Con ejemplo así, y acaecimientos,
como vemos que tantos van errados,
que sobre arenas y frágiles cimientos
fabrican edificios levantados:
bien se muestran sus flacos fundamentos
pues por tierra tan presto derribados

con afrentoso nombre y voz los vemos,
huyendo su infición cuanto podemos.

¡Oh vano error, oh necio desconcierto
del torpe, que con ánimo ignorante
no mira en el peligro, y paso incierto
las pisadas de aquel que va adelante;
teniendo á costa agena ejemplo cierto,
que el brazo del amigo más constante
ha de esparcir su sangre en su disculpa,
lavando allí la espada de la culpa!

Quiero que esté algún tiempo falsamente
sobre traidores hombros sostenido,
que el viento que se mueva de repente,
le aflige, altera y turba aquel ruido:
¡pues que cuando la voz del rey se siente!
no hay son tan duro y áspero oído;
que tiene solo el nombre fuerza tanta
que los huesos le oprime y le quebranta.

Que le asome fortuna algún contento,
¡con cuántos sinsabores va mezclado
aquel recelo, aquel desabrimiento,
aquel triste vivir tan recatado!
trague el duro morir cada momento,
témese del que está más confiado,
que la vida de antes libre, y amparada
está sujeta ya á cualquiera espada.

Negando al rey la deuda y obediencia
se somete el más mínimo soldado,
poniendo en contentarle diligencia
con gran miedo y solícito cuidado:
y aquellos más amigos en presencia
las lanzas le enderezan al costado,
y sobre la cabeza aparejadas
le están amenazando mil espadas.

Cualquier rumor, cualquiera voz le espanta,
cualquier secreto piensa que es negarle,
si el brazo mueve alguno y lo levanta,

piensa el triste que fué para matarle:
la soga arrastra, el lazo á la garganta,
¿qué confianza puede asegurarle?
pues mal al que negar al rey procura,
tendrá con un tirano fe segura.

Si no bastara verlos acabados
tan presto, y que ninguno permanece,
y los rollos y términos poblados
de quien tan justamente lo merece,
bandos, casas, linajes estragados
con nombre que los mancha, y oscurece;
baste la obligación con que nacemos,
que á nuestro rey y príncipe tenemos.

De un paso en otro paso voy saliendo
del discurso y materia que seguía:
pero aunque vaya ciego discurriendo
por caminos más ásperos sin guía,
del encendido Marte el son horrendo
me hará que atine á la derecha vía:
y así seguro desto y confiado
me atrevo á reposar: que estoy cansado.

## CANTO XIII

Hecho el marqués de Cañete el castigo en el Perú, llegan mensajeros de Chile á pedirle socorro; el cual visto ser su demanda importante y justa, se le envía grande por mar y por tierra. También contiene al cabo este canto como Francisco de Villagran; guiado por un indio viene sobre Lautaro.

Dichoso con razón puede llamarse
aquel que en los peligros arrojado
dellos sabe salir sin ensuciarse,
y libre de poder ser imputado:
pero quien destos puede desviarse
le tengo por más bienaventurado;
aunque el peligro afina lo perfeto,
aquel que dél se aparta, es el discreto.

Que muchas veces da la fantasía
en cosas que seguro nos promete,
y un ánimo á salir con ellas cría,
que con temeridad las acomete,
después en el peligro desvaría,
y no acierta á salir de dó se mete;
que la señora al siervo sometida
pierde la fuerza y tino á la salida.

Veréis en el Perú, que han procurado
levantar el tirano y ayudarle,
para solo mostrar, después de alzado,
la traidora lealtad en derribarle:
y con designio y ánimo dañado
le dan fuerza, y después viene á matarle
la espada infiel de la maldad autora,
al rey y amigos pérfida y traidora.

Fraguan la guerra, atizan disensiones
en hábito leal, aunque engañoso,
pensando de subir más escalones
por un áspero atajo y tropezoso:
al cabo las malvadas intenciones
vienen á fin tan malo y afrentoso
como veréis, si bien miráis la guerra
civil, y alteraciones desta tierra.

Desechos pues del todo los ñublados
por el audaz Marqués, y su prudencia,
curando con rigor los alterados,
como quien entendió bien la dolencia:
en nombre de su rey á otros tocados
de aquel olor descubre la clemencia,
que hasta allí del rigor cubierto estaba
con general perdón que los lavaba.

No el atrevido caso y espantoso
en el Perú jamás acontecido,
ni el ejemplar castigo riguroso
que amansó el fiero pueblo embravecido,
fué en tal tiempo bastante y poderoso
de ensordecer el bárbaro ruído,
y la voz Araucana y clara fama
que en aquellas provincias se derrama.

Nuevas por mar y tierra eran llegadas
del daño y perdición de nuestra gente,
por las victorias grandes y jornadas
del Araucano bárbaro potente;
pidiendo las ciudades apretadas
presuroso socorro y suficiente,

haciendo relación de cómo estaban,
y de todas las cosas que pasaban.

Gerónimo Alderete, Adelantado,
á quien era el gobierno cometido,
hombre á nuestras provincias señalado,
y en gran figura y crédito tenido:
donde como animoso y buen soldado
había grandes trabajos padecido,
no pongo su proceso en esta historia,
que dél la general hará memoria.

Presente no se halla á tanta guerra,
y á tales desventuras y contrastes;
mas con vos, gran Felipe, en Inglaterra
cuando la fe de nuevo allí plantastes:
allí le distes cargo en esta tierra,
de allí con gran favor le despachastes;
pero cortóle el áspero destino
el hilo de la vida en el camino.

Fué su llorada muerte asaz sentida
y más el sentimiento acrecentaba
ver el gobierno y tierra tan perdida,
que cada uno por sí se gobernaba:
andaba la discordia ya encendida,
la ambición del mandar se desmandaba:
al fin es imposible que acaezca,
que un cuerpo sin cabeza permanezca.

Aquellos que de Chile habían venido
á pedir el socorro necesario,
viendo á su Adelantado fallecido,
y todo á su propósito contrario:
con un semblante triste y afligido,
de parecer de todos voluntario,
piden á D. Hurtado que se vea,
y de remedio presto los provea.

Diciendo: varón claro y excelente,
nuestra necesidad te es manifiesta,
y la fuerza del bárbaro potente

que tiene á Chile en tanto estrecho puesta:
el más fuerte remedio es llevar gente,
ésta ya puedes ver cuán cara cuesta:
de parte de tu rey te requerimos,
nos concedas aquí lo que pedimos.

A tu hijo, ó Marqués, te demandamos,
en quien tanta virtud y gracia cabe,
porque con su persona confiamos
que nuestra desventura y mal se acabe:
de sus partes, señor, nos contentamos,
pues que por natural cosa se sabe,
(y aun acá en el común es habla vieja)
que nunca del león nació la oveja.

Y pues hay tanta falta de guerreros,
haciendo esta jornada don García
se moverá el común, y caballeros
alegres de llevar tan buena guía:
y lo que no podrán muchos dineros,
podrá el amor y buena compañía,
ó la vergüenza, y miedo de enojarte,
ó su propio interés en agradarte.

El Marqués de Cañete respondiendo
á la justa demanda alegremente,
vino en ello de grado, conociendo
ser cosa necesaria y conveniente:
y el hijo, hacienda, y deudos ofreciendo,
al punto derramó en toda la gente
gran gana de pasar á aquella tierra,
á ejercitar las armas en tal guerra.

Uno se ofrece allí, y otro se ofrece,
así gran gente en número se mueve,
y aquel que no lo hace, le parece,
que falta, y no responde á lo que debe:
hasta en cansados viejos reverdece
el ardor juvenil, y se remueve
el flaco humor y sangre casi helada
con el alegre son desta jornada.

¡O valientes soldados Araucanos!
las armas prevenid y corazones,
y el usado valor de vuestras manos
temido en las Antárticas regiones;
que gran copia de jóvenes lozanos
descoje en vuestro daño sus pendones,
pensando entrar por toda vuestra tierra,
haciendo fiero estrago y cruda guerra.

No con los hierros votos, y mohosos
de los que las paredes hermosean,
ni brazos del torpe ocio perezosos,
que con gran pesadumbre se rodean,
ni los ánimos hechos á reposos,
que cualquiera mudanza en que se vean
la altera, los turba, y entorpece,
y el desusado son los desvanece,

Mas hierros tembladísimos y agudos
en sangre de tiranos afilados,
fuertes brazos, robustos y membrudos,
en dar golpes de muerte ejercitados:
ánimo libres de temor desnudos,
en los peligros siempre habituados,
que el son horrendo que á otros atormenta
los alegra, despierta y alimenta.

Cosas destas, yo pienso que ninguna
os puede derribar de vuestro estado;
mas tiéneme dudoso solo una,
que nadie della ha sido reservado:
esta es la osada vuelta de fortuna
que siempre alegre rostro os ha mostrado,
y es inconstante, falsa y variable
en el mal firme y en el bien mudable.

Que si la guerra el español procura
haciendo de su espada ufana muestra,
querríale preguntar, ¿si por ventura
corta por más lugares que la vuestra?
si la fuerza del brazo le asegura
del poder vuestro y vencedora diestra,

verá, si mira bien en lo pasado,
el campo de sus huesos ocupado.

No sé; pero soberbio y encendido
en bélico furor el pueblo veo,
y al más triste español apercibido
de armas, rico aparato, y buen deseo.
¡Oh Arauco! yo te juzgo por perdido:
si las obras igualan al arreo,
y no templa el camino esta braveza,
¡ay de tu presunción y fortaleza!

Del apartado Quito se movieron
gentes para hallarse en esta guerra,
de Loja, Piura, de Jaen salieron,
de Trujillo, de Guanuco, y su tierra:
de Guamanga, Arequipa concurrieron
gran copia, y de los pueblos de la sierra;
la Paz, Cazco, y los Charcas bien armados
bajaron muchos prácticos soldados.

Trema la tierra, brama el mar hinchado
del estruendo, tumultos y rumores,
que suenan por el aire alborotado
de pífanos, trompetas y atambores
contra el rebelde pueblo libertado,
amenazando ya sus defensores
con gruesa y reforzada artillería,
que dentro del estado el son se oía.

De aparatos, jaeces, guarniciones
los gallardos soldados se arreaban,
sobrevistas, y galas, invenciones
nuevas y costosísimas sacaban:
estandartes, enseñas y pendones
al viento en cada calle tremolaban;
vieran sastres y obreros ocupados
en hechuras, recamos, y bordados.

Con el concurso y junta de guerreros
el grande estruendo y trápala crecía,
y los prestos martillos de herreros

formaban dura y áspera armonía,
el rumor de solícitos armeros
todo el ancho contorno ensordecía:
los celosos caballos de lozanos
relinchando triscaban con las manos.

Andaba así la gente embarazada
con el nuevo bullicio de la guerra:
mas ya de lo importante aparejada,
un caudillo salió luego por tierra:
llevando copia della encomendada,
atravesó á Atacana, y la alta sierra,
con la desierta costa, y despoblados
de osamenta de bárbaros sembrados.

Le gente principal todo aprestado,
y reliquias del campo que quedaban,
para romper el mar alborotado
otra cosa que tiempo no aguardaban:
mas viendo el cielo ya desocupado,
y que las bravas olas aplacaban,
con ordenada muestra y rico alarde
salieron de los Beyes una tarde.

Yo con ellos también, que es el servicio
vuestro empecé, y acabaré la vida,
que estando en Inglaterra en el oficio
que aun la espada no me era permitida,
llegó allí la maldad en deservicio
vuestro por los de Arauco cometida,
y la gran desvergüenza de la gente
á la real corona inobediente.

Y con vuestra licencia en compañía
del nuevo capitán y Adelantado
caminé desde Londres, hasta el día
que le dejé en Taboga sepultado,
de donde con trabajo y porfía
de la fortuna y vientos arrojado,
llegué á tiempo, que pude justamente
salir con tan lucida y buena gente.

Otro escuadrón de amigos se me olvida
no menos que nosotros necesarios,
gente templada, mansa y recogida,
de frailes, provisores, comisarios,
teólogos de honesta y santa vida,
Franciscos, Dominicos, Mercenarios
para evitar insultos de la guerra,
usados más allí que en otra tierra.

De varias profesiones y colores
sale de Lima una lucida banda,
y en el puerto tendidas por las flores
estaban mesas llenas de vianda,
con vino de odoríferos sabores,
donde luego por una y otra banda
sobre la verde hierba reclinados
gustamos los manjares delicados.

Alegres los estómagos, contentos
fuímos á la marina conducidos,
á dó de verdes ramos y ornamentos
estaban los bateles prevenidos,
y al son de varios y altos instrumentos,
de los caros amigos despedidos:
en los ligeros barcos nos metemos,
dando á un tiempo con fuerza al mar los remos.

Los bateles de tierra se alargaban,
dejando con penosa envidia aquellos
que en la arenosa playa se quedaban,
sin apartar los ojos jamás dellos:
sobre diez galeones arribaban
los prestos barcos y saltando en ellos,
tiempo los marineros no perdieron,
que las velas al viento descogieron.

De estandartes, banderas, gallardetes
estaban las diez naves adornadas:
hiriendo el fresco viento en los trinquetes
comienzan á moverse sosegadas:
suenan cañones, sacres, falconetes,
y al doblar de la isleta embarazadas,

del Austro cargan á babor la escota,
tomando el sudoeste la derrota.

Las naos por el contrario mar rompiendo
la blanca espuma entorno levantaban,
y á la furia del Austro resistiendo
por fuerza á su pesar tierra ganaban:
pero sobre el garbino revolviendo
de la gran cordillera se apartaban,
y de sola una vuelta que viraron
el Guarco, á lesnordeste se hallaron.

Mas presto por la popa el Guarco vimos
con Chinca de otro bordo emparejando:
en alta mar tres éstos nos metimos
sobre la Nasca fértil arribando:
y al esforzado Noto resistimos;
su furia y bravas olas contrastando,
no bastando los recios movimientos
de dos tan poderosos elementos.

Que haya en Perú, no es caso soberano,
tanta mudanza en tres leguas de tierra,
que cuando es en los llanos el verano,
los montes el lluvioso invierno cierra:
y cuando espesa niebla cubre el llano
en descubierto hiere el sol la sierra,
y por esta razón van más crecientes
en el verano abajo las vertientes.

De los vientos de Austro es el que manda
que deshace los húmedos nublados,
y por todo aquel mar discurre y anda
del cual son para siempre desterrados:
los otros veinte reinan á la banda
de Atacama, y allí son libertados,
que bajar al Perú ninguno puede,
ni por natural orden se concede.

Pues las naves del Austro combatidas,
las espumosas olas van cortando,
que de valientes soplos impelidas

rompen la furia en ellas, azotando
las levantadas proas guarnecidas
de planchas de metal: pero mirando
al español del bárbaro vecino,
habré de andar más presto este camino.

Correré á Villagran, el cual por tierra
también en su jornada se apresura;
atravesando la fragosa sierra
que iguala con las nubes su estatura:
diré lo que sucede en esta guerra,
y qué rostro le muestra la ventura;
mas porque todo venga á ser más claro,
quiero tratar un poco de Lautaro.

Que estaba en su escuadra de guerreros
en el sitio que dije recogido,
y de foso, fagina, y de maderos
le había en breve sazón fortalecido;
tenía dentro soldados forasteros
que á fama de la guerra habían venido,
reparos, bastimentos, y otras cosas
para el lugar y tiempo provechosas.

Sola una senda este lugar tenía
de alertas centinelas ocupada:
otra, ni rastro alguno no le había,
por ser casi la tierra despoblada:
aquella noche el bárbaro dormía
con la bella Guacolda enamorada,
á quien él de encendido amor amaba,
y ella por él no menos se abrasaba.

Estaba el Araucano despojado
del vestido de Marte embarazoso:
que aquella noche sola el duro hado
le dió aparejo, y gana de reposo:
los ojos le cerró un sueño pesado,
del cual luego despierta congojoso:
y la bella Guacolda sin aliento
la causa le pregunta y sentimiento.

Lautaro le responde: amiga mía,
sabrás que ya soñaba en este instante
que un soberbio español se me ponía
con nuestra ferocísima delante:
y con violenta mano me oprimía
la fuerza: y corazón, sin ser bastante
de poderme valer, y en aquel punto
me despertó la rabia y pena junto.

Ella en esto soltó la voz turbada,
diciendo: ¡ay que he soñado también cuanto
de mi dicha temí, y es ya llegada
la fin tuya, y principio de mi llanto!
mas no podré ya ser tan desdichada,
ni fortuna conmigo podrá tanto,
que no corte y ataje con la muerte
el áspero camino de mi suerte.

Trabaje por mostrárseme terrible,
y del tálamo alegre derribarme;
que si revuelve y hace lo posible,
de ti no es poderosa de apartarme:
aunque el golpe que espero es insufrible,
podré con otro luego remediarme;
que no caerá tu cuerpo en tierra frío
cuando estará en el suelo muerto el mío.

El hijo de Pillan con lazo estrecho
los brazos por el cuello le ceñía,
de lágrimas bañando el blanco pecho
en nuevo amor ardiendo respondía:
no lo tengáis, señora, por tan hecho,
ni turbéis con agüeros mi alegría,
y aquel gozoso estado en que me veo,
pues libre en estos brazos os poseo.

Siento el veros así imaginativa,
no porque yo me juzgue peligroso;
mas la llaga de amor está tan viva
que estoy de lo imposible receloso:
si vos queréis, señora, que yo viva,
¿quién á darme la muerte es poderoso?

mi vida está sujeta á vuestras manos,
y no á todo el poder de los humanos.

¿Quién el pueblo Araucano ha restaurado
en su reputación que se perdía,
pues el soberbio cuello no domado
ya doméstico al yugo sometía?
yo soy quien de los hombres le ha quitado
el español dominio y tiranía:
mi nombre basta solo en esta tierra,
sin levantar espada, á hacer la guerra.

Cuanto más que teniéndoos á mi lado
no tengo que temer, ni daño espero:
que no os dé un sueño, señora, tal cuidado,
pues no os lo puede dar lo verdadero:
que ya á poner estoy acostumbrado
mi fortuna á mayor despeñadero;
en más peligros que este me ha metido:
y dellos con honor siempre he salido.

Ella menos segura, y más llorosa
del cuello de Lautaro se colgaba,
y con piadosos ojos lastimosa
boca con boca así le conjuraba:
si aquella voluntad pura amorosa
que libre os di, cuando más libre estaba,
y dello el alto cielo es buen testigo,
algo puede, señor, y dulce amigo.

Por ella os juro, y por aquel tormento,
que sentí cuando vos de mí os partistes,
y por la fe, si no la llevó el viento,
que allí con tantas lágrimas me distes:
que á lo menos me déis este contento
si alguna vez de mí ya lo tuvistes,
y es, que os vistais las armas prestamente,
y al muro asista en orden vuestra gente.

El bárbaro responde: harto claro
mi poca estimación por vos se muestra:
¿en tan flaca opinión está Lautaro,

y en tan poco tenéis la fuerte diestra
que por la redención del pueblo caro,
ha dado ya de sí bastante muestra?
buen crédito con vos tengo por cierto,
pues me lloráis de miedo ya por muerto.

¡Ay de mí! que de vos yo satisfecha
(dice Guacolda) estoy, mas no segura:
¿ser vuestro brazo fuerte qué aprovecha,
si es más fuerte y mayor mi desventura?
mas ya que salga fuerte mi sospecha,
el mismo amor que os tengo, me asegura
que la espada que hará el apartamiento,
hará que vaya en vuestro seguimiento.

Pues ya el preciso hado y dura suerte
me amenazan con áspera caída,
y forzoso he de ver un mal tan fuerte,
un mal como es de vos verme partida:
dejadme llevar antes de mi muerte,
esto poco que queda de mi vida,
que quien no siente el mal, es argumento
que tuvo con el bien poco contento.

Tras ésta tantas lágrimas vertía
que mueve á compasión el contemplalla,
y así el tierno Lautaro no podía
dejar de tal sazón de acompañalla:
pero ya la turbada pluma mía
que en las cosas de amor nueva se halla,
confusa, tarda, y con temor se mueve,
y á pasar adelante no se atreve.

## CANTO XIV

Llega Francisco de Villagran de noche sobre el fuerte de los enemigos, sin ser dellos sentido: da al amanecer súbito en ellos, y á la primera refriega muere Lautaro. Trábase la batalla con harta sangre de una parte y otra.

¿Cuál será aquella lengua desmandada
que á ofender las mujeres ya se atreva,
pues vemos que es pasión averiguada
la que á bajeza tal, y error las lleva;
si una bárbara moza no obligada
hace de puro amor tan alta prueba,
con razones, y lágrimas salidas
de las vivas entrañas encendidas?

Que ni la confianza, ni el seguro
de su amigo le daba algún consuelo,
ni el fuerte sitio, ni el fosado muro
le basta á asegurar de su recelo:
que el gran temor nacido de amor puro
todo lo allana, y pone por el suelo;
solo halla el reparo de su suerte
en el mismo peligro de la muerte.

Así los dos unidos corazones
conformes en amor desconformaban,
y dando dello allí demostraciones
más el dulce veneno alimentaban:

los soldados entorno los tizones,
ya de parlar cansados reposaban,
teniendo centinelas, como digo,
y el cerro á las espaldas por abrigo.

Villagran con silencio, y paso presto
había el áspero monte atravesado,
no sin grave trabajo, que sin esto
hacer mucha labor es excusado:
llegado junto al fuerte en un buen puesto
viendo que el cielo estaba aun estrellado
paró, esperando el claro y nuevo día
que ya por el oriente descubría.

De ninguno fué visto ni sentido,
la causa era la noche ser oscura,
y haber las centinelas desmentido,
por parte descuidada por segura:
caballo no relincha ni hay ruido,
que está ya de su parte la ventura,
ésta hace las vestias avisadas,
y á las personas bestias descuidadas.

Cuando ya las tinieblas y aire oscuro
con la esperada luz se adelgazaban,
las centinelas puestas por el muro
al nuevo día de lejos saludaban:
y pensándo tener campo seguro,
también á descansar se retiraban,
quedando mudo el fuerte, y los soldados
en vino y dulces sueños sepultados.

Era llegada al mundo aquella hora
que la oscura tiniebla, no pudiendo
sufrir la clara vista de la aurora,
se va en el occidente retrayendo:
cuando la mustia elicie se mejora
el ristro al rojo oriente revolviendo,
mirando tras las sombras ir la estrella,
y al rubio Apolo Délfico tras ella.

El español que ve tiempo oportuno
se acerca poco á poco más al fuerte,
sin estorbo de bárbaro ninguno,
que sordos los tenía su triste suerte:
bien descuidado duerme cada uno
de la cercana inexorable muerte,
cierta señal, que cerca della estamos
cuando más apartados nos juzgamos.

No esperaron los nuestros más, pues viendo
ser ya tiempo de darles el asalto,
de súbito levantan un estruendo
con soberbio alarido, horrendo y alto:
y en tropel ordenado arremetiendo,
al fuerte van á dar de sobresalto,
al fuerte mas de sueño bastecido
que al presente peligro apercibido.

Como los malhechores que en su oficio
jamás pueden hallar parte segura,
por ser la condición propia del vicio
temer cualquier fortuna y desventura:
que no sienten tan presto algún bullicio
cuando el castigo y mal se les figura,
y corren á las armas y defensa,
según que cada cual valerse piensa.

Así medio dormidos, y despiertos
saltan los Araucanos alterados:
y del peligro y sobresalto ciertos,
baten toldos y ranchos levantados:
por verse de corazas descubiertos,
no dejan de mostrar pechos airados;
mas con presteza y ánimo seguro
acuden al reparo de su muro.

Sacudiendo el pesado y torpe sueño,
y cobrando la furia acostumbrada,
quien el arco arrebata, quien un leño,
quien del fuego un tizón, y quien la espada:
quien aguija el bastón de ajeno dueño,
quien por salir más presto va sin nada,

pensando averiguarlo desarmados,
si no pueden á puños á bocados.

Lautaro á la sazón, según se entiende,
con la gentil Guacolda razonaba,
asegúrela, esfuerza, y reprehende
de la confianza que mostraba:
ella razón no admite y más se ofende,
que aquello mayor pena le causaba,
rompiendo el tierno punto en sus amores
el duro son de trompas y atambores.

Mas no salta con tanta ligereza
el mísero avariento enriquecido,
que siempre está pensando en su riqueza,
si siente de ladrón algún ruido:
mi madre así acudió con tal presteza
al grito de su hijo muy querido,
temiéndola de alguna bestia fiera,
como Lautaro al son y voz primera.

Revuelto el manto al brazo, en el instante
con un desnudo estoque, y él desnudo
corre á la puerta el bárbaro arrogante,
que armarse así tan súbito no pudo:
¡oh pérfida fortuna, oh inconstante,
como llevas tu fin por punto crudo,
que el bien do tantos años en un punto
de un golpe lo arrebatas todo junto!

Cuatrocientos amigos comarcanos
por un lado la fuerza acometieron,
que en ayuda y favor de los cristianos
con sus pintados arcos acudieron,
que con extrema fuerza, y prestas manos
gran número de tiros despidieron:
del todo el hijo de Pillan salía,
y una flecha á buscarle que venía.

Por el siniestro lodo (ó dora suerte!)
rompe la cruda punta, y tan derecho,
que pasa el corazón más bravo y fuerte,

que jamás se encerró en humano pecho:
de tal tiro quedó ufana la muerte,
viendo en un solo golpe tan gran hecho,
y usurpando la gloria al homicida,
se atribuye á la muerte esta herida.

Tanto rigor la aguda flecha trujo
que el bárbaro tendió sobre la arena;
abriendo puerta á un abundante flujo
de negra sangre por copiosa vena:
del rostro la calor se le retrujo,
los ojos tuerce, y con rabiosa pena
la alma del mortal cuerpo desatada
bajó furiosa á la infernal morada.

Ganan los nuestros foso y baluarte,
que nadie les impide, ni embaraza,
y así por veinte lados la más parte
pisaba de la fuerza ya la plaza:
los bárbaros con ánimo, y sin arte,
sin celada, ni escudo, y sin coraza,
comienzan la batalla peligrosa,
cruda, fiera, reñida y sanguinosa.

En oyendo los indios estranjeros
que con Lautaro estaban recogidos,
el súbito rumor, salen ligeros,
del miedo, y sobresalto apercibidos:
mas sintiendo los golpes carniceros,
el ánimo turbado y los sentidos,
con atentas orejas acechaban
adonde con menor rigor sonaban.

Como tímidos gamos que el ruido
sienten del cazador, y atentamente,
altos los cuellos tienden el oído
hacia la parte que el rumor se siente;
y al balar de la gama conocido,
que apedazan los perros y la gente,
con furioso tropel toman la vía
que más de aquel peligro se desvía:

La baja y vil canalla acostumbrada
á rendirse al temor de aquella suerte
por ciega santa inculta y desusada
rompe el camino, y desampara el fuerte,
aca, y allá corriendo derramada,
y era tan grande el miedo de la muerte,
que al más valiente y bravo se le antoja
ver un fiero español tras cada hoja.

Pero aquellos que nunca el miedo pudo
hacerlos con peligros de su bando,
poniendo osado pecho por escudo
la antigua riña averiguando:
la desnuda cabeza del agudo
cuchillo no se ve estar rehusando,
ni rehusa la espada la siniestra
ejercitando el uso de la diestra.

Que el joven Corpillan no desmayado,
porque su espada y mano viene á tierra,
antes su ira súbita abrasado,
contra la parte del contrario cierra:
y habiendo ya la espada recobrado,
la diestra que aun bullendo el puño afierra
lejos con gran desdén y furia lanza,
ofreciendo la izquierda á la venganza.

Flaqueza en Millapol no fué sentida
viéndose atravesado por la ijada,
y la cabeza de un revés hendida,
ni por pasalle el pecho una lanzada:
que de espumosa sangre á la salida
vino la media lanza acompañada,
dejando aquel lugar de ella vacío,
aunque lleno de rabia y nuevo brío.

Que á dos manos la maza aprieta fuerte,
y con furia mayor la gobernaba:
bien se puede llamar de triste suerte
aquel que el fiero bárbaro alcanzaba:
con la rabia postrera de la muerte
una vez el ferrado leño alzaba:

mas faltóle la vida en aquel punto,
cayendo cuerpo y masa todo junto.

Aunque la muerte en medio del camino
le quebrantó el furor con que venía,
un valiente español á tierra vino
del peso y movimiento que traía:
mas luego puesto en pie con desatino
hacia el lugar del dañador volvía;
y viendo el cuerpo muerto dar en tierra,
pensando que era vivo, con él cierra.

Y encima del cadáver arrojado,
de dar la muerte al muerto deseoso
recio por uno y por el otro lado
hiere y ofende el cuerpo sanguinoso,
hasta tanto que ya desalentado
se afirma recatado y sospechoso,
y vió á aquel que aferrado así tenía
vueltos los ojos y la cara fría.

Traía la espada en esto Diego Cano
tinta de sangre y con picol se junta,
haciendo atrás la rigurosa mano,
el pecho le barrena de una punta:
turbado de la muerte el Araucano
cayó en tierra la cara ya difunta,
vascoso revolviéndose en el lodo,
hasta que el alma despidió del todo.

De dos golpes Hernando de Alvarado
dió con el suelto Talco en tierra muerto;
pero fué mal herido por un lado
del gallardo Guacoldo en descubierto;
estuvo el español algo atronado,
mas del atronamiento ya despierto,
corriendo al fuerte bárbaro derecho
la espada le escondió dentro del pecho.

El viejo Villagran con la sangrienta
espada por los bárbaros rompiendo
mata, hiere, tropella y atormenta,

á tiempo á todas partes revolviendo:
un golpe á Nico en la cabeza asienta,
el cual los turbios ojos revolviendo
á tierra vino muerto: y de otro á Polo
le deja con el brazo izquierdo solo.

Usadas las espadas al acero,
topando la desnuda carne blanca
ayudadas de un ímpetu ligero,
dan con piernas y brazos á la banda:
no rehusa el segundo ser primero,
antes todos siguiendo una demanda,
como olas que creciendo van, crecían,
y á la muerte animosos se ofrecían.

La gente una con otra así se cierra,
que aun no daban lugar á las espadas:
apenas los mortales van á tierra
cuando estaban sus plazas ocupadas:
unos por encima de otros se dan guerra,
enhiestas las personas y empinadas,
y de modo á las veces se apretaban
que á meter por la espada se ayudaban.

Las armas con tal rabia y fuerza esgrimen,
que los más de los golpes son mortales;
y los que no lo son así se imprimen,
que dejan para siempre las señales;
todos al descargar los brazos gimen;
mas salen los efectos desiguales,
que los unos topaban duro acero,
los otros el desnudo y blando cuero.

Como parten la carne en los tajones
con los corvos cuchillos carniceros,
y cual de fuerte hierro los planchones
baten en dura yunque los herreros,
así en la diferencia de los sones
que forman con sus golpes los guerreros;
quien la carne y los huesos quebrantando,
quien templados arneses abollando.

Pues Juan de Villagran firme en la silla
contra Guarcondo á toda furia parte,
y la lanza le echó por la tetilla
con una braza de asta á la otra parte:
el bárbaro, la cara ya amarilla,
se arrima desmayado al baluarte,
dando en el suelo súbita caída
el alma vomitó por la herida.

Pero Rengo su hermano, que en el suelo
el cuerpo vió caer descolorido
cuajósele la sangre, y hecho un hielo,
del súbito dolor perdió el sentido:
mas vuelto en sí, se vuelve contra el cielo
blasfemando el soberbio y descreído,
y el nudoso bastón alzando en alto,
á Juan de Villagran llegó de un salto.

Mas antes Pon con una flecha presta
hirió al caballo en medio de la frente,
empínase el caballo, el cuello enhiesta,
al freno y á la espuela inobediente:
y entre los brazos la cabeza puesta,
sacude el lomo y piernas impaciente:
rendido Villagran al duro hado
desocupó el arzón y ocupó el prado.

Apenas en el suelo había caído,
cuando la presta maza descendía
con una extraña fuerza y un ruido,
que rayo ó terremoto parecía:
del golpe el español quedó dormido
y el bárbaro con otro revolvía,
bajando á la cabeza de manera
que sesos, ojos y alma le echó fuera.

Y con venganza tal no satisfecho,
del caso desastrado del hermano,
antes con nueva rabia y más despecho
hiere de tal manera á Diego Cano,
que la barba inclinada sobre el pecho,
se le cayó la rienda de la mano,

y sin ningún sentido, casi frío,
el caballo le lleva á su albedrío.

En medio de la turba embravecido
esgrime en torno la ferrada maza,
á cual deja contrecho, y cual tullido,
cual el pescuezo del caballo abraza:
quien se tiende en las ancas aturdido,
quien forzado el arzón desembaraza
que todo á su pujanza y furia insana
se le bate, derriba, y se le allana.

Por partes más de diez le iba manando
la sangre, de la cual cubierto andaba,
pero no desfallece, antes bramando
con más fuerza y vigor los golpes daba:
ligero corre, acá y allá saltando,
arneses, y celadas abollaba,
hunde las altas crestas, rompe sesos,
muele los nervios, carne, y duros huesos.

En esto un gran rumor iba creciendo
de espadas, lanzas, grita y vocería,
al cual confusamente no sabiendo
la causa, mucha gente allí acudía:
y era un gallardo mozo, que esgrimiendo
un fornido cuchillo discurría
por medio de las bárbaras espadas,
haciendo en armas cosas extremadas.

Venía el valiente mozo belicoso
de una furia diabólica movido,
el rostro fiero, sucio y polvoroso,
lleno de sangre y de sudor teñido,
como el potente Marte sanguinoso,
cuando de furor bélico encendido
bate el ferrado escudo de Vulcano,
blandiendo la asta en la derecha mano.

Con un diestro y prestísimo gobierno
el pesado cuchillo rodeaba,

y á Cron, como si fuera junco tierno,
en dos partes de un golpe le tajaba:
tras éste al diestro Pon envía al infierno,
y tras de Pon á Lauco despachaba,
no hallando defensa en armadura,
descuartiza, desmiembra y desfigura.

Llamábase éste Andrea, que en grandeza
y proporción de cuerpo, era gigante,
de estirpe humilde, y su naturaleza
era arriba en Génova al Levante:
pues con aquella fuerza y ligereza
á los robustos miembros semejante,
el gran cuchillo esgrime de tal suerte
que á todos los que alcanza da la muerte.

De un tiro á Guaticol por la cintura
le divide en dos trozos en la arena,
y de otro el desdichado Quilacura
limpio el derecho muslo le cercena:
pues de golpes así desta hechura
la gran plaza de muertos deja llena;
que su espada á ninguno allí perdona,
y unos cuerpos sobre otros amontona.

A Colca de los hombros arrebata
la cabeza de un tajo, y luego tiende
la espada hacia Maulen, señor de Itata,
y de alto abajo de un revés le hiende:
lanzas, hachas y mazas desbarata,
que todo el pueblo bárbaro le ofende,
llevando muchos tiros enclavados
en los pechos, espaldas, y en los lados.

Como la osa valiente perseguida
cuando le van monteros dando caza,
que con rabia, sintiéndose herida,
los nudosos venablos despedaza;
y furiosa, impaciente, embravecida
la senda y callejón desembaraza,
que los heridos perros lastimados,
le dan ancho lugar escarmentados.

De la misma manera el fiero Andrea
cercado de los bárbaros venía;
pero de tal manera se rodea
que gran camino con la espada abría:
crece el hervor, la grita y la pelea,
tanto que la más gente allí acudía:
he aquí á Rengo también ensangrentado
que llega á la sazón por aquel lado.

Y como dos mastines rodeados
de gozques importunos, que en llegando
á verse con los cerros erizados,
se van el uno al otro regañando:
así los dos guerreros señalados,
las inhumanas armas levantando,
se vienen á herir, pero el combate
quiero que á otro canto se dilate.

## CANTO XV

En este quinceno Canto se acaba la batalla, en la cual fueron muertos todos los araucanos, sin querer algunos dellos rendirse. Y se cuenta la navegación que las naos del Perú hicieron hasta llegar á Chile, y la grande tormenta que entre el río Maule y el puerto de la Concepción pasaron.

¿Qué cosa puede haber sin amor buena?
¿Qué verso sin amor dará contento?
¿Dónde jamás se ha visto rica vena
que no tenga de amor el nacimiento?
no se puede llamar materia llena
la que de amor no tiene el fundamento:
los contentos, los gustos, los cuidados,
son, si no son de amor, como pintados.

Amor de un juicio rústico y grosero
rompe la dura y áspera corteza,
produce ingenio y gusto verdadero,
y pone cualquier cosa en más fineza:
Dante, Ariosto, Petrarca, y el Ibero,
amor los trujo á tanta delgadeza,
que la lengua más rica y más copiosa,
si no trata de amor, es disgustosa.

Pues yo de amor desnudo y de ornamento,
con un inculto ingenio y rudo estilo,
¿cómo he tenido tanto atrevimiento,
que me ponga al rigor del crudo filo?
pero mi celo bueno y sano intento,
esto me hace á mí anudar el hilo,
que ya con el temor cortado había,
pensando remediar esta osadía.

Quíselo aquí dejar considerado
ser escritura larga y trabajosa,
por ir á la verdad tan arrimado
y haber de tratar siempre de una cosa:
que no hay tan dulce estilo y delicado,
ni pluma tan cortada y sonorosa,
que en un largo discurso no se estrague,
ni gusto que un manjar no le empalague.

Que si á mi discreción, dado me fuera
salir al campo y escoger las flores,
quizá el cansado gusto removiera
la usada variedad de los sabores:
pues como otros han hecho, yo pudiera
entretejer mis fábulas y amores;
mas ya que tan adentro estoy metido,
habré de proseguir lo prometido.

Al Lombardo dejé y al Araucano
donde la guerra andaba más trabada,
que vienen á juntarse mano á mano,
la espada alta, y la maza levantada:
de malla está cubierto el Italiano,
el Indio la persona desarmada;
y así como más suelto y más ligero
en descargar el golpe fué el primero.

El membrudo Italiano como vido
la maza y el rigor con que bajaba,
alzó el escudo en alto, y recogido
debajo dél el golpe reparaba:
por medio el fuerte escudo fué rompido,
y en medio la cabeza le cargaba,

que batiendo los dientes vió en el suelo
las estrellas más mínimas del cielo.

El brazo descargó que alto tenía
sobre el valiente bárbaro el Lombardo,
pensando que dos piezas le haría
según era del ánimo gallardo:
pero Rengo que punto no perdía,
como una onza ligera y suelto pardo,
un pronto salto dió á la diestra mano,
de suerte que el cuchillo bajó en vano.

Tras esto el diestro bárbaro rodea
la poderosa maza de manera
que á acertarla de lleno, no al Andrea,
pero un duro peñasco deshiciera;
igual andaba entre ellos la pelea,
aunque temo yo á Rengo á la primera
vez que el cuchillo baje, si le halla,
que habrá fin con su muerte la batalla

Mas con destreza y gran reportamiento
desnudo de armas, y de esfuerzo armado,
entra, sale, y revuelve como el viento,
que en maña y ligereza era extremado:
hace siempre su golpe, y al momento
le halla el enemigo así apartado,
que aunque el cuchillo de dos brazas fuera
alcanzar á herirle no pudiera.

Mil golpes por el aire arroja en vano
el furioso Italiano embravecido,
viendo como desnudo un Araucano,
y él armado le tiene en tal partido:
la izquierda junta á la derecha mano,
y apretando la espada de corrido
al bárbaro arremete altos los brazos,
pensando dividirle en dos pedazos.

El Araucano con mañoso brío
baja la maza firme lo esperaba;
mas el cuerpo hurtó con un desvío,

al tiempo que el caudillo derribaba:
así que el brazo y golpe dió en vacío,
y de la fuerza inmensa que llevaba
el gran cuchillo sustentar no pudo,
quedando allí con solo medio escudo.

Pues como tal lo vió, suelta la maza,
cerrando el presto bárbaro de hecho,
y cuerpo á cuerpo así con él se abraza
que le imprime las mallas en el pecho:
no por esto el Lombardo se embaraza:
mas piensa dél así haber más derecho,
y con brazos durísimos lo afierra,
creyendo levantarlo de la tierra.

Lo que el valiente Alcides hizo á Anteo,
quiso el nuestro hacer de Araucano;
mas no salió fortuna á su deseo,
y así el deseado efecto salió en vano:
que el esforzado Rengo de un rodeo
le lleva largo trecho por el llano,
sobre los cuerpos muertos tropezando
siempre con más furor sobre él cargado.

Andrea de empacho ardiendo en rabia viva
sintiéndose de un hombre así apurado,
firme en el suelo con los pies estriba
cobrando esfuerzo del honor sacado:
y de manera sobre Rengo arriba,
que do tierra lo lleva levantado,
que era de fuerza grande y de gran prueba
bastante á comportar la carga nueva.

Yo vi entre muchos jóvenes valientes
sobre pruebas de fuerza porfiando,
trabar él una cuerda con los dientes,
asiendo cuatro de ella; y estribando
todos á un tiempo á partes diferentes,
á su pesar llevarlos arrastrando,
y de solos los dientes se valía,
que las manos atrás presas tenía.

Y con facilidad y poca pena
la mayor bota ó pipa que hallaba,
capaz de veinte arrobas de agua llena,
de tierra un codo y más la levantaba:
y suspendida sin verter serena
la sed por largo espacio mitigaba,
bajándola después al suelo llano,
como si fuera un cántaro liviano.

Aconteció otras veces barqueando
ríos en esta tierra caudalosos,
ir la corriente el ímpetu esforzando
á desbravar en riscos peñascosos,
arrebatando el barco, no bastando
la fuerza de los remos presurosos,
y él cubierto de malla como estaba,
luego animoso al agua se arrojaba.

Y una cuerda en la boca revolviendo
al furioso raudal el duro pecho,
los pies y fuertes brazos sacudiendo
rompía por el canal casi derecho:
remolcando la barca, y resistiendo
el ímpetu del agua y del estrecho:
la sacaba á la orilla en salvamento,
haciendo otras mil cosas que no cuento.

A Rengo aquí también sobrepujaba,
que no fué de su fuerza menor prueba;
pero Rengo que en ira se abrasaba
viendo que sin firmarse alto lo lleva,
hizo por fuerza pie, y sobre él tornaba
sacando la vergüenza fuerza nueva;
pero al cabo los dos se desasieron,
y otra vez á las armas acudieron.

Y comienzan de nuevo el fiero asalto,
como si descansaran todo el día,
ora presto por bajo, ora por alto
sin miedo el uno al otro acometía:
Rengo que de armadura estaba falto,
con tal destreza y maña se regía,

que sostiene en un peso aquella guerra,
no perdiendo una mínima de tierra.

Con presteza una vez tal golpe asienta
el valiente cristiano por un lado,
que toda la persona le atormenta
según que fué de fuerza muy cargado:
otro redobla, y otro, y á mi cuenta,
al cuarto que bajaba más pesado,
el astuto italiano se desvía,
y de una punta al bárbaro hería.

La espada le atraviesa el brazo fuerte
abriéndole en el lado una herida;
mas fué tal su ventura y diestra suerte
el bárbaro en ponzoña se convierte,
que no le privó el golpe de la vida;
y con braveza fuera de medida,
con el fierro enemigo fué en un punto,
descargando la maza todo junto.

El italiano en alto el medio escudo
alzó por recoger el golpe extraño;
pero del todo resistir no pudo,
aunque se reparó parte del daño:
batióle la cabeza el golpe crudo,
y cual si el morrión fuera de estaño;
y no de fuerte pasta bien templado,
así de aquella vez quedó abollado.

Dos, ó tres pasos dió desvanecido
de golpe el italiano vacilando,
perdida la memoria y el sentido,
y anduvo por caer titubeando;
la sangre por el uno y otro oído
le reventó en gran flujo, como cuando
revienta de abundancia alguna fuente,
y en pie se tuvo bien difícilmente.

Pero vuelto en su acuerdo, que se mira
lleno de sangre y puesto en tal estado,
más furioso que nunca, ardiendo en ira

de verse así de un bárbaro tratado;
el brazo con el pie diestro retira,
para tomar más fuerza, y el pesado
cuchillo derribó con tal ruido:
que revocó en los montes del sonido.

Rengo que el gran cuchillo bajar siente
y el ímpetu y furor con que venía,
cruzando la alta maza osadamente,
al reparo debajo se metía:
no fué la asta defensa suficiente,
opr más barras de acero que tenía,
que á tierra vino della una gran pieza,
y el furioso cuchillo á la cabeza.

Fué un golpe terrible y peligroso,
por dó una roja fuente manó luego,
y anduvo por caer Rengo dudoso,
atónito de sangre casi ciego:
el Italiano allí no perezoso,
viendo que no era tiempo de sosiego,
baja otra vez el gran cuchillo agudo,
con todo aquel vigor que dalle pudo.

En medio de la frente en descubierto
hiere el turbado Rengo al italiano,
y hubiérale de arriba abajo abierto,
si no torciera al descargar la mano:
el golpe fué de llano, y como muerto
vino al suelo tendido el Araucano:
y el cuchillo del golpe atormentado
por tres ó cuatro partes fué quebrado.

Crino que volvió el rostro al gran ruido
del poderoso golpe y la caída,
viendo al valiente Rengo así tendido,
pensó que era pasado desta vida:
y de amistad y deudo conmovido,
la espada de su propio amo homicida
que en Penco Tucapel ganado había,
en venganza del bárbaro esgrimía:

Pasa al Andrea de un golpe el estofado
no reparando en él la cruda espada,
que rompiendo la malla por el lado
le penetró hasta el hueso la estocada:
vuelve con un mandoble, y recatado
Andrea, viendo venir la cuchillada
fué tan presto con él por resistirle,
que no le dejó tiempo de herirle.

Sin darle más lugar, con él se afierra
donde en satisfacción de la herida,
alzándole bien alto de la tierra
de espaldas le tendió con gran caída,
y por dar presto fin á aquella guerra,
la espada le quitó, y luego la vida,
metiéndose tras esto por la parte
que andaba más sangriento el fiero Marte.

Hiende por dó el montón ve más estrecho:
triste de aquel que allí con él se junta!
uno parte al través, otro al derecho,
otro al sesgo, otro ensarta de una punta:
otros que tiende, aun no bien satisfecho
á coces los quebranta y descoyunta:
brazos, cabezas por el aire avienta:
sin término, sin número, ni cuenta.

El buen Lazarte con la diestra airada
en medio del furor se desenvuelve:
pase el pecho á Talcuen de una estocada,
y sobre Titaguan furioso vuelve:
abrióle la cabeza desarmada;
mas el rabioso bárbaro revuelve,
y antes que la alma diese, le da un tajo
que se tuvo al arzón con gran trabajo.

Pacheco á Norpa abrió por el costado,
y á Longoval derriba tras el muerto;
pues Juan Gómez también por aquel lado
de fresca sangre bárbara cubierto
había de un golpe á Colca derribado,
y á Galvo él desarmado vientre abierto:

el bárbaro mortal, de color vuelta:
dió en el postrer suspiro la alma envuelta.

Gabriel de Villagran no estaba ocioso
que á Zinga y á Pillalco había tendido,
y andaba revolviéndose animoso
entre los hierros bárbaros metido:
el rumor de las armas sonoroso,
los varios apellidos, y el ruido
á las aves confusas y turbadas
hacen estar mirándolas paradas.

Crece la rabia, y el furor se enciende,
la gente por juntarse se apiñaba,
que ya ninguno más lugar pretende,
del que para morir en pié bastaba:
quien corta, quien barrena, rompe, hiende,
y era el estrecho tal y priesa brava
que sin caer los muertos de apretados
quedaban á los vivos arrimados.

La soberbia, furor, desden, denuedo,
la priesa de los golpes y dureza,
figurarla del todo aquí no puedo,
ni la pluma llevar con tal presteza:
de la muerte ninguno tiene miedo,
antes si vuelve el rostro más tristeza
mostraban, porque claro conocían
que vencidos quedaban si vivían.

Mas aunque de vivir desconfiaban,
perdida de vencer ya la esperanza;
el punto de la muerte dilataban,
por morir con alguna más venganza:
y no por esto el paso retiraban,
ni el pecho rehusaban á la lanza,
si por mover un paso como digo,
dejasen de ofender al enemigo.

Cuatro aquí, seis allí, por todos lados
vienen sin detenerse á tierra muertos,
unos de mil heridas desangrados,

de la cabeza al pecho otros cubiertos:
otros por las espaldas y costados,
los bravos corazones descubiertos
así dentro en los pechos palpitaban
que bien el gran coraje declaraban.

Quien en sus mismas tripas tropezando,
al odioso enemigo arremetía,
quien por veinte heridas resollando,
las cubiertas entrañas descubría:
allí se vió la vida estar dudando
porque puerta de súbito saldría,
al fin salía por todas, y á un momento
faltaba fuerza, vida, sangre, aliento.

Ya pues no estaba en pie la octava parte
de los bárbaros, muertos, no rendidos:
Villagran que miraba esto de aparte,
viendo que le quedaban tan heridos,
les envió con dos indios de su parte
á decir, que se entreguen por vencidos,
sometiéndose al yugo y obediencia,
y que usará con ellos de clemencia.

Todos los españoles retrajeron
las espadas y el paso en el momento:
y los dos mensajeros propusieron
el pacto, condición y ofrecimiento
pero los Araucanos cuando oyeron
aquel partido infame, el corrimiento
fué tanto y su coraje, que respuesta.
no dieron á la plática propuesta.

Los ojos contra el cielo vueltos, braman,
morir, morir, no dicen otra cosa:
morir quieren, y así la muerte llaman
gritando, á fuera vida vergonzosa:
esta fué su respuesta: y esto claman,
y á dar fin á la guerra sanguinosa
se disponen con ánimo y braveza,
sacando nuevas fuerzas de flaqueza.

Espaldas con espaldas se juntaban,
algunos de rodillas combatiendo:
que las tullidas piernas les faltaban,
sostenerse sobre ellas no pudiendo,
y aun así las espadas rodeaban:
otros que ya en el suelo retorciendo
se andaban, por dañar lo que podían,
á los contrarios pies se revolvían.

Viéranse vivos cuerpos desmembrados
con la furiosa muerte porfiando,
en el lodo y sangraza derribados,
que rabiosos se andaban revolcando:
de la suerte que vemos los pescados
cuando se va algún lago desaguando,
que entre dos elementos se estremecen,
y en ellos revolcándose perecen.

Si el crudo Sila, si Nerón sangriento
(por más sed que de sangre ellos mostraran)
della vieran aquí el derramamiento,
yo tengo para mí que se hartaran:
pues con mayor rigor á su contento
en viva sangre humana se bañaran,
que en campo Marcio Sila carnicero,
y en el foro de Roma el bestial Nero.

Quedaron por igual todos tendidos
aquellos que rendir no se quisieron,
que ya al fin de la vida conducidos
á la forzosa muerte se rindieron:
los lasos españoles mal heridos
de la cercada plaza se salieron
de armas y cuerpos bárbaros tan llena,
que sobre ellos andaban á gran pena.

Ningún bárbaro en pie quedó en el fuerte,
ni brazo que mover pudiese espada:
solo Mallen, que al punto de la muerte
le dió de vivir gana acelerada:
y rendido al temor y baja suerte,
viéndose de una fiera cuchillada

en el siniestro brazo mal herido,
detrás de un paredón se había escondido.

No sintiendo el rumor que antes se oía,
que en torno retumbaba todo el llano,
que como dije ya, la muerte había
puesto silencio con airada mano;
dejó aquel paredón, y á ver salía
si hallaba por allí algún Araucano
á quien se encomendar que le salvase,
y la sensible llaga le apretase.

Mas cuando vió la plaza cual estaba,
y en sus amigos tal carnicería,
que aunque la muerte los desfiguraba,
la envidia conocidos los hacía:
con ira vergonzosa presentaba
la espada al corazón, y así decía:
¿cómo yo solo quedo por testigo
de la muerte y valor de tanto amigo?

Cobarde corazón, por cierto indigno
de algún golpe de espada valerosa,
pues fué por elección y no destino
perder una sazón tan venturosa;
tú me apartaste (¡oh flaco!) del camino
de un eterno vivir, y á vergonzosa
muerte he venido ya con mengua tuya,
por más que la mi diestra lo rehuya.

Si á mi sangre con ésta del estado
mezclarse aquí le fuere concedido,
viendo mi cuerpo entre éstos arrojado,
aunque de brazo débil ofendido,
quizá seré en el número contado
de los que así su patria han defendido:
¡mas ay triste de mí! que en la herida
será mi flaca mano conocida.

¿Qué indicios bastarán, qué recompensa,
qué enmienda puedo dar de parte mía,
que ya satisfacer pueda á la ofensa

hecha á mi honor, y patria, y compañía?
yo turbo el claro honor y fama inmensa
de tantos, pues podrán decir que había
entre ellos quien de miedo bajamente
del enemigo apenas vió la frente.

¿Por qué al temor doy fuerzas dilatando
con prolijas razones mi jornada?
arrepentirme qué aprovecha, cuando
ya el arrepentimiento vale nada?
aquí cerró la voz, y no dudando,
entrega el cuchillo á la homicida espada,
corriendo con presteza el crudo filo,
sin sazón de la vida cortó el hilo.

Cese el furor del fiero Marte airado,
y descansen un poco las espadas,
entretanto que vuelvo al comenzado
camino de las naves derramadas:
que contra el recio Noto porfiado,
de Neptuno las olas levantadas,
prohejando por fuerza, iban rompiendo,
del viento y agua el ímpetu venciendo.

Por entre aquellas islas navegaron
de Sangallá, do nunca habita gente,
y las otras ignotas se dejaron
á la diestra de parte del Poniente
á Chaule á la siniestra, y arribaron
en Arica, y después difícilmente
vimos á Capiopó, valle primero
del distrito de Chile verdadero.

Allí con libertad soplan los vientos,
de sus cavernas cóncavas saliendo,
y furiosos, indómitos, violentos,
todo aquel ancho mar van discurriendo:
rompiendo la prisión y mandamientos
de Eolo su rey, el cual temiendo
que el mundo no arruinen, los encierra
echándoles encima una gran sierra.

No con esto su furia corregida,
viéndose en sus cavernas apremiados,
buscan con gran estruendo la salida
por los huecos y cóncavos cerrados:
así la firme tierra removida,
tiembla, y hay terremotos tan usados,
derribando en los pueblos, y montañas
hombres, ganados, casas, y cabañas.

Menguan allí las aguas, crece el día
al reves de la Europa, porque es cuando
el Sol del equinoccio se desvía,
y al capricornio más se va acercando:
pues desde allí las naves que á porfía
corren al mar, y al Austro contrastando,
de Bóreas ayudadas luego fueron,
y en el puerto Coquimbico surgieron.

Apenas en la deseada arena
salidos de las naos, el pie firmamos,
cuando el prolijo mar, peligro, y pena
de tan largos caminos olvidamos:
y á la nueva ciudad de la Serena,
que es dos leguas del puerto caminamos,
en lozanos caballos guarnecidos,
al esperado tiempo prevenidos.

Donde un caricioso acogimiento
á todos nos hicieron, y hospedaje,
estimando con grato cumplimiento
el socorro, y larguísimo viaje:
y de dulce refresco y bastimento
al punto se aprestó el matalotaje,
con que se reparó la hambrienta armada
del largo navegar necesitada.

A la gente, y caballos aguardaban
por la áspera tierra y despoblados
rompiendo con esfuerzo caminaban
de hambres, y trabajos fatigados:
pero á cualquier fortuna contrastaban,
y desde poco á la ciudad llegados,

un mes en mucho vicio reposaron,
hasta que los caballos reformaron.

Al fin del cual, sin esperar la flota,
reparados del áspero camino,
toman de su demanda la derrota,
llevando á la derecha el mar vecino:
pasan la fértil Ligua, y á Quillota
la dejaron á un lado, que convino
entrar en Mapochó, que es do pararon
las reliquias de Penco que escaparon.

El sol del común Géminis salía,
trayendo nuevo tiempo á los mortales,
y del solsticio por zenit hería
las partes, y región septentrionales:
cuando es mayor la sombra el medio día
por este apartamiento en las australes,
y los vientos en más libre ejercicio
soplan con gran rigor del austral quicio.

Nosotros sin temor de los airados
vientos, que entonces con mayor licencia
andan en esta parte derramados
mostrando más entera su violencia,
á las usadas naves retirados,
con un alegre alarde y aparencia
las aterradas áncoras alzamos,
y al norueste las velas entregamos.

La mar era bonanza, el tiempo bueno,
el viento largo, fresco y favorable,
desocupado el cielo y muy sereno,
con muestra y parecer de ser durable:
seis días fuimos así, pero al sereno
fortuna que en el bien jamás fué estable,
turbó el cielo de nubes, mudó el viento,
revolviendo la mar desde el asiento.

Bóreas furioso aquí tomó la mano
con presurosos soplos esforzados,
y súbito en el mar tranquilo y llano

se alzaron grandes montes y collados:
los españoles, que el furor insano
vieron del agua y viento atribulados,
tomaron por partido estar en tierra,
aunque del todo hubiera fin la guerra.

De mi nave podré solo dar cuenta,
que era la capitana de la armada,
que arrojada de la áspera tormenta,
andaba sin gobierno derramada:
¿pero quién será aquel que en tal afrenta
estará tan en sí, que falte en nada?
que el general temor apoderado
no me dejó aun para esto reservado.

Con tal furia á la nave el viento asalta,
y fué tan recio y presto el terremoto;
que la cogió la vela mayor alta,
y estaba en punto el mástil de ser roto;
mas viendo el tiempo así turbado, salta
diciendo á grandes voces el piloto
larga la triza en banda, larga, larga,
larga presto, ¡ay de mí! que el viento carga.

La braveza del mar, el recio viento
el clamor, alboroto, las promesas,
el cerrarse la noche en un momento
de negras nubes, lóbregas y espesas:
los truenos, los relámpagos sin cuento,
las voces de pilotos, y las priesas
hacen un son tan triste y armonía,
que parece que el mundo perecía.

Amaina, amaina, gritan marineros,
amaina la mayor, hizo trinquete,
esfuerzan esta voz los pasajeros,
y á la triza un gran número arremete:
los otros de tropel corren ligeros
á la escota, á la braza, al chafaldete;
mas del viento la fuerza era tan brava,
que ningún aparejo gobernaba.

Abrese el cielo, el mar brama alterado,
gime el soberbio viento embravecido,
en esto un monte de agua levantado
sobre las nubes con un gran ruido
embistió el galeon por un costado,
llevándolo un gran rato sumergido,
y la gente tragó del temor fuerte
á vueltas de agua la esperada muerte.

Mas quiso Dios que de la suerte como
la gran ballena el cuerpo sacudiendo,
rompe con el furioso hocico romo,
de las olas el ímpetu venciendo:
descubre, y saca el espacioso lomo
en anchos cercos la agua revolviendo:
así debajo el mar salió el navío
vertiendo á cada banda un grueso río.

El proceloso Bóreas más crecido
la mar hasta los cielos levantaba,
y aunque era un Mangle el mástil muy fornido,
sobre la proa la alta gavia estaba:
la gente con gran fuerza y alarido
en amainar la vela porfiaba,
que en forma de arco el mástil oprimía,
y así la racamenta no corría.

Eolo, ó ya fué acaso, ó se doliendo
del afligido pueblo castellano,
iba al valiente Bóreas recogiendo
queriendo él encerrarle por su mano;
y abriendo la caverna, no advirtiendo
al Zéfiro que estaba más cercano,
rotas ya las cadenas á la puerta,
salió bramando al mar, viéndola abierta.

Y con violento soplo arrebatando
cuantas nubes halló por el camino,
se arroja al levantado mar, cerrando
más la noche con negro torbellino:
y las valientes olas reparando,

que del furioso cierzo repentino
iban la vía siguiendo, las airaba,
y el removido mar más alteraba.

Súbito la borrasca y travesía,
y un turbión de granizo sacudieron
por un lado de la nao, y así perdía,
que al mar las altas gavias decendieron:
fué la furia tan presta, que aun no había
amainado la gente, cuando vieron
los pilotos la costa y viento airado,
rindieron la esperanza al duro hado.

La nao del mar, y viento contrastada
andaba con la quilla descubierta,
ya sobre sierras de agua levantada,
ya debajo del mar toda cubierta:
vino en esto de viento una grupada
que abrió á la agua furiosa una ancha puerta,
rompiendo del trinquete la una escota,
y la mura mayor fué casi rota.

Alzóse un alarido entre la gente
pensando haber del todo zozobrado,
miran al gran piloto atentamente
que no sabe mandar de atribulado:
unos dicen: zaborda, otros, detente,
cierra el timón en banda, y cual turbado
buscaba escotillon, tabla, ó madero,
para tentar el medio postrimero.

Crece el miedo, el clamor se multiplica
uno dice: á la mar; otro: arribemos:
otro da grita; amaina, otro replica,
á orza, no amainar, que no perdemos:
otro dice: herramientas: pica, pica;
mástiles y obras muertas derribemos,
atónita de acá, y de allá la gente
corre en montón confuso diligente.

Las gúmenas y jarcias rechinaban,
del turbulento Céfiro estiradas;

y las hinchadas olas rebramaban
en las vecinas rocas quebrantadas,
que la escura tiniebla penetraban,
y ser razón de nubes intrincadas;
y así en las peñas ásperas batían
que blancas hasta el cielo resurtían.

Travesía era el viento, y por vecina
la brava costa de arrecifes llena,
que del grande reflujo en la marina
hervía el agua mezclada con la arena:
rota la escota, larga la bolina,
suelto el trinquete, sin calar la entena,
y la poca esperanza quebrantada
por el furioso viento arrebatada.

## CANTO XVI

En este campo se acaba la tormenta: contiénese la entrada de los españoles en el puerto de la Concepción, é isla de Talcaguano: el consejo general que los indios en el valle de Ogolmo tuvieron la diferencia que entre Peteguelen y Tucapel hubo: asimismo el acuerdo que sobre ella se tomó.

Salga mi trabajada voz, y rompa
el son confuso y mísero lamento
con eficacia y fuerza que interrompa
el celeste y terrestre movimiento:
la fama con sonora y clara trompa,
dando más furia á mi cansado aliento:
derrama en todo el orbe de la tierra
las armas, el furor: y nueva guerra.

Dadme, ó sacro Señor, favor, que creo
que es lo que más aquí puede ayudarme;
pues en tan gran peligro ya no veo
sino vuestra fortuna en que salvarme:
mirad donde me ha puesto el buen deseo,
favoreced mi voz con escucharme:
que luego el bravo mar, viéndoos atento,
aplacará su furia y movimiento.

Y á vuestra nave el rostro revolviendo,
la socorren en este grande aprieto,
que si decirse es lícito, yo entiendo

que á vuestra voluntad todo es sujeto:
aunque el soberbio mar contraveniendo
de los hados el áspero decreto,
arrancando las peñas de su suelo,
mezcle sus altas olas con el cielo.

Espero que la rota nave mía
ha de arribar al puerto deseado,
á pesar de los hados y porfía
del contrapuesto mar, y viento airado,
que procuran así impedir la vía,
y diferir el término llegado
en que la antigua causa tan reñida
por vuestra parte había de ver vencida.

Los cuatro poderosos elementos
contra la flaca nave conjurados,
traspasando sus términos y asientos
iban del todo ya desordenados:
indómitos, airados, y violentos,
removidos, revueltos, y mezclados
en su antigua discordia, y fuerza entera,
como en el caos y confusión primera.

Pues de tantos contrarios combatida
la quebrantada nave forcejando,
iba casi de un lado sumergida,
las poderosas olas contrastando:
mas ya el furioso viento y mar rendida,
sin poder resistir, se va acercando
á los yertos peñascos levantados
de las violentas olas azotados.

Con la congoja del morir presente,
las voces, y las lástimas crecían,
que llevadas del zéfiro inclemente
lejos las rocas cóncavas herían:
pilotos, marineros, y la gente,
como locos sin orden discurrían:
unos dicen: alarga, y otros: iza,
quien por ir á la escota va á la triza.

El uno con el otro se atraviesa,
y así turbado del temor se impide,
quien á públicas voces se confiesa,
y á Dios perdón de sus errores pide:
quien hace voto espreso, quien promesa:
quien de la ausente madre se despide:
haciendo el gran temor siempre mayores
los lamentos, plegarias y clamores.

Por otra parte el cielo riguroso
del todo parecía venir al suelo,
y el levantado mar tempestuoso
con soberbia hinchazón subir al cielo:
¿qué es esto eterno Padre Poderoso?
¿tanto importa anegar un navichuelo?
que el mar, el viento y cielo de tal modo
pongan su fuerza extrema y poder todo?

No la barca de Amíclas asaltada
fué del viento y del mar con tal porfía,
que aunque de leños frágiles armada
el peso, y ser del mundo sostenía:
ni la nave de Ulises, ni la armada,
que de Troya escapó el último día,
vieron con tal furor el viento airado,
ni el removido mar tan levantado.

La confianza, y ánimo más fuerte
al temor se entregaban importuno,
que la espantosa imagen de la muerte
se le imprimió en el rostro á cada uno:
del todo ya rendidos á su suerte,
sin esperanza de remedio alguno,
el gobierno dejaban á los hados,
corriendo acá y allá desatinados.

Cuando un golpe de mar incontrastable
bramando en un turbión de viento envuelto
rompió de la gran mura un grueso cable,
cubriendo el galeon ya todo vuelto:
pero aquí sucedió un caso notable,
y fué que el puño del trinquete suelto

travó del gran vaivén á la pasada
el un diente de la áncora amarrada.

Y cual si fuera estaca mal asida
la arranca de su asiento, y la arrebata,
y acá, y allá del viento sacudida
todo lo abate, rompe, y desbarata:
mas Dios, que de los suyos no se olvida,
(aunque á las veces su furor dilata)
hizo que en el bauprés, dichosamente
el áncora aferrase el corvo diente.

La vela se fijó, y en el momento,
gobernó el galeón rumbo derecho,
y á despecho del mar, y recio viento,
brotando á orza el timón salió al levecho:
fué tanto nuestro súbito contento,
que el temeroso inadvertido pecho
pudo sufrir difícilmente á un punto
el extremo de pena y gozo junto.

Luego pues que la súbita alegría
lanzó fuera el temor desconfiado
y á su lugar volvió la sangre fría
que había los miembros ya desamparado:
la esforzada y contrita compañía,
el rostro al cielo en lágrimas bañado
con oración devota y sacrificio
dió las gracias á Dios del beneficio.

Mas el hinchado mar embravecido,
y el indómito viento rebramando,
al bajel acometen con ruído
en vano, aunque se esfuerza, porfiando;
que la fortuna de Felipe asido
ajorro ya le lleva remolcando
sobre las altas olas espumosas,
aun de anegar los cielos deseosas.

En esto la cerrada niebla oscura
por el furioso viento derramada,
descubrimos al este la Herradura

al sur la isla de Talca levantada:
reconocida ya nuestra ventura,
y la Araucana tierra deseada,
viendo el morro de Penco descubierto
arribamos á popa sobre el puerto.

El cual está amparado de una isleta
que resiste al furor del Norte airado,
y los continuos golpes de mareta
que le baten furiosas de aquel lado:
la corva y larga punta una caleta
hace y seno tranquilo y sosegado,
do las cansadas naves, como digo:
hallan seguro albergue, y dulce abrigo.

La nave sin gobierno destrozada
surgió al alto reparo de una sierra
en gruesa amarra y áncora afirmada
que con tenace diente aferró tierra:
apenas la alta vela fué amainada
cuando el alegre estruendo de la guerra
nos estendió (tocando en los oídos)
los ánimos y nervios escogidos.

La isleta es habitada de una gente
esforzada, robusta y belicosa,
la cual viendo una nave solamente,
venida allí por suerte venturosa,
gritando: guerra, guerra, alegremente
toma las fieras armas, y furiosa
con gran rebato y priesa repentina
corre en tropel confuso á la marina.

En la falda de un áspero recuesto
en formado escuadrón se representa,
y nosotros con ánimo dispuesto
á cualquiera peligro y grande afrenta,
arremetimos á las armas presto,
que el trabajo pasado, y la tormenta
nos hizo á todos estimar en nada
cualquiera otro peligro, y gran jornada.

Con recobrado aliento y nuevo brío
corrimos al batel, de la manera
que si lejos de tierra en un bajío
encallada la nave ya estuviera;
y por los anchos lados el navío
sus dos grandes bateles echó fuera,
en los cuales saltamos tanta gente,
cuanto pudo caber estrechamente.

No es poético adorno fabuloso,
mas cierta historia y verdadero cuento,
ora fuese algún caso prodigioso,
ó estraño agüero y triste anunciamiento;
ora violencia de arto riguroso,
ora inusado y rapto movimiento,
ora el andar el mundo (y es más cierto)
fuera de todo término y concierto.

Que el viento ya calmaba, y en poniendo
el pie los españoles en el suelo,
cayó un rayo, de súbito volviendo
en viva llama aquel nudoso velo:
y en forma de lagarto discurriendo,
se vió hender una cometa el cielo:
el mar bramó, y la tierra resentida
del gran peso gimió como oprimida.

Cortó súbito allí un temor helado
la fuerza ó los turbados naturales,
por siniestro pronóstico tomado
de su ruina y venideros males,
viendo aquel movimiento desusado,
y los prodigios tristes y señales
que su destrozo y pérdida anunciaban,
y á perpetua opresión amenazaban.

Desto medrosos aguardar no osaron
que soltando las armas ya rendidas
del cerrado escuadrón se derramaron,
procurando salvar las tristes vidas:
el patrio nido al fin desampararon,
y con mujeres, hijos, y comidas

por secretos caminos y senderos
se escaparon en balsas y maderos.

Luego los nuestros sin parar corriendo
las casas yermas, chozas y moradas,
iban en todas partes descubriendo
las rústicas viandas levantadas:
y con gran diligencia previniendo
los caminos, las sendas, y paradas,
por cavernos y espesos matorrales
buscaban los ausentes naturales.

Donde en breve sazón fueron hallados
algunos pobres indios escondidos,
otros en pueblezuelos salteados
que aun no estaban del miedo apercebidos:
mas con buen tratamiento asegurados,
dándoles jotas, llantos y vestidos,
y palabras de amor los aquietaban,
y á sus casas de paz los enviaban.

Dándoles á entender que nuestro intento
[illegible] causa principal de la jornada,
[illegible] la religión, y salvamento
de la rebelde gente bautizada:
que en el desprecio del santo Sacramento,
la recibida ley y fe jurada
habían pérfidamente quebrantado,
y las armas ilícitas tomado.

Pero que si quisiesen convertirse
á la cristiana ley que antes tenían,
y á la fe quebrantada reducirse,
que al grande Carlos quinto dado habían,
en todas las más cosas convertirse
á su provecho y cómodo podrían;
haciéndoles con prendas, firme y cierto
cualquier partido lícito, y concierto.

Luego los instrumentos convenientes
al uso militar y á la vivienda

sacamos en las partes competentes,
que no hay quien nos lo impida ni defienda:
donde todos á un tiempo diligentes,
cual arma pabellón, cual toldo, ó tienda,
quien fuego enciende, y en el casco usado
tueste el húmedo trigo mareado.

La negra noche horrenda y espantosa
cubriendo tierra y mar, cayó del cielo,
dejando antes de tiempo presurosa
envuelto el mundo en tenebroso velo:
no quedó pabellón, tienda, ni cosa,
que el viento allí no la abatiese al suelo,
pareciendo con nuevo movimiento
desencasar la isleta de su asiento.

Hasta que el tardo y deseado día
las nubes desterró, y dejó sereno
el cielo, revistiendo de alegría
el aire escuro y húmido terreno:
luego la trabajada compañía
conociendo el instable tiempo bueno,
procura reparar con diligencia
del riguroso invierno la violencia.

Unos prestos destechan los pajizos
abergues de los indios ausentados,
otros con tablas, ramas, y carrizos
al nuevo alojamiento van cargados:
y sobre troncos de árboles rollizos
en las hondas arenas afirmados,
gran número de ranchos levantamos,
y en breve espacio un pueblo fabricamos.

Del modo que se ven los pajarillos
de la necesidad misma instruídos,
por techos y apartados rinconcillos
tejer y fabricar los pobres nidos:
que de pajas, de plumas y ramillos
van, y vienen los picos impedidos:
así en el yermo y descubierto asiento
fabrica cada cual su alojamiento.

Ya que todos, Señor, nos alojamos
en el húmedo sitio pantanoso,
y con industria, y aire reparamos
la furia del invierno riguroso:
las necesarias armas aprestamos,
soltando con estrépito espantoso
la gruesa y reforzada artillería,
que en torno tierra, y mar temblar hacía.

En las remotas bárbaras naciones,
el grande estruendo y novedad sintieron
Pacos, Vicuñas, Tigres, y Leones
acá y allá medrosos discurrieron:
los Delfines, Nereydas, y Tritones
en sus hondas cavernas se escondieron,
deteniendo confusos sus corrientes
los presurosos ríos, y las fuentes.

Sintióse en el estado la estampida,
y algunos tan atónitos quedaron,
que la dura cerviz, nunca oprimida,
sobre los yertos pechos inclinaron:
así avisados ya de la venida
los instrumentos bélicos tocaron,
descogiendo por todas las riberas
sus lucidos pendones, y banderas.

En el valle de Ongolmo congregados
los dieciséis Caciques Araucanos:
y algunos capitanes señalados
de los interesados comarcanos:
todos en general deliberados
de venir con nosotros á las manos;
sobre el lugar, el tiempo y aparejo
entraron los Caciques en consejo.

Rengo también con ellos, que admitido
fué el consejo de guerra por valiente
que si ya os acordáis, quedó aturdido
en Mataquito entre la muerte gente;
pero volvió después en su sentido,
y al cabo se escapó dichosamente

que aunque falto de sangre, tuvo fuerte
contra la furia de la airada muerte.

Caupolican en medio dellos puesto
á todos con los ojos rodeando,
que con silencio y ánimo dispuesto
estaban sus razones aguardando:
con sesgo pecho y con sereno gesto,
la voz en tono grave levantando,
rompió el mudo silencio, y echó fuera
el intento y furor desta manera:

Esforzados varones, ya es venido
(según vemos las muestras y señales)
aquel felice tiempo prometido
en que habemos de hacernos inmortales;
que la fortuna próspera ha traído
de las últimas partes orientales
tantas gentes en una compañía,
para que las venzais en solo un día.

Y á costa y precio de su sangre y vidas
del todo eternicéis vuestras espadas,
y nuestras viejas leyes oprimidas
sean en libre fuerza restauradas,
que por remotos reinos extendidas
han de ser inviolables y sagradas,
viviendo en igualdad debajo dellas
cuantos viven debajo las estrellas.

Y pues que con tan loco pensamiento
estas gentes se os han desvergonzado,
y en vuestra tierra y defendido asiento
las banderas tendidas han entrado;
es bien que el insolente atrevimiento
quede con nuevo ejemplo castigado
antes que dando cuerda á su esperanza
les dé fuerza y consejo á la tardanza.

Así en resolución me determino
(si, señores, también os pareciere)
que demos con asalto repentino

sobre ellos la mejor que ser pudiere,
y nadie piense que hay otro camino
sino el que con su fuerza y brazo abriere,
que las rabiosas armas en las manos
los han de dar por justos y tiranos.

A la plática fin con esto puso
y el buen Peteguelen, viejo severo,
por más antiguo su razón propuso
como soldado y sabío consejero,
diciendo: ó capitanes no rehuso
de derramar mi sangre yo el primero
que aunque por mi vejez parezca helada
en el pecho me hierve alborotada.

Pero sola una cosa me detiene
haciéndome dudar el rompimiento,
y es la cierta noticia que se tiene
que es mucha gente y mucho el regimiento;
así que claro vemos que conviene
gran resistencia á grande movimiento,
que siempre de estimar poco las cosas
suceden las dolencias peligrosas.

Que pues el sitio y puesto que han tomado
es por natura fuerte y recogido,
del mar y altos peñascos rodeado,
por todas partes libre y defendido;
será de más provecho y acertado
que á su plática y trato deis oído,
y que no se les niegue y contradiga,
pues que solo el oir á nadie obliga.

Que no podrá dañar, y en el comedio
podréis apercibir y juntar gente,
y en secreto aprestar para el remedio
todo lo necesario y conveniente;
en las cosas difíciles dar medio,
proveer á cualquiera inconveniente,
atajar y romper los pasos llanos,
y al cabo remitirnos á las manos.

No pudo decir más; que ardiendo en ira
el bravo Tucapel con voz furiosa
diciendo le atajó: quien tanto mira,
jamás emprenderá jornada honrosa;
y si todo el estado se retira,
por parecerle que esta es peligrosa;
yo solo tomaré sin compañía
las armas, causa y cargo á cuenta mía.

¿Por ventura tenéis desconfianza
de vuestras propias fuerzas tan probadas?
pues en cuanto arrojar pueden la lanza,
y rodear los brazos las espadas,
dais causa en que se note en voz mudanza,
y que vuestras victorias mancilladas
queden con bajo y mísero partido,
y nuestro honor y crédito ofendido.

Pues entended que mientras yo tuviere
fuerza en el brazo y voz en el senado,
diga Peteguelen lo que quisiere,
que esto ha de ser por armas sentenciado:
y quien otro camino pretendiere
primero le abrirá por mi costado,
que esta ferrada maza y no oraciones
les ha de dar las causas y razones.

Si los que así os preciais de bien hablados,
el ánimo os bastare y el denuedo
de combatir sobre esto en campo armados
os probaré más claro lo que puedo;
mas quereisos mostrar tan concertados,
que llamando prudencia á lo que es miedo
por no poner en riesgo nuestra vida
á todo con parlar daréis salida.

Peteguelen responde: pues no halla
nunca en tí la razón acogimiento,
yo solo viejo quiero la batalla
y castigar tu loco atrevimiento;
de piel curtida armados ó de malla,
con lanza, espada ó maza á tu contento,

para mostrar que en justas ocasiones
tengo más largas manos que razones.

¿Quién pudiera pintar el rostro esquivo
que Tucapel mostraba contra el cielo,
lanzando por los ojos fuego vivo,
no se dignando de mirar al suelo?
dijo: al fin pensamiento tan altivo
ya es digno del furor de Tucapelo:
mas por mi honor y por tu edad querría
que metieses contigo compañía.

El viejo respondió: jamás de ajenas
fuerzas en ningún tiempo me he ayudado;
ni de sangre aun están vacías mis venas,
ni siento el brazo así debilitado,
que no te piense dar las manos llenas:
mas Rengo su sobrino levantado
se atravesó diciendo: el desafío
acepto yo, si quieres, por mi tío.

Quiérolo, pido y soy de ello contento,
gritaba Tucapel, y á diez contigo;
mas saltando Orompello de su asiento
dijo: tú lo has de haber Rengo conmigo.
También enmendaré tu atrevimiento,
responde el fiero Rengo: y más te digo,
que poco tu amenaza y campo estimo
después que haya acabado el de tu primo.

Tucapelo le dijo: castigarte
pienso de tal manera yo primero,
que le cabrá á Orompello poca parte,
que á bien librar serás mi prisionero:
afuera, afuera, sús, haceos aparte,
que dilatar el término no quiero,
pues armas, tiempo y voluntad tenemos;
sino que luego aquí lo averiguemos.

Rengo y Peteguelen le respondieran
á un tiempo con las armas y razones,
si en medio á la sazón no se pusieran

muchos Caciques nobles y varones,
pidiendo que suspendan y difieran
aquellas amenazas y gestiones,
hasta que la fortuna declarada
diese próspero fin á la jornada.

Caupolican estaba ya impaciente
de ver que Tucapelo cada día
en guerra, en paz, con término insolente
sin causa, ni atención los revolvía;
mas hubo de llevarlo blandamente,
que el tiempo y la sazón lo requería,
y así con gravedad y manso ruego
la furia mitigó, y apagó el fuego.

Quedando entre ellos puesto y aceptado
que luego que la guerra concluyesen,
el viejo y Tucapel en estacado
francos de solo á solo combatiesen:
después que Tucapel y Rengo armado
asimismo su causa definiesen.
El rumor aplacado, Colocolo
los comenzó á decir hablando solo:

Generosos Caciques, si licencia
tenemos de decir lo que alcanzamos
los que por largos años y experiencia
los futuros sucesos rastreamos,
vemos que nuestras fuerzas y potencia
en solo destruirnos las gastamos,
y el tirano cuchillo apoderado
sobre nuestras gargantas levantado.

Y lo que dá señal clara que sea
cierta vuestra caída y mi recelo,
es que ya la fortuna titubea,
y comienza á turbarse nuestro cielo:
cuando un gran edificio se ladea
no está muy lejos de venir al suelo:
la máquina que en falso asiento estriba
su misma pesadumbre la derriba.

Así que ya si mi opinión no yerra,
según el proceder y los indicios
temo y con gran razón de ver por tierra
nuestros mal cimentados edificios,
y convertido el uso de la guerra
en serviles y bajos ejercicios,
quebrantándose al fin vuestra protervia
fundada en una vana y gran soberbia.

Muerto á Lautaro vemos, y perdidas
con gran deshonra nuestras tres banderas,
rotas nuestras escuadras y tendidas
al viento y sol por pasto de las fieras:
las fuerzas y opiniones divididas,
lleno el campo de gentes extranjeras,
y las furiosas armas alteradas
contra sus mismos pechos declaradas.

Mirad que así por ciega inadvertencia
la patria muere, y libertad perece,
pues con sus mismas armas y potencia
al derecho enemigo favorece;
incurable y mortal es la dolencia
cuando á la medicina no obedece,
y es bestial la pasión y detestable
que no sufre el consejo saludable.

¿Por qué con tanta saña procuramos,
ir nuestra sangre y fuerzas apocando,
y envueltos en civiles armas damos
fuerza y derecho al enemigo bando?
¿por qué con tal furor despedazamos
esta unión invencible condenando
nuestra causa aprobada y armas justas,
justificando en todas las injustas?

¿Qué rabia ó qué furor desatinado
habéis contra vosotros concebido,
que así queréis que el Araucano estado
venga á ser por sus manos destruído,
y en su virtud y fuerzas ahogado
quede con nombre infame sometido

á las estrañas leyes y gobierno
y en dura servidumbre y yugo eterno?

Volved sobre vosotros, que sin tiento
correis á toda prisa á despeñaros:
frenad esa furia y movimiento
que es la que puede en esto más dañaros:
¿sufrís al enemigo en vuestro asiento
que quiere como á brutos conquistaros,
y no podéis sufrir aquí impacientes
los consejos y avisos convenientes?

Que es cierto falta de ánimo y bastante
indicio de flaqueza disfrazada,
teniendo al enemigo tan delante
revolver contra sí la propia espada,
por no esperar con ánimo constante
los duros golpes de fortuna airada,
á los cuales resiste el pecho fuerte
que no quiere acabarlo con la muerte.

Pero pues tanto esfuerzo en vos se encierra
que á veces, por ser tanto, lo condeno,
y de vuestras hazañas no esta tierra,
mas todo el universo anda ya lleno,
cese, cese el furor y civil guerra,
y por el bien común tened por bueno
no romper la hermandad con torpes modos,
pues que miembros de un cuerpo somos todos.

Si á la cansada edad y largos días
algún resto y crédito se debe,
mirad á estas antiguas canas mías
y al bien público y celo que me mueve,
para que diferáis vuestras porfías
por alguna sazón y tiempo breve,
hasta que el español furor decline,
y la causa común se determine.

Y pues de vuestra discreción espero
que os pondrá en el camino que conviene,
traer otras razones más no quiero,

pues con vos la razón tal fuerza tiene:
dejadas pues aparte, lo primero
que venir á las manos nos detiene,
y pone freno y límite al deseo,
es el poco aparejo que aquí veo.

Que por todas las partes nos divide
este brazo de mar que veis en medio,
y nuestra pretensión y paso impide,
sin tener de pasaje algún remedio:
y pues el enemigo se comide
á tratar de concierto y nuevo medio:
aunque nunca pensemos aceptarlos,
no nos podrá dañar el escucharlos.

Pues por este camino tomaremos
lengua de su intención y fundamento,
que cuando no sea lícita, podremos
venir de todo en todo á rompimiento:
también en este término haremos
de armas y munición preparamento,
que estas serán al fin las que de hecho
habrán de declarar este derecho.

Mas conviene advertir, claros varones,
para llevar las cosas bien guiadas,
que nuestras exteriores intenciones
vayan siempre á la paz enderezadas,
mostrándonos de flacos corazones,
las fuerzas y esperanzas quebrantadas,
y la tierra de minas de oro rica,
cebo goloso en que esta gente pica.

Quizá por este término sacalla
podremos del isleño sitio fuerte,
y con fingida paz aseguralla
trayéndola por mañas á la muerte:
y sin rumor, ni muestra, ni batalla,
abramos la carrera de tal suerte,
que venga á tierra firme confiada
en el seguro paso y franca entrada.

A su habla dió fin el sabio anciano,
y hubo allí pareceres diferentes,
diciendo que el peligro era liviano
para tanto temor é inconvenientes:
pero Puren, Lincoya, y Talcaguano,
Lemolemo, Elicura más prudentes
al parecer del viejo se arrimaron,
y así á los más los menos se allanaron.

Despachando de allí con diligencia
al joven Millalauco generoso,
hombre de gran lenguaje y esperiencia,
cauto, sagaz, solícito y mañoso:
que con fingida muestra y apariencia
de algún partido honesto y medio honroso
nuestro intento y designios penetrase,
y el sitio, gente y número notase.

El cual por los Caciques instruído
(según el tiempo) en lo que más convino,
en una larga góndola metido,
sin más se detener tomó el camino,
y de los prestos remos impelido,
en breve á nuestro alojamiento vino,
adonde sin estorbo libremente
saltó luego seguro con su gente.

Al puerto habían también con fresco viento
tres naves de las nuestras arribado
llenas de armas, de gente y bastimento
con que fué nuestro campo reforzado:
era tanto el rumor y movimiento
del bélico aparato, que admirado
el cauteloso Millalauco estuvo,
y así confuso un rato se detuvo.

Mas sin darlo á entender, disimulando,
por medio de bullicio atravesaba,
los judiciosos ojos rodeando,
las armas, gente y ánimos notaba:
y el negocio entre sí considerando,
el deseado fin dificultaba,

viendo cubierto el mar, llena la tierra
de gente armada y máquinas de guerra.

Llegado el pabellón de D. García,
hallándome con otros yo presente,
con una moderada cortesía
nos saludó á su modo alegremente:
levantando la voz; pero la mía,
que fatigada de cantar se siente,
no puede ya llevar un tono tanto,
y así es fuerza dar fin en este canto.

---

## DECLARACION DE ALGUNAS DUDAS
*que se pueden ofrecer en esta obra*

Porque muchos no entenderán algunos vocablos ó nombres, que aun de indios son ya tan recibidos y usados en aquella tierra de los nuestros, que nos los han mudado en nuestro lenguaje, será bien declararlos aquí, porque como yo, por variar, uso alguna vez dellos, el que leyere este libro no tenga que preguntar.

*Chile* es una provincia grande, que contiene en sí otras muchas provincias: toma el nombre de Chile toda la provincia por un valle, del cual tuvieron primero noticia los españoles por el oro que en él se sacaba, y como entraron en su demanda, pusieron nombre de Chile á toda la tierra hasta el estrecho de Magallanes.

*El estado de Arauco* es una provincia pequeña de veinte leguas de largo y siete de ancho poco más ó menos que produce la gente más belicosa que ha habido en las Indias y por eso es llamado el estado indómito: llámanse los indios dél Araucanos tomando el nombre de la provincia.

*Puelches* se llaman los indios de la sierra, que

son fortísimos y ligeros, aunque de menos entendimiento que los otros.

*Arcabuco* es una espesura grande de árboles altos y boscaje.

*Bohío* es una casa pajiza grande de sola una pieza sin alto.

*Llauto* es un troncho ó rodete redondo, ancho de dos dedos, que ponen por la frente, y les ciñe la cabeza: son labrados de oro, y chaquira con muchas piedras y dijes en ellos, en los cuales asientan las plumas ó penachos, de que ellos son muy amigos: no los traen en la guerra, porque entonces usan celadas.

*Chaquira* son unas cuentas muy menudas á manera de aljófar, que las hallan por las marinas, y cuanto más menuda, es más preciada: labran y adornan con ella sus llautos, las mujeres sus hinchos, que son como una cinta angosta que les ciñe la cabeza por la frente, á manera de vidrios: andan siempre en cabello, y suelto por los hombros y espaldas.

*Yanaconas* son indios mozos amigos, que sirven á los españoles, andan en su traje, y algunos muy bien tratados, que se precian mucho de policía en su vestido: pelean á las veces en favor de sus amos: y algunos animosamente, en especial cuando los españoles dejan los caballos, y pelean á pie porque en las retiradas los suelen dejar en las manos de los enemigos, que los matan cruelísimamente.

*Palla* es lo que llamamos nosotros señora: pero entre ellos no alcanza este nombre sino la noble de linaje, y señora de muchos vasallos y haciendas.

*Apó* es señor, ó capitán absoluto de los otros.

*Eponamon* es nombre que dan al demonio, por el cual juran cuando quieren obligarse infaliblemente á cumplir lo que prometen.

*Cacique*, quiere decir señor de vasallos, que tiene gente á su cargo.

*Los Caciques* toman el nombre de los valles de donde son señores, y de la misma manera los hijos ó sucesores que suceden en ellos: declárase es-

to, porque los que mueren en la guerra se oirán después nombrar en otra batalla, entiéndase que son los hijos ó sucesores de los muertos.

*Coquimbo* es el primer valle de Chile donde pobló el capitán Valdivia un pueblo, que le llamó la Serena, por ser él natural de la Serena: tiene un muy buen puerto de mar, y llámase también el pueblo Coquimbo, tomando el nombre del valle.

*Mapochó* es un hermoso valle, donde los españoles poblaron la ciudad de Santiago, y llámase asimismo el pueblo Mapochó.

*Penco* es un valle muy pequeño y no llano; pero porque es puerto de mar, poblaron en él los españoles una ciudad, la cual llamaron la Concepción.

*Angol* se llama el valle donde poblaron otra ciudad, y le pusieron nombre los confines de Angol.

*Cauten* es un valle hermosísimo y fértil donde los españoles fundaron la más próspera ciudad que ha habido en aquellas partes, la cual tenía trescientos mil indios casados de servicio: llamáronla Imperial, porque cuando entraron los españoles en aquella provincia, hallaron sobre todas las puertas y tejados águilas imperiales de dos cabezas hechas de palo á manera de timbre de armas, que cierto es extraña cosa y de notar, pues jamás en aquella tierra se ha visto ave con dos cabezas.

*Villarica* es otro pueblo que fundaron los españoles á la ribera de un lago pequeño cerca de los volcanes, que lanzaban á tiempos tanto fuego y tan alto, que acontece llover en el pueblo ceniza.

*Valdivia* es un pueblo bueno y provechoso, tiene un puerto de mar por un río arriba tan seguro, que varan las naos en la tierra, y está fundado no muy lejos de un gran lago, al cual y á la ciudad llamó Valdivia de su nombre: entiéndese que cuando se fundaron estos pueblos, era Valdivia capitán general de los españoles, y á él se atribuye la gloria del descubrimiento y población de Chile.

*Caupolican* fué hijo de Leocan, y Lautaro hijo de Pillan. Declaro esto, porque como son capitanes señalados, de los cuales la historia hace muchas ve-

ces mención, por no poner tantas veces sus nombres, me aprovecho de los de sus padres.

*Mita* es la carga ó tributo que trae el indio tributario.

*Mitayo* es el indio que la lleva ó trae.

## SONETO

*de fray Alonso de Carvajal, de la Orden de los Mínimos, en modo de diálogo*

¿Quién sube por la escala de discretos?
Don Alonso es de Ercilla, el animoso.
Decidme, ¿dónde va tan presuroso?
A dar subido ilustre á sus concetos.
¿Es este el que no alcanzan los prefetos?
El es, que al más fecundo hace medroso,
¿Qué causa es la que lleva este famoso?
Mostrarnos el valor de sus decretos:
¿Pues nadie lo entendiera en este caso?
Ninguno, ni vendrá ya quien lo entienda
Extraño debe ser su ingenio y arte.
Es tal, que ya se extiende hasta el Ocaso.
Luego daránle el lauro sin contienda?
Sí, que es Virgilio en verso, en armas Marte.

## SONETO

*del doctor Gerónimo de Porras, catedrático en la universidad de Alcalá, á don Alonso de Ercilla*

Claro señor, que ilustras y celebras
la gloria de las armas españolas,
el Indo mar, á las Esperias olas,
del Scítico, á las líbicas culebras:
Y á Muerte robas las vitales hebras,
que siega como flacas amapolas,
haces que Mantua no se alabe á solas,
y al envidioso la esperanza quiebras:
No solamente aplican sus oídos
el dulce son de tu glorioso cuento

Neptuno, Doris, Melicerta, y Glauco:
Mas aun reciben gusto los vencidos
de oir loar con tan suave acento
los vencedores del famoso Arauco.

## SONETO

*del marqués de Peñafiel, á don Alonso de Ercilla*

Gloria llevais del bárbaro trofeo,
con pluma honrando al que vencéis con lanza,
y lo que en tiempo y muerte no se alcanza,
alcanza en vida el inmortal deseo:
Oasis de Arauco hoy el mar Egeo,
y con ínclito triunfo y alabanza,
libre de alteración y de mudanza
de léjos veis las aguas de Leteo.
Tanto, Ercilla, valeis vivo, y presente,
que de Zoilo el infernal veneno
jamás prevaricó la gloria vuestra:
Dais gloria á Arauco, y vais de gente en gente
con lauro ufano, y de alabanzas lleno,
que el premio es vuestro, y la ventura nuestra.

## SONETO

*de la señora doña Leonor de Iciz, señora de la baronía de Rafales, á don Alonso de Ercilla*

Mil bronces para estatuas ya forjados,
mil lauros de tus obras premio honroso,
te ofrece España, Ercilla generoso,
por tu pluma y tu lanza tan ganados:
Hónrese tu valor entre soldados,
envidie tu nobleza el valeroso,
y busque en ti el poeta más famoso
lima para sus versos más limados.
Derrame por el mundo tus loores
la fama, y eternice tu memoria,
porque jamás el tiempo la consuma.

Gocen ya, sin temor de que hay mayores
tus hechos, y tus libros de igual gloria,
pues la han ganado igual la espada y pluma.

## SONETO

*de la señora doña Isabel de Castro y Andrade á don Alonso de Ercilla*

Araucana nacó mais venturosa,
mais que cuantas hoje ha de gloria dina;
pois na prosperidade, é na ruina
sempro invejada estais, nunca invejoza.
Se inristra o ilustre Alfonso a temeroza
lanza, se arranca á espada, que fulmina,
creyo, que julgaréis, que determina
so conquistar a terra belicoza.
Fará... mas naó temais essa naó forte,
que se vos tira á liberdade, é a vida,
ella vos pagará bem largamente.
Que atroco de huma breve, é honrada morte
com seu divino estilo esclarecida,
deixará vossa fama eternamente.

---

# SEGUNDA PARTE

# PROLOGO AL LECTOR

Por haber prometido de proseguir esta historia, no con poca dificultad y pesadumbre la he continuado; y aunque esta segunda parte de la Araucana no muestra el trabajo que me cuesta, todavía quien la leyere podrá considerar el que se habrá pasado en escribir dos libros de materia tan áspera y de poca variedad; pues desde el principio hasta el fin no contiene sino una misma cosa, y haber de caminar siempre por el rigor de una verdad, y camino tan desierto, estéril, paréceme que no habrá gusto que no canse de seguirme. Así temeroso desto quisiera mil veces mezclar algunas cosas diferentes; pero acordé de no mudar estilo, porque lo que digo se me tomase en descuento de las faltas que el libro lleva, autorizándole con escribir en él el alto principio que el rey nuestro Señor dió á sus obras, con el asalto y entrada de San Quintín por habernos dado otro aquel mismo día los Araucanos en el fuerte de la Concepción. Así mismo trató el rompimiento de la batalla naval que el Señor don Juan de Austria venció en Lepanto. Y no es poco atrevimiento querer poner dos casas tan grandes en lugar tan humilde; pero todo lo merecen los Araucanos, pues ha más de veinte años que sustentan su opinión, sin jamás habérseles caído las armas de las manos, no defendiendo grandes ciudades y riquezas, pues de su voluntad ellos mismos han abrasado las casas, y haciendas que tenían, por no dejar que gozar al enemigo; mas solo defienden unos terren-

secos (aunque muchas veces humedecidos con nuestra sangre) y campos incultos y pedregosos. Y siempre permaneciendo en su firme propósito, y entereza, dan materia larga á los escritores. Yo dejo mucho, y aun lo más principal por escribir para el que quisiere tomar trabajo de hacerlo; que el mío le doy por bien empleado, si se recibe con la voluntad que á todos le ofrezco.

## CANTO XVII

Hace Millalauco su embajada. Salen los españoles de la isla, levantando un fuerte en el cerro de Penco: vienen los araucanos á darles el asalto. Cuéntase lo que en aquel mismo tiempo pasaba sobre la plaza fuerte de San Quintín.

Nunca negarse deben los oídos
á enemigos, ni amigos sospechosos,
que tanto os dejan más apercibidos
cuanto vos los tenéis por cautelosos:
escuchados serán más entendidos
ora sean verdaderos ó engañosos;
que siempre por señales y razones
se suelen descubrir las intenciones.

Cuando piensan que más os desatinan
con su máscara falsa y trato extraño,
os despiertan, avisan, encaminan,
y encubriendo descubren el engaño:
veis el blanco y el fin á donde atinan,
el pro y el contra, el interés y el daño:
no hay plática tan noble y cautelosa
que della no se infiera alguna cosa.

Y no hay pecho tan lleno de artificio
que no se le penetre algún concepto;
que las lenguas al fin hacen su oficio,
y más si el que oye sabe ser discreto;

nunca el hablar dejó de dar indicio,
ni el callar descubrió jamás secreto:
no hay cosa más difícil bien mirado,
que conocer un necio si es callado.

Y es importante punto y necesario
del arte y condición del adversario,
tener el capitán conocimiento
de la intención, designio y fundamento;
si es cuerdo y reportado ó temerario,
de pesado ó ligero movimiento,
remiso ó diligente, incauto, astuto,
vario, indeterminable, ó resoluto.

Así vemos que el bárbaro senado
por saber la intención del enemigo
al cauto Millalauco había enviado
debajo la figura y voz de amigo:
que con semblante y ánimo doblado,
mostrándose cortés, como atrás digo,
el rostro á todas partes revolviendo,
alzó recio la voz, así diciendo:

Dichoso capitán y compañía,
á quien por bien de paz soy enviado
del Araucano estado y señoría,
con voz y autoridad del gran senado:
no penséis que el temor y cobardía
jamás nos haya á término llegado
de usar (necesitados de remedio)
de algún partido infame y torpe medio.

Pues notorio os será lo que se extiende
el nombre grande y crédito Araucano,
que los extraños términos defiende
y asegura debajo de su mano:
y también de vosotros ya se entiende
que movidos de celo y fin cristiano,
con gran moderación y disciplina
venís á derramar vuestra dotrina.

Siendo pues esto así, como la muestra
que habéis dado hasta aquí lo verifica:
y la buena opinión y fama vuestra
con claras y altas voces lo publica:
yo os vengo á asegurar de parte nuestra,
y así á todos por mí se os certifica
que la ofrecida paz tan deseada
será por los Caciques aceptada.

Que el ínclito senado habiendo oído
de vuestra parte algunas relaciones,
con sabio acuerdo y parecer movido
por legítimas causas y razones,
quiere aceptar la paz, quiere partido
de lícitas y honestas condiciones,
para que no padezca tanta gente
del pueblo simple y género inocente.

Que si la fe inviolable y juramento
de vuestra parte con amor pedido,
y el gracioso y seguro acogimiento
de nuestra voluntad libre ofrecida,
pueden dar en las cosas firme asiento
con honra igual y lícito partido,
sin que los nuestros súbditos y estados
vengan por tiempo á ser menoscabados.

A Carlos sin defensa y resistencia
por amigo y señor le admitiremos,
y el servicio indebido y obediencia
de nuestra voluntad le ofreceremos:
mas si queréis llevarlo por violencia,
antes los propios hijos comeremos,
y veréis con valor nuestras espadas
por nuestro mismo pecho atravesadas.

Pero por trato llano sin recelo
podréis por vuestro rey alzar bandera,
que el estado las armas por el suelo
con los brazos abiertos os espera:
reconociendo que el benigno cielo
la llama á paz sujeta y duradera,

quedando para siempre lo pasado
en perpetuo silencio sepultado.

Pero por trato llano sin recelo
podréis por vuestro rey alzar bandera,
que el estado las armas por el suelo
con los brazos abiertos os espera:
reconociendo que el benigno cielo
la llama á paz sujeta y duradera,
quedando para siempre lo pasado
en perpetuo silencio sepultado.

Aquí dió fin al razonar, haciendo
á su modo y usanza una caricia,
siempre en su proceder satisfaciendo
á nuestra voluntad y á su malicia;
y el bárbaro poder disminuyendo
nos aumentaba el ánimo y codicia,
dándonos á entender que había flaqueza,
y abundancia de bienes y riqueza.

Oída la embajada, don García,
haciéndole gracioso acogimiento,
en suma respondió que agradecía
la propuesta amistad y ofrecimiento,
y que en nombre del rey satisfaría
su buena voluntad con tratamiento,
que no solo no fuesen agraviados,
más de muchos trabajos relevados.

Hizo luego sacar á dos sirvientes
por más confirmación algunos dones,
ropas de mil colores diferentes,
jotas, llautos, chaquiras, y listones,
insignias y vestidos competentes
á nobles capitanes y varones:
siendo de Millalauco recibido
con palabras y término cumplido.

Así que con semblante y apariencia
de amigo agradecido y obligado,
pidiendo al despedir grata licencia,

á la barca volvió que había dejado:
y con la acostumbrada diligencia
al tremontar del sol llegó al estado;
do recibido fué con alegría
de toda aquella noble compañía.

Visto el despacho y la ocasión presente
los caciques la junta dividieron,
y dando muestra de esparcir la gente
á sus casas de paz se retrujeron,
adonde sin rumor secretamente
las engañosas armas previnieron,
moviendo del común las voluntades
aparejadas siempre á novedades.

Nosotros no sin causa sospechosos
allí más de dos meses estuvimos,
y á las lluvias y vientos rigurosos
del implacable invierno resistimos:
mas pasado este tiempo, deseosos
de saber su intención nos resolvimos
en dejar el isleño alojamiento
haciendo en tierra firme nuestro asiento.

Ciento y treinta mancebos florecientes
fueron en nuestro campo apercibidos:
hombres trabajadores y valientes
entre los más robustos escogidos,
de armas y de instrumentos convenientes
secreta y sordamente prevenidos:
yo con ellos también, que vez ninguna
dejé de dar un tiento á la fortuna.

Para que en un pequeño cerro esento
sobre la mar vecina revelado,
levantasen un muro de cimiento,
de fondo y ancho foso rodeado,
donde pudiese estar sin detrimento
nuestro pequeño ejército alojado,
en cuanto los caballos arribaban:
que ya teníamos nueva que marchaban.

Pues salidos á tierra, entenderían
la intención de los bárbaros dañada,
que en secreto las armas prevenían
con falso rostro y amistad doblada:
de dó si se moviesen, les darían
algún asalto y subida ruciada,
que quebrantando el ánimo y denuedo,
viniesen á la paz de puro miedo.

Era imaginación fuera de tino
pensar que los soberbios Araucanos
quisiesen de concordia algún camino
viéndose con las armas en las manos:
los ciento y treinta jóvenes lozanos
pero con la presteza que convino
pasaron á la tierra sin ayuda
mas que el amparo de la noche muda.

Y aunque era en esta tierra el tiempo cuand
Virgo alargaba apriesa el corto día,
las variables horas restaurando
que usurpadas la noche le tenía;
antes que la alba fuese desterrando
las nocturnas estrellas, parecía
la cumbre del collado levantada
de gente y materiales ocupada.

Cuáles con barras, picos y azadones
abren los hondos fosos y señales,
cuáles con corvos y anchos cuchillones,
hachas, sierras, segures y destrales,
cortan maderos gruesos y truncones,
y fijados en tierra con tapiales,
y trabazon de leños y faginas
levantan los traveses y cortinas.

No con tanto fervor la Tiria gente
en la labor de la ciudad famosa
solícita, oficiosa y diligente
andaba en todas partes presurosa;
ni César levantó tan de repente
en Dirrachio la cerca milagrosa,

con que cercó el ejército esparcido
del enemigo Yerno inadvertido.

Cuando fué de nosotros coronada
de una gruesa muralla la montaña,
de fondo y ancho foso rodeada,
con ocho gruesas piezas de campaña,
siendo á vista de Arauco levantada
bandera por Felipe rey de España,
tomando posesión de aquel estado
con lo demás del padre renunciado.

Túvose por un caso nunca oído
de tanto atrevimiento y osadía,
entre la gente práctica tenido
más por temeridad que valentía,
que en el soberbio estado así temido
los ciento y treinta de poco más de un día
pudiésemos salir con una cosa
tanto cuanto difícil peligrosa.

Nuestra gente del todo recogida,
la cual luego segura al fuerte vino,
que el alto sitio y pólvora temida
hizo fácil y llano aquel camino,
por las anchas cortinas repartida
según y por el orden que convino;
nos pusimos allí todos á una
debajo del amparo de fortuna.

La pregonera fama ya volando
por el distrito y término Araucano
iba de lengua en lengua acrecentando
el abreviado ejército cristiano,
la gente popular amedrentando
con un hueco rumor y estruendo vano,
que lo incierto á las veces certifica,
y lo cierto, si es mal, lo multiplica.

Llegada pues la voz á los oídos
de nuestros enemigos conjurados,
no mirando á los tratos y partidos

por una parte y otra asegurados:
con súbita presteza apercibidos
de municiones, armas y soldados,
sin aguardar á más, trataron luego
de darnos el asalto á sangre y fuego.

Juntos para el efecto en Talcaguano
dos millas poco más del fuerte asiento,
el esforzado mozo Gracolano
de gran disposición y atrevimiento,
dijo en voz alta: ¡oh gran Caupolicano!
si en algo es de estimar mi ofrecimiento,
prometo que mañana en el asalto
arbolaré mi enseña en lo más alto.

Y porque á ti, Señor, y á todos quiero
haceros de mis obras satisfechos,
con esta usada lanza me prefiero
de abrir lugar por los contrarios pechos,
y que será mi brazo el que primero
barahuste las armas y pertrechos,
aunque más dificulten la subida,
y todo el universo me lo impida.

Así dijo: y los bárbaros en esto,
porque ya las estrellas se mostraban,
al fuerte en escuadrón con paso presto
cubiertos de la noche se acercaban,
y en una gran barranca, oculto puesto,
al pie de la montaña reparaban,
aguardando en silencio aquella hora
que suele aparecer la clara aurora.

Aquella noche yo mal sosegado
reposar un momento no podía,
ó ya fuese el peligro, ó ya el cuidado
que de escribir entonces yo tenía:
así imaginativo y desvelado
revolviendo la inquieta fantasía,
quise de algunas cosas desta historia
descargar con la pluma la memoria.

En el silencio de la noche oscura,
enmedio del reposo de la gente,
queriendo proseguir con mi escritura
me sobrevino un súbito accidente,
cortóme un yelo cada coyuntura,
turbóseme la vista de repente,
y procurando de esforzarme en vano,
se me cayó la pluma de la mano.

Quisiérame quejar; mas fué imposible
del accidente súbito impedido,
que el agudo dolor y mal sensible,
me privó del esfuerzo y del sentido:
pero pasado el término terrible,
y en mi primero ser restituído,
del tormento quedé de tal manera
cual si de larga enfermedad saliera.

Luego que con suspiros trabajados
desfogando las ansias aflojaron,
mis decaídos ojos agravados
del gran quebrantamiento se cerraron:
así los lasos miembros relajados
al agradable sueño se entregaron,
quedando por entonces el sentido
en la más noble parte recogido.

No bien al dulce sueño y al reposo
dejado el quebrantado cuerpo había,
cuando oyendo un estruendo sonoroso
que estremecer la tierra parecía:
con gesto altivo y término furioso
delante una mujer se me ponía,
que luego vi en su talle y gran persona
ser la robusta y áspera Belona.

Vestida de los pies á la cintura,
de la cintura á la cabeza armada,
de una escamosa y lúcida armadura,
su escudo al brazo, al lado la ancha espada,
blandiendo en la derecha la asta dura,
de las horribles furias rodeada,

el rostro airado, la color teñida,
toda de fuego bélico encendida.

La cual me dijo: ¡oh mozo temeroso!
el ánimo levanta y confianza,
reconociendo el tiempo venturoso
que te ofrece tu dicha y buena andanza:
huye del ocio torpe y perezoso,
ensancha el corazón y la esperanza;
y aspira á más de aquello que pretendes,
que el cielo te es propicio, si lo entiendes.

Que viéndote á escribir aficionado,
como se muestra bien por el indicio,
pues nunca te han la pluma destemplado
las fieras armas y áspero ejercicio;
tu trabajo tan fiel considerado,
solo movida de mi mismo oficio,
te quiero yo llevar en una parte
donde podrás sin límite ensancharte.

En campo fértil, llano de mil flores,
en el cual hallarás materia llena
de guerras más famosas y mayores,
donde podrás alimentar la vena:
y si quieres de damas y de amores
en verso celebrar la dulce pena;
tendrás mayor sujeto y hermosura,
que en la pasada edad y en la futura.

Sígueme, dijo al fin: y yo admirado,
viéndola revolver por donde vino;
con paso largo y corazón osado
comencé de seguir aquel camino,
dejando del siniestro y diestro lado
dos montes, que el Atlante y Apenino
con gran parte no son de tal grandeza,
ni de tanta espesura y aspereza.

Salimos á un gran campo, á dó natura
con mano liberal y artificiosa
mostraba su caudal y hermosura

en la varia labor maravillosa,
mezclando entre las hojas y verdura
el blanco lirio y encarnada rosa,
junquillos, azahares, y mosquetas,
azucenas, jazmines y violetas.

Allí las claras fuentes murmurando,
el deleitoso asiento atravesaban,
y los templados vientos respirando
la verde yerba y flores alegraban:
pues los pintados pájaros volando
por los copados árboles cruzaban,
formando con su canto y melodía
una acorde y dulcísima armonía.

Por mil partes en corros derramadas
vi gran copia de ninfas muy hermosas,
unas en varios juegos ocupadas,
otras cogiendo flores olorosas,
otras suavemente ya acordadas,
cantaban dulces letras amorosas,
con cítaras y liras en las manos,
diestros Sátiros, Faunos, y Silvanos.

Era el fresco lugar aparejado
á todo pasatiempo y ejercicio:
quien sigue ya de aquel, ya deste lado
de la casta Diana el duro oficio:
ora atraviesa el puerco, ora el venado,
ora salta la liebre, y con el vicio
gamuzas, capreolas, y corcillas,
retozan con la yerba y florecillas.

Quien el ciervo herido rastreando
de la llanura al monte atravesaba:
quien el cerdoso cuerpo fatigando,
los osados lebreles ayudaba;
quien con templados pájaros volando
las altaneras aves remontaba:
acá matan la garza, allá la cuerva,
aquí el celoso gamo, allí la cierva.

Estaba medio á medio deste asiento,
en forma de pirámide un collado,
redondo en igual círculo y esento,
sobre todas las tierras empinado:
y sin saber yo cómo en un momento
de la fiera Belona arrebatado
en la más alta cumbre dél me puso,
quedando dello atónito y confuso.

Estuve tal un rato de repente,
viéndome arriba, que mirar no osaba,
tanto que acá y allá medrosamente
los temerosos ojos rodeaba:
allí el templado céfiro clemente
llenos de olores varios respiraba,
hasta la cumbre altísima el collado
de verde yerba y flores coronado.

Era de altura tal, que no podría
un liviano Nebli subir á vuelo
y así no sin temor me parecía
mirando abajo estar cerca del cielo;
de donde con la vista descubría
la grande redondez del ancho suelo,
con los términos bárbaros ignotos
hasta los más ocultos y remotos.

Viéndome pues Velona allí subido
me dijo: el poco tiempo que te queda
para que puedas ver lo prometido,
hace que detenerme más no pueda:
mira aquel grueso ejército movido,
el negro humo espeso y polvoreda
en el confin de Flandes y de Francia
sobre una plaza fuerte de importancia.

Después que Carlos quinto hubo triunfado
de tantos enemigos y naciones,
y como invicto príncipe hollado
las Articas y Antárticas regiones;
triunfa de la fortuna y vano estado,
y asegura su fin y pretensiones,

dejando la imperial investidura
en dichosa ocasión y coyuntura.

Y movido de pío y santo celo
que del gobierno público tenía;
pareciéndole poco lo del suelo,
según lo que en el pecho concebía,
vuelta la mira y pretensión al cielo,
el peso que en los hombros sostenía
le puso en los del hijo renunciados
todos sus reinos, títulos y estados.

Viendo el hijo la próspera carrera
del victorioso padre retirado,
por hacer la esperanza verdadera
que siempre de sus obras había dado,
por el principio y ocasión primera
aquel copioso ejército ha juntado,
para bajar de la enemiga Francia
la presunción, orgullo, y arrogancia.

Aquella es San Quintín, que ves delante,
que en vano contraviene á su ruína,
presidio principal, plaza importante,
y del furor del gran Felipe digna:
hállase dentro della el Almirante,
debajo cuyo mando y disciplina
está gran gente prática de guerra
á la defensa y guarda de la tierra.

En tres partes allí como se muestra
el enemigo campo se reparte:
Cáceres con su tercio á mano diestra,
donde está de Felipe el estandarte:
el pronto Navarrete á la siniestra
con el conde de Mega, y de la parte
del Burgo Julian con tres naciones
españoles, tudescos y valones.

Llegamos pues á tiempo que aseguro
podrás ver la contienda porfiada,
y sin escalas por el roto muro

entrar los de Felipe á pura espada:
verás el fiero asalto y trance duro,
y al fin la fuerte Francia aportillada,
que al riguroso hado incontrastable
no hay defensa,, ni plaza inexpugnable.

Conviéneme partir de aquí al momento
á meterme entre aquellos escuadrones
y remover con nuevo encendimiento
los unos y los otros corazones:
tú desde aquí podrás mirar atento
las diferentes armas y naciones,
y escribir de una y otra la fortuna,
dando su justa parte á cada una.

Luego la odiosa airada y compañía
por el aire en tropel se deslizaron,
y en un instante, sin torcer la vía,
cual presto rayo á San Quintín bajaron:
donde atizando el fuego que ya ardía,
con la amiga discordia se juntaron:
que andaba entre las huestes y campañas
infundiéndoles ira en las entrañas.

En esto el fiero ejército furioso
por la señal postrera ya movido,
en un turbión espeso y polvoroso
corre al batido muro defendido:
¿quién fuera de lenguaje tan copioso,
que pudiera explicar lo que aquí vido?
mas aunque mi caudal no llegue á tanto,
haré lo que pudiere en otro canto.

FIN DEL TOMO PRIMERO

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
6389
A2E5
1911
t.1

Ercilla y Zuñiga, Alonso de
La Araucana